

SOR ROSALÍA RENDU

Henri Desmet
CEME

1.- LOS ORÍGENES

EL PAÍS

A finales del siglo XVIII el país de Gex, así como sus vecinos, los países de Bugey y de la Bresse, pequeñas aldeas burguiñonas, que durante muchos años habían sido tributarias del ducado de Saboya, llevaban ya dos siglos unidas a la corona de Francia. En 1601 Enrique IV había conseguido su anexión después de difíciles negociaciones. Y Gex formaba parte de la provincia del Franco Condado.

El país se extendía de norte a sur paralelo a la cordillera del Jura, a lo largo de una de las principales cadenas de montañas que, desde el Col de la Faucille hasta la brusca bajada de la hendidura del Ródano, comprende cimas de 1.700 a 1.800 metros de altura, las más elevadas de toda la cordillera. Cabalgaba, sobre todo en la parte norte, a lomos de las dos vertientes de la montaña, pero más abajo, en la vertiente occidental, se abría a horizontes espléndidos, que pertenecían a los dominios del duque de Saboya incluso después del tratado de 1601. A lo largo de toda la montaña estaban esparcidas algunas pocas aldeas, muy modestas pero bien situadas; una de ellas tendrá precisamente importancia para nuestra historia. Más allá de Léaz, en la parte más meridional de la cordillera, se iba subiendo hasta Ballon, Lancrans, Confort, Chézery y, casi en lo más alto de Gex, la aldea de Lélex.

Tanto si se las consideraba simplemente como lugares de recreo en aquel magnífico país, o como puntos de apoyo adosados a la montaña frente a Francia, una especie de puestos de vanguardia entre Gex y Bugey de las posesiones del duque de Saboya, lo cierto es que Carlos Manuel había obtenido en contra de Enrique IV esta ventaja. Enrique IV le había dejado estas pobres aldeas, que durante siglo y medio siguieron en posesión de los duques. Fue solamente en 1760, en tiempos de Luis XV, cuando quedaron definitivamente en manos de Francia por un tratado de Turín.

Veinticinco años más tarde, cuando comience la hermosa historia de sor Rosalía, llevaba ya un cuarto de siglo perteneciendo su aldea natal al reino de Francia.

Este rudo país montañoso estaba habitado por una raza robusta, bien equilibrada, honrada y sencilla, un poco tozuda, pero prudente. «En cualquier habitante del Franco Condado, aunque quizás un poco macilento, se dice que hay un jurisperito dormido». Esas personas sensatas, razonables, conscientes de su sentido común, son fríamente tenaces. Su rudo país forja caracteres fuertes.

A lo largo de toda la ladera occidental de la cadena montañosa corre de norte a sur por medio de un pintoresco valle un alegre río, la Valserine; nacido en las alturas que rodean al norte el Col de la Faucille, va derecho a desembocar en el Ródano por Bellegarde, mezclando con él sus aguas por la cañada de «la perte du Rhône» para hundirse a continuación entre cañones tortuosos.

En la mitad de su curso, en Chézery, la Valserine pasa junto a las ruinas de una vieja abadía cisterciense, que en el siglo XII había sembrado el país de bendiciones divinas. No lejos de su monasterio, hacia el sur, por la carretera general de Bellegarde, en una aldea del municipio de Lancrans, los monjes habían erigido en honor de la Virgen de los Dolores una modesta capilla, donde se la honraba con el nombre de Nuestra Señora de Consolación o «Notre Dame de Réconfort». La Virgen atraía allí, sobre todo el 8 de septiembre, a numerosos peregrinos; decían que iban a «Réconfort» o más brevemente a «Confort». Y la aldehuela cercana se llamó y se sigue llamando todavía «Confort». El nombre no cambió, pero la aldehuela se ha convertido en municipio con ayuntamiento e iglesia de buena planta.

También san Francisco de Sales había pasado en otros tiempos por el país de Gex, donde había predicado, disputado, trabajado y sufrido. Había esparcido por allí, como los monjes de Chézery, semillas de santidad y había dejado el recuerdo de sus buenos ejemplos. Durante los días del Terror no faltaron en el país algunos héroes que defendieron sus reliquias y pagaron con su sangre su fidelidad.

En el siglo XVIII había en Confort solamente dos o tres casas, acurrucadas en la montaña, sobre las últimas pendientes del Jura, muy cerca del Ródano, en donde la montaña desciende bruscamente para dar paso al gran río que viene de Suiza y se encierra entre estrechos desfiladeros, entre el Jura y Saboya, bramando desde los abismos de sus cañones antes de ir a extenderse por la llanura y abrirse al cielo en el país del sol.

¡Confort! País rudo, pero rodeado por todas partes de los esplendores de la naturaleza y bien guardado por la Virgen del «Réconfort».

En Confort habitaba, por el siglo XVIII, Juan Antonio RENDU.

SU LINAJE

Era de una familia muy honrada que llevaba viviendo mucho tiempo en la región y que gozaba en ella de una fama excelente.

«En una bula de Eugenio IV, con fecha de 12 de abril de 1442, se encuentra ya el nombre de la señora Benoyste RENDU, hija del señor Anthelme RENDU de Lanchans y de la señora Isabel de Chastillon, a la que se concede dispensa para poder casarse con su primo hermano el gentilhomme Pedro PASSERAT, de Chastillon».

«A finales del siglo XV hay varias ramas de esta familia distribuidas por las diversas aldeas de que se componía la antigua parroquia de Lancrans: Confort, La Mulaz, le Petite-Côte, Lancrans y Ballon, de manera que ellas solas formaban, en el siglo XVIII, 24 hogares, con más de 130 personas: la sexta parte de la población».

No es extraño que esta plenitud de vida desbordara de los estrechos límites del país natal y que después de haber prosperado en las diversas aldeas del municipio de Lancrans, la familia creara nuevos hogares, no sólo en aquel Châtillon-de-Michaille que atrae las miradas desde la otra parte del valle de la Valserine, sino incluso por diferentes provincias de Francia, asentándose en Lión, en Clermont-de-1'Oise y en París.

«Uno de los Rendu de La Combe-d'Evuaz, Francisco Javier, establecido en 1839 en Châtillon-de-Michaille, fue el padre del abate José Rendu, de Carlos Rendu caballero de la legión de honor y del doctor Juan Rendu, cuyo hijo Roberto, interno de los hospitales de Lión, es además un erudito arqueólogo.

«En la aldea de Lancrans había una familia Rendu en la que el cargo de notario iba pasando de hijos a nietos durante siglos. Esta familia ha dado a la magistratura un presidente de Hacienda de Genevois en Annecy, Francisco Rendu (1575), y al clero varios ilustres sacerdotes. Por el año 1720, uno de los miembros de esta familia, Bernardo Rendu, de La Mulaz, fue el bisabuelo de monseñor Luis Rendu (1789-1859), obispo de Annecy».

En el siglo XVIII encontramos en Clermont-de-1'Oise una familia de notarios tan importante como la de Lancrans, un Claudio Rendu y detrás de él varios Sebastián Rendu, uno de ellos notario en París a finales de siglo.

Este Sebastián, fundador de la dinastía parisina, tuvo cuatro hijos: Atanasio, Armando, Ambrosio y Aquiles, que tendrán en su abundante descendencia juristas y médicos, muchos de ellos altos dignatarios de la legión de honor. Son contemporáneos de sor Rosalía. Es grato encontrar en ellos piedad, abnegación, espíritu de iniciativa, ciencia preclara. En una de las familias, la del barón Atanasio, la santísima Virgen ha escogido a la hija más pequeña para convertirla en hija de la Caridad. En otra, la de Armando Rendu, la vida del mar fue la que sedujo a uno de los hijos. Atanasio Rendu fue procurador general de Hacienda y comendador de la legión de honor. Ambrosio Rendu, también comendador de dicha legión, fue consiliario de la Universidad; descendientes suyos y de otro pariente, Eugenio Rendu, inspector de escuela y jefe de protocolo del ministerio de Instrucción pública, hay varios Ambrosias Rendu: un abogado en la corte de casación y en el consejo de estado, un concejal del ayuntamiento de París, un diputado..., y la línea continúa. Aquiles Rendu será agricultor. Tendrá un hijo, Víctor, también agricultor e inspector general del ministerio de Agricultura, y un segundo hijo, Alfonso, que será médico. El mayor, Víctor, tendrá toda una descendencia de médicos. Su hijo, el doctor Enrique Rendu, será miembro de la academia de medicina y médico del hospital militar de París. Tendrá también un hijo, el doctor Enrique Rendu, y un sobrino, el doctor Carlos Rendu, médicos del hospital Saint-Joseph de París'.

Un esplendoroso y pujante linaje, lleno de vida y confiada en la vida. Sor Rosalía era de buena cepa; estaba arraigada en buena tierra.

LA FAMILIA

El padre de sor Rosalía, Juan Antonio Rendu, descendía de la rama de los «RENDU-L'ENFANT» de Confort.

Hijo de Juan José Rendu 1'Enfant y de María Ana Gras, Juan Antonio se casó el 7 de febrero de 1785 con María Ana LARACINE hija de Juan Claudio LARACINE y de María VOLLERIN, excelente mujer que sería una excelente ama de casa y una excelente madre de familia. Los dos esposos recibieron la bendición nupcial del abate Genolin, en presencia y con el conocimiento de sus padres respectivos, y, además de Juan Ducrest, Claudio Laracine-Trélin, Francisco Belmont y Claudio Francisco Cloutier.

El nuevo hogar se instaló en una de las pocas casas de Confort, situada junto a la carretera que va de Bellegarde a Morez, adosada a la montaña.

Juan Antonio era labrador. La vida era difícil en aquel difícil país. Se labraba la tierra: se vivía de los productos de la tierra; se amaba a la tierra nutricia. No eran ricos, pero disfrutaban de cierto bienestar, tenían varios criados vinculados fielmente a la familia desde hacía tiempo; entre ellos un hortelano y un mazo de cuadra. La casa era grande;

por detrás se extendía un huerto grande rodeado de una gruesa pared. Había sitio para una familia feliz.

En 1786 un primer hijo vino a alegrar aquel hogar. Era el día siguiente de la fiesta de la Natividad de la Virgen. El hijo, una niña, bautizada el mismo día de su nacimiento, el 9 de septiembre, por el sacerdote Genolin. Recibió el nombre de Juana María. Un día recibiría el de sor ROSALIA y hablaría de ella todo París. Haría honor al hábito de las Hijas de la Caridad y a aquel Dios que la había traído al mundo para hacerle amar.

El registro del libro de bautizos indica que fue madrina Nicolasa Rendu y padrino Juan José Rendu; pero este último, el abuelo, no hacía más que representar a un amigo íntimo, al que Juana María consideró siempre como su verdadero padrino, un compatriota, sacerdote de gran renombre y de mucha autoridad, el señor EMERY, a quien sus cargos retenían en París. Superior General de los sacerdotes de San Sulpicio y superior del seminario, no podía dejar su puesta, pero el padrinazgo ejercido por aquel eminente sacerdote era una bendición; fue siempre un verdadero padrino y muchas veces en la vida de Juana María un poderoso protector, un guía, un apoyo.

2.- EL DESPERTAR DE UN ALMA

«HABÍA UNA VEZ TRES NIÑOS»...

Juana María tenía sólo dos años cuando le nació una hermanita, una muñequita viva a la que podría admirar, acariciar, mecer, con la que podría compartir las delicadezas de su corazón.

Entretanto los días sombríos de la revolución se vislumbraban en el horizonte y en torno a aquellos niños inocentes y risueños se ceñía de preocupación la frente de los mayores. Pero Juana María y María Claudina vivían días apacibles con la ingenuidad de sus pocos años.

Pronto una nueva hermanita vino a completar la fiesta. Le pusieron por nombre Antonieta. Era el año 1793. Juana María iba a cumplir siete años. Cuando se tienen siete años resulta fácil jugar -iera además la mayoría hacer el papel de reina en el trío de las hermanas.

En el huerto algo salvaje, que era su rincón de juegos preferido, tenían fiesta todos los días. ¡Qué bonitos juegos organizaban! Juana María, consciente de sus derechos de mayor edad, decidía, mandaba, gobernaba... ¡Cuántas fantasías salían de la cabeza de aquella niña despierta y llena de vida! ¡Cuántas carreras por el huerto! Pero había también otros juegos más serios en aquel mundillo dirigido por una niña prudente: «Jugábamos a la maestra de escuela», le contó una de las supervivientes a sor Costalin. Juana María representaba muy gravemente su papel: había que recitar el catecismo, rezar las oraciones. Otras veces jugaban a la mamá. Y esa mamá tenía una hija muy buena y, como era tan buena, le concedía el premio de una visita a la capilla de la Virgen que estaba enfrente de la casa. Cantaban allí una canción y volvían luego tan contentas. ¡Habían hecho de «personas mayores»! Habían trabajado sus cabezas y sus lenguas; habían trabajado también sus piernas, pues habían tenido que atravesar la calle en su piadosa peregrinación... ¿Quién sabe si le llevarían también algunas velas? Velas de cera, de madera o de papel... ¡poco importa! Habían pasado un buen rato. Un día feliz. La mamá feliz y la maestra de escuela había sido obedecida; las alumnas se habían mostrado realmente dóciles. ¡Todas se sentían orgullosas! ¡Y contentas! ¡Alegrías sanas y cándidas de los corazones sencillos! ¡Una felicidad poco costosa! Para

unas niñas del campo que no han saboreado todavía las frivolidades y las diversiones de otro tipo, que han conservado en todo su frescor los buenos sentimientos de una educación cristiana y que han sido iniciadas generosamente en el inexorable imperativo del deber, era ya posible vislumbrar todo lo que tiene la vida de seriedad y todo lo que de grandeza encierra el alma.

Estas alegres iniciativas de niña le granjeaban las simpatías y el respeto de todos a la pequeña Juana María. Y sus amiguitas se cuidaban mucho de mostrarse caprichosas con ella, porque -como dice un testigo de aquellos tiempos- «Juana María no habría querido entonces jugar con ellas».

LA PRUEBA

En el hogar familiar nacería pronto una cuarta niña, una pequeña Juana Francisca. Hubiera sido completa la alegría si, pocos días antes, el 12 de mayo de 1796, no hubiera entrado el luto en la casa con la muerte del padre de familia, que se había ido demasiado pronto para conocer a su última hija.

Poco tiempo después la pequeña Juana Francisca, apenas cumplidos los dos meses, fue a encontrarse con su padre en el cielo. Habrá alegría entre los ángeles, pero en la casa de Confort volverá a haber lágrimas, una gran tristeza en el corazón de la madre y una gran pena en el de las hermanitas.

El derecho de primogenitura de Juana María le confería en adelante otros deberes distintos del de organizar juegos y dirigir a la pequeña tropa risueña y traviesa. Tendrá que ayudar a mamá en sus austeras obligaciones. Tendrá que seguir dirigiendo, pero para transmitir a sus hermanas consignas más serias y para contribuir a su formación. Después de todo, aunque no tuviera más que siete años y casi no supiera todavía lo que era un pecado, sabía de todas formas, porque estaba bien educada, lo que es el orden, el recato, la educación y el espíritu de cordialidad. Cuando uno es el hijo mayor, aunque sea un niño, tiene que hacer respetar estas cosas a los más pequeños.

¡Juana María tenía tarea! En primer lugar la de consolar, con su hermosa alma de niña y con las inspiraciones de su corazón filial, el dolor materno que por instinto ella misma adivinaría que era muy cruel.

EN TIEMPOS DEL TERROR. MISTERIO EN LA CASA

Por otra parte, si la muerte había pasado implacable por aquel hogar tan feliz, iban a ocurrir nuevos acontecimientos; las frentes de los mayores se iban poniendo cada vez más sombrías. ¿Por qué la mamá, tan cristiana, tan resignada con la voluntad de Dios, no volvía a mostrar a sus hijas aquel rostro resplandeciente que siempre habían conocido? El bautizo de la cuarta hermanita no había sido celebrado, como antes se hacía, con ninguna fiesta. Cuando aquella hermanita fue arrebatada -tan pronto- al cariño de todos, la mamá se había mostrado ciertamente inconsolable. Pero ¿por qué seguía tan seria? ¿Por qué, alrededor de ella, todos estaban preocupados? ¿Qué es lo que ocurría?

Ocurría que la revolución, con sus ideas generosas pero que se habían vuelto locas, sembraba por toda Francia el trastorno y la persecución. Era el año IV de la República. ¡Ya no estaba permitido ser cristiano!

Pero eran ciertamente cristianos en aquel bendito hogar. Y estaban dispuestos a serlo hasta el heroísmo. El ama de casa, que tenía que enfrentarse con las dificultades de la vida, habría de arrostrar también las amenazas de los perseguidores. La señora Rendu

gozaba de una fama de mujer prudente que hacía aceptar todas sus decisiones en los asuntos familiares, pero era también de una piedad ejemplar. Modelo en la parroquia, daba abundantes limosnas a los necesitados; cuando se presentaba la ocasión, enseñaba el catecismo a los ignorantes; acudía espontáneamente al lado de los moribundos para consolarles, exhortarles y ayudarles a bien morir. Durante aquellos años tremendos del Terror, contribuiría a mantener la fe en el país. Y ella misma estaba a punto de verse comprometida peligrosamente por su fe y expuesta a las represalias de los perseguidores. En aquella casona tan hospitalaria se desarrollaba todo un drama.

Pero las tres hermanitas, Juana María, María Claudina y Antonieta, aquellas niñas tan queridas de todos, rodeadas de afecto, de atenciones delicadas, de cuidados vigilantes, conscientes de ser las joyas de aquella madre tan cristiana y los verdaderos tesoros de la familia, no podían en medio de su felicidad comprender las preocupaciones que pesaban sobre las almas. Iban creciendo risueñas y alegres; iban y venían, se divertían corriendo por el huerto. ¡Eran felices!

Por encima de las paredes del huerto se veían las cimas pintorescas de los montes. A sus oídos resonaban sus bonitos nombres, que ellas repetían cantando hasta hacerlos familiares. Todos aquellos nombres tenían su historia: grandes nombres majestuosos de montañas: «Sorgia» «Crét d'Eau», que eran la honra y el orgullo del país; nombres rudos y sonoros de las aldeas cercanas: con Confort, el pueblecito tan querido, su capilla de Réconfort, Michaille, Châtillon-de-Michaille, Lancrans, Bellegarde.

El horizonte estaba siempre al alcance de la mano: cuando salían para las necesidades del hogar o cuando iban de paseo, apenas dejaban la fila que formaban junto a la carretera las casas de la aldea, saludaban al pasar la imagen de la Virgen en su nicho rústico y se encontraban en las pendientes del «Crét-d'Eau» y sus miradas se dirigían espontáneamente hacia la cima de la montaña; Châtillon-de-Michaille aparecía al otro lado del valle, verdadero nido de águilas, dominando sobre el desfiladero de la Valserine y su maravilloso «Moulin des Pierres»; hacia el sur Lancrans, con el recuerdo de sus corderos y sus cabritos; y luego Bellegarde, montando guardia sobre los caminos que cruzan entre el Ródano y la Valserine. Desde allí, en rápida pendiente, podían bajar hasta la orilla del río. ¡Poesía de los lugares bonitos creados por Dios! ¡Fuerza torrencial de las aguas caprichosas del río! Belleza, magnificencia de los riachuelos encantados de esta Valserine pintoresca en sus juegos de escondrijo a través de las rocas, en sus desapariciones y remansos, con la danza de sus aguas rodando y bailando por en media de las rocas, horadando pacientemente la piedra y forzando el paso por las cañadas profundas del desfiladero. ¡Se escuchaba el rumor de las aguas tumultuosas! ¡Se llenaba el alma de belleza, de grandeza, mucho más aún que la vista corporal!

Pero era evidente que en Francia se estaba desarrollando un verdadero drama religioso. Y sobre todo -a pesar de que era la mayor y tenía ya siete años- la pequeña Juana María era demasiado frágil para llevar el peso del terrible secreto que ocultaba su casa.

En efecto, durante aquellos años sangrientos del Terror, que fusilaba y decapitaba a tantos hombres, la casa paterna tenía una función en la batalla religiosa que todos los días producía nuevos mártires. Servía de refugio a los sacerdotes proscritos, a pesar de que los que acogían a estos sacerdotes estaban sujetos a las más graves sanciones, incluso a la muerte. Pero el sacerdote que sustituyó al párroco se encontraba sin cobijo. Y necesitaba un sitio donde poder albergarse para irradiar desde allí por la

parroquia, en los momentos más favorables, al lado de los enfermos y moribundos y para mantener la vida religiosa de sus fieles. El señor obispo de Annecy, amenazado también por la persecución, había buscado un refugio en un rincón perdido de la montaña, con la intención de pasar a Suiza. Confort estaba en la carretera que llevaba al extranjero. El obispo, antes de cruzar la frontera, se había detenido también en la casa hospitalaria de la señora Rendu.

Muchos buenos franceses que emprendían el camino del destierro antes de verse esclavizados pasaban también por Confort. Desde Confort bastaba bajar el valle de la Valserine hasta su confluencia con el Ródano, para re montar luego el gran río; después de una marcha de unos 20 kilómetros, se llegaba a Suiza, a Ginebra o a Chancy. Era el camino más fácil para los que desconocían o tenían miedo de los senderos de montaña.

Muchos proscritos venían del Jura, de Bugey, del país de Dombes y otros sitios, y pasaban por allí para ir a buscar en un país libre el derecho a seguir siendo cristianos. Antes de la última etapa y antes de los peligros de la frontera, se sentían felices de encontrar en una casa amiga un abrigo seguro y quizás el gozo de asistir a la celebración de los santos misterios. Con este consuelo y con la santa comunión, viático doblemente agradecido en el momento en que había que arrostrar los últimos peligros de aquel arriesgado viaje, marchaban decididos a enfrentarse con las aventuras del destierro.

La casa destacaba entre las demás; tenía un aspecto de limpieza y de sencillez que inspiraba confianza. Por otra parte gozaba de buena fama entre las gentes del país; todos encaminaban hacia ella a los pobres viajeros fatigados. Era grande: podría acoger a los recién llegados..., con tal que perteneciese a una familia decidida que no tuviera miedo a la delación. Pero en aquella casa hospitalaria había gente decidida; y en la aldea los campesinos eran leales, almas sencillas de buenos labradores, rudos montañeros, acostumbrados a la dureza y a los riesgos de la vida, robustos de alma y de conciencia tanto como de temperamento. Es verdad que siempre era posible una trampa; había que tener cuidado para no acoger sin más ni más a todos los huéspedes de paso. Pero el riesgo, en definitiva, no era muy grande. Si uno tiene el corazón valiente, puede afrontarlo sin temeridad.

Lo cierto es que el abate Colliex, que hacía entonces las funciones de cura, tenía allí una habitación provisional, y desde allí iba disfrazado a atender a los feligreses que reclamaban su presencia. El señor obispo de Annecy, más conocido y fácilmente reconocible, obligado a mayor vigilancia, se ocultaba habitualmente en la casa y por la noche, furtivamente, delante de algunos fieles conocedores del secreto, celebraba la santa misa; el Dios de la eucaristía bajaba a aquella casa de bendición.

Por todo esto la casa iba tomando aires de santuario; la gente acudía allí con aspecto de seriedad y devoción. Las tres niñas, sin saberlo, estaban también respirando una atmósfera de recogimiento; sorprendidas a veces en medio de sus juegos y de sus risas por la seriedad de unos rostros que se habían vuelto misteriosos, se quedaban cohibidas y se detenían poniéndose momentáneamente serias como las personas mayores; aquellas horas trágicas les dieron sin duda alguna una madurez precoz. En esta atmósfera de piedad heroica respiraban un aire vivificador de puro cristianismo que las convertiría más tarde en almas vigorosas, templadas para las grandes tareas de la vida.

PEDRO EL HORTELANO

Durante el día el obispo proscrito, con un nombre falso y con ropas de trabajador, hacía el oficio de empleado. Tenían con él las consideraciones que puede merecer un criado de confianza. Se dedicaba a los trabajos del huerto y por eso le llamaban Pedro el hortelano. El huerto era su terreno habitual, que compartía muchas veces con las niñas juguetonas y parlanchinas. Protegido contra las sospechas por aquel esplendoroso bullicio infantil que creaba a su alrededor una atmósfera de libre y confiada alegría, Pedro el hortelano, en su huerto, cavaba un poco la tierra y se ejercitaba en plantar algunas legumbres bajo los ojos divertidos de las niñas.

Pero Juana María tenía ya siete años; en el clima de incertidumbre y de misterio en que se vivía, en aquel ir y venir de tantos huéspedes de paso, los grandes ojos observadores de la niña se habían acostumbrado a mirar mucho, pero sin acabar de comprender las cosas. Aquel hortelano improvisado le resultaba simpático; tenía buen semblante y una mirada muy tierna. Pero era evidente que no entendía mucho de cultivar la tierra. ¿Cómo se le habría ocurrido a su madre contratar a un hortelano tan inexperto? ¡Además había ya otro hortelano para hacer las cosas! ¿Acaso mamá tenía demasiado dinero para permitirse estos gastos inútiles?

TODA UN ALMA EN UNA MIRADA

Por aquellos días sucedió que Juana María estaba trabajando: tenía que hacer los deberes de aritmética y resolver algunos problemas. Mientras buscaba la solución en las nubes, con los ojos levantados muy arriba, hacia el cielo y las montañas, vio a sus hermanitas que se estaban divirtiendo en el huerto. ¡Cómo le gustaría ir a corretear con ellas! Pero su deber estaba allí, en los problemas de aritmética. Y había que terminarlos. También estaba por el huerto Pedro el hortelano, aquel misterioso criado que gozaba de toda la confianza de mamá y que con su bondad se había ganado también todas las simpatías de Juana María, pero que había demostrado ser totalmente inútil para el huerto y que, de momento, no parecía hacer mucha cosa: mientras removía un poco la tierra, estaba rumiando aparte sus ideas; sus labios parecían a veces dirigirse hacia el cielo. ¡Tenía de verdad un buen semblante! ¡No era un personaje ordinario! Pero había algo que molestaba al alma vigorosa de Juana María: aquel hombre, tan simpático a pesar de todo el misterio que le rodeaba, parecía ser de muy poca ayuda para la casa.

Cuando Juana María acabó sus problemas, bajó enseguida a correr por el jardín y a jugar con sus hermanas. Los juegos resultaban siempre más animados cuando participaba ella.

En el huerto estaba Pedro el hortelano, pero daba la impresión de estar solamente de adorno. Era desde luego una buena persona y de muy buena educación. Pero no parecía estar en su lugar; la verdad es que no faltaba trabajo y que Pedro no se andaba con prisas por hacerlo; ¡no avanzaba nada en su tarea!

Y entonces, en medio de la animación del juego y de sus correrías alocadas, Juana María tropezó de repente con el descuidado hortelano, que la miró amablemente. Del corazón honrado de la niña brotó inmediatamente una indiscreta pregunta, planteada sin duda con ese aire de autoridad de un personajillo importante en la casa: «Pedro, ¿ha acabado ya usted su trabajo? ¿Qué es lo que mamá le ha mandado hacer ahora?». En aquel hortelano improvisado había un alma generosa, ungida con el óleo que consagra a los obispos. Y aunque disimulada por su disfraz de hortelano, el alma del

obispo de Annecy conservaba todo su ardor, brillante y fervorosa, toda su dignidad, toda su grandeza.

«¿Qué es lo que mamá ha mandado hacer ahora?» ¡Si Juana María pudiese adivinar qué es lo que tenía que hacer, habría comprendido lo impertinente que resultaba su pregunta y cuán fuera de sitio estaban sus pretensiones de hacerse un poco la dueña de casa!

Pero Juana María no lo sabía. No podía saberlo. Ella desempeñaba inocentemente su papel. Como buena hija, le gustaba que el trabajo estuviera bien hecho.

Pedro el hortelano no respondió. Fijó en Juana María una profunda mirada, empapada en bondad pero cargada de misterio y de sufrimiento, ofreciendo a los ojos y al corazón de la niña todo su tesoro de bondad y de belleza y un poco de su carga de sacrificio.

El alma de la niña se llenó ávidamente de toda la riqueza misteriosa de aquella hermosa mirada. Pero bajo el peso de aquella riqueza que se derramaba sobre su alma inundándola por completo, Juana María estuvo a punto de caer anonadada. Sus ojos se cerraron deslumbrados, intimidados ante aquel rico tesoro insospechado que brotaba del seno de un misterio tan grande. Echó una última mirada furtiva sobre los hermosos ojos de Pedro el hortelano y tímidamente se dio la vuelta y se marchó. De pronto, sus piernecitas se desentumecieron y se puso a correr: ¡corrió muy lejos!

A aquella niña frágil que huía del peso de estos hondos misterios, pero tan recta, tan decidida y de un alma tan limpia, Pedro el hortelano debió enviarle una grande bendición episcopal, que llegaría lejos, en esta vida y en la otra.

LA CLAVE DEL MISTERIO

También ocurrió entonces, por aquel tiempo, que una noche Juana María no lograba dormirse. Y le pareció de pronto que sonaban cuchicheos insólitos y ruido de pasos sordos por los corredores. Luego todo quedó en calma. ¿Estaba acaso soñando? No, desde luego. Estaba despierta y bien despierta; tenía los ojos abiertos. Por otra parte, las historias de aparecidos no eran capaces de asustar a aquella pequeña, de cabeza bien sentada. Tuvo el atrevimiento de levantarse, de seguir también ella, paso a paso y sin hacer ruido, por el corredor que conducía adonde se oían los cuchicheos: abrió una puerta, recorrió una cortina. ¡Cuál no sería su sorpresa! ¡Había un altar con velas encendidas y Pedro estaba allí, revestido de sacerdote! ¡Estaba diciendo misa, como en la iglesia! Fue una revelación. Juana María sabía ya bastante y se marchó. De pronto se había descorrido un velo. Ya sabía, sin comprenderlo del todo, que en su casa estaban pasando cosas grandes y misteriosas. Pero ¿por qué se las ocultaban? Su alma sentía horror a la mentira y al disimulo. Pero todo aquello le parecía una ficción, muy cerca de la mentira. Regresó a su cama.

No sabemos si se volvió a dormir.

En adelante también ella tendría, sin darse cuenta, la frente ensombrecida y en el fondo de su honrado corazoncito un poco de rebeldía contra el ostracismo en que se la tenía respecto a los asuntos de su casa ocultándole aquellos secretos. ¿Es que no tenía ya siete años bien contados?

Y Pedro el hortelano seguía haciendo como que trabajaba en el huerto. Y las pequeñas seguían jugando con él. Juana María ponía en sus juegos una atención más reflexiva, una nota más seria. Seguía dirigiendo ella las cosas; era ella la que decidía y mandaba

obedecer a sus hermanas; se trataba de entretenerlas y hacer que reinara entre ellas la concordia, acudiendo para ello a juegos llenos de fantasía y de buen humor.

Y de vez en cuando tenía que dirimir los altercados y los conflictos que explotaban entre las dos pequeñas.

JUICIO DE SALOMÓN

Una vez riñeron María Claudina y Antonieta. La disputa era por una muñeca. La disensión corría el peligro de pasar del juego a los espíritus, destilando allí su veneno, arruinando la cordialidad del amor fraterno. Menos mal que intervino un juez hábil. No era más que una niña de siete años. ¡Pero lograría imponer la paz! Los sacrificios no le arredaban; impondría un sacrificio, uno bien grande, a las dos litigantes: manda que le traigan la muñeca, objeto de la disputa, y la tira por encima del muro a la calle. Después de todo, una buena solución. Cuando el cariño está en juego no vale nada un juguete, aunque sea una bonita muñeca de mejillas sonrosadas y vestida de organdí.

¡Un implacable juez de siete años!

¿Es que era mala? ¿Tenía un mal corazón esa pequeña que sacrificaba tan duramente los juguetes de sus hermanitas y les hacía llorar? ¿Mala? ¿Acaso podía tener malicia aquella niña a la que, cuando le hablaron del pecado y de la confesión, se le ocurrió decir que quería cometer cuanto antes lo que ella llamaba «todas las maldades» para dejar ya vacío todo el corazón y agotar la fuente de la maldad antes de llegar a la edad de la razón, para no poder ya cometer ninguna falta cuando llegara la hora de las responsabilidades serias?. ¡Ignorancia, ciertamente! ¡Ilusión! ¡Pero candidez absoluta! Aquella pobre niña no había comprendido todavía las consecuencias persistentes del pecado original. ¡Pero qué alma tan grande tenía! ¡Y qué deseos tan maravillosos! ¡Y qué voluntad de entrega total!

¿Sabemos bien lo que ocurre en el alma de un niño? ¿Es que aquel juez precoz e implacable quería acaso entablar un debate justiciero o simplemente asegurar, como hermana mayor, que reinara el más puro amor fraterno entre sus buenas y queridas hermanas? Después de todo, los jueces de los tribunales de todos los grandes países saben también manejar la espada secular y cortar cabezas cuando se falta al orden. ¿Por qué una niña encargada de dos hermanitas no estará autorizada a hacer que lloren después de haber reñido, a quitarles el objeto conflictivo y sacrificarlo en un gesto sensacional, más elocuente que una reprimenda o un sermón? Par algo era la mayor y tenía que hacer reinar el orden y la concordia a su alrededor. Si hay que dar buen ejemplo, ¡los ejemplos tienen que ser concretos!

En todo casa, en esta forma tajante de acabar con un conflicto se vislumbra la valentía de un carácter sumamente enérgico, que quiere el bien, pero que no sabe todavía controlar sus golpes. Se aprecia hasta qué punto estimaba el orden y la concordia por encima de todas las cosas de este mundo. ¿Qué serán más tarde para esta niña todos los tesoros del mundo frente a la belleza de las almas? ¿Cuál será el esplendor de este espíritu, cuando esta escuela de vigor moral se convierta en escuela de renunciaciones sobrenaturales?

EXPLOSIÓN

Las dos hermanitas tan duramente tratadas empezaron a llorar. La muñeca estaba tirada y rota en pedazos en mitad de la calle, al otro lado del muro. Lágrimas y gritos, que pedían justicia, llegaron a oídos de la mamá. Y la mamá intervino, juzgando que

había sido brutal aquel acto del pequeño juez improvisado. Y pensó en imponerle un castigo por su atrevimiento. Juana María, sobre cuyo espíritu seguía pesando desde aquella famosa noche el secreto que había descubierto y que andaba buscando inútilmente encontrar el momento oportuno de descargar confiadamente este peso en una filial conversación con su madre, tuvo entonces una inspiración genial. El secreto explotó inesperadamente: «Mamá, le dijo; si me castigas, diré que Pedro no es Pedro». La mamá, asustada, tenía que pensar en algo más serio que en castigarla. Ya no era una niña lo que tenía delante, sino un alma vigorosa y de una magnífica rectitud. Un poco orgullosa de tanta virilidad en aquella niña de siete años, pero preocupada de las posibles revelaciones que serían una catástrofe para la casa, se llevó a su hija al salón y allí, con la puerta cerrada, le hizo las confidencias necesarias.

Era preciso que supiese, a pesar de su corta edad, los peligros que se cernían sobre toda la casa, los sufrimientos de Francia y de la religión, los asesinatos cometidos en nombre de la revolución y el peligro que corría todo el que se confesara cristiano, y la importancia del secreto que en adelante ella tendría que compartir con las personas mayores. «Juana María, persiguen a los cristianos... El rey y la reina han sido ajusticiados..., en la guillotina... Han sido asesinados muchos franceses, que tenían un nombre aristocrático... Si hubieran descubierto al señor párroco, que te daba el catecismo, lo habrían matado... Si viene a vernos disfrazado, es porque le andan buscando... Y Pedro el hortelano, es verdad, celebra misa... Es sacerdote... Es algo más que eso, hija mía; es obispo... Y si lo descubren, lo matarán... Nuestro primo, el alcalde de Annecy, se ha negado a entregar las reliquias de san Francisco de Sales; lo han matado; lo han fusilado. Y yo misma, hija mía, si denuncian nuestra casa, si se viola este gran secreto..., me matarán».

De pronto Juana María se echó en brazos de su madre y se hundió en ellos. Y el secreto se metió bien dentro de su corazón, para no salir jamás de allí.

El vizconde de Melun refiere que sor Rosalía, cuando recordaba estos lúgubres incidentes, se ponía a temblar de emoción. Le daba gracias a Dios por haberle ahorrada el terrible remordimiento por el crimen involuntario que habría sido su desastrosa indiscreción.

Con estas trágicas lecciones fue avanzando y progresando la maduración de un carácter. Juana María ya desde pequeña tenía un alma bien templada en las responsabilidades propias de una persona mayor. Y como los mayores que la rodeaban con todo el personal de la casa, también ella defendería a la religión; se sentiría más que nunca unida a ella.

3.- LOS PRIMEROS COMPROMISOS

LA PRIMERA COMUNIÓN

Aquella niña que tenía un alma tan grande estaba dispuesta para hacer la primera comunión. Nuestro Señor se complace en las almas rectas. Era tiempo de prepararla para la visita de su Dios.

El señor párroco, aprovechando las horas de descanso que pasaba en la casa, había ido instruyendo a Juana María sobre el misterio de la presencia real de Cristo en la eucaristía. Estas grandes verdades reciben buena acogida en las almas cándidas y se convierten para ellas en fuente esplendorosa de luz. Fue grande la alegría de Juana María al enterarse del día en que iba a hacer la primera comunión. Sería, sin

embargo, una ceremonia clandestina, lejos de las miradas indiscretas, en la sombra; ni siquiera la haría en el salón grande, sino en una cueva... Era menester aumentar las precauciones para una ceremonia que iba a agrupar más gente que de ordinario.

La víspera se hicieron todos los preparativos. Juana María ayudó en ellas a su madre. Todas las ropas más finas y mejor bordadas se sacaron de los antiguos armarios para adornar el altar. Se bajaron los hermosos candelabros del salón, aunque no pudieran encenderlos, ya que su luz podía resultar comprometedor.

Por otra parte, la belleza debería estar sobre todo en el interior de las almas, en la fe y en la santa audacia de los viejos criados y de los modestos aldeanos que habían acudido, despreciando el peligro, para escoltar al Dios de la eucaristía perseguido en otros lugares, para honrar a la dueña de la casa que tanto se lo merecía, y para complacer a aquella niña tan buena, tan amable, tan viva, tan bien dispuesta, de carácter tan jovial; deseaban suplir con su simpatía todo lo que por otra parte pudiera faltar a aquella fiesta.

Juana María no tuvo el consuelo de tener a su lado a sus dos hermanitas. Ellas tenían que seguir ignorando las ceremonias clandestinas y el misterio secreta de la casa. Pero las dos hermanas, cuando volvieron a encontrarse con ella después del gran acto de la noche, seguramente pudieron admirar, sin comprenderlo todavía, la expresión radiante que rodeaba de luz sobrenatural el rostro de su hermana, en el que tantas veces habían visto ya destellos de bondad, sonrisas llenas de cariño y gestos de enérgicas resoluciones.

LA PRIMERA HAZAÑA CARITATIVA DE UNA NIÑA

Estos recuerdos quedan grabados en el fondo de las almas con mayor fidelidad que las más brillantes ceremonias y los más bellos adornos. Y los peligros que se han corrido por las mejores causas templan los caracteres.

La señora Rendu que conocía largamente el vigoroso temperamento y la naturaleza enérgica de su hija, sabía ahora hasta qué punto se había desarrollado su carácter, cómo su viva inteligencia y su robusta voluntad y toda la exuberancia de vida de esta pequeña tan audaz habían ido forjando en ella una personalidad pujante: conciencia recta, alma viril, voluntad resuelta, todo ello animado por un excelente corazón. Podía esperarse cualquier cosa de semejante tesoro. La mamá, a pesar de los pocos años de su hija, podía descansar en ella para las misiones de confianza.

De buena gana le iba a confiar, durante sus ausencias, el servicio de la caridad. Era un verdadero servicio, un verdadero trabajo, muy deseado por otra parte, el de la distribución de limosnas en aquella casa tan caritativa.

Los pobres abundaban. Conocían ciertamente aquella casa acogedora y generosa. Acudían a ella en gran número, especialmente en invierno. Siempre eran bien recibidos y sacaban alguna limosna. Pero en aquellos tiempos tan calamitosos del Terror pasaban por allí continuamente y en grupos masivos, camino del destierro, pobres refugiados, inquietos, que carecían de todo, hasta de un trozo de pan y de ropa con que cubrirse, carentes especialmente de alegría.

Cuando Juana María se acercaba a ellos derramaba con agrado sobre su infortunio todas las gracias de su amable corazón. Se apiadaba enseguida apenas se encontraba frente a la miseria humana. Aquella alma tan vigorosa y enérgica se convertía instintivamente en protectora de los débiles. Entregaba su fuerza a la

debilidad. Pero más aún que una afirmación de su energía, se trataba en ella de volcar su bondad sobre los otros. ¡Era tan sensible a los sufrimientos ajenos! ¡Había visto tan de cerca la miseria en aquellos años desventurados que habían traído la desgracia sobre tanta gente! Y había podido descubrir ya en el rostro de los pobres la sonrisa de la gratitud y la mirada conmovida, reflejo de un alma ganada por medio de un favor. Conocía bien la fuerza conquistadora de la caridad.

Era además tan delicada, tan tierna, tan afectuosa... Las criadas de la casa lo comprobaban todos los días; ¡se mostraba tan respetuosa con todas ellas! Y lo era igualmente, incluso más, con los pobres que gozaban ampliamente de su bondad. Cuando aparecía un vagabundo por la carretera, acudía a su encuentro y tomándolo de la mano lo llevaba a casa, compartiendo con él si era necesario su pan y sus pequeños ahorros. El dinero que le entregaba generosamente su abuelo era pronto distribuido entre los necesitados.

Cuando había grupos enteros que se detenían en su casa, la señora Rendu se reservaba habitualmente la distribución de los socorros, pero hubo un día en que se ausentó y confió a Juana María esta tarea de confianza. Puso a su disposición algunas provisiones, pan y otros alimentos, y alguna ropa. Le dio unas cuantas consignas y recomendaciones, le señaló sus deseos y partió.

Juana María hizo la distribución. Pero después de haberlo dado todo con generosidad, se encontró con unos necesitados que no habían recibido nada. El armario de las provisiones estaba vacío. Juana María fue a buscar

a su armario personal. Llegó además una mujer que llevaba gastados sus zapatos y pronto tendría que caminar con los pies descalzos. Juana María volvió una vez más a su armario, tomó heroicamente un bonito par de zapatos que usaba los domingos y se los llevó.

¿Sabía acaso que Vicente de Paúl siendo niño había inaugurado su vida de caridad con un gesto parecido, vaciando en las manos de un pobre todo el contenido de su hucha? Aquel gesto era la manifestación de una entrega total, que ignora los cálculos interesados; era la aurora de un hermoso destino, lleno de hermosas esperanzas para el porvenir. ¿Se molestaría quizás su mamá cuando volviera? La educación de aquella mujer era firme, ciertamente, pero prudente. La señora Rendu sabía darse cuenta de las circunstancias. ¿Iba a enfadarse acaso por la pérdida de aquellos zapatos? Todavía hoy se recuerda en el país de Confort que las gentes de entonces cuchicheaban entre sí como si se tratara de un gran acontecimiento: «Juana entregó sin permiso sus zapatos más bonitos y su madre no le regañó».

4.- SIGUIENDO LA VOCACIÓN

GEX. EL PENSIONADO DE LAS URSULINAS

Juana María iba creciendo en sabiduría y en gracia, objeto de las predilecciones divinas. Pero como muchas niñas de Francia por aquellos años de agitación y de angustia, no tenía más que una instrucción francamente rudimentaria. La familia había ido supliendo más o menos bien las deficiencias de la escuela. Pero había muchas lagunas que colmar. Ya iba siendo tiempo.

Casi por todas partes, aprovechando la calma que había seguido a la tempestad revolucionaria, las religiosas habían ido regresando a sus puestos y habían vuelto a

tomar el hábito, consagrándose de nuevo a la educación de la juventud. En Gex las ursulinas acababan de abrir su antiguo pensionado. La señora Rendu resolvió confiarles la educación de su hija. Tendrían que separarse. Gex estaba a unos treinta o cuarenta kilómetros. Y se trataba de uno o dos años de pensión en perspectiva. Juana María, tan apegada al hogar paterno que nunca había abandonado y donde tanto la querían, debió sufrir mucho con la separación. Pero tenía fuerzas suficientes para dominarse y para reprimir prontamente las emociones de su viva sensibilidad. Su estancia en Gex le abriría por otra parte los ojos a nuevos horizontes y enriquecería su vida con nuevas experiencias.

Gex está situado en la vertiente oriental del Jura, muy al norte. Para llegar allá había que bordear la cordillera, por el norte o por el sur. Había dos caminos. Uno, saliendo de Confort, se dirige hacia el norte y corre al lado de la montaña por la vertiente oeste, remontando el pintoresco valle de la Valserine casi hasta sus mismas fuentes. Allí tuerce de pronto a la derecha y escalando la montaña por las laderas del Col de la Faucille llega enseguida a Gex. El otro camino baja hacia Bellegarde, rodea la montaña por el sur, por los desfiladeros del Ródano y sube a continuación hacia el norte, en línea derecha hacia Gex.

¡Magnífica excursión por medio de los esplendores de la naturaleza! Si Juana María salió con el corazón encogido de su hogar y de su aldea, enseguida tuvo que entusiasmarse ante el espectáculo grandioso que la naturaleza ofrecía a sus bellos ojos. Sea cual fuere el camino escogido, todo era maravilloso. Sin duda escogieron el que a lo largo de todo el viaje va siguiendo las orillas tan familiares de aquella Valserine cuyo murmullo y cuyos rugidos habían acompañado tantas veces los juegos y las diversiones de las niñas y que, a lo largo de todo su curso, ofrecía a los viajeros el juego cambiante de sus fantasías, sus saltos, sus cascadas, sus furores, sus asaltos a las rocas y sus aguas que formaban al chocar abanicos de finas perlas. Juana María tenía diez años. Nos imaginamos fácilmente a aquella niña de gran corazón, insaciable de belleza, contemplando el espectáculo del río desde el pescante de la tartana, lanzando gritos de admiración y llenando de alegría a su madre con tu entusiasmo infantil.

En Gex la esperaba una cordial acogida, que acabaría disipando, si fuera menester, toda melancolía. A Juana María no le costaría trabajo acomodarse pronto a las exigencias de la vida del pensionado. Las necesarias imposiciones de la vida común, si se aceptan con valentía, se convierten para las almas robustas en un saludable ejercicio de voluntad, en el placer del esfuerzo, en el gozo de la dificultad vencida. La dificultad se desvanece o simplifica y deja en el espíritu la conciencia gozosa de una batalla ganada. Juana María, con su viva inteligencia y la viveza que ponía en todas las cosas se hizo pronto simpática a sus compañeras y a las religiosas.

Emprendió con coraje el trabajo escolar, que resultaba bastante nuevo para ella. Los dos años que allí pasó la prepararon sólidamente para la vida. Podrá juzgarse de ello más tarde por los frutos de su trabajo, por la ductilidad y la agilidad de su talento, por el libre curso de su pluma en su correspondencia.

Juana María se enriqueció mucho en el pensionado. Pero a cambio supo también darle sus tesoros. Con sus buenos ejemplos, con su piedad, con toda la gracia de su alegre carácter, amable y enérgico, devolvía con generosidad todo cuanto le daban. Su piedad tanto tiempo contenida y oprimida por las medidas policíacas de los gobiernos revolucionarios podía en adelante expansionarse libremente, derramarse

en fervientes coloquios con Dios en el curso de hermosas ceremonias y en conversaciones piadosas con sus compañeras, sin aquel continuo sobresalto de antes y sin miedo a los delatores. ¡Qué bien se ensanchaba su alma en aquellos actos piadosos y llenos de fervor! Eran para ella una necesidad. Y acabaron siendo un verdadero deleite.

Gracias a esta piedad robusta, totalmente impregnada de espíritu de fe y que con toda sinceridad ponía ya los intereses de Dios y su gloria por encima de sus intereses personales, pronto dio la impresión a cuantos la rodeaban de que Dios se había hecho un santuario en su alma y que la reservaba para sí, habiéndola adornado de dones tan brillantes, dotado de virtudes tan sólidas, rodeado de los encantos de su gracia. Decían de ella que se haría ciertamente ursulina. Y las religiosas sin duda alguna darían buena acogida a una novicia tan bien dotada y de tan buenas intenciones.

Pero la vocación es un don de Dios. Y Dios, que distribuye sus dones con sabiduría y con una infinita variedad, tiene sus designios sobre cada una de las almas. Cada vocación es un don de gran valor. Y si ese don es apreciado y cultivado con fervor, Dios añade a él nuevos favores a lo largo de toda la vida. Para ello hay que entrar con decisión en los planes de la Providencia y no contrariar sus deseos.

Dios, que lo dispone todo con energía y suavidad, va preparando lentamente, pero con seguridad, a las almas para la gran llamada que algún día ha de dirigirles. Los caminos de la gracia en las almas son muy diversos. Dios obra a veces directamente por sí mismo. Otras veces les confía a otros el mandato de dar a conocer su voluntad. Los pobres tienen muchas veces el privilegio de ser esos intermediarios de las gracias divinas.

«Los pobres -dice Bossuet- son los primeros hijos de la Iglesia, sus verdaderos hijos, a quienes les corresponden en derecho las gracias de Nuestro Señor y quienes son ante los ricos, los intermediarios de su gracia».

El contacto con el pobre está lleno de bendiciones. Juana María había sentido pronto el beneficio de este trato. En su entrega cordial a los pobres que se presentaban en su casa de Confort había recibido muchos favores divinos, que tienen como portadores al pobre. Al darse a los pequeños y a los humildes, se había llenado de sencillez y de humildad, había saboreado los goces de la cordialidad en el don de sí. Llevaba en su corazón el amor al pobre. Aquel era el primer rasgo de amor que el amor de Dios había grabado en aquella alma.

Dios que deseaba hacerse con aquella alma escogida le había procurado además el trato bienhechor con unas almas consagradas y el espectáculo de su felicidad. Por medio de ellas se insinuaría en el alma de Juana María con todos sus encantos y haría brotar en ella toda la alegría del gran amor. Juana María encontraba en la casa de las ursulinas la paz, el recogimiento, la felicidad de orar. Le gustaba mucho aquella vida que rodeaba de estos alicientes el estudio, la disciplina escolar y las mismas distracciones en el recreo. Su exuberancia en los juegos y la aplicación entusiasta de todo su espíritu al trabajo del estudio, lleno de novedad y de sorpresas, encontraban después del esfuerzo una agradable diversión en el descanso de la oración y en aquella atmósfera piadosa de la capilla, en donde se desarrollaban los días de fiesta tan brillantes ceremonias.

EL HOSPITAL DE LAS HIJAS DE LA CARIDAD

Pero había en Gex otra casa en donde Juana María había dejado un trozo de su corazón. La señora Rendu, en una de sus visitas a Gex, tuvo que dirigirse allí y fue acompañada de Juana. Era el hospital. Juana María se encontró allí con la miseria humana, aquella miseria de la que siempre había sentido compasión su tierno corazón. El mal revestía allí una forma distinta, la de la enfermedad. Se trataba de algo nuevo, de algo que tenía por ello más interés para la muchacha, llena de compasión por todas las formas de sufrimiento que iba encontrando.

Y allí encontró también, atentas a aliviar todos aquellos sufrimientos, a las generosas Hijas de la Caridad, cuya abnegación y sencillez ponían un aire de belleza y elevación sobre aquel reino del sufrimiento e iluminaban los rostros sombríos de los pobres enfermos.

Aquel espectáculo la impresionó. Y se despertaron entonces todos los instintos de su generosa naturaleza, atenta siempre a todas las miserias de los hombres. Ella había visto antes el desamparo de los refugiados, su rostro inquieto y temeroso, su cuerpo fatigado, sus pies sangrando, sus ojos agotados. Había visto todo aquello con sus ojos de niña, con su corazón sensible y con la frescura de su alma. Había guardado en su corazón una herida de amor que ya no se curaría jamás. Sufría con todos los que sufren; hacía suyas sus penas, sus inquietudes, así como sus alegrías y sus esperanzas. Hasta su muerte, su corazón vibrará; sensible al más pequeño dolor.

El hospital estaba muy cerca del pensionado. Muchas veces durante el día la campana del hospital recordaba a todos los vecinos que allí, muy cerca, estaba el dolor, la caridad, la oración. Cuando Juana María durante el recreo oía el tañido de aquellas campanas que desgranaban sus notas melancólicas, se detenía en sus juegos, levantaba sus ojos a las ondas sonoras en el azul del cielo y se quedaba como ensimismada, compadeciéndose de todos los sufrimientos que adivinaba detrás de las murallas de aquel jardín en donde tenían el recreo.

Además, el haber visto en el hospital al lado del sufrimiento a unas almas compasivas, que habían consagrado su vida entera al servicio de los pobres enfermos, era algo que inundaba su corazón de santa alegría, como si aquello fuera la realización de un sueño, casi inconsciente, pero que tomaba cuerpo allí, delante de ella, en toda su belleza y que le parecía ser el ideal más hermoso, capaz de dar todo su valor a una vida. ¿Cuál era, pues, aquella noble y santa voz que le hablaba desde el fondo de su alma? Una voz espontánea de una bondad natural, pero empapada de la gracia divina y reforzada por el Espíritu Santo, que le inspiraba en el corazón la llamada de la vocación. Así es como actúa la gracia de Dios, abriéndose lenta y discretamente el camino hacia el alma, hasta explotar un día en ráfagas de luz y de alegría y en la visión de un porvenir maravilloso.

Y Juana María, en medio del recreo, se quedaba ensimismada en su sueño. Y había que sacarla de allí: «Aquí no estás para soñar, hija mía; el recreo está hecho para jugar».

Sí, ¡jugar era lo que había que hacer entonces! Y jugaba, desde luego. Pero ¡impedid a vuestros oídos que escuchen una campana que os cautiva y os canta un porvenir de bondad y de belleza, de entrega ardiente y de gracias de Dios, de abnegación y de gozo! ¡Habrá que jugar, desde luego! ¡Y jugaba! Pero los ruidos y los gritos de los juegos de esta tierra se trocarán, en labios de aquella niña, en cánticos de alegría. Acaba de surgir, llena de gozo, una obrera de Dios. Dentro de

poco entrará en campaña para servir a los enfermos y a los pobres, a los humildes y a los débiles, a todos los necesitados. Se pondrá también a jugar con ellos con un alma cantarina. Su visión del futuro es mucho más hermosa que los juegos. Pero de todas formas, ¡también los juegos les gustan a los hijos de Dios! Y cuando un alma siente el gusto de Dios, ¿habrá algo que no le resulte gustoso si está según la voluntad divina? Todas sus alegrías cederán en bien. Todos los días, todas las horas, son una fiesta para el que ama a Dios.

Así es como actúa la gracia en las almas; así es como día tras día va surgiendo la llamada de la vocación, discreta al principio, urgente y llena de misteriosos atractivos más adelante y finalmente explotando sonora y pujante como un grito vencedor. Lo que él pide no asusta al que le escucha. No hay nada tan tranquilizante como la voz del Espíritu.

Cuando Juana María deje a las ursulinas de Gex se llevará consigo, junto con los conocimientos escolares que le faltaban, la revelación de su porvenir. Su vida tenía ya un sentido. Se había manifestado por completo al señor párroco de Gex, que había aprobado plenamente su proyecto. Se marcharía a saborear durante algún tiempo las alegrías del hogar familiar, ya que era todavía demasiado joven. Pero cuando llegara la hora, le ofrecería generosamente a Dios el sacrificio de todo lo que amaba en su país natal y en el hogar familiar y respondería a la llamada del Espíritu Santo que había depositado en su corazón su inmenso amor.

ÚLTIMAS ALEGRÍAS EN EL PAÍS NATAL

Su estancia en Gex, interrumpida por algunos días de vacación, había durado dos años. Volvió a Confort. En el pensionado la vieron marchar con un poco de melancolía... Pero Juana María, feliz de poder volver a ver a su familia, conservaba en su corazón un grato recuerdo de aquel pensionado en donde había recibido tan buena acogida, donde había hecho tan buenas amistades y donde había escuchado la voz de Dios en la paz y en el recogimiento.

Volvió a Confort con alegría. Veía de nuevo los lugares familiares que le eran tan queridos, la casona, las hermanitas que corrieron a su encuentro y que habían crecido mucho: María Claudina tenía once o doce años, Antonieta seis o siete... La mamá, con cierto orgullo legítimo, contemplaba la alegría de sus tres hijas, las verdaderas joyas de su casa. Juana María, llena de gozo, volvió a saludar a los antiguos criados, tan fieles como siempre, a los vecinos, a los amigos de los días buenos y de los días malos. Los rostros habían cambiado; ya no estaban tan ensombrecidos como en los días del Terror. Las miradas no eran ya vagas y lejanas; no se dirigían a un más allá fuera de la visión presente, como hipnotizadas por una visión de los peligros que amenazaban. Miraban de frente y se posaban firmes sobre las gentes y las cosas. Todas las almas parecían ahora acariciadas por el sol. La guerra civil había cesado y la paz de los espíritus hacía renacer la dicha, la esperanza, la claridad de la vida. En la casa reinaba una animación sin miedo alguno; cierto aire de libertad se respiraba en la manera de vivir, en el trabajo, en el lenguaje; volvía la franqueza de antaño, las canciones, las risas...

Juana María dio vueltas por toda la casa y vio de nuevo el huerto. ¡Ya no estaba allí Pedro el hortelano! Le habría gustado volver a verlo, con su amable mirada y su aire majestuoso y con sus torpezas de hortelano que tanto le habían desconcertado antes. Visitó el salón grande; habría escuchado la misa en aquel sitio con gran

alegría. ¡Pero ya no estaba allí Pedro el hortelano! La cueva de su primera comunión tomó a su llegada el aspecto de un santuario. Su imaginación iba repasando todos los momentos de aquella gran ceremonia. ¡Qué recuerdos tan maravillosos! ¡Felicidad de las almas piadosas! ¡Lugares benditos de pasadas alegrías! ¡Cosas inanimadas que tienen un alma que se apega a nuestra alma y la obliga a amar!

La vida reanudó su curso tranquilo en aquella familia. Juana María no tenía más que trece o catorce años, pero sentía más que nunca la conciencia de sus dones y de sus obligaciones. ¡Se encontraba ahora entre unas hermanas mayores que se habían convertido en personas razonables! ¡Entre las tres iba a ser fácil la tarea de la casa! La mamá no tendría que hacer otra cosa más que mirar a sus hijas y expresar sus deseos. ¡Ya lo creo que la obedecerían! ¡Eran tan juiciosas! Habían tomado gusto a la obediencia. La casa marcharía estupendamente. Se ocuparían en atender a los pobres, a los vagabundos, a los mendigos. A toda aquella pobre gente les entusiasmaría verse atendidos por unas muchachas tan amables y gozarían de su amabilidad. Y Juana María, que había recibido tan buena educación, les daría a sus hermanitas un poco de aquella sabiduría que había recibido en Gex.

¡Querido hogar de Confort! El porvenir se presentaba lleno de felicidad. La paz había vuelto a los espíritus y a los corazones, aunque todavía se seguía hablando de guerras, de expediciones, de combates y de victorias. En el corazón de Juana María reinaba una gran paz y una inmensa alegría, aunque empezaba a vislumbrar que sería grande el sacrificio que habría de hacer algún día, el día señalado por Dios, de todas aquellas cosas tan queridas que habían rodeado de encanto su juventud.

La guerra civil había cesado. Todos estaban ahora atentos a los triunfos militares que iban alcanzando los ejércitos imperiales. La religión, lo mismo que el estado, se iba levantando de las ruinas. Juana María iba con frecuencia a la iglesia de la aldea. Saboreaba en paz la alegría de ser cristiana. ¡La sangre de los mártires hacía esperar un siglo maravilloso!

La vida transcurría con tranquilidad. Pero Juana María seguía con sus sueños. En el seno mismo de toda aquella felicidad familiar ella vivía el ideal religioso que había seducido su espíritu. Cuando se encontraba a veces con algún vagabundo por la carretera a recibía a algún mendigo en la puerta de casa, su corazón se enternecía, como siempre, ante la miseria humana; pero ahora se sentía sostenida por un fervor religioso, preludio y gusano anticipado de toda la vida de caridad que ella misma se prometía.

En Gex, en su visita al hospital, había visto de cerca a los enfermos y a las hermanas abnegadas que les atendían. Deseaba volver a ver todo aquello, enfrentar una vez más su corazón con las grandes decisiones. Por otra parte, podría ver de nuevo al señor de Varicourt, el párroco de Gex que había sido su director. Y un buen día indicó a su madre su deseo: iría a pasar en Gex unos días en el hospital, para aprender a curar a los enfermos, una cosa que siempre es útil en la vida. ¿No era además una buena ocasión para visitar a las buenas religiosas ursulinas y agradecerles sus atenciones?

La señora Rendu no se engañó; no se hacía muchos proyectos sobre el porvenir de su hija, pues sabía que no podía oponerse a sus deseos. Pero sobre todo no quería contrariar a los designios de Dios, que ella empezaba a vislumbrar.

Juana María partió para Gex. Una de sus amigas le acompañó en el viaje. Las dos tenían el mismo deseo secreto de consagrar a Dios su porvenir. En Gex se hicieron mutuamente confidencias. Y sus esperanzas compartidas no hicieron más que reavivar sus deseos y aumentar su felicidad. Juana María volvió a Confort, plenamente decidida a seguir la llamada divina. Y reanudó la vida familiar, aguardando la llegada de la hora propicia. Y he aquí que un buen día -un gran día- la señorita Jacquinet, su amiga, vino a anunciarle su marcha: dentro de poco se irá a París, a las Hijas de la Caridad. Juana María no tenía costumbre de vacilar. ¡La vida caminaba aprisa en su alma! «¿Te marchas tú? ¡Me voy contigo!» Le dijeron que era demasiado joven; pero ella no se atenía a razones. «A Dios le gusta la gente joven, lo mismo que a los hombres. ¡Entreguémosle la flor en todo su frescor! Dios estará más contento» -«¿Pero, qué dirá tu mamá?» -«De eso me preocupo yo». Y acudió a los pies de su madre. -«Madre, la señorita Jacquinet se va a París. Me voy con ella» -«¿A qué va?» -«Va a entrar en el noviciado de Hijas de la Caridad. Y yo quiero entrar con ella». Pero las cosas hay que pensarlas un poco; una madre no puede dejar marcharse así a una hija tan joven. Es verdad que ella sabía muy bien que nada sería capaz de estorbar la decisión de su hija. Sabía que era piadosa, reflexiva, tenaz, que conocía muy bien lo que quería y que lo quería firmemente. Por otra parte sabía que aquella vocación tenía todas las garantías que eran de desear. Pero a pesar de todo puso algunas reservas y señaló todas las objeciones que exige la prudencia humana: había que esperar. Había que pedirle consejo al abuelo; y éste se lo pediría al señor Emery, su padrino. Se atenderían a lo que él dijera. Era lo más prudente. Y esperaron. El señor Emery escribió desde París que él velaría por su ahijada, que las Hijas de la Caridad acababan de reconstruir su casa madre cerca de su residencia y que le sería fácil seguir a la novicia y velar por su salud. El abuelo dio también su consentimiento. Desde entonces todo el mundo estuvo conforme. La noticia corrió por toda la casa. Todos sintieron una gran emoción, mezcla de admiración y de pena. Pero había un gran corazón en aquella casa privilegiada. Todos se inclinaron ante el heroísmo de aquella muchacha y pusieron su sacrificio al lado del de ella. En aquella cosecha magnífica el sacrificio de las dos hermanas desoladas no fue el menos agradable a Dios. Del corazón de los niños Dios hace brotar las alabanzas más perfectas.

LA MARCHA HACIA LA GRAN AVENTURA

A finales de mayo del año 1802 la diligencia de París se detuvo ante el portal de la gran casa familiar, para recoger a Juana María y a su compañera, la señorita Jacquinet. La mamá, en su puesto de ama de casa y de madre de familia, punto de mira, apoyo y modelo, daba a todos ejemplo de coraje. Le había dicho sencillamente a su hija: «Hija mía, cuando te lleve la diligencia, ponte al lado de acá, para que te pueda ver por más tiempo».

Y el conductor restalló el látigo. La diligencia partió al trote de los caballos. La mirada de Juana María y la de su madre se cruzaron por última vez, los ojos se llenaron de lágrimas, llenas de ráfagas de cariño. Y en un recodo del camino desapareció la diligencia.

Ya no volverían a verse la madre y la hija más que una sola vez en la tierra. Pero la Providencia preparaba para Juana María un destino maravilloso del que su madre

podía sentirse ciertamente orgullosa. Y la mamá, por su parte, que había conservado para Dios el alma magnífica de su hija, se quedaría en su puesto para proseguir en el hogar su hermosa misión maternal.

5.- PARÍS. EL NOVICIADO

AL DÍA SIGUIENTE DE LA REVOLUCIÓN

Las dos viajeras llegaron a París el 25 de mayo de 1802. Se dirigieron a la casa madre, en la calle del Vieux-Colombier, a la sombra de San Sulpicio, en donde se estaba reconstituyendo la Compañía después de la tormenta revolucionaria.

Por casi toda Francia las hermanas se habían ingeniado en la medida de lo posible por permanecer en sus puestos sirviendo a los necesitados, conservando su espíritu de Hijas de la Caridad sin el hábito religioso que les estaba prohibido llevar; lo mismo que en Gex, habían seguido entregadas a su misión. Pero la casa madre del barrio Saint-Laurent había sido evacuada en tiempos del Terror. Al principio, en 1789, había recibido la visita de una banda de gente dispuesta a todo, pero que se había visto subyugada por el espectáculo grandioso que se había ofrecido a sus ojos al entrar en la capilla: allí había un centenar de hermanas y de novicias, inmóviles, en oración, preocupadas como es lógico por lo que podría pasarles pero dispuestas al sacrificio de su vida. Ante semejante espectáculo los asaltantes se detuvieron sin saber qué hacer y acabaron marchándose ¹. Más tarde llegó una orden oficial de evacuación y fue necesario dispersarse: las novicias habían vuelto a su casa familiar y las hermanas se distribuyeron por varios sitios para seguir rindiendo en la clandestinidad sus oficios de caridad. A finales del año 1797, después de que pasaron los años del Terror y la muerte de Robespierre, la reverenda madre Deleau había regresado a París, procedente de Bray, en Picardía. Encontró en la calle de MagonsSorbonne, número 455, un albergue más o menos precario. Y allí fueron recogiendo, una a una, varios centenares de hermanas que volvían felices del destierro. Con ellas y con algunas postulantes se empezaron a reorganizar las casi doscientas casas de Francia. Finalmente, en diciembre de 1808, un decreto de Bonaparte restablecía oficialmente la Compañía y le asignaba como casa madre un inmueble de la calle del Vieux-Colombier, el número 15, dedicado anteriormente a hospicio de niños huérfanos. Recibieron la orden de formar enfermeras para los hospitales, pero se les seguía prohibiendo usar la corneta. De todas formas se encontraban en su casa y las hermanas dispersas podían volver al hogar familiar. De hecho volvían todas contentas, valientes, bien templadas en la prueba. En efecto, todas las casas habían ido pasando sus pruebas y algunas de ellas tuvieron también sus mártires: en Dax, Angers, Arras y Cambrai, varias hijas de la Caridad habían dado su vida en el cadalso o frente a los fusiles alineados frente a ellas. Volvían las supervivientes, ricas en piadosos y heroicos recuerdos, dichosas de encontrar de nuevo en aquella casa del Vieux-Colombier, bajo la magistral dirección de la reverenda madre Deleau, las piadosas costumbres y los ejercicios de la comunidad. Tenían además la ventaja de vivir a la sombra de la parroquia de San Sulpicio. Aquello era una bendición.

SAN SULPICIO. EL SEÑOR EMERY

Privadas de los padres de la Misión, a los que había dispersada violentamente la revolución, las hermanas encontraban en su propia parroquia, entre aquellos sacerdotes de San Sulpicio, todos los socorros espirituales que podían desear. Más afortunados que los Paúles, los sacerdotes de San Sulpicio que atendían a una parroquia gozaban por ese mismo hecho de una especie de reconocimiento oficial, que no podía pretender la Congregación de la Misión. El propio San Lázaro se había visto sometido a duras pruebas ya desde el comienzo de la revolución. Las distribuciones diarias que allí se hacían a los pobres y todos los servicios caritativos que había allí organizados hicieron creer a muchos que allí se ocultaban grandes riquezas; y el espejismo del oro, que deslumbra la imaginación de muchos, hizo que el populacho, el 13 de julio, víspera de la toma de la Bastilla, invadiera la casa en medio de un motín, entrando a pillaje por todas partes y saqueándolo todo, de manera que la casa había quedado inhabitable. Los misioneros se habían dispersado. Varios estaban en el destierro. Francisco Regis Clet, el director del seminario, partió para China donde algún día conquistaría la palma de los bienaventurados después de treinta años de apostolado. Algunos vivían ocultos por la provincia y hasta en el mismo París, pero salvo raras excepciones -entre ellas la del padre Francisco, superior de Saint-Firmin- se encontraban como la mayoría de los eclesiásticos desbordados por los acontecimientos, desamparados ante la trágica novedad de los problemas que planteaban a la conciencia cristiana las exigencias de los gobiernos revolucionarios. Se necesitaba un señor Emery, el sulpiciano, o un padre Francisco, el paúl de Saint-Firmin, con todo su dominio, su clarividencia, su don de la oportunidad, su serenidad, para mirar de frente los fatídicos problemas y dar a las conciencias alarmadas las soluciones más convenientes. Todavía hoy, muchos años después de haberse reconquistado la paz, los espíritus más distinguidos siguen discutiendo aquellos problemas. ¡Cuáles deberían ser entonces la indecisión y la angustia! El padre Francisco, antes de su martirio, había sido un verdadero oráculo en Saint-Firmin. El señor Emery, que también se había quedado valientemente en su puesto, fue entonces el recurso universal. Fue verdaderamente la conciencia del clero. Retirado a un pobre y pequeño piso de la calle d'Enfer servía discretamente a todos cuantos acudían a sus consejos. Durante aquellos años de angustia fue el sostén y la luz de muchas almas angustiadas o que se encontraban vacilantes frente a unos deberes inciertos o penosos.

El señor Emery tenía plena conciencia del servicio que hacía a los demás, pero también del peligro que corría. Estaba preparado para la muerte. Cuando fue detenido y conducido a la Consejería, se hizo fabricar una guillotina en miniatura, a fin de poder meditar en la muerte delante de aquel símbolo de poder de los reyes del momento, terrible instrumento de su reinado. Pero era prudente y por eso no quería provocar a nadie ni forzar la situación. Por eso se borraba todo lo más posible. Quizás se sabía además protegido más que los otros, gracias a ciertos valiosos protectores. No todos podían tener la misma audacia. De hecho alguien intervino desde arriba y pudo salir de la prisión. Por otra parte, como sulpiciano, gozaba en cierta medida, lo mismo que sus hermanos de la parroquia, aunque él no viviera allí, de cierto prejuicio favorable. Es verdad que en todas partes había habida defecciones; los sulpicianos de la parroquia lo mismo que todos los demás párrocos habían recibido la orden de prestar el famoso juramento. Los

investigadores se presentaron a la hora de los oficios; hubo un gran sobresalto entre los fieles: «Si San Sulpicio sucumbe -decían-, todo se vendrá abajo». Pero San Sulpicio no sucumbió. El párroco, desde el púlpito, se enfrentó magníficamente a los investigadores con una declaración llena de coraje. Luego, de pronto, vencido por el esfuerzo y la emoción, cayó inánime al suelo. Finalmente, ante la conmoción de la gente, quizás también por compasión, los investigadores se retiraron y se dio un carpetazo al asunto.

Realmente San Sulpicio suponía una fuerza enorme.

En 1800, el señor Emery seguía aún en la calle d'Enfer. Vivía pobremente, procurando aparecer lo menos posible. Pero a partir de otoño de aquel año, queriendo asegurar cuanto antes la renovación del clero que se había visto diezmado por la persecución, reconstruyó el seminario en unos locales provisionales. Todavía no habían podido recuperar el antiguo emplazamiento y se establecieron en la calle Saint-Jacques, en una casa de alquiler, donde habían preparado una pequeña capilla. El domingo iban a celebrar los oficios a Saint-Jacques du Haut-Pas o a los carmelitas.

Así pues, el señor Emery, tal como se lo había indicado a su amigo el abuelo Rendu, no estaba lejos de la calle del Vieux-Colombier y de las Hijas de la Caridad. Acudía con frecuencia a la casa madre; predicaba, confesaba, era un precioso apoyo para la madre Deleau. Tres años antes había presidido, como vicario general de París, el traslado de los restos de Luisa de Marillac y su solemne instalación. No podía faltar a la promesa que había hecho de velar por las nuevas postulantes de Confort.

Es fácil de adivinar la alegría de las dos viajeras cuando se encontraron al llegar con el ilustre sulpiciano, el padrino tan querido de Juana María. Ya le habían avisado de su llegada. No había entonces teléfono ni telégrafo, pero estaba bien organizado el servicio de correos y llegaban pronto las noticias. El señor Emery estuvo allí a tiempo para dar la bienvenida a su ahijada, para ofrecerle el recuerdo de aquel querido país que acababa de dejar y para asociar en un mismo himno de alabanza divina los sanos afectos de esta tierra y los ardores del amor divino. Con este espíritu de alegría sobrenatural y de viva gratitud al Señor hizo Juana María su entrada en la querida casa madre en donde iba a realizarse su hermoso sueño.

EN EL SEMINARIO

La señorita Juana María Rendu solicitaba la admisión entre las Hijas de la Caridad. Habiendo hecho en Gex un tiempo de prueba que era una especie de postulantado, podría entrar ya directamente en el noviciado, que las Hijas de la Caridad llaman más modestamente «el seminario». Le darían luego el hábito de las Hijas de la Caridad -al menos el que entonces llevaban, ya que el traje tradicional, especialmente la corneta, habían sido prohibidos por la ley revolucionaria-. Más tarde tomaría allí el impulso necesario para ir a ejercer sus funciones en el campo de acción que le hubiera preparado la Providencia. Entretanto se trataba de vivir en el recogimiento de la casa madre, en la simple caridad de una vida fraternal, siempre dispuesta a «servir» con toda humildad y sencillez.

Al ocupar un sitio entre las Hijas de la Caridad podría participar de su vida de familia, de las fiestas de la casa, de las festividades litúrgicas y de los ejercicios piadosos de la comunidad. Apenas llegar tuvo la alegría de poder contemplar las reliquias de la venerable fundadora, Luisa de Marillac, trasladadas tres semanas

antes a la calle del Vieux-Colombier, y de antiguo y de gozar de la presencia de aquel tesoro familiar. Participaría también ella de las gracias divinas y de las bendiciones que Dios se dignaba derramar en abundancia sobre la Compañía por manos de la santísima Virgen.

EL PROGRAMA

Juana María tendría que adaptarse a un nuevo género de vida, tendría que entrar dentro del marco de usos y costumbres tradicionales de la Compañía, tendría que forjar su alma en el espíritu de las Hijas de la Caridad y practicar sus virtudes características. Ese era su deseo, pero ¿sabía ella bien lo que es el alma de una hija de la Caridad? Había visto desde luego su obra muy de cerca, especialmente en Gex. Con la intuición de su almatan sensible, sondeaba con facilidad el fondo de los corazones. Su contacto habitual con los pobres y los desvalidos que pasaban por Confort en gran número le había hecho tomar instintivamente los sentimientos y algunas de las actitudes propias de las Hijas de la Caridad. Pero era preciso que tomara buena conciencia de todo aquello y que pusiera las cosas a punto.

Ciertamente no era necesario estimular su celo y su amor a los pobres. Había traído a la comunidad todos los deseos de un corazón grande, todos los ardores de su alma caritativa. La gran virtud de la *caridad* podía decir que ya estaba adquirida en ella. Más bien sería necesario templar sus ardores en la práctica, regular sus manifestaciones teniendo en cuenta los recursos reducidos de una salud que era más bien frágil y la subordinación necesaria al trabajo en común, aquel trabajo en equipo que duplica el rendimiento, pero que exige el sacrificio de las ideas personales en aras del plan de conjunto que ha trazado la encargada de la dirección.

¿Tendría esta joven generosa la *humildad* necesaria para doblegar e inclinar sus sentimientos personales ante el sentimiento de otro? ¡Sí que la tenía! Por muy decidida que fuese y por muy acostumbrada que estuviese a imponer sus derechos de hija mayor para dirigir a su manera la vida de su pequeño pelotón de hermanas, ¿no había sabido acaso doblegarse alegremente ante las consignas de su madre? ¿Podía costarle mucho la obediencia a aquella muchacha que en las órdenes que se daban admiraba la autoridad prudente, recta y afectuosa de una madre tan querida? Lo mismo haría también en la calle del Vieux-Colombier. Había venido con confianza y llena de un santo respeto hacia las directoras de una Compañía a la que apreciaba y quería y se entregaba de todo corazón. Sabría mantener en su alma piadosa aquella gran estima y aquel santo respeto; y la obediencia sería para ella un juego, una felicidad, un descanso, una de las formas elementales de esa virtud fundamental que es la humildad cristiana.

Pero mimada como había estado en un hogar familiar tan unido, en medio de criados y de aldeanos que eran todos amigos, ¿no habría traído a la Comunidad todo el trasfondo de un alma que se complace en los halagos y que busca la popularidad de su pequeña persona? Realmente, si había una lección que había sido capaz de aprender en el contacto con aquella buena gente de Confort, era precisamente la de la *sencillez* de buena ley que sigue rectamente su camino, el camino del deber, admirable de ordinario en aquellos buenos aldeanos para quienes el deber les parece algo perfectamente natural y que están acostumbrados

a ver las cosas claras, con sencillez, sin disimulos, en un intercambio cordial, muchas veces heroico, que ellos mismos consideran como absolutamente normal. Juana María traía también para el servicio de los pobres un alma ardiente, caritativa, compasiva, un carácter enérgico pero dúctil, un corazón generoso, una piedad simple y sincera, noblemente deseosa de hacer algo grande y hermoso en la vida con los dones recibidos de Dios, devolviendo a Dios con toda sencillez lo mucho que había recibido de él. Todo esto es lo que ofrecía a la Compañía para el servicio de los pobres. Por algo pertenecía a aquella raza vigorosa del Jura, robusta, honrada y sencilla; por algo había sido educada en una familia cristiana y caritativa, cuya fe y cuyas virtudes habían resplandecido y crecido en medio de las pruebas de la revolución. La vida de disciplina no resultaría sin duda muy difícil para aquel alma tan vigorosamente templada.

A pesar del desgarrón de las separaciones familiares, muy cruel para un espíritu tan sensible como el de Juana María, se entregó con alegría y entusiasmo a sus nuevas obligaciones. Su educación había sido excelente; la formación del noviciado sería fácil. El trabajo se llevaría a cabo con toda normalidad.

Caridad, humildad, sencillez: Juana María lograría pronto aprender el programa. Caridad ardiente, incansable, siempre dispuesta a servir, pero practicada con normalidad y sencillez. Era todo un programa de vida cuya belleza moral le encantaba y del que su alma llevaba ya algún reflejo, que constituía un verdadero deleite.

LA FORMACIÓN

La verdad es que la novicia había encontrado para que la dirigieran unas manos expertas. La hermana a la que se le confió por entonces la formación de las jóvenes era una bretona natural de Dinan, sor Gillette Julienne Ricourt. Tenía entonces cuarenta años. Cuando al llegar Juana María se encontró ante aquella persona de aspecto grave, templado por una amable cordialidad, cuya presencia inspiraba al mismo tiempo respeto y confianza, seguramente se dijo: «Estoy en buenas manos». No tendría mucha dificultad, ella que era un poco tímida a pesar de su carácter enérgico, en entregarle las llaves de su alma para dejarse formar por ella. Encontró en la hermana directora el guía avisado y resuelto que deseaba. Quedó plenamente tranquila al verse bajo la dirección de semejante guía para realizar la travesía un tanto misteriosa del noviciado. Su alegría no hizo más que aumentar cuando oyó a la hermana directora exponer en las conferencias habituales, con toda sencillez, las altas verdades sobrenaturales que sirven de base a toda la espiritualidad cristiana. Juana María había encontrado el alimento sólido y sencillo, con que podría durante toda su vida nutrir su alma ardorosa y realista. Cuando a veces recibía algún aviso o algún reproche, le gustaba esta forma de actuar firme y cariñosa a la vez, clara y directa, que no tenía nada de amargo y revelaba solamente la preocupación por la gloria de Dios. Le gustaba aquella voz sincera y reveladora de un alma grande, que enseñaba devociones muy atractivas, como la de Nuestro Señor en su santa infancia, la del Verbo encarnado, la del santísimo sacramento del altar.

Juana María podía considerarse feliz. Más aún, si se piensa que el señor Emery, con ocasión de su ministerio en la casa madre, podía ver con frecuencia a su ahijada y añadir a aquella obra maravillosa su propia nota original de la que sor Rosalía, agradecida, se hará eco más tarde. El señor Emery tenía el arte de recoger y

resumir ciertas lecciones importantes en unas cuantas sentencias lapidarias que se grababan para siempre en el corazón de sor Rosalía. Hablando, por ejemplo, de la abnegación incansable de una hija de la Caridad, repetía muchas veces que la hija de la Caridad tiene que ser «como un mojón del camino sobre el cual todos los caminantes fatigados tienen derecho a depositar sus fardos». Dura consigna que resonó noblemente en el corazón de todas las Hijas de la Caridad que lo escuchaban. Este pensamiento es ya familiar entre ellas. Y la fórmula tan densa de contenido y tan gráfica en su expresión, es del señor Emery. Era ésta una de las lecciones del noviciado, en la traducción de este esmerado educador.

El señor Emery se servía de fórmulas semejantes cuando hablaba del sacerdocio. Y estas semejanzas revelan muy bien el carácter sobrenatural que tomaba en él la formación de las almas religiosas lo mismo que la de las almas sacerdotales.

Entre las cualidades del señor Emery, sor Rosalía parece haber apreciado de manera especial, junto con su espíritu de fe y su piedad sacerdotal, la seguridad de su dirección, la claridad de sus consejos, expresada en fórmulas lacónicas, ecos de un pensamiento seguro de sí mismo, perfectamente concretado, condensado, reducido a lo esencial, y por otra parte el humor de su ingenio que estallaba chispeante de aquella alma tranquila y serena, siempre ocupada en los más altos pensamientos y en los más graves problemas. En semejante escuela sor Rosalía pudo aprender a hablar claro también ella y a enfrentarse alegremente con las dificultades de la vida. Y en todo caso tenía en aquel guía espiritual una robustez de alma y una limpieza de actitud en la vida que inspiraba la más alegre confianza.

Juana María, bien asentada en este apoyo tan sólido y tan agradable, podía caminar con seguridad. Las líneas que dejó escritas sobre su distinguido padrino, nos revela todo el valor que concedía a su provechoso padrinazgo:

«Me siento deudora -decía- de mi santa vocación al señor Emery. El había sido mi padrino por procurador, debido a la amistad que tenía con mi familia. Era amigo íntimo de mi abuelo. Fue él quien me mandó llamar a mi abuelo y el que adquirió el compromiso de hacerme venir a París y de cuidar de mí... Le prometió que si no lograba restablecerse la comunidad de hermanas, me enviaría de nuevo a mi país.

«Llegué en 1802... Me recibió el señor Emery con un cariño de padre y me presentó a sor Deleau, que era la superiora general de la congregación... «Mantenía con nuestra casa relaciones de mucha intimidad y nos hacía a todas mucho bien. Nos dirigía él mismo algunas pláticas y nos daba consejos muy útiles. Confesaba a muchas de las nuestras... ¡Qué charlas tan interesantes nos daba el señor Emery sobre la humildad! Tenía mucha devoción a san Vicente de Paúl, lo invocaba con frecuencia y nos animaba a todas a invocarle y a imitarle. También nos exhortaba con mucho interés a que fuéramos devotas de la santísima Virgen y nos recomendaba que no dejáramos nunca de rezar todos los días el rosario.

«No soy capaz de expresar todas las atenciones y muestras de afecto que tuvo conmigo, los santos consejos y las máximas que se esforzó en inculcarme para hacerme digna de mi vocación».

Conviene que recordemos la dura lección que dio a sor Rosalía el señor Emery desde su lecho de muerte, para que comprendamos hasta dónde llegó la estima y el agradecimiento que sentía la ahijada por su virtuoso padrino. Era en el año 1811. Sor Rosalía, deseando ver por última vez a su padre espiritual, se apresuró a acudir al pequeño apartamento donde éste vivía en la calle de Vaugirard. Mientras iban a

avisar su visita al señor Emery, ella aguardaba en el locutorio. Pero el señor Emery se negó a verla y a recibir esta última visita de su ahijada y le envió este duro mensaje: «Id a decirle a sor Rosalía que hay que hacer sacrificios y ofrecérselos a Jesucristo y que yo le envío mi bendición como amigo, como padrino y como padre».

Este padrinazgo era realmente una fuerza. Durante cerca de diez años el señor Emery fue un precioso apoyo para sor Rosalía. En el momento en que entró en el noviciado, fue él el que más alientos le dio y le abrió un panorama de la más brillante esperanza. Y durante el mismo, ella pudo gozar de su excelente dirección. En efecto, en el señor Emery se reunían «el saber que ilumina, la prudencia que guía hacia el objetivo más alto, la modestia que no se atribuye nada indebidamente, la discreción que nunca traiciona».

Aquel hombre profundamente humilde y discreto pensaba únicamente en servir a los demás. Todos los tesoros de corazón y de espíritu que encerraba su alma estaban al servicio de sus dirigidos. Se barraba de buena gana ante los demás, sin conservar para sí ni un átomo de esa pequeña gloria que está vinculada al éxito. Aquel poderosa espíritu que dirigía al clero de Francia y que en la cárcel entretenía sus ocios estudiando a santo Tomás de Aquino, que irradiaba luz sobre las almas resolviendo los casos de conciencia tan difíciles que suscitaba la persecución, se complacía sin embargo en pasar desapercibida. Era el inspirador y el animador de muchas buenas obras, pero luego se borraba, dejando a los demás la alegría y la gloria de la empresa. A las obras de gran envergadura él prefería las obras modestas, seguras y eficaces. Tenía el precioso don de la prudencia y un enorme sentido común. Quería que sus dirigidas hicieran un uso prudente de todas las libertades que se les concedían, recomendaba la acción individual, día tras día, en la paciencia, el trabajo y la humildad.

Aquella alma estaba tan interesada por la gloria de Dios y por el bien del prójimo, por todo aquello que en Francia podía ofrecer alguna ocasión de realizar un bien moral, que todo lo demás carecía de importancia para él. Su única preocupación era la de actuar debidamente para restablecer en aquella Francia agitada y en los corazones desconcertados un poco de paz, un poco de luz y todos los beneficios del reino de Dios. Todos sus pensamientos iban dirigidos a este fin y se encaminaban derechos hacia Dios en una noble simplicidad de espíritu. Todo lo que no fuera eso le parecía vaciedad y pacotilla: ni los honores ni las dignidades significaban nada para él; procuraba evitarlos. Su alma tan sencilla, tan robusta, se aficionaba a otros tesoros, los tesoros más sólidos que va adquiriendo la caridad y el obrar bien. Retirado en su pobre apartamento de la calle d'Enfer, aquel gran personaje vivía solo, sin sirviente alguno, preparándose él mismo la comida. Aquella simplicidad que huía de los honores le ayudaba también, cuando era preciso aceptarlos, a llevarlos con una naturalidad que le daba un verdadero encanto y una egregia distinción.

Por esta gran causa de Dios el señor Emery había tenido que enfrentarse con los mayores peligros basándose para ello en una caridad modesta, pero ardiente. Se había quedado en su sitio durante todo el tiempo de la revolución; había sido encarcelado dos veces, la primera vez durante diez días y la segunda durante quince meses. Después de ser liberado, perseveró a pesar de todo en su obra de apostolado sacerdotal, permaneciendo en París a fin de poder estar a disposición

de todas las almas inquietas y desamparadas. Todo aquel tesoro de virtud y de prudencia, de sentido común, de sencillez y de humildad en el ejercicio de la Caridad, se derramaba generosamente sobre la comunidad de las Hijas de la Caridad, con lo que Juana María se aprovechaba doblemente del mismo. Su alma, bajo la acción de esta luminosa y serena dirección, se robustecía en la paz, aunque conservando su espontaneidad y las delicadezas de su exquisita sensibilidad. Ella misma, en el apostolado que más tarde ejercería, no haría más que reflejar aquellas cualidades de celo ardiente, decidido, tenaz, de su director, ejercido siempre con gran humildad y sencillez.

Y al mismo tiempo que un reflejo del alma del señor Emery, será también un reflejo vivo y brillante, realmente maravilloso, del alma de san Vicente de Paúl. Al contemplar este retrato de un gran sulpiciano se comprende fácilmente el íntimo parentesco espiritual que había entre los hijos del señor Olier y los hijos del señor Vicente. Realmente, las lecciones del señor Emery no apartaban lo más mínimo a Juana María del surco trazado por san Vicente de Paúl.

Con el más vivo deseo de aprovecharse en su formación, Juana María se acomodaba de buena gana a todas las exigencias de su nueva vida. Iba creciendo en virtud, acumulando méritos y ahondando cada vez más en los rasgos de su fisonomía moral. Pero su frágil salud, separada del clima tan puro de la montaña para verse trasplantada a la gran ciudad de París, tuvo que pasar por una dura prueba. Aquel cuerpo mezquino, privado del aire limpio de sus montañas, se sentía impotente ante el esfuerzo que pedía aquella alma generosa, que deseaba mantenerse continuamente fiel a sus múltiples deberes cotidianos. Juana María se iba debilitando. Consultaron al médico y éste ordenó un «cambio de aires». Tendría que dejar entonces la casa madre. La enviaron no muy lejos de allí, dentro mismo de París, a la calle de Francs-Bourgeois Saint-Marcel.

EN EL BARRIO MOUFFETARD

Era aquel ciertamente un extraño «cambio de aires». Es verdad que cambiaba de ambiente, pero seguía siendo el mismo aire de París el que tenía que respirar. Y el aire de uno de los barrios más poblados y menos aireados. Se dice que fue el mismo señor Emery quien recomendó e inspiró aquel extraño desplazamiento. Su influencia era decisiva a la hora de tomar una decisión, ya que sus consejos se había comprobado que eran siempre acertados. Sea lo que fuere, la verdad es que el señor Emery demostró que estaba muy satisfecha de aquella determinación. Y le dijo a su ahijada: «Eso es precisamente lo que usted necesita. Allí podrá ser la sirviente de todos aquellos pobres». El consejo no era tan malo como pudiera pensarse a primera vista. Y el porvenir se encargaría de demostrarlo.

El señor Emery, que conocía bien a su ahijada, se daba perfectamente cuenta de la exuberancia de vida que impulsaba a aquel cuerpo frágil, excesivamente oprimida por un esfuerzo demasiado tenso de concentración espiritual. Lo que realmente le faltaba no era tanto el aire de los campos como aquella actividad amplia y generosa que la campiña le había hecho familiar. Aquella niña grande, absorbida demasiado exclusivamente por su esfuerzo de perfección personal, necesitaba sobre todo una distracción que distendiese sus nervios y liberase el curso demasiado contrariada de su vida generosa, poniéndola al servicio de alguna gran obra. El barrio Mouffetard ofrecía buenas ocasiones para colmar la ambición de aquel gran

corazón; la enorme actividad que allí le esperaba reduciría en gran medida la tensión espiritual de aquella alma conquistada ya totalmente para Dios.

Por otra parte, el señor Emery le había prometido al abuelo Rendu tener cuidado de su nieta y hasta devolvérsela si la compañía de Hijas de la Caridad no lograba volver a constituirse debidamente. La prueba de su salud creaba un problema nuevo, pero que seguía comprometiendo igualmente las promesas del padrino. El señor Emery pensó sin duda en el barrio Mouffetard por el hecho de no estar lejos de San Sulpicio, ni de la calle Saint-Jacques, ni de la calle d'Enfer, con lo que podría velar por la salud de su ahijada.

Así pues, Juana María partió para el barrio Mouffetard con su pequeño ajuar, pero con toda la riqueza de su carácter y todo el fervor de su fe. Su estancia en el seminario había resultado bastante corta. Pero en su nueva casa, bajo la dirección de una excelente superiora, podría muy bien continuar su formación de hija de la Caridad.

Al llegar allí fue cuando tomó el nombre de sor Rosalía, que llevaría en adelante.

No pudo tener la dicha de recibir el tradicional hábito azul y la corneta blanca. No había acabado todavía su noviciado y además todavía seguía prohibido llevar el hábito religioso. En aquel período de indecisión, muy cerca todavía de la época del Terror y de tantos desagradables recuerdos, las Hijas de la Caridad llevaban un hábito de circunstancias: una capa negra, de la que se quejó un día el Papa Pío VII al emperador', manifestándole su desagrado de ver cómo un traje de luto, «unos vestidos de viuda» -le dijo el Papa- seguían todavía sustituyendo el hábito y la corneta blanca de las Hijas de la Caridad. Y el sumo pontífice obtuvo de Napoleón que se retirase aquella prohibición tan odiosa. De momento, una de las compañeras de sor Rosalía nos la muestra dejando la calle del VieuxColombier, modestamente vestida «con un pobre traje de tela indiana, que había servido mucho tiempo como cortina de la enfermería». Afortunadamente, el hábito no hace al monje. Bajo aquel pobre hábito de circunstancias latía un corazón vigoroso y enérgico de hija de la Caridad, que estaba muy por encima de todas las elegancias de este mundo y que se sentía llena hasta desbordar de un maravilloso ideal de esperanza y de amor a Dios y a los pobres.

Al dejar la calle del Vieux-Colombier para dirigirse al nuevo lugar que le indicaba la obediencia, sor Rosalía tuvo que atravesar el populoso barrio en donde iba a desarrollarse su existencia. Bajando desde el Panteón y de la Contrescarpe, tuvo que recorrer calles de nombre curioso, como la calle Tournefort, la calle de Pot-de-Fer, hasta llegar a aquella larga calle Mouffetard con el aspecto miserable que entonces tenía, sus tenduchas, sus casas bajas, su pueblo de niños y de mercaderes que hormigueaban por la calle. ¿Cuáles serían entonces los pensamientos de aquella hija de la montaña que llevaba en su corazón el recuerdo de los grandiosos y espléndidos espectáculos de los paisajes de su tierra y que se encontraba frente a aquel pobre barrio sin horizonte alguno y aquella pobre gente sin religión, preocupada únicamente por las cosas de este mundo? Juana María sabía muy bien que las miradas de Dios llegan hasta los más pobres de este mundo y que sus ángeles son enviados en ayuda de todos. Ella, que tenía tanta devoción a los ángeles dé la guarda y que recurría continuamente a su protección, al enfrentarse con todas las miserias y con toda la vulgaridad que presenciaban sus ojos, seguramente levantó sus hermosos y limpios ojos hacia el azul del cielo y,

contemplando en espíritu a las ejércitos celestiales dedicados a la defensa de aquel pueblo que iba a evangelizar, debió sonreír ampliamente ante aquella hermosura que poblaba su cielo y donde estaban puestas todas las esperanzas que le prometían sus comienzos en el apostolado.

La calle Mouffetard, antes de llegar a la iglesia de Saint-Médard y de desembocar en la gran avenida de los Francs-Bourgeois, ofrecía un laberinto de callejuelas con nombres muy curiosos, que probablemente hicieron sonreír a su joven espíritu: calle de l'Épée-de-Bois (espada de madera), calle de Fer-a-Moulin (hierro en el molino), etc. Todo aquello poblado por un extraordinario amasijo de tenderetes y barracas, que desembocaban en un mercado de oropeles, trapos, cachivaches, con el pomposo nombre de «Marché des Patriarches» (mercado de los patriarcas). Juana María, con su alma cándida de niña grande, debió sonreír una vez más ante aquel nombre glorioso, que servía para decorar cosas tan vulgares...

Pero aquel nombre tan pomposo no era una pura fantasía. Procedía realmente de un glorioso recuerdo: antes de que existiera aquel «Marché des Patriarches», el sitio había estado ocupado por un hermoso edificio que había pertenecido a un cardenal. Y aquel cardenal era patriarca de Alejandría». «Patriarca». De allí venía su nombre. Y ese nombre se lo dieron a la calle, a la plaza y finalmente al susodicho mercado.

¡Qué trabajo tan hermoso y tan duro se le ofrecía allí a un alma generosa, acostumbrada a amar a los pobres y a trabajar por ellos!

Y llena de alegría ante el pensamiento de todo el bien que podía hacer con la ayuda de Dios en aquel barrio, Juana María llegó a la casa donde la estaban esperando.

6.- EN CASA

LA «OFICINA DE LA CARIDAD»

La casa a donde iba destinada sor Rosalía era una «oficina de la Caridad» o «casa de socorro». Se llamaban de esta manera los establecimientos caritativos creados por el gobierno del Consulado para la distribución de socorros entre los necesitados del barrio. Había cuatro en el distrito XII de entonces -el V actual-. Los necesitados eran numerosos: la revolución que con sus ideas tan generosas, pero enloquecidas, había desorganizado en aquellos años de agitación tantas instituciones, suprimiendo las corporaciones obreras, paralizando las relaciones económicas, arruinando las arcas del estado y deshaciendo las fortunas privadas, había conseguido empobrecer más aún a los pobres y arrojar a muchos en la miseria. Las sociedades de san Vicente de Paúl tenían no poca tarea por delante.

La dirección de las «oficinas de la Caridad» estaba encomendada a administradores civiles, que actuaban en nombre del estado o de la Comuna. Pero toda su vida estaba confiada a las religiosas: eran ellas las que atendían a los enfermos, las que distribuían las limosnas y las medicinas, las que dirigían las escuelas. Tenían en ellas plena confianza en aquellos tiempos tan turbulentos. Podían hacer el bien con toda libertad.

La casa estaba situada en la calle de Francs-Bourgeois-Saint-Marcel que, debidamente ampliada, se ha convertida actualmente en una parte de los grandes bulevares de Port-Royal y Saint-Marcel. Desde allí, por la calle Mouffetard, se llegaba en pocas minutos a través de las callejuelas, de los tenderetes y montones

de basura del «Marché des Patriarches», a la calle de l'Epée-de-Bois, que haría célebre sor Rosalía, convertida en superiora de aquella comunidad.

Había allí una escuela para niños pobres, una farmacia, un almacén de ropa blanca y una reserva de ropa de vestir. Se había hecho una lista oficial de los pobres que había que visitar en el barrio.

Las Hijas de la Caridad que componían la pequeña comunidad del barrio Saint-Marceau formaban un grupo muy fervoroso. Como vivían en un barrio muy pobre, habían tenido que multiplicar sus servicios. Durante el período revolucionario habían demostrado una gran valentía pasando por momentos muy difíciles, pero sin dejar de servir a los pobres. Un día fueron denunciadas por el Comité de Salud Pública y citadas a comparecer ante el tribunal revolucionaria; «se presentaron sin miedo alguno, dichosas de poder ofrecer a Nuestro Señor el sacrificio de su vida». Pero el sacrificio no fue aceptado. «Las necesitaba el mundo demasiado». La noticia de su arresto se corrió por toda el barrio y hubo una especie de motín; cuando la gente vio que les quitaban a sus hermanas, las siguieron hasta el tribunal y declararon a los jueces que estaban dispuestos a defenderlas y a llevárselas consigo. Ante una oposición que no esperaba, el Comité no se atrevió a retenerlas. Las hermanas regresaron a casa, escoltadas por sus libertadores. ¡Fue un hermoso triunfo! Es lo que le ocurre al pueblo en su sencillez y su generosidad cuando se encuentra ante el heroísmo.

Y de este modo las hermanas pudieron volver a su vida de oración y a sus tareas de caridad.

La hermana Tardy, que presidía la vida de aquella pequeña comunidad, era digna de gobernar aquel grupo tan fervoroso. Tenían mucha confianza en ella al enviarle a la nueva hermana, todavía novicia, frágil de salud, y que llegaba más bien para que la cuidasen a ella que para trabajar con las demás, mientras ultimaba su formación de novicia.

UN APOSTOLADO QUE EMPIEZA BIEN

Sor Tardy acogió con cariño a la recién llegada. Si sentía cierta inquietud al verse bajo el peso de la tarea tan delicada que le habían encomendado, pronto pudo tranquilizarse; poco tiempo después, una vez acabado el tiempo del noviciado de Juana María, sor Tardy pudo escribir a la Superiora General: «Madre, concédale el hábito y déjemela a mí».

En efecto, sor Rosalía había caído muy bien en la pequeña comunidad; era la felicidad de todos, de su superiora y de sus compañeras. A pesar de su fragilidad y de la prueba de su salud que la había llevado a esta casa, había traído también, junto con sus dieciséis años y el encanto de su juventud, el atractivo de su buen carácter. Su vivacidad complacía a todos; su delicadeza suscitaba una discreta admiración; su energía inspiraba confianza. No era de las personas que se arredran ante las dificultades; se enfrentaba con ellas, encontraba una solución y seguía adelante. Era la primera en dar ánimos y en arrastrar a las demás. Las antiguas seguían a aquella joven hermana tan resuelta, tan ardiente, que sabía multiplicarse a la hora de hacer cosas por los demás. Sus cualidades naturales adquirían todo su encanto en un alma delicada y limpia que la virtud hacía modesta, recogida, que se sentía tan unida a Dios y ya irrevocablemente apegada a su deber. Por lo que se

refiere a ella misma, sor Rosalía se acostumbró enseguida a su nuevo ambiente; con su carácter decidido se adaptaba fácilmente a las nuevas situaciones.

La encargaron, en primer lugar, de la clase. Se trataba de una escuela para niños del barrio que vivían fuera. Sus alumnos eran muy numerosos. Pero ella había aprendido a mandar. Aquella tarea le gustaba. Se entregó a ella de todo corazón, poniendo toda su abnegación y su capacidad. El encanto que por otra parte se desprendía de su persona, su espíritu generoso y firme, su mirada tierna y penetrante, su serenidad que engendraba paz y alegría lograron conquistar enseguida a todo aquel mundillo escolar. Todos los niños la querían y la escuchaban con interés.

Puso todo su empeño en la enseñanza del catecismo, ya que tenía que vérselas con unos pequeños que ignoraban las verdades más elementales de la religión. Como tenía que prepararlos para la primera comunión, quiso que aquel acto se realizara con solemnidad y que, impresionando a la imaginación y al corazón de los niños y de sus padres, contribuyera a dar la religión el verdadero lugar que debería ocupar en sus vidas. Para ello procuró realzar las ceremonias tradicionales que habían sido abandonadas durante los tristes días de la persecución. Aquel acto tuvo para todos un significado de honda alegría y fue realmente un espectáculo consolador.

Pero no eran solamente los niños los que tenían necesidad de saber las nociones más elementales del catecismo. Entre las familias del barrio, privadas durante cerca de diez años de toda ayuda religiosa, había gran número de personas que no habían hecho todavía su primera comunión. Sor Rosalía se convirtió en su catequista. Por la tarde, después de las faenas cotidianas, reunía en casa a las mujeres y a las muchachas del barrio y en aquellas clases vespertinas, que se parecerían mucho a nuestros círculos de estudio, con su intercambio de ideas y su atmósfera de confianza, se convertía en apóstol de todas ellas. Y aquellas alumnas mayores volvían a encontrar en aquella joven amable convertida en maestra de escuela la alegría de instruirse y el gusto por las cosas de Dios.

Sor Rosalía tuvo durante toda su vida el don de descubrir, junto con las necesidades de su tiempo, los remedios más apropiados para solucionarlas. Por iniciativa suya fueron surgiendo una tras otra varias instituciones que ahora nos resultan familiares, pero que entonces eran creaciones realmente nuevas. «Los grandes pensamientos proceden del corazón». Y sor Rosalía tenía un corazón ardiente e insaciable.

En sus horas de ocio, especialmente durante las vacaciones escolares, las otras hermanas invitaban a sor Rosalía a visitar a los pobres. En aquellas visitas llevaba «bonos de pan» y «bonos de carne», ropa y tela para hacer vestidos, ayudas de todas clases, pero sobre todo llevaba un alma benévola y compasiva, una mirada tierna, un rostro sonriente. Todos apreciaban y deseaban su visita. Sucedió a veces que algunas pobres gentes, en el momento de morir, quisieron hacer su confesión con ella; y a ella le costaba mucho negarse a semejantes peticiones. ¡También sor Rosalía se sentía feliz de volver a encontrarse con sus queridos pobres! ¡Le había gustado tanto servir a los pobres de Comfort! Recorría las calles malolientes del barrio, recogida pero con el corazón alegre, modesta pero buscando con la mirada dónde había una miseria que aliviar. No había nada que le repugnase en aquellas miserables viviendas, húmedas y estrechas, en donde se amontonaban familias enteras. No había nada que la detuviera, ni el aire corrompido, ni la suciedad, ni los

insectos, ni las peticiones indiscretas de los pobres que abusaban de la bondad de las almas caritativas. Ella dominaba todas aquellas cosas y las excusaba. Hacía todo el bien que le era posible y confiaba lo demás a Dios. Volvía a casa fatigada, pero no cansada, bendiciendo a Dios por el bien que hubiera podido hacer y dándole gracias por la confianza que en ella había puesto su Providencia. Contenta, manifestaba a todos su dicha, inspirando a todos cuantos la rodeaban el mismo coraje y el mismo deseo de hacer el bien.

UNA AVENTURA EN LA QUE EL DIABLO TIENE LA PALABRA

Sor Tardy que también se sentía subyugada por el encanto de aquella alegría, de aquella impetuosidad, de aquella virtud, seguía con interés, mezclado con cierta admiración, los admirables progresos de sor Rosalía. Pero se preguntaba además con cierta inquietud cuál era el secreto, humano o divino, de aquel alma, cuál era el resorte oculto que hacía brotar en aquel alma tanta actividad, tantas iniciativas, tanta alegría, tantas aparentes virtudes. Y decidió someter a su joven compañera a una prueba sobrenatural, que pusiera de manifiesto los secretos de su corazón.

Nos refieren este hecho dos hermanas antiguas, que lo oyeron de la misma sor Tardy.

Vivía en la parroquia de Saint-Médard, en una casa que veinte años más tarde pasaría a disposición de las obras apostólicas de las Hijas de la Caridad, un buen sacerdote muy digno, pero que estaba sometido a una terrible prueba. El demonio lo había convertido en su víctima. ¿Se trataba quizás de que Dios había permitido que el demonio se tomase una violenta represalia por los golpes tan duros que aquel sacerdote le había asestado durante su ministerio? ¿O se trataba acaso de la ofrenda espontánea de un alma, que había aceptado ser víctima por los pecados del mundo? No lo sabemos. Pero el señor Saudreau, en una de sus obras *L'état mystique*, dice que conoce casos de este estilo y que son mucho más numerosos de lo que se cree. Sea lo que fuere, aquel buen sacerdote estaba poseído por el demonio, lo cual por otra parte no indica nada en desdoro de su alma.

Sor Tardy le visitaba regularmente. El señor arzobispo de París le había encargado que atendiera discretamente a la subsistencia y mantenimiento de aquel buen sacerdote, al que era preciso sustraer de la curiosidad del público. Y un día decidió que la acompañara en una de sus visitas sor Rosalía, que manifestaba tanta virtud. ¡Realmente se necesitaba mucha virtud para acercarse al demonio y enfrentarse con él en su misma morada! Sor Tardy procuró no revelar a su compañera el secreto que se cernía sobre la vida de aquel pobre sacerdote. Le dijo simplemente colgándole del brazo la cesta con las provisiones: «Vamos a llevar alguna cosa a un sacerdote enfermo».

Cuando entraron, el pobre sacerdote estaba escribiendo en su despacho. Al ver que se habría la puerta, se volvió con una mirada de expresión desesperada. Sor Rosalía se sintió impresionada. Silenciosamente, barrieron un poco la habitación, pusieron un poco de orden y depositaron, siempre en silencio, las provisiones que llevaban. En el momento de dejar la habitación, sor Tardy dijo sencillamente estas palabras: «Sor Rosalía, haga una reverencia al señor cura y encomiéndose a sus oraciones». Dócilmente, la aludida insinuó una reverencia y con voz tímida profirió algunas sílabas... En aquel instante, con la agilidad de un rayo, el sacerdote saltó hasta el techo de la habitación y daba vueltas corriendo en torno a él, como si se

tratara del piso más llano; y con una voz terrible empezó a gritar: «¡Rosalía, Rosalía! ¡Cuántas almas me vas a arrancar!». Repitió tres veces aquel grito. La pobre joven no comprendía más que una cosa: que la estaba llamando. Y llevada del pánico se echó a correr y en un momento llegó, no sólo a la puerta de la casa, sino al final de la calle.

Sor Tardy ya sabía a qué atenerse. Era un relámpago esplendoroso que le había enviado la Providencia. En adelante ya sabía que era legítima la virtud de su compañera y que su alma era realmente terrible para el demonio. Le dio gracias a Dios por esta revelación y en adelante puso toda su confianza en sor Rosalía. La influencia de aquella joven hermana, sus proezas en el barrio, fueron en adelante a sus ojos verdaderos signos de la protección divina, de los triunfos de la gracia, de la predilección divina sobre aquel alma, entregada por entero a los intereses de la gloria de Dios.

Por lo que se refiere a sor Rosalía, una vez repuesta de su emoción y recobrada la paz interior, se sintió más que nunca recogida ante el misterio de aquel mundo sobrenatural que se le había revelado tan brutalmente. Y se sintió al mismo tiempo más humilde, aplastada por el peso de las grandezas divinas en sus manifestaciones misteriosas de poder sobrenatural. Pero confió en Dios más que nunca, ya que por la boca del demonio le había revelado los éxitos tan felices de su futuro apostolado. Con ello recobró decididamente el dominio sobre sí misma y se puso a trabajar de nuevo. De nuevo volvió a sentirse confiada en la vida. Su actitud alegre, su sonrisa luminosa, su mirada limpia, su palabra viva, espontánea, fraternal, devolvieron a su persona todo el encanto de antes. Y la simpatía de todos, sus compañeras, los niños, los padres y los pobres del barrio, siguió estimulando su esfuerzo y su abnegación. Hizo los votos en el año 1807.

Unos años más tarde, en 1815, tuvieron necesidad de una superiora para la obra importante de «Ménages» o de las «petites maisons». Y escogieron a sor Tardy. Había que buscarle sustituta para la casa de la calle des Francs Bourgeois. La elección recayó en sor Rosalía. Seguramente inspiró aquella elección la misma sor Tardy, que conocía tan bien a su compañera. Todos se felicitaron por tan acertado nombramiento. Realmente la popularidad de que gozaba sor Rosalía era el reconocimiento de sus méritos y de las virtudes que adornaban a aquella humilde obrera de Dios.

7.- EN EL CARGO DE SUPERIORA

COMIENZOS FELICES

Sor Rosalía tenía solamente veintiocho años. Pero no era persona capaz de acobardarse ante las responsabilidades. Se ofreció a Dios para su servicio en aquel nuevo empleo. Preocupada de asegurar en su casa una sólida unión entre todas las hermanas y de entusiasmarlas a todas por las obras de la casa, se entregó a su misión con la misma sencillez y el mismo ardor de siempre. Y obtuvo el mayor de los éxitos. Su impulso daba confianza a cuantos la rodeaban. A su alrededor las cosas marchaban estupendamente: por dentro plena cordialidad y por fuera alegría y dinamismo. Con ello la popularidad de sor Rosalía no hizo más que crecer.

¡Era todo demasiado bonito! Y el éxito fue tan grande que también ahora, desde arriba, empezaron a preocuparse de la extraordinaria popularidad de aquella joven superiora. Sabían ciertamente que aquella popularidad era legítima. Y conocían su secreto: la virtud y el carácter maravilloso de aquella hermana. Pero tenían miedo de los resultados de aquellos triunfos en un alma que, como todas las almas, está sujeta al deslumbramiento de la gloria. Se necesita una fuerza de espíritu extraordinaria para estar en medio del éxito al abrigo de la embriaguez de la gloria, para evitar el aturdimiento del espíritu y la borrachera del corazón, para saber gustar en completa paz, tanto las amarguras de la vida como sus dulzuras, aceptar la prueba lo mismo que la dicha, acoger la felicidad y la desgracia con la misma serenidad, siempre conforme con la voluntad de Dios.

LA PRUEBA

Y entonces tuvo que enfrentarse sor Rosalía con una prueba difícil, de esas que siempre les toca atravesar a todas las personas que se entregan a Dios.

Fue un día de verano. La hermana Asistentita la mandó llamar a la casa central I. En el consejo habían decidido hacer algunos cambios. El suyo estaba ya casi decidido. Sor Rosalía partió enseguida sin decir nada a sus compañeras. Cuando llegó a la casa madre, la hermana Asistentita le dijo sin preámbulos: «Son Rendu, haga el favor de quedarse aquí». Aquello fue todo. Dios prueba muchas veces a sus santos y los superiores actúan a veces como él. Así pues, de momento, sin transición alguna, sor Rosalía tuvo que quedarse en la casa central en espera de un nuevo destino. Según la costumbre, se dirigió al salón de la comunidad para ocuparse en los trabajos de costura. Al día siguiente pidieron algunas voluntarias para que fueran a trabajar al huerto; sor Rosalía se presentó y estuvo trabajando allí ocho o nueve días, desplegando una actividad y una animación que dejaban encantadas a todas las de la casa.

Entre tanto los administradores de la casa de Francs-Bourgeois, los pobres, los mayores y los pequeños, todos acudían a la casa madre para solicitar su regreso. Pedían que acudiese al locutorio, pero ella consideraba inútil dirigirse a hablar con ellos.

La hermana Asistentita acabó preguntándose si no estaría sor Rosalía con ganas de pedir una explicación a la hermana Superiora. Ella le contestó sencillamente: «La veré cuando me llame para darme un destino. No tengo nada que decirle. De momento, lo único que tengo que hacer es ser obediente».

Finalmente se decidió que volviera a la parroquia de Saint-Médard. La superiora general mandó llamarla y sin volver siquiera la cabeza hacia donde ella estaba, continuando con lo que estaba escribiendo, le dijo estas simples palabras: «Sor Rendu, haga el favor de volver a su casa». Y añadió estas otras palabras, capaces de mortificar en lo más vivo a un alma menos robusta y serena: «Hermana, vuelva a casa. Aquí no tiene nada que hacer». Dicen que, inspirada por Dios, la superiora de santa Bernardita Soubirous se sentía inclinada a tratar con severidad a su compañera. Sor Rosalía tuvo que pasar aquel día por la misma prueba.

Y tuvo que apelar a todas las reservas de mansedumbre y buen carácter que había en ella, a todo el respeto religioso que siempre había profesado por sus superiores, representantes de Dios. Y sonriendo regresó al querido barrio Mouffetard.

EN BUSCA DE DIOS. ¡Dios, EL PRIMER SERVIDO!

Su regreso llenó a todos de alegría. Y volvió a poner manos a la obra. Sor Rosalía, como superiora, tenía ante todo que infundir vida a toda la casa, dar vida a todas sus obras y para ello mantener en sus compañeras el celo y las virtudes de su estado, asegurándoles las bendiciones de Dios como premio a su fidelidad. Aquella era su primera obligación y la garantía de su éxito. Sor Rosalía tenía plena conciencia, a pesar de todas las inclinaciones que sentía hacia el servicio de sus queridos pobres fuera de casa, de que su solicitud tenía que volcarse sobre todo en el interior de la misma, sobre la vida de sus compañeras, a las que tenía que asegurar una unión realmente fraternal a fin de lanzarlas luego a todas juntas en un esfuerzo común de perfección, de santidad y de celo. A ello consagró todo su empeño y su poderosa voluntad.

Predicaba con el ejemplo. Tenía tanta fe, un ideal tan grande, una estima tan enorme de su vocación y un amor tan sentido a los pobres que aquellos sentimientos se hacían fácilmente contagiosos. Al contacto con ella no se corría ningún peligro de ver apagarse la llama del celo, el ardor y la luz interior que habían traído del noviciado. Al entrar en aquella casa, las hermanas recién llegadas se sentían conquistadas inmediatamente.

Una hermana, enviada a aquella casa para hacer el postulantado, nos habla de las emociones de aquel primer contacto y de la prodigiosa influencia que ejercía sobre todas la piadosa superiora. Impresión inolvidable, nos dice, «aquella santa hija de la Caridad ¡era tan humilde, tan sencilla, con su delantal blanco que nunca se quitaba! Era ciertamente la sirvienta de los pobres; no podía olvidar sus sufrimientos; se notaba el cariño que les tenía por su mirada afable, pero compasiva y hasta un poco triste»; e inmediatamente todos se sentían conquistados, dispuestos a acudir en ayuda de aquella humilde obrera de Dios.

Y las palabras que brotaban entonces de aquella alma acababan revelando toda su riqueza interior; desde el primer momento se elevaba a las alturas del mundo sobrenatural, llevando consigo a su nueva compañera y dejándola quizás a veces un poco aturdida, pero siempre vivificada por aquella atmósfera limpia y noble que era dado respirar en aquella pobre casa y en aquel triste barrio.

«Hermana -le dijo un día con gran bondad sor Rosalía a una joven compañera que le habían enviado del noviciado, le llamaremos sor Angélica en recuerdo de una pobre muchacha que estaba muy aficionada

a nosotras y que, después de haber estado cuidando a su madre enferma, ha ido a morir a la Salpêtrière». Era un ejemplo más del humilde agradecimiento que sentía por todos aquellos buenos servidores que merecían perpetuar su recuerdo en la casa. Y a continuación le dio un consejo de mucha enjundia: «Se dedicará usted a atender a los niños en la clase... Y como no podrá entonces tener la dicha de ir a ver a los pobres, procuraremos compensarle haciendo que limpie los zapatos de aquellas que vayan a visitarles y que no tienen tiempo para ello. Por otra parte, podrá usted sentirse muy honrada de hacer este servicio a las esposas de Nuestro Señor». ¡Nueva lección de humildad y de espíritu de fe! . . .

Y sor Angélica fue enviada a dar clase. Lo estuvo haciendo durante seis años. Pero sor Rosalía, en un nuevo impulso genial, logró elevar muy alto el espíritu de la nueva maestra de escuela: «Su misión es tan hermosa que no debe usted perder ni un minuto; piense que solamente usted es la que puede enseñar a esos niños a

conocer y a amar a Dios. Sus madres no lo harán». Y a continuación la voz del sentido común: «Recuerde que le han pagado por dar clase; por tanto, faltaría a la justicia si no pusiera todo su interés en hacerla bien».

Un día la marcha de una hermana, enviada a otra casa para tomar la dirección de la misma, dejó vacante dos cargos de importancia, especialmente el cuidado de los enfermas en una calle bastante lejana del barrio. Sor Angélica, sana y robusta, fue escogida para sustituirla en aquellas correrías un poco largas. Sor Rosalía, al asignarle aquel rincón lejano y bastante poblado, le dirigió un pequeño discurso. Y un nuevo impulso de águila hacia las alturas de lo sobrenatural: «Tendrá usted el mejor sitio -le dijo-: ¡la Ciudad Dorada!»...

«... ¡La Ciudad Dorada! ¿Qué significaba aquello? Un triste amontonamiento de barracas de todo tipo, de las construcciones más absurdas y arregladas de cualquier manera, en donde vivían unas doscientas personas. Se encontraban allí chozas de un franco semanal de alquiler, hechas con cuatro tablas y un montón de trapos. Había allí gente que estaba sin casar, personas sin trabajo, sin ropa con qué vestirse, durmiendo sobre un montón de paja». ¡Revoltijo de todas las miserias! Un barrio de pordioseros, de revendedores, de estañadores y afiladores, de saltimbanquis, de comerciantes de pieles de conejo y vinateros, de mendigos y echadores de cartas... «En el barrio Saint-Marceau -se decía- la gente bebe, pero no siempre come».

La verdad es que sor Rosalía, sin exagerar en lo más mínimo, podía añadir en sus consejos a la compañera que enviaba a aquel rincón miserable: «En esa Ciudad Dorada se refugia todo lo más mediocre que hay en París. Se encontrará usted can muchos borrachos. Vaya modestamente, con diligencia, pero sin precipitación. Pregúntele a todos los niños que vea si van a la escuela. Hay mucho bien que hacer allí. Es un buen sitio para una hija de la Caridad».

¡Era entonces imposible andar con regateos en espíritus de abnegación! La único que podía hacerse era declararse uno feliz y procurar serlo de verdad a base de entregarse por completo.

Había que salir hacia la «Ciudad Dorada» forjándose sueños de oro. ¿No habían dicho que era aquél el mejor sitio? Así es como van las almas, llenas de alegría, cuando arde por dentro el fuego de la caridad y cuando por fuera la hermosa luz de la obediencia está iluminando el camino.

Había en la Ciudad Dorada muchas miserias y muchos necesitados, pero había también policías encargados de mantener el orden en aquel barrio de triste fama. A la vista de sor Angélica uno de los policías frunció el ceño, pero magnánimo y consciente del deber que tenía que cumplir, le dijo en un tono de buen chico: «Hermana, no es éste su lugar. No ha sido usted muy prudente al venir a esta cueva de sinvergüenzas. Nosotros mismos no nos atrevemos a venir más que en grupo. ¡Y sólo lo hacemos para venir a buscarlos y meterlos en la cárcel!». Sor Angélica le saludó, se dio media vuelta y volvió a casa para hablar con la superiora. ¿Qué le respondió sor Rosalía? «No tiene usted nada que temer, hija mía -le dijo-; ellos están para cumplir con la justicia de los hombres, pero usted va para practicar la misericordia de Dios... Usted les lleva socorros, consuelos; usted les pone en el buen camino». Y como palabras finales para elevar su alma hasta el heroísmo le dijo: «¿Verdad que se siente muy feliz de poder hacer este servicio a Nuestro Señor?».

Sor Angélica, sin embargo, no se quedó del todo tranquila: «Pero, madre -le indicó-, son siempre muy pocos los que lo comprenden...».

No por ello se desarmó sor Rosalía. Con todo su espíritu de fe le contestó: «Hija mía, haga usted siempre todo lo que pueda. Dios nos ha encargado de desbrozar el camino, de sembrar, de cultivar... El es el que riega y el que hace fructificar. Nuestros esfuerzos no serán nunca baldíos; la gracia actuará a su debido tiempo». Y como última recomendación: «¡Rece! ¡Y haga rezar a los niños del asilo!». Tener en su favor la oración de unos pequeños inocentes era conquistar el corazón de Dios y asegurarse su benevolencia en la tarea de sus obreros.

¡Sor Rosalía era atrevida! Con aquel santo atrevimiento de los hijos de Dios, con aquel santo atrevimiento de un san Vicente de Paúl que sacaba a sus hijas del claustro y las enviaba hasta en medio de los soldados y de los baños de esclavos. Pero para ello era preciso estar armado con las virtudes de Vicente de Paúl. Confiando en su intercesión ante Dios había que llegar hasta las madrigueras de los lobos con la simplicidad de los corderos. Había que «caminar modestamente, con diligencia, sin precipitación», acercándose a los niños, poniendo la inocencia bajo la protección de aquellos inocentes, mostrando interés por sus almas infantiles, verdaderos tesoros de aquellas pobres callejuelas y joyas de aquellas pobres familias.

SIEMPRE EL «SURSUM CORDA!»

Hasta estas alturas, con auténtico espíritu sobrenatural, conducía sor Rosalía a sus hermanas desde el primer momento que las ponían en sus manos. Y aprovechaba siempre la ocasión para mantenerlas bien alta.

Un día encontró a una de sus compañeras ocupada en preparar un unguento en la farmacia. Le dijo con su bondad habitual: «Hermana, pídale a Nuestro Señor que machaque bien su corazón, lo mismo que hace usted con esas almendras en el mortero, para que sea totalmente para El». Una señora de nacionalidad rusa, un tanto original, entregaba todos los meses 100 francos para los pobres que atendían las hermanas. Había que ir a buscar la limosna y para poder entrar en casa de aquella señora la hermana encargada de los donativos, tenía que dejar los zapatos en la puerta; la cosa no era muy agradable. Pero sor Rosalía, que quería sacar partido de todo, se inventó estas palabras de consuelo: «Hermana, con ello saca usted una doble ventaja: la de la caridad y la de la humildad. Cuando se quita usted los zapatos, camina como los verdaderos mendigos...».

Una vez que sus compañeras estaban bien asentadas en aquella altura, sor Rosalía podía pedirles cualquier cosa: tenían que ejercitarse en la virtud, tenían que esforzarse seriamente por alcanzar la perfección, tenían que observar puntualmente las reglas, especialmente el reglamento particular que habían escrito para las hermanas encargadas de dar clase. Cuando faltaban en alguna cosa, había que amonestarlas: «Es mi obligación -les decía- acostumbrarle a usted a ser ordenada y cumplidora. Si usted me lo recuerda de vez en cuando, podré ayudarle mejor!». Así todo resultaba más fácil. Y cuando había que hacer alguna advertencia, se hacía de buena gana. Las almas estaban dispuestas a elevarse. Y aquello les daba un nuevo impulso hacia el cielo. Además, ¡sor Rosalía decía las cosas con tanta bondad... !

¡A LA CONQUISTA DE LA FELICIDAD!

Sabía ejercer su autoridad con mansedumbre.

No mandaba nunca ni adoptaba jamás un tono autoritario. «Hermana -les decía-, ¿haría usted el favor de hacer esto?». «Le parece bien encargarse de esto o de aquello?».

Del señor Emery decía ella misma que «tenía el gran talento de mandar pidiendo». Y ella obraba como él.

Hasta los pobres se daban cuenta de esta forma de suplicar a sus compañeras lo que tenían que hacer. Y quedaban sorprendidos y profundamente edificados por ello.

Cuando tenía que hacer algún reproche, lo hacía con mucha delicadeza. Sus fórmulas ordinarias eran las siguientes: «Nuestro Señor quería esto de usted, ¿cómo no lo ha comprendido?». «Seguramente es que no estaba usted en la presencia de Dios». «Tenemos que obrar de esta manera; una buena hija de la Caridad actúa de tal y tal forma». ¡Qué dominio de sí misma supone esta mansedumbre!

Le gustaba consultar con sus compañeras antes de tomar una decisión. En casa se recibían con frecuencia algunos regalos. Su primera preocupación era la de saber a quién podría agradecerle más aquel objeto. «¡Qué es lo que podría valer aquello? ¿A quién le gustará más?». Y aquel mismo día le enviaba aquel objeto a la persona que le indicaban.

Esta deferencia con sus compañeras era el fruto de la experiencia; sabía muy bien que estas señales de confianza abren las almas y unen los corazones. Pero era sobre todo cuestión de corazón. Porque lo cierto es que quería sinceramente a sus hermanas. Se daba cuenta de que todas tenían un alma realmente fraternal, dedicadas por completo a su obra común, agradecidas y deseosas de complacerle. Veía sobre todo en aquellas buenas hijas de la Caridad almas magníficamente dispuestas, en las que Dios había puesto su complacencia, adornadas de los dones preciosos de la gracia, a las que había que conducir hacia el cielo por el camino real de la santidad. Las veía a través de los ojos de la fe y se consideraba por tanto feliz de poder ayudarlas y servirles. Su título de «hermana sirvienta», con que las Hijas de la Caridad suelen designar a la superiora, ella lo realizaba plenamente con miradas de fe. Se había entregado con tanta abnegación a este hermoso servicio que las lograba modelar a su imagen y las convertía en sus más preciosos auxiliares.

Siempre estaba temiendo que se las quitasen. Un día decía a sor Melania, a propósito de una ceremonia que iba a tener lugar en la casa central: «No vaya. Usted es mayor; la verán, se fijarán en usted y la dedicarán a algún otro empleo». Cuando una de sus compañeras tenía que partir para otra casa, se sentía desolada. Sus compañeras se daban cuenta de antemano de lo que les iba a pasar por la tristeza de su madre.

Un día fue a pedir perdón a un sacerdote amigo de la casa por el escándalo que le había dado el día anterior mostrándole una pena muy grande por la marcha de una de las hermanas. «Tranquilícese, madre -le respondió éste-, si no llorara usted así por sus hermanas, no querría tanto a sus pobres».

Cuando Dios se llevaba al cielo a una de sus hijas, no había nada que pudiera consolarla. Cuando pronunciaban su nombre, cuando se acordaba de alguna de sus palabras, de alguna de sus acciones, derramaba abundantes lágrimas.

Tenía con todas las hermanas las más delicadas atenciones. Les prodigaba los cuidados más tiernos, verdaderamente maternos. Cuando hacía mal tiempo y habían salido las hermanas para llevar sus cuidados a los enfermos, siempre encontraba unos momentos para ir a prepararles las medias junto a la lumbre de la chimenea; cuando volvían, se aseguraba previamente de que no se habían mojado los pies, de que no llevaban la ropa calada, de que no tenían frío, lo mismo que hace una madre con sus hijos.

Cuando algunos le regalaban unas medias o alguna ropa de abrigo, miraba a ver cuál de sus compañeras estaba más necesitada y se lo daba. Una vez una de las hermanas se sentía algo enferma, pero acudió a clase como de ordinario, a pesar de su fatiga; sor Rosalía fue a prepararle alguna cosa en la cocina y luego fue a sustituir a la enferma: «Hoy seré yo la que atienda a los niños».

Otras veces se hacía presente en clase en el momento en que la hermana encargada, cansada de la distracción de los alumnos, empezaba a enfadarse con ellos; encontraba algún pretexto para alejarla durante cinco o seis minutos, ocupaba su sitio y los niños se portaban mejor que nunca. Y era raro que la hermana no gozase de este buen comportamiento de los niños durante todo aquel día.

Infatigable en su abnegación y en su condescendencia, se encargaba a veces de las tareas más ordinarias de la casa, incluso de las más repugnantes, para aliviar a las demás hermanas, cargadas de trabajo. El fregado, el barrido, la limpieza de los zapatos, todo aquello era atendido por la hermana sirvienta, apenas encontraba tiempo para hacerlo. Y era una idea sobrenatural la que una vez más le impulsaba a hacerlo: «Como yo no tengo la dicha de ir a ver a los pobres -decía-, dejadme al menos servir a sus servidoras».

Lo mismo que el papa, «siervo de los siervos de Dios».

Con semejantes ejemplos a la vista y bajo el encanto de esta cariñosa y sobrenatural abnegación, las compañeras de sor Rosalía se entrenaban en el apostolado bajo la dirección amable de su madre. Animadas por el mismo ideal de belleza moral, trabajaban bajo un mismo impulso en la obra común, cada una en su puesto, muy unidas entre sí en esta colaboración en una obra que todos los días sublimaba a sus ojos la piedad y el fervor de su madre. Todos los pensamientos y todas las acciones convergían hacia el mismo fin, la justicia en esta tierra y la gloria de Dios. Mientras las hermanas iban al lado de los enfermos y de los pobres recorriendo las calles del barrio, subiendo a los pisos más necesitados, las demás pasaban en clase todo el día haciendo rezar a los niños, que ofrecían sus méritos y sus plegarias a los ángeles del cielo para que desbrozaran el camino a los otros ángeles de la caridad que recorrían el barrio, atendiendo a los cuerpos y elevando a Dios las conciencias. Todas se sentían solidarias. Todas realizaban la misma tarea, unidas por su cordialidad y su caridad fraterna en un mismo amor al bien, en un mismo amor por una obra tan hermosa.

Sor Rosalía hacía todo cuanto podía por mantener esta unión. Cuando una hermana repartía estampas o caramelos en su clase, tenía que arreglárselas para que también las otras clases pudieran participar de la fiesta. Tenía que proporcionar a

sus compañeras de las demás clases el equivalente de lo que ella ofrecía en la suya. Y entonces toda el mundo participaba de la fiesta, los niños y también las hermanas que, a los ojos de los niños, resultaban igualmente generosas. ¡Era una concordia perfecta, a plena luz del día!

LA SEVERIDAD DE SOR ROSALÍA

Para conseguir cimentar sólidamente esta cordialidad sor Rosalía empleaba a veces medios extraordinarios. Se necesitaba realmente este clima de unión y de concordia en almas acostumbradas a una mutua generosidad, una vida de familia fecunda en sorprendentes iniciativas. Y para dominar las cosas y las personas se necesitaba también una dirección pujante, admirada, aceptada y querida. Se necesitaba todo esto para que en aquella casa privilegiada pudieran producirse ciertas escenas de familia en las que las almas, sacudidas y un poco desconcertadas a primera vista por la audacia de la superiora, volvieran finalmente a sentirse unidas de nuevo con alegría después de un sacrificio que reafirmaba la concordia de sus corazones.

Un día una hermana muy joven que acababa de salir del seminario recibió un paquete voluminoso, lleno de objetos confeccionados por sus amigas del siglo, un bonito regalo destinado a los pobres que ella tenía que atender. Es fácil de adivinar la alegría de la hermana, feliz con tantas riquezas y gozando de antemano con la sorpresa que iba a dar a sus pobres. ¡Pero el paquete está en la habitación de la superiora y la superiora parece haberse olvidado de él! Van pasando los días. La joven hermana se consume en la espera. La alegría empieza a mezclarse con un poco de impaciencia, pero guarda con prudencia y con humildad un silencio muy meritorio. Finalmente, el precioso paquete se abre durante el recreo delante de todas las hermanas reunidas. Y la hermana superiora, abriendo el paquete y poniendo ante la vista de todos los tesoros que contenía en medio de la admiración común, dijo estas breves palabras: «Hermanas, ha sido la hermana tal la que ha recibido todo esto. Ella se siente muy feliz de ofrecérselo para vuestros pobres». ¡Todas se llenan de asombro! ¡Pero qué gran desilusión para la pobre hermana! Se da cuenta de que le están pidiendo un tremendo desprendimiento y no es capaz de llegar hasta el fondo del sacrificio. La hermana superiora hace penetrar la espada más hondo todavía. Y añade: «La hermana tal todavía no tiene la debida capacidad para distribuir con prudencia todas estas cosas». Esta vez la espada llega hasta las profundidades más sensibles del alma, hasta lo más vivo del espíritu; se hunde en el meollo, pero para sacar de la sombra, a plena luz, los sentimientos y las intenciones más recónditas. Mientras todas aquellas cosas tan bonitas se las van repartiendo las otras hermanas, aquella pobre muchacha se quedaba con las manos vacías... Sus compañeras tenían un buen corazón, un corazón compasivo. Dos de las más antiguas intervinieron amablemente con mucha oportunidad, seguras por otra parte de que con ello seguían los criterios de la superiora: «Madre, permítanos entregar a nuestra joven hermana algunas de estas cosas». Y la superiora respondió con calma: «Bien, hermanas, encárguense ustedes de orientarla en el uso que puede hacer de ello». Y para acabar, una flor espléndida con que podrá adornarse a la heroica víctima de aquel sacrificio: dirigiéndose a la joven hermana, la superiora le dijo estas palabras: «Hermana, dé las gracias a estas dos buenas compañeras».

¡Seguro que les dio las gracias! Había que hacer lo que ordenaba la superiora, pero ¿qué es lo que ocurriría en el fondo de su alma, agitada por toda la tormenta de su amor propio? Los sentimientos de gratitud tuvieron que abrirse paso un poco a la fuerza en medio de la agitación que sacudía a su alma dolorida. Pero así es como se forjan los espíritus. Sor Rosalía pedía aquella renuncia sabiendo lo que hacía. Conocía a la gente que tenía encomendada, que tendría que enfrentarse con combates interiores para obtener la victoria. De momento no se trataba más que de un drama interior, de un espectáculo reservado a los ángeles de Dios.

¡Dichosas aquellas casas cuyas hermanas son capaces de comprender y de aceptar tan severas lecciones y de interpretarlas sabiamente para hacer que todo acabe envuelto en los esplendores de la caridad fraterna!

Se ha dicho que sor Rosalía era severa. Hay que entenderlo bien. Sí que era exigente, desde luego. Exigía que se observase la regla. La regla mantiene el espíritu religioso y une los corazones. Sor Rosalía vigilaba con cuidado por el respeto a la regla. Y ponía además cierta energía -acabamos de verlo- en sus invitaciones a la perfección. Pero sus invitaciones, lo mismo que sus consejos y sus reprimendas, dadas con autoridad, llevaban siempre el tono del amor maternal. Ella quería muy de veras a sus hermanas y podía gloriarse justamente en el cariño que les tenía. Y era lo suficientemente prudente para ser dueña de sí misma, de forma que reprendiese sin herir y que hiciese apreciar sus consejos. Esta es la educación ideal: evitar la frialdad y la blandura, buscando el cariño y la severidad.

«¡Qué felicidad la nuestra! », escribe una de sus antiguas compañeras. «Nos demostraba a todas un gran afecto -dice otra-, pero sin halagarnos. Sus piadosas recomendaciones penetraban en nuestras almas y nos llenaban de buena voluntad para realizar sus deseos». Y también: «Los consejos de aquella buena madre dictados por la justicia estaban inspirados en todo el afecto de un corazón que penetraba las necesidades de las almas. Nos separábamos de ella edificadas, resignadas, decididas a ser mejores, con ganas de ser más fieles en nuestra caridad. Volvíamos a pedirle como un favor que nos dejara ayudarle en sus buenas obras». Severa, enérgica, pero afectuosa, tierna y maternal: así era la formación que daba sor Rosalía a sus jóvenes compañeras.

Y logró hacerlo tan bien que tuvo la alegría de ver cómo se extendían a su alrededor un gran número de almas generosas dotadas de buen carácter y capaces de hacer muy buenos servicios a la compañía de Hijas de la Caridad.

Alrededor de aquella buena madre tan afectuosa y tan enérgica todas aquellas buenas hermanas se sentían dichosas de vivir juntas. Muchas recordarían más tarde los momentos tan sabrosos de recreo: «Nos gustaba -dice una de ellas- reunirnos alrededor de aquella buena madre para contarle nuestras alegrías y nuestras penas. Y luego volvíamos a nuestras obligaciones llenas de ánimo».

Durante aquellos recreos, por otra parte, además de pasar un rato alegre, se ocupaban útilmente en sencillos trabajos de costura. A sor Rosalía no le gustaban los trabajos de fantasía: «Lo que quiera -decía- es que estén limpios y bien remendados los vestidos de los pobres. Esos son los trabajos más bonitos que puede hacer una hija de la Caridad: hilar y coser para sus queridos amos, los pobres».

Si por casualidad, en medio de aquellas horas serenas y en aquel ambiente risueño de paz, explotaba algún pequeño conflicto y la discusión empezaba a tomar cierto

aire desabrido o mordiente, sor Rosalía buscaba un momento oportuno, escribía dos o tres palabras en un trozo de papel, lo enrollaba y se lo echaba a la hermana poco prudente que encontraba en él un aviso maternal de este estilo: «Hay que ser humilde y comprensiva» o también: «Los corazones tiernos nunca se rompen»; o bien: «A Dios le gusta la paz». Y con aquello los espíritus se serenaban.

«El recreo -dice otra- resultaba alegre e interesante. Cada una contaba las cosas más importantes que le habían pasado con los pobres y con los niños. Todas se interesaban por las obras de sus compañeras y se alegraban del bien que hacían en sus respectivas tareas». Y a continuación describe el cuadro sencillo y corriente, de lo que solía pasar en el recreo de la tarde: «Era -nos dice- el momento de abrir la correspondencia y de contestar a las numerosas cartas que dirigían a sor Rosalía, cartas de agradecimiento por los favores obtenidos, cartas de petición de todo tipo: uno acababa de perder un caballo, que le era absolutamente necesario para su pequeño comercio; no podía comprarse otro; se dirigía con confianza a ella para que le proporcionase uno. Otro le pedía una carta de recomendación para obtener una plaza, indispensable para poder mantener a su familia. Este quería casarse con una buena mujer y quería que se la escogiera la misma madre superiora. Aquél le confiaba una pena muy amarga, que ella mantenía en secreto. A veces eran quejas, y hasta injurias; pero otras veces eran limosnas abundantes o el anuncio de una visita extraordinaria». Podían allí tocarse con la mano toda la abundancia de miserias humanas y el crédito que había adquirido sor Rosalía con sus innumerables servicios. No era posible no sentirse cada vez más apegado a la hermosa obra que ella dirigía. A veces brotaban con candidez las sonrisas tras la lectura de una carta de sentimientos ingenuos o de estilo pintoresco. Era la alegría de las recreaciones. Aquellas cartas se distribuían entre las hermanas reunidas alrededor de la mesa; la buena madre dictaba la respuesta a las afortunadas secretarias; y entretanto, en medio de dos frases, ella cerraba con cuidado el sobre que servía para las respuestas.

Como vemos, la severidad de sor Rosalía no impedía el buen humor. Debidamente administrada, servía para formar almas vigorosas y hacía que brotase el agradecimiento de las interesadas.

Se cuenta que un día, estando en compañía de un respetable religioso al pie de la escalera de la comunidad, vio a una, de sus compañeras que bajaba corriendo y que se detenía un poco cohibida al darse cuenta de la presencia del sacerdote extraño. La precipitación aquella desdecía de la santa modestia, de la tranquila dignidad y del recato ideal de una hija de la Caridad. ¡Qué es lo que habría dicho Su Excelencia, el señor obispo de Meaux, el gran Bossuet, que no corría jamás, ni siquiera bajo la lluvia? ¿Qué habría dicho Su Excelencia ante tremenda avalancha? ¿Y sor Rosalía, qué es lo que dijo?, ¡qué es lo que hizo? No dijo nada; le bastó con una sencilla mirada. Y la hermana se arrodilló y besó el suelo. Modesta paciencia para un pobre pecadillo. La penitencia ayuda a la memoria, para que se acuerde en otra ocasión de lo que hay que hacer. ¡Pero hubo más!

Sor Rosalía no se contentó con aquello. ¿Tenía necesidad aquella pobre hermana de una seria reprimenda? ¿Había allí un fondo oscuro de amor propio, que estaba pidiendo ser mortificado? ¿O es que aquella hermana tenía un carácter ligero, que se olvidaba en medio de su despreocupación de las reglas minuciosas del comportamiento religioso? ¿Tenía acaso la memoria un poco frágil y necesitaba

algún -esto extraordinario para hacer que se acordase siempre de la reprimenda? Lo cierto es que sor Rosalía creyó conveniente hacer que besara el suelo por segunda y por tercera vez.

Sí, sor Rosalía era severa, pero con sus ojos limpios pasaba al mismo tiempo un rayo de ternura. Sus reprimendas se convertían en un afectuoso testimonio de interés sobrenatural. Por la tarde seguramente se rieron en el recreo de lo sucedido. Porque la hermana que por tres veces había tenido que besar el suelo delante de testigos sería la primera en reírse de lo sucedido y en contagiar su buen humor a las demás. Sor Rosalía sabía muy bien con quién tenía que vérselas. Y todas se sometían a sus órdenes con alegría. Por otra parte, sabía administrar bien sus terribles lecciones y no se las daba a cualquiera. Las reservaba para los caracteres robustos, a los que acostumbraba a la santidad de vida y formaba para las futuras tareas. Quince días después de aquella pintoresca aventura, la hermana que había sido su heroína era nombrada hermana sirviente, esto es, hermana superiora de la primera casa de Toulon.

Se comprende fácilmente que las hermanas, a veces con cierto cansancio y desilusión, se vieran pronto arrastradas por esta corriente de amor fraterno, de cordialidad confiada, de generosidad, de vida espiritual intensa y de alegría desbordante. Sabían en la casa madre cuál era la atmósfera tan noble que había en aquella casa privilegiada. Y por eso enviaban allá con frecuencia hermanas que se sentían tentadas de desánimo o de cansancio, o hermanas de cabeza dura e independiente, bajo la tentación de volver a una vida fácil de libertad y los placeres del mundo. Sor Rosalía era tan buena, les demostraba tanta confianza, aunque vigilándolas con cuidado, que al cabo de poco tiempo dejaban aquella casa totalmente cambiadas.

Cuando tenía que hacer algún reproche, les decía a veces a las hermanas de la casa: «Voy a reprenderos de tal y tal cosa delante de esa pobre hermana, a la que no quiero contristar; ya se dará ella cuenta de lo que digo». Y esta delicadeza solía dar buenos resultados. «Por eso teníamos que estar atentas a sus consejos y recibirlos con benevolencia. También ella tenía atenciones delicadas con nosotras; se habría privado de todo con tal de contentar a veces ciertos caprichos de sus buenas hermanas». Semejante bondad acababa conquistando el corazón de todas, que volvían a encontrar en aquella casa tan observante de las reglas, tan unida y tan generosa, el gusto del esfuerzo y la alegría de vivir.

Aquella casa se había convertido realmente en una especie de santuario en el que las almas buenas se encontraban con Dios a cada paso. A pesar de la intensa actividad que allí reinaba, a pesar del continuo ir y venir de las obreras por aquella colmena desbordante de vida, a pesar del número y de la variedad de visitantes y de la inoportunidad de algunos de ellos, las almas encontraban en toda ocasión el contacto con Dios.

Sor Rosalía podía pedírsele todo a las compañeras que estaban preparadas de esta forma, que estaban tan unidas a ella y tan entusiasmadas con las tareas de aquella casa. Ya hemos visto cómo las habituaba a la práctica de la virtud, cómo formaba su carácter. Pero sobre todo se preocupaba de dar a aquellas almas el alimento espiritual que pudiera sostener sus buenos sentimientos: además de las ejercicios de piedad que había que hacer según las reglas, les aconsejaba vivamente que se aprendieran de memoria algunos de los pasajes más hermosos de la Sagrada

Escritura. El célebre himno a la caridad, que entona san Pablo en el capítulo 13 de su primera carta a los Corintios, era el que gozaba de sus predilecciones. «Nos lo hacía aprender de memoria y nos decía que lo meditaríamos todas las semanas».

Para que las hermanas siguieran con atención la lectura del comedor, quería que hubiera de vez en cuando repeticiones de dicha lectura. De este modo la lectura de los libros, escuchada con atención, penetraba en el fondo de las almas. Por otra parte, las repeticiones servían luego de ocasión para hablar e intercambiar ideas entre todas.

Sor Rosalía supo realizar un buen trabajo en aquella casa. Había estado acertada en su inspiración de entregarse por completo a esta obra primordial de la formación de las hermanas. Arrastradas hacia la virtud, unidas en torno a su madre, animadas de un ardor de conquista, sus hermanas estaban dispuestas a cualquier obra buena. Su pequeña tropa, robusta, bien unida, bien formada, equipada para los combates de Dios, se iba entrenando día tras día con mayor entusiasmo, bajo la dirección de aquel jefe tan aguerrido que era sor Rosalía, observando sus consignas y siguiendo sus ejemplos. Y sobre aquellos espíritus generosos Dios derramaba en abundancia sus bendiciones. La obra de la calle de l'Epée-de-Bois iría prosperando y multiplicando sus beneficios.

8.- LAS OBRAS

SIEMPRE DISPUESTOS PARA TODA OBRA BUENA

No faltaba tarea: estaba la escuela llena siempre de niños, estaban las numerosas visitas que había que hacer a casa de los pobres y de los enfermos, estaba el dispensario, la farmacia, el ropero... Y en torno a estas obras ya habituales en las casas de las Hijas de la Caridad se vio pronto surgir, una tras otra, bajo la mirada vigilante de sor Rosalía, todo un conjunto de obras caritativas, debidas a su iniciativa. En cualquier sitio que se encontrara con la miseria, intentaba poner el remedio más adecuado. Obras antiguas u obras con aires nuevos, todo estaba bien si se adaptaba realmente a las necesidades de sus pobres. Sabía utilizar las fecundas iniciativas de otros apóstoles generosos, pero sabía también, en caso necesario, sacar obras de nuevo tipo del tesoro de su propio corazón. Algunas de ellas, muy corrientes en la actualidad, eran entonces una verdadera novedad.

Pronto hubo al lado de las escuelas, que vieron multiplicar sus clases gracias a su interés, una guardería para los niños más pequeños y una casa cuna para los bebés. Se creó para ello un patronato, que era una prolongación de la escuela y que recibió el nombre de «Recreatorio dominical». Se trataba de algo nuevo por entonces. Se organizó también un taller de confección para las muchachas mayores. Sor Rosalía tuvo incluso el atrevimiento de abrir un asilo nocturno para los ancianos vagabundos; a veces llegaron a buscar allí un cobijo hasta ochenta ancianos desamparados. Para aquellos pobres vagabundos y para otros ancianos que llevaban una vida difícil al estar aislados de los demás, llegó a soñar con hacer algo más y abrir un asilo permanente, una especie de hospicio que fuera una casa familiar para todos aquellos niños grandes. Y el sueño se realizó, aunque después de su muerte.

Nunca se acaba de hacer el bien. La vida no se detiene. Y si es tan pródiga en beneficios y en riquezas, tampoco faltan las desgracias y las desventuras. La savia del árbol hace brotar de continuo nuevas ramas, a veces ramas inútiles que se multiplican a costa de los frutos. Lo mismo ocurre en la vida humana. Siguiendo su impulso interior, se va desarrollando continuamente, pero a veces se atasca. Vencidos, los corazones perezosos se abaten y dejan que se consuma su vida en medio de hojarasca. Pero los corazones valientes se enfrentan con las dificultades y siguen adelante en la tarea. Gracias a Dios, siempre los ha habido. Sor Rosalía no se abatía jamás.

A veces hay que contar con las catástrofes. Un día estalla el cólera. En el barrio tan poco sano de la calle Mouffetard hizo numerosas víctimas entre los padres y madres de familia. Sor Rosalía pensará enseguida en un orfanato y recogerá en unos pocos días hasta setenta niños.

Infatigable, buscaba al mismo tiempo a algunas jóvenes que pudieran ayudarle en sus obras de caridad y creaba las «Luisas de Marillac» (de espíritu, ya que todavía no se las designaba con ese nombre) para que atendien a algunos pobres ancianos abandonados. Por otra parte, algunas señoras siguiendo sus consejos y sus indicaciones se ofrecían también a llevar personalmente a los necesitados su socorro y su simpatía.

Pronto hubo toda una red de obras caritativas dedicada a captar por todas partes y a encerrar dentro de sus mallas protectoras todas las miserias que andaban errantes y a la aventura en aquel pobre barrio de París.

¡Para ello se necesitaban no pocos recursos! Y sor Rosalía supo encontrarlos. ¡Cuando la caridad es sincera logra abrir todas las bolsas!

EL BANCO DE L'EPÉE-DE-1301S

Por la casa de la calle de l'Epée-de-Bois pasaba mucho dinero. Pero aquel dinero no se quedaba allí encerrado mucho tiempo. Las operaciones financieras se mostraban muy activas. Sor Rosalía recibía mucho, pero daba también mucho. A veces servía de simple intermediario: el dinero no hacía más que pasar por sus manos para llegar inmediatamente a las manos de los infortunados que ella recomendaba a los bienhechores.

Cuando tenía algún dinero a su disposición, se lo distribuía siempre a los pobres, los suyos o los que la Providencia le enviaba. Su casa no se beneficiaba nunca directamente de los regalos que recibía; los pobres loca les de aquella pobre casa no lograban nunca embellecerse. La casa -observa una de sus compañeras- conservó siempre el sello de la sencillez y de la pobreza más humilde. Por el año 1828 fue necesario hacer algunas obras: los alumnos iban siendo cada vez más numerosos, los locales resultaban insuficientes, hubo que construir nuevas clases; fue una obra modesta y aquel presupuesto extraordinario pudo cubrirse a costa de muchas gestiones y llamadas a la generosidad de los bienhechores, después de haber considerado la importancia primordial de aquellas obras.

Sor Rosalía se sintió maravillada de los resultados. ¡Qué buena hermana! Se contentó con unos pocos gastos. El 24 de mayo de 1829 escribía a Confort: «Las cosas van bien por nuestra casa. Hemos hecho algunas obras. Seguramente no la conoceríais. Somos ocho y tenemos algunas clases más... Aquí reina la paz y el espíritu de trabajo. Me siento mil veces más feliz en todos los aspectos...». Sor

Rosalía se sentía feliz. Feliz sobre todo al ver cómo afluían a la casa, debidamente agrandada, más niños del barrio a los que podría conducir hasta Dios. Feliz de ver cómo aumentaba a su alrededor el número de compañeras. En cuanto a los locales, siguieron conservando su apariencia tan modesta: aunque estuviera un poco más llena la caja del banco de los pobres, la casa de sor Rosalía seguirá siendo tan pobre como siempre. Y sor Rosalía está contenta. Se siente feliz, lo mismo que sus compañeras. La comodidad es algo muy secundario para aquellas almas. ¡Tenían su corazón muy lleno de otros pensamientos! Lo único que les preocupaba a todas aquellas almas fervorosas era el fruto de su abnegación y de su apostolado.

La señora Bawcoffe de Montmahaut, hija de una amiga de la infancia de sor Rosalía, quería mucho a la hermana y solía acompañarla de buena gana en sus visitas. Pero aquella gran señora, que acababa de frecuentar los salones de la nobleza y hasta del mismo palacio imperial, se encontraba un poco incómoda en el pobre «salón» de sor Rosalía. A veces manifestó con cierta dureza la compasión que sentía: «La vida de sor Rosalía -decía en cierta ocasión (21 de julio de 1912)- estaba llena únicamente de amor a los pobres. Era muy buena con todas sus compañeras; siempre les hablaba con ternura. ¡Pero qué casa! Allí no se veía más que miseria. Puede decirse que allí no se conoció nunca lo que es el bienestar. ¡Era una pena ver aquello! ».

Evidentemente el «salón» de sor Rosalía no se parecía mucho a los salones que frecuentaba la señora de Montmahaut. Pero sor Rosalía pudo vivir allí cincuenta años. Y se sentía a gusto en aquella casa. Y allí hacía también felices a cuantas la rodeaban, tanto a ricos como a pobres.

Las cosas superfluas desaparecían enseguida de aquel pobre «salón». Las regalaban o las vendían. La hermana de Virieu, que llegó a casa de sor Rosalía como joven postulante, al ver su pequeña mesa de despacho que se caía de vieja, creyó que hacía una buena obra sustituyéndola por una modesta secretaría. Las hermanas, a las que había confiado su proyecto de realizar aquel cambio, se prestaron de buena gana a aquella iniciativa que suponían habría de ser una buena sorpresa para su buena madre. Y desapareció aquel viejo armatoste. ¡Pero cuál no sería la sorpresa de todas ellas cuando, al ver el nuevo mueble que le habían traído, la buena sor Rosalía empezó a deshacerse en lágrimas! Para consolarla, no tuvieron más remedio que deshacerse de él, venderlo y dar su dinero a los pobres. ¡Qué amor tan poderoso es el de la pobreza y el de la sencillez que había en aquel alma! ¡Y qué hermoso ejemplo para las demás! La joven postulante se sintió realmente conmovida. Y aquello supuso un buen impulso para toda su vida de hija de la Caridad.

Como era de esperar, con frecuencia la caja de sor Rosalía se encontraba vacía. Y sin embargo tenía continuamente necesidad de dinero. Ella no se preocupaba. ¡Le había servido siempre con tanto esmero la Providencia de Dios! «Aceptemos -decía entonces- todo lo que se presenta. Dios nos enviará dinero suficiente y medios adecuados, con tal que sepamos hacer buen uso de ellos». «No tengáis miedo, hermanas -decía en otra ocasión-; no nos faltarán los socorros mientras nuestras manos sigan haciendo esto»: y hacía el gesto de dar con una mano y tender la otra para recibir. «Si una de las manos se cierra -añadía-, la otra es inútil que se tienda... Dad sin prodigalidad... Administrad bien el dinero de los pobres y ya veréis cómo Dios os dará siempre lo que necesitéis».

Y sor Rosalía aguardaba siempre la intervención de la Providencia. Entre tanto sabía tomar las cosas con paciencia y buen humor. Aludiendo en cierta ocasión al hermoso crucifijo de la parroquia de San Gervasio, que hacía años estaban pensando en volver a cubrir de plata, pero que por falta de dinero se encontraba siempre en el mismo estado, sor Rosalía decía con una sonrisa en los labios: «¡Yo estoy como el Cristo de san Gervasio!». También a ella le vendría bien cubrirla un poco de dinero.

Pero sus apuros económicos no duraban nunca mucho tiempo. La Providencia derramaba sus tesoros de oro y plata en manos de sor Rosalía con corazón generoso. Y entonces sus manos podían abrirse por completo. Era un gesto que hacía de buena gana.

El dinero depositado en el banco de l'Epée-de-Bois era un dinero bien empleado. Aquel banco era algo así como el banco de Dios, con abundancia de intereses y de crédito en el banco del cielo. Por eso tenía no pocos clientes. Sor Rosalía tenía el arte de convencer a la gente de sus ventajas sobrenaturales. Y sus queridos clientes partían siempre con el corazón ligero, sabiendo que el negocio era seguro y que ofrecía magníficas esperanzas.

UN CENTRO DE ACOGIDA

Para todo aquel incremento de trabajo se necesitaba también un incremento de abnegación y de dedicación. Sor Rosalía y sus compañeras tenían que estar siempre tomando nuevos alimentos ante la tarea que se multiplicaba, con la alegría de ver cómo se ofrecía cada vez un trabajo más fecundo. Todo resultaba posible para unas almas que vivían en aquel clima de alegría, en aquel triunfo creciente de la Caridad. Se les podía pedir cualquier clase de servicio. Se les pidió incluso hospitalidad para que pudieran reunirse diversas obras de Caridad en su casa. La casa y los corazones de sus moradores se abrieron con generosidad a todos. A veces se trataba de obras cuya fundación había animado la misma sor Rosalía o que tuvieron en ella al guía de sus primeros pasos.

Así ocurrió con la obra de san Francisco de Regis para la reconciliación de los matrimonios. Sor Rosalía había animado al fundador y se celebraban las reuniones en su casa.

Y así ocurrió también con las conferencias de san Vicente de Paúl, cuyos miembros acudían a su casa a recibir sus consignas y a los que encomendó sus primeros pobres. Varios de sus miembros hacían ahora en grupo lo mismo que ya habían hecho individualmente bajo su inspiración.

Sor Rosalía les dio también a las hermanitas de los pobres su primer anciano, después de haberles dado para su instalación la ayuda más cordial. Por medio de sor Rosalía se relacionaron también con el reverendo padre Ratisbona, para su Obra de la Providencia, las dos primeras niñas judías que iban a inaugurar su obra. Aquel acto de caridad convertía a sor Rosalía, sin que ella tuviera la menor duda, en intermediaria de la santísima Virgen. En la persona de aquellas dos niñas ella le enviaba al padre Ratisbona un vivo mensaje de la Virgen María; aquel mensaje era la respuesta de la santísima Virgen a la oración de aquel padre, el signo que él le había pedido a la Virgen la misma mañana en que emprendió la obra tan delicada en que estaba soñando. La santísima Virgen se servía de sor Rosalía; y sor Rosalía se mostraba una vez más atenta a las inspiraciones divinas.

Sor Rosalía era una buena ayuda para muchas obras buenas. Otras muchas comunidades gozaron de sus servicios. Lo mismo que había acogido a las hermanitas de los pobres, también acogió cordialmente a las hermanas de la Cruz, a las hermanas agustinas y a otras.

Por todas partes sabían que podía ofrecer una buena ayuda para cualquier obra buena.

Cuando se organizaron las «cocinas económicas» en diferentes barrios de París, también tuvo el suyo la casa de sor Rosalía y ella misma sentía una gran alegría de poder atender personalmente a su servicio. En cada ocasión se llevaba consigo a una hermana, para la que era una verdadera recompensa poder acompañarla. Se entretenía allí de buena gana, dichosa de poder entrar en contacto por aquel motivo con todos aquellos pobres y poder hacerles algún bien. Y realmente era una buena ocasión. En febrero de 1838 llegaron a dos mil raciones las que tuvo que distribuir.

Toda aquella multitud de obras, el ir y venir continuo de gente de paso, visitantes o pedigüños, pobres miserables o grandes personajes que se distinguían por su nobleza o su piedad, todo aquel movimiento, toda aquella animación que formaba ya parte del trajín de la casa, constituía también un trajín para las almas. Las almas se sentían arrastradas por aquella poderosa corriente de caridad, sumergidas por completo en aquella atmósfera de alegría contagiosa, en donde la entrega de sí mismo se convertía en una necesidad y en una actitud constante de los espíritus.

LA VISITA A LOS POBRES Y A LOS ENFERMOS

La obra primordial de cualquier casa de las Hijas de la Caridad es la visita a los pobres y a los enfermos. Es ése el espíritu que las mueve a añadir a la firma de sus cartas y de sus documentos la fórmula s.d.l.p.e., es decir, sirvienta de los pobres enfermos («servante des pauvres malades»). La hija de la Caridad está al servicio de los pobres, «sus amos y señores», como decía san Vicente de Paúl. Y es preciso que sus señores tengan también la impresión de que les sirven bien, de que les sirven como si fueran príncipes.

En la casa de sor Rosalía todas las compañeras tenían que estar dispuestas para esta obra. Y no dejaban de trabajar en ello. Las mismas hermanas encargadas de dar clase tenían que ir durante las vacaciones escolares a ayudar a las hermanas de los enfermos, cuyo servicio no se veía nunca interrumpido. Siendo maestras de escuela sabían encontrar en parte su descanso cambiando de ocupación.

A sor Rosalía le gustaba iniciarlas en estos menesteres, que solían ser nuevos para muchas. Se dedicaban algunos recreos con toda seriedad a este necesario aprendizaje. Alguna de las compañeras desempeñaba el papel de enferma o de herida; y en aquellas circunstancias se aprendía a vendar heridas y a poner cataplasmas. En aquella época no había aún reglamentos administrativos que exigieran ningún diploma. La hermana superiora, como buena dueña de casa, se mostraba atenta a las aptitudes de cada una, a las habilidades o inexperiencias de aquellas enfermeras improvisadas, ya que a ella es a la que incumbía el cuidado y la responsabilidad de juzgar quién era o no apta para desempeñar seriamente sus funciones.

Ella misma se había dedicado en otros tiempos a esas tareas y lo seguía haciendo siempre que podía. Se presentaba muchas veces la ocasión para ello en su pequeño

despacho, que se convertía entonces en un dispensario cuando entre visita y visita le traían algún pobre enfermo. Otras veces se presentaban ocasiones inesperadas. Sucedió que, en ausencia de sus compañeras o por la noche, se presentaba algún caso urgente. Sor Rosalía, para sus correrías nocturnas, iba a buscar a sor Felicia, una de sus jóvenes compañeras, que solía ir con ella en aquellas excursiones heroicas. Y con una linterna en la mano recorría, sin atender a las inclemencias del tiempo, aquel laberinto de callejuelas del barrio, buscando la pobre casa en donde yacía el pobre que apelaba a su caridad.

DESDE EL CADALSO A LAS PUERTAS DEL CIELO

Cierto habitante del barrio de Saint-Marceau había asistido en otros tiempos, en la época del Terror, a las terribles ejecuciones de los ajusticiados en Nantes. Y había aplaudido con ganas aquellas escenas sangrientas.

Sin embargo, un día empezaron a brotar buenos sentimientos en su espíritu durante una de aquellas tristes hecatombes. Los condenados habían ido cantando hasta el cadalso. Y era una hermosa canción que demostraba la alegría que sentían los condenados. Era una canción a la Reina de los mártires.

Cuando estuvo a punto de morir, sor Rosalía, que no deseaba que el demonio se llevara a ninguno de sus hijos, fue a verle. No le resultó fácil que aceptara su visita aquel personaje. Pero finalmente cedió. Y delante de sor Rosalía se puso a cantar aquella canción. Era un bonito cantar.

Sor Rosalía lo escuchaba extasiada. «¡Qué hermoso es!», le dijo de pronto.

Aquel hombre, sorprendido y lleno de emoción, la miró como deslumbrado. También él se daba cuenta de que aquello era muy hermoso. Pero su mirada se había transfigurado. ¡Una bonita canción, ciertamente! Pero se había convertido de repente en su corazón en un cántico mucho más hermoso, con una belleza superior. Y también resultaba hermoso a sus ojos, en la lejanía, el heroísmo de aquellos mártires que habían subido al cadalso con aquella alegría. Y también era hermoso el reino de Dios que se revelaba de repente a su vista en aquel alma tan santa, divinamente hermosa, de sor Rosalía, que comulgaba en su espíritu con el sacrificio heroico de los mártires.

Desde aquel instante el alma de aquel pobre hombre se abrió por completo al arrepentimiento. Tuvo una buena muerte. Murió cantando su cántico.

Y hubo alegría en el cielo y en la tierra.

Sor Rosalía volvía santamente triunfante de aquellos duros combates. Sentía su alma inundada por completo de gratitud para con Dios. Y la alegría de aquellas radiantes victorias estimulaba más que nunca su entrega al servicio de los enfermos, sostenía la fatiga incansable de sus salidas, de las visitas, de sus curas a los enfermos, de todos sus cuidados materiales. Y hacía que surgieran mil delicadas iniciativas en su noble corazón. Llegaba hasta las almas a través de los cuerpos. Mediante sus atenciones materiales, llenas de abnegación y prodigadas con cariño, alcanzaba los corazones. Esa había sido también la fórmula de san Vicente de Paúl.

SOR ROSALÍA EDUCADORA. LAS ESCUELAS DE PÁRVULOS

Sor Rosalía sentía por las almas de los niños una especial predilección. La educación era a sus ojos, lo mismo que el servicio a los pobres, una obra de importancia primordial. Porque la educación de los niños proyecta sobre su vida entera una luz

radiante de vigor moral y de rectitud de carácter, o por el contrario un peso de rebeldía y de ociosidad y molicie. Sor Rosalía quería que en casa la tarea educativa fuera de la mejor calidad. Quería que se diera una excelente educación, que fuera el mejor complemento de una buena instrucción. Cuando había que dar alguna recompensa a los éxitos escolares, tenía parte especial en la apreciación de los méritos, no solamente la ciencia adquirida, sino sobre todo la buena conducta de los alumnos. En la escuela reinaba siempre la disciplina. Ponía especial cuidado en que todo estuviera en orden, debidamente limpio, que el vestido de los niños fuera sencillo y correcto, que hubiera modestia, que se apreciase la buena educación, que se inculcasen en el alma de los niños los sentimientos de respeto, base de toda buena educación. En la escuela reinaba una sencillez de buena ley en el tono y las maneras de actuar. En aquellas almas confiadas se adivinaban sentimientos delicados, modestos, que daban cierto aire de distinción, y aquella belleza moral que se desarrollaba en un clima de puro cristianismo.

Sor Rosalía pasaba todos los días por las clases. Muchas veces se detenía en la puerta, escuchando durante algún tiempo las lecciones a fin de poder dar a continuación a la maestra algún consejo y estímulo en su tarea. Cuando ella entraba, todos se levantaban alegres y respetuosos. La aparición de la madre hacía asomar la sonrisa en los pequeños. A la madre le gustaba estar entre sus pequeñuelos. ¡Su inocencia se acomodaba tan bien a su candor! Los observaba. Con una ojeada pasaba revista a todo aquel mundillo; les daba a unos prudentes consejos; reprendía a otros cuando lo necesitaban, pero con acentos maternales; secaba las lágrimas de alguno; tenía a veces ocurrencias ingeniosas: cuando un niño no se sabía la lección, encontraba palabras de aliento: «Hijo mío, tu mamá, cuando estaba aquí en los mismos bancos que tú estás, se sabía siempre muy bien la lección; tienes que hacer como ella». ¡Qué estímulo! ¡Qué ánimos! Y por la tarde, cuando volvía el pequeño a su hogar a su familia, ¡qué orgulloso se sentía de su madre.

Después de su visita a las clases, sor Rosalía pasaba por el pasillo donde estaban colgados los cestillos que contenían las provisiones de cada uno de los niños. Siempre maternal, completaba generosamente la pobre ración de algunos de ellos. Y se iba, saboreando de antemano la alegría de aquellas niñas ante la sorpresa que tendrían en el momento de buscar la comida.

LOS PROGRAMAS

La instrucción, desde luego, no podía tampoco abandonarse. Había que enseñar con cuidado los conocimientos elementales. Había que hacer bien las cosas, leer bien, escribir bien, articular bien la lectura, llevar los cuadernos bien limpios, hacer bien las cuentas... Se trataba de respetar debidamente el trabajo que Dios les había encomendado. Y también de respetar a las personas ante las que había que hacer una lectura, o a la profesora de clase que tenía que corregir los cuadernos y, más tarde, a las personas a las que tuvieran que dirigir alguna vez su correspondencia.

A medida que iban creciendo los niños, les aguardaba todo un programa de estudio, perfectamente adaptado a las funciones que más tarde habían de desempeñar en la sociedad. Aquellas futuras madres de familia tenían que adquirir todos los conocimientos prácticos, necesarios para el gobierno de un hogar. «Yo iba a clase de costura -recuerda una de sus antiguas alumnas-. Teníamos que trabajar

bien. ¡Qué bien nos enseñaba y nos formaba a todas!... Ninguna se mostraba perezosa. Y aprendimos de todo. ¡No había ninguna tarea que nos asustase!». ¡Qué testimonio tan admirable y lleno de sano orgullo!

Pero sor Rosalía tenía miedo de todo aquello que, en los estudios, hubiera podido infundir en aquellos niños ambiciones desmesuradas o quitarles el gusto por los sencillos trabajos del ambiente familiar. Como tenía que vérselas con niños de condición familiar modesta y muchas veces de familias pobres, deseaba que siguieran estando, salvo excepciones justificadas, en la condición modesta de sus padres y que llevaran una vida de trabajo honrado, a la que la fe y la conducta cristiana pudieran dar, a los ojos de Dios, un brillo incomparable y un gran valor sobrenatural. Seguramente habría aplaudido con una fina sonrisa las protestas del buen Chrysale, rodeado de mujeres sabias y acosado por aquellas continuas discusiones y reproches gramaticales, sazonados por un vocabulario preciosista y una verborrea desconcertante... ¡Y cómo exageraban aquellas «mujeres sabias»!... El pobre Chrysale se sentía desgraciado. Y su desgracia repercutía en su plácido estómago:

«¡Por favor!-exclamaba-

¡Dejemos la ciencia a los doctores de la ciudad!... ¡No vayamos a buscar lo que se hace en la luna! No es honrado, por una multitud de razones, que una mujer estudie y sepa tantas cosas.

Formar en las buenas costumbres el alma de sus hijos. Llevar bien la casa, atender a los demás, gastar con economía:

¡esa debe ser su escuela y su filosofía!...»

Y añadía desolado:

«Toda esta casa se dedica a razonar y con sus racionios han echado fuera a la razón».

Sor Rosalía no quería que los futuros esposos de sus niñas se sintieran tentados algún día a reprenderlas de esta forma. Por eso estaba dispuesta a adoptar todos los artículos del programa del buen Chrysale.

En efecto, se la notaba un tanto desconfiada -o por lo menos con algunos reparos- cuando se trataba de ciertas exquisiteces. Es verdad que no desterraba la música, que ilumina la vida y proyecta un rayo de alegría en derredor; pero no quería para sus niñas la alta ciencia musical que quizás hubiera podido inspirarles deseos de seguir una carrera mundana, que no estaba hecha para ellas. La misma prudencia mostraba respecto a los cursos superiores de dibujo; es evidente que sabía admirar en los niños sus dibujos inocentes que desarrollaban su espíritu de observación de una forma divertida; pero no le asustaban los estudios superiores de dibujo.

En el barrio Saint-Marcel todo el mundo tenía en la más alta estima la escuela de sor Rosalía, tal como ella la había concebido. La escuela gozaba de la confianza total de los padres. Por eso estaba siempre llena de niños.

Y los locales enseguida resultaron insuficientes. Entonces sor Rosalía tendió la mano en busca de limosnas. Y pronto pudieron abrirse nuevas clases en una calle cercana, la calle del Banquier. Sor Rosalía, siempre práctica y habituada a la confianza, obtuvo que la ciudad de París se responsabilizara de aquella escuela, pero dejando su dirección a la comunidad de las Hijas de la Caridad. De esta forma pudo abrirse una nueva casa, cargada de clases y asediada también por las visitas de los pobres del barrio de Ivry. Otras hermanas se encargarían de la dirección de

aquella obra nueva, pero el corazón de sor Rosalía la seguiría desde lejos. Ella amaba a sus obras con un amor verdaderamente universal. Pues bien, el amor de una madre no disminuye al darse: «Cada uno tiene su parte y todos lo tienen entero». Así es también la luz que Dios derrama a torrentes sobre todos los objetos que nos emocionan con su hermosura y que se desliza, bienhechora y penetrante, hasta el corazón de las cosas más humildes.

Yo te bendigo, oh sol, que con tu luz radiante, tras bendecir todas las frentes y madurar todas las mieles entrando en las colmenas y en las chozas más pobres, te divides y continúas entero, lo mismo que el amor de una madre.

El corazón de sor Rosalía tampoco se empequeñecía al darse. Seguía siendo todo para todos.

EL ASILO DE NIÑOS

Cuando la gran obra de la educación de los niños se fue multiplicando y dando origen a un asilo, a una casa cuna y a un patronato, sor Rosalía tuvo que seguir derramando fielmente sobre el asilo, la casa cuna y el patronato todos los tesoros de su corazón. Las visitas que hacía a todas estas obras significaban para ella un verdadero descanso, en medio de tantas preocupaciones como la agobiaban continuamente. El contacto con los más pequeños la reconfortaba. Su candor la llenaba de encanto. El frescor de sus almas, sin malicia alguna, le ayudaba a olvidar tantas miserias y tantas situaciones turbias con las que se encontraba en sus visitas y en las confidencias que le hacían. Su buen corazón se desbordaba en atenciones materiales sobre aquellos pequeños que se asomaban a la vida; les prodigaba sus sonrisas, sus caricias, sus obsequios; secaba a veces sus lágrimas y procuraba llenarles siempre de alegría. Por otra parte, era aquella a veces la mejor ocasión que se le presentaba para practicar su apostolado con las madres. Cuando éstas venían a buscar a sus hijos se sentían agradablemente sorprendidas al verlos limpios y vestidos de ropa nueva y trajecitos calientes de lana. Habían desaparecido los viejos harapos.

Cuando sor Rosalía llegaba al asilo de niños, todo aquel mundo se ponía en ebullición, llenos de alegría y acudiendo todos a saludar a aquella buena madre. Ella por su parte miraba con cariño aquellos ojos confiados, les daba algún consejo, les contaba alguna historia en la que los niños ocupaban siempre los papeles principales; gozaba con el espectáculo de todas aquellas caras colgadas de sus labios. Su sencillez cuadraba perfectamente con aquellas escenas infantiles. Y para ella era también la mejor ocasión de admirar una vez más la entrega de sus compañeras, que se ingeniaban para instruir a los pequeños, para interesarles por las cosas buenas, para distraerles, que les hacían cantar canciones tan bonitas, que les hacían jugar y hacer gimnasia, todas tan formales, en la sala grande del asilo...

EL PATRONATO

Los días de vacaciones era el patronato adonde había que ir. También allí se prodigaba y se revelaba todo el inmenso corazón de sor Rosalía. Nunca decía ¡basta!, pues siempre tenía algo bueno que hacer. Volvía a encontrarse allí con las niñas mayores, que habían pasado la semana en el ambiente familiar realizando allí la dura experiencia de la vida. La verdad es que sor Rosalía prefería verlas allí que no metidas en un invernadero bien cerradas, con tal que pudieran acudir los días

de vacación al patronato para volver a estar en contacto con ella y poder así cobrar nuevos ánimos y volver decididas a la lucha.

Y venían con gusto al patronato. Eran muchas. Encontraban todas ellas el momento más oportuno para tener un rato de confidencia filial con la madre, para recibir sus preciosos consejos, para pasar unas horas de santa recreación, de juego y de risas, de cantos y esparcimiento. Volvían a encontrarse de nuevo con su alma de niñas. Y regresaban a su hogar con el corazón alegre, despierto a los buenos pensamientos y a los buenos deseos. Aquellas tardes que pasaban en el patronato, oasis de paz y de alegría, al abrigo de los placeres del mundo, les devolvía a todas la luz y la energía. Regresaban valientes a las duras tareas cotidianas, a enfrentarse con la despreocupación religiosa de sus familias o con las seducciones del taller.

LA ASOCIACIÓN DE NUESTRA SEÑORA DEL BUEN CONSEJO

Algunas encontraban también allí la ocasión de hacer un buen apostolado. Las mejores entre las antiguas alumnas se encargaron efectivamente de trabar amistad con las jóvenes aprendizas, que habían salido reciente mente de la escuela y se habían visto lanzadas en medio del mundo. Había ya unas señoras que velaban desde lejos por aquellas jóvenes y que ofrecían a sus familias necesitadas su socorro moral y material. Pero junto con esta lejana protección quedaba también sitio abundante para que algunas jóvenes del mismo ambiente les ofrecieran a aquellas muchachas el beneficio de su amistad. Las mayores podían brindar a las más jóvenes su ayuda y su aliento, su protección y sus consejos fraternales. De ahí el nombre que tomó esta obra nueva, la de asociación de nuestra Señora del Buen Consejo. Este precioso servicio que se les hacía a las jóvenes aprendizas se vio pronto acompañado por los servicios hechos a otras personas necesitadas. Porque la verdad es que pronto se le saca gusto al apostolado; se da uno cuenta enseguida del bien que produce en el alma, cuando se actúa con generosidad. Al lado de los ancianos acurrucados en sus buhardillas, al lado de las personas aisladas, de los incapacitados, no hay nada que resulte más agradable que la sonrisa de la juventud. Las jóvenes de la asociación de nuestra señora del Buen Consejo encontraron en todo esto un buen campo de acción, abierto a su celo por la solicitud universal de sor Rosalía. Iban a hacer compañía durante una hora a aquellas pobres ancianas desamparadas; hablaban con ellas y sobre todo las escuchaban; les contaban cosas, les leían algún libro para suplir la deficiencia de sus pobres ojos enfermos; les llevaban pastas o algunas golosinas; les lavaban la rapa. ¡Y todas se sentían muy felices de poder hacer algo por ellas!

EL ASILO DE ANCIANOS

Por su parte, también velaba sor Rosalía por los ancianos que recibía en su casa. Si había sabido hacerse un corazón de niña con los niños, también se hizo un corazón viril y fuerte con aquellos pobres viejos. Les comunicaba su serenidad. La ancianidad, en el otro extremo de la vida, es también una debilidad, pero una debilidad que ha conocido días de fuerza y de vigor, de actividad y de lucha. Y el recuerdo de las energías perdidas hace más amarga y más difícil la debilidad presente. Por eso tienen necesidad de aliento, de consuelo, de ayuda, de entusiasmo, y a veces de luz y de consejo en medio de la desesperación. Sor Rosalía sabía tratar a sus buenos ancianos con una especie de religioso respeto. Su cariño

con los pequeños y la alegría maternal que experimentaba entre ellos se transformaba aquí en compasión piadosa por esos pobres aplastados por la vida, por sus sufrimientos, por sus preocupaciones. Su caridad alimentada por su ardiente fe le hacía ver en aquellos buenos ancianos unos caminantes hacia el cielo ya muy cercano, que se aproximaban a la casa del Padre por caminos muy difíciles, tropezando sin cesar y necesitados de una mano que les ayudase a seguir caminando hasta el final.

Tenía el arte de adaptarse a la situación psicológica de sus buenos ancianos, al cansancio de su pobre cabeza fatigada. Se las ingeniaba de mil maneras para dar a aquellos niños grandes el alimento espiritual más adecuado a sus años y a sus almas, que habían vuelto a la simplicidad de la infancia. De vez en cuando solía entusiasmarles con el relato de algunas historias piadosas, cuyos héroes eran los antiguos patriarcas, unos viejos tan simpáticos como ellos. En la vida de aquellos ancianos servidores de Dios, en su fidelidad a las disposiciones de Dios, en su respeto y su sumisión a los designios de la Providencia, lograba encontrar magníficos ejemplos de fe, de sentido religioso, de respeto para con aquel Dios que se les revelaba en medio de solemnes manifestaciones. En la escuela de aquellos santos patriarcas que, a lo largo de toda su prolongada vida, a través de frecuentes peregrinaciones por medio de pueblos paganos, habían llevado intactas en su espíritu y habían transmitido a sus hijos las esperanzas de Israel, cuyo depósito les había confiado el Señor, sor Rosalía intentaba mantener en el alma de sus buenos ancianos del asilo la paciencia y el coraje suficiente para enfrentarse con la dura tarea de vivir con la maravillosa esperanza del más allá.

Sor Rosalía llegaba hasta el extremo en su bondad con sus ancianos. Cuando observaba en ellos algún defecto, su bondad se convertía en misericordia. Y su misericordia no tenía límites. Había tomado la costumbre de defenderles siempre. Pobres ancianos, pobres mendigos, pobres extraviados, para ella todos eran pobres necesitados que necesitaban su protección y su defensa. ¿Es que la miseria y la misericordia no están hechas para estar siempre juntas? ¿No es la miseria el trono de la misericordia?

Sor Rosalía, rodeada de miserias, les ofreció un corazón realmente misericordioso. Cuando se hablaba en su presencia de los defectos de los pobres con cierto tono de amargura, siempre sabía encontrar una palabra de compasión para excusar sus faltas.

¿Por qué tantas buenas personas pierden la razón en el fondo de un vaso de vino? Sor Rosalía supo encontrar en su misericordioso corazón varias razones para ello. A uno de sus viejos le gusta demasiado el vino y se lo recomienda a los demás diciendo que «el vino es la leche de los viejos». Y no se limita a alabarlo, sino que da ejemplo a los demás, pierde el rumbo y termina perdiendo la dirección. Sor Rosalía siente lástima de él, lo excusa y da la siguiente explicación: «Ese pobre desdichado ya no razona. Cuando se emborracha, cree que con ello se olvida de todo lo que ha sufrido». ¡Sí! ¡Aquel pobre hombre no razona! ¡Su oficio no es precisamente el de razonar! La máquina es la que razona por él. Y la máquina sigue su camino. Y el hombre se convierte en máquina. Y aquel pobre hombre se olvida de razonar. Y el clarete, en la copa de brillantes reflejos, le hace guiños y el hombre se deja llevar tras él. Sus reflejos pueden más que todos los raciocinios. Para conseguir que aquel hombre razonase un poco, habría sido necesario tener la

cabeza bien templada y cierto hábito de pensar. Pero lo único que tenía aquel viejete eran unos ojillos picarescos que se dejaban seducir con facilidad por aquellos bonitos reflejos del clarete en la copa.

La verdad es que de todas formas nuestro hombre razona todavía un poco. ¿No decía sor Rosalía que bebe para olvidarse de sus males? Nuestro hombre no está totalmente equivocado. Ha acertado y por unos momentos ha conseguido lo que deseaba. ¡Se sentía lleno de desventuras y aquel vaso de vino le ha ayudado a olvidarse de sus males! ¡Perdonémosle! ¡Seamos tan misericordiosos como sor Rosalía! ¡Pero que aguace su ingenio y lleve más adelante su razón! Es un remedio peligroso que no resuelve nada. ¡Que vigile la dosis!

A sor Rosalía se le ocurrían además otras bonitas excusas: «Los pobres -decía- no tienen donde reunirse. Entran en la taberna para distraerse un poco y, sin quererlo muchas veces, sienten los efectos del vino». Es verdad. No hablemos mal de esa pobre gente que, por falta de salones, tienen que irse a la taberna. Y en la taberna tienen que pagar su estancia con vasos de vino; y a veces hay que pagarle también un vaso a los compañeros, que nos brindan su compañía. Además, no sólo emborracha el vino; también están los amigos que se emborrachan mutuamente y el tabernero que, para redondear su negocio, anima a todos a beber. Realmente los pobres hombres que no tienen salones ni lugares de reunión tienen derecho a toda la misericordia de sor Rosalía y a nuestra comprensión.

¡Buena mujer sor Rosalía! Tenía excusas para todo. Un día se le presentó una buena persona. Era del barrio. Conocía a la buena madre. Se podía entrar en su casa sin muchos requilorios; lo sabía muy bien. La madre estaba siempre a disposición de todos los que quisieran visitarla. Pero aquel día no estaba allí. La sala de visitas estaba vacía. Y le dijeron a aquel buen hombre que sor Rosalía no podía recibirle, que estaba con fiebre. Aquel hombre no acababa de convencerse y no se quedó contento con la respuesta. Tuviera o no tuviera fiebre, sor Rosalía siempre estaba dispuesta para recibir a todos. Si no le recibía, es que no quería... Es que nadie quería ocuparse de él. ¡Fue aquella una buena solución! ¡Aunque un tanto inoportuna! A pesar de su fiebre, sor Rosalía acudió a la sala de visitas y arregló sus asuntos. Y aquel buen hombre se marchó victorioso. Después de su marcha fue la hermana portera la que recibió su lección; como le dijera a la madre, para justificar su conducta, que aquel visitante inoportuno no se había mostrado muy educado, la misericordiosa sor Rosalía encontró esta infame excusa: «¡Vaya, hija mía! Ese pobre hombre tenía otras cosas que hacer más que estudiar las buenas maneras. No tenemos que enfadarnos por ninguna palabra viva ni fiarnos de las apariencias un poco groseras. Esa pobre gente vale bastante más de lo que a primera vista parecen».

Cuando se trataba de defender a sus pobres, sor Rosalía siempre tenía la última palabra. ¡Los quería de verdad! ¡con un amor realmente maternal! Conocía tan bien sus miserias que las medía con una inmensa piedad. Su corazón se sentía conmovido por ellas. Su sensibilidad tan viva estaba siempre alerta para descubrirlas. Las emociones se sucedían ante el continuo desfile de miserias humanas que llamaban a su puerta. Le hubiera gustado aliviarlas todas, curarlas todas. Sufría ella misma por los sufrimientos ajenos. Y nunca conseguía acabar con todas ellas. No era posible pensar en cruzarse de brazos en aquel hermoso combate contra la miseria. Cuando otras

personas pensaron por ella en buscarle algún descanso, ella no pudo marchar lejos de sus pobres. Sus mismos superiores pudieron experimentarla en cierta ocasión:

Pensaron en darle a sor Rosalía un cargo en la casa central. Era una buena prueba de confianza. Conocían muy bien sus éxitos y les constaba de la prudencia de sus iniciativas. Pero surgió una dificultad: para ella tendrían que alejarla de su barrio y de su buena gente de Saint-Médard y el rumor público decía que aquello no podía compaginarse con el afecto extraordinario de sor Rosalía a sus pobres. Decidieron hacer un ensayo: vinieron a Saint-Médard a buscar a sor Rosalía para una excursión a Versalles en compañía de los venerables superiores, que deseaban tenerla a su lado en aquella fiesta. Pero apenas se vio fuera de la parroquia, aquella alma tan dueña siempre de sí misma no se pudo dominar. ¡Se puso a llorar! Y la compañera que nos narra aquel hecho añade: «Lo mismo que san Vicente, ella tenía miedo de que las puertas de la ciudad cayeran sobre su cabeza por haber ido a distraerse abandonando a sus pobres».

Sintiéndose siempre educadora, sor Rosalía tenía para todas las edades de la vida excelentes consejos y una inagotable caridad. Hasta los mismos jóvenes del barrio latino se sintieron felices de acudir a aquella fuente limpia de sabiduría para gozar de los consejos, de la ayuda, de la protección maternal de sor Rosalía. Perdidas en aquel París volteriano de la época, encontraban en pleno barrio Mouffetard un oasis de paz, de oración, de caridad fraterna y de estímulo para la vida cristiana. Y acudían sin cesar a buscar allí el refrigerio para su espíritu.

9.- EL BARRIO MOUFFETARD Y EL BARRIO LATINO

AÑO 1839

Era grande la efervescencia de los espíritus que reinaba después de la revolución. El mundo se sentía agitado por todo un bullir de nuevas ideas, La revolución, a pesar de haber atacado a la iglesia, de haber diezmando

las filas del clero, de haber abierto grandes brechas en la masa de los fieles, había sin embargo lanzado a través de todo el mundo algunas ideas generosas. Pero sus vuelos entusiastas, rodeados de tantas y tantas esperanzas, se habían visto acompañados de tan grandes excesos que la alegre y triunfal canción de la libertad acabó tomando tonos falsos y sombríos que la desfiguraron y desacreditaron ante un gran número de espíritus. Las almas, desconcertadas, se sentían deprimidas. La gente, desorientada, carecía de rumbo fijo. Los corazones, llenos de ardor pero roídos por la inquietud, se mostraban vacilantes. Todo se veía negro, oscuro. Faltaba un poco de luz. Las tinieblas lo rodeaban todo.

La iglesia iba recobrando ciertamente un poco de la simpatía de antaño. *El genio del cristianismo* de Chateaubriand había reavivado los sentimientos religiosos. ¡Celebraba con tanto acierto las bellezas de la iglesia! Aquella

esposa de Cristo, despreciada, perseguida, proscrita en tiempos muy cercanos, había visto teñido su manto con la sangre de los mártires una vez más; pero sobre aquellos gloriosos y sangrantes ropajes el prestigioso escritor había sabido arrojar flores a brazadas. Su bella prosa armoniosa y cantarina había enardecido a los espíritus delicados y abría de nuevo paso a los buenos sentimientos y a las nobles aspiraciones por el florido camino de la literatura.

LOS ESTUDIANTES DEL BARRIO LATINO

Pero en el terreno de las ideas todavía quedaba mucho por hacer. Pues bien, en la Sorbona se daba cita todo un mundo juvenil, estudioso y lleno de generosidad, abierto a las nuevas ideas; una juventud muy heterogénea, ciertamente, pero que compartían todos ellos un mismo ideal, el de colocar definitivamente en el buen camino a una sociedad que anda desorientada, el de proyectar un poco de luz, el de fijar un objetivo, el de inyectar en aquella sociedad enferma una savia de vida nueva que le devolviera la salud y el vigor necesaria para emprender de nuevo el camino.

Y buscaban a tientas aquel objetivo, aquel camino, a través de una mezcla confusa de ideas de todas clases, a través de una extraordinaria maraña de opiniones y de teorías.

Esta diversidad de opiniones había hecho surgir en el seno de la juventud universitaria diversos partidos, muy distintos unos de otros pero entre los que la camaradería tradicional de los estudiantes mantenía cierto con tacto. Y la buena voluntad, el deseo sincero de encontrar en las ideas un terreno de concordia había asociado a algunos de ellos en lo que se llamaba «la conferencia de historia», una especie de círculo de estudios en donde se hablaba de historia, pero sobre todo de historia religiosa. Las reuniones se celebraban en casa del distinguido señor Bailly, profesor de filosofía, hombre de corazón generoso, que había tomado algunas iniciativas muy afortunadas en favor de los estudiantes. Era natural que la hermosa historia de la iglesia católica gozara de especial atención y simpatía entre sus defensores. Defendida por Ozanam, por Lamache, por Letailandier y otras nobles figuras de temple y de erudición, la iglesia encontró en muchos de ellos sabios y elocuentes apologistas.

Ozanam desplegaba por aquella época sus mejores cualidades de ingenio y de talento. Empezaba ya a distinguirse por aquella brillante y cálida elocuencia que, sostenida por robustas convicciones, resonaría pronto en las aulas de la Sorbona, haciendo entrar en ellas después de una larga ausencia el genio cristiano, ilustrado por un arte consumado y una ciencia que era el fruto de un pujante esfuerzo de erudición.

Pero sucedió un día que, después de aquellos sublimes discursos en la conferencia de la historia, un camarada les dirigió este duro apóstrofe: «¡Vuestra iglesia! ¡Mostradnos qué es lo que hace vuestra iglesia! Es ver dad que en el pasado el cristianismo ha realizado cosas prodigiosas. ¡Pero hoy el cristianismo ha muerto! Vosotros, que os gloriáis de ser católicos, ¿qué es lo que hacéis?».

Ciertamente, una mirada imparcial y profunda habría encontrado, incluso en aquellos años imbuidos todavía de espíritu volteriano, no pocos milagros de fe y de caridad en el seno de aquellas masas agitadas de aquella época desventurada. En el mismo París no faltaban obras abundantes perfectamente organizadas, que se esforzaban en aliviar las miserias que se cernían sobre la capital: se visitaban las cárceles, se acudía a los hospitales, se recogía a los niños pequeños perdidos en el gran París, aquellos «pequeños saboyanos» a los que se instruía y se preparaba para la primera comunión. En estas obras caritativas los estudiantes se encontraban con los miembros de la más alta aristocracia. A sólo dos pasos de la Sorbona, muy cerca de aquellos estudiantes que discutían, el propio señor Bailly les ofrecía generosamente la hospitalidad de su salón que se había convertido en una

especie de «círculo de estudiantes» en donde éstos encontraban siempre acceso y refugio. Y había fundado muy cerca de la facultad de Derecho, en la calle de l'Estrapade, la «Sociedad de Buenos Estudios», una especie de casino literario, en donde había biblioteca, periódicos, una sala de estudio bien iluminada y con calefacción, un anfiteatro para reuniones y conferencias. Allí era precisamente donde se reunían para la «conferencia de historia».

Así pues, la caridad cristiana era verdaderamente activa en aquellos tiempos tan turbulentos. Pero el bien no hace ruido; se difunde silenciosamente y el mundo ruidoso, aturdido por los placeres, no suele escuchar los ecos discretos de las voces caritativas. Y se muestra injustamente severo. De todas formas aquel apóstrofe conmovió profundamente a Ozanam. Al salir de la conferencia, se encontró con Letaillandier: «Es verdad -se dijeron uno a otro-. No hablemos tanto de caridad. Hagámosla». Sentían la necesidad de añadir a los bonitos discursos y a la apologética más hábil el ejemplo de las grandes virtudes y el espectáculo de los grandes servicios sociales.

Aquella misma tarde Ozanam y su amigo fueron a llevar a unas familias necesitadas su provisión de leña para finales de invierno; el sacrificio era duro.

Pero aquello no era más que un rasgo de heroísmo individual. Era preciso ir más allá. En aquellos días de agitación y de fiebre, los amigos se buscaban y se reunían. Durante una reunión, uno de ellos exclamó: «Fundemos una conferencia de caridad». La idea hizo fortuna. Todos la aceptaron con entusiasmo. Y también le agradó al señor Bailly. Y el señor Bailly los envió a sor Rosalía. En efecto, no había nadie que fuera más apropiado que sor Rosalía para guiarlos en el aprendizaje de la caridad.

El barrio latino no está lejos del barrio Mouffetard. Y en éste llevaba ya treinta años sor Rosalía entregándose a las tareas caritativas con un éxito que atraía a todo París y con una generosidad que conquistaba a todos los corazones de los pobres de aquel pobre barrio. Lo mismo que el pequeño despacho de sor Rosalía, también su corazón estaba siempre abierto a todas las miserias y todos los sufrimientos; por eso sucedió que algunos estudiantes, que habían encontrado dificultades para instalarse en París o que se habían metido imprudentemente en algún asunto espinoso, o que incluso tenían algunos apuros económicos o un poco de melancolía en su espíritu, fueron a buscar al lado de sor Rosalía informes, direcciones, recomendaciones y todo cuanto necesitaban. Sor Rosalía, gracias a sus múltiples relaciones, les encontraba en París algún piso que ofreciese las debidas garantías de honradez y a veces la acogida cariñosa de alguna familia. Con todos estos preciosos servicios los estudiantes recibían además algún consejo juicioso, a veces alguna ayuda económica, y siempre un poco de aliento y de simpatía.

OZANAM Y LA CONFERENCIA DE SAN VICENTE DE PAÚL

Ozanam sabía el camino de la casa de sor Rosalía. Un día, conociendo ésta la delicadeza de su hermoso espíritu compasivo que se veía inclinado a una excesiva liberalidad, le había dicho: «Hijo mío, lo que les digo a sus amigos, no tengo necesidad de decírselo a usted. Gracias a Dios, usted conoce bien a los pobres, como es debido. Pero temo un poco los excesos de su corazón. Escuche una historia; ha ocurrido hoy mismo». Y sor Rosalía le contó la historia, poco ordinaria, de un joven que tenía también un corazón demasiado bueno y que el día anterior

había dado todo cuanto tenía. Pues bien, aquella misma mañana le sorprendió un visitante cuando estaba aún en la cama; era un pobre desgraciado, medio desnudo, en un estado tan andrajoso que, escuchando sólo la voz de su corazón, le dio lo único que le quedaba, su traje, para que pudiera vestir correctamente. San Martín no había hecho tanto como él. Pero entonces fue necesario enviar un mensaje a sor Rosalía para pedirle ayuda y poderle sacar del apuro. Sor Rosalía pensó enseguida en echar una mano al pobre joven. Pero, junto con un paquete de ropa, le había enviado la siguiente nota por escrito: «Mi pobre amigo, ¡si algún día le hacen obispo, va a quedarse usted sin su pectoral y sin su mitra! ».

La lección iba dirigida a Ozanam. Y sor Rosalía debió unir a ella una maliciosa sonrisa. Pero cuando envió aquella nota por la mañana al joven que se había mostrado tan pródigo en sus limosnas, ¿había tenido acaso el don de profecía? Lo cierto es que aquel joven llegó un día a ser obispo y que, conservando en su episcopado su costumbre de dar sin consideraciones, tuvo a veces que desposarse con la santa pobreza por culpa de la generosidad y llegó a entregar también su pectoral y su mitra.

Ozanam retuvo aquella lección dada con tanta gracia. Poco a poco se fue convirtiendo en uno de los amigos privilegiados de sor Rosalía, que cultivaba con esmero su alma, manifiestamente llamada a los más altos destinos.

Ozanam acudía de buena gana a la calle de l'Epée-de-Bois, a aquel santuario de la caridad. Cuando salió de casa del señor Bailly, preocupado por las últimas discusiones que habían tenido en la Conferencia, no vaciló en dirigir enseguida sus pasos para ir a buscar en casa de sor Rosalía las consignas que imponían las circunstancias. Fue allí acompañado de Letaillandier. Y decidieron que, para responder al reto que les habían lanzado en la conferencia, tenían que emprender alguna obra, de las que más agradan a nuestro Señor, una obra de caridad. Llevarían ayuda a los pobres; y a sus ayudas materiales añadirían el regalo de una cordial simpatía a través de una visita personal, amigable y fraternal.

Quedó disuelta la «conferencia de Historia» y se convirtió en «conferencia de Caridad»: La «conferencia de san Vicente de Paúl».

El camino de la Sorbona a la calle de l'Epée-de-Bois fue más que nunca conocido y recorrido. Y sor Rosalía tuvo la dicha de ver reunirse varias veces en su casa a los primeros hermanos de san Vicente de Paúl, de ver entre ellos a un joven que también llevaba el apellido Rendu, y de sentir cómo se avivaba y propagaba el hermoso fuego de la caridad. Los jóvenes venían en grupo a su casa; pero a veces venían también individualmente a buscar consejos, recomendaciones y aliento. Se llevaban consignas y órdenes de servicio y se derramaban por las calles del barrio como mensajeros de la caridad.

La experiencia de sor Rosalía, que conocía bien a su «diócesis», tuvo para ellos un valor inestimable. Ella orientó su apostolado, dirigió sus idas y venidas por el barrio, les dio direcciones, bien escogidas, de familias necesitadas. El «banco de la Providencia», que tenía su sede en la calle de l'Epée-de-Bois, tuvo que funcionar a tope en aquellos primeros momentos, ya que continuamente tenía que llenar con generosidad la caja de la conferencia; como ésta se alimentaba simplemente de la colecta semanal, nunca acababa de solucionar sus problemas. Era preciso que el «banco» funcionase. ¿Adónde iba sor Rosalía a buscar fondos? Venían de todas partes. La Providencia tenía sus emisarios en todos los rincones. Y la casa de l'Epée-

de-Bois tenía ese misterioso atractivo que siempre hace nacer la influencia de una heroica caridad. Los socorros acudían a medida de las necesidades. Y sor Rosalía daba, daba siempre a fondo perdido: todo se perdía en las manos de los pobres. Los miembros de la Conferencia gozaron en los comienzos de un largo crédito y pudieron distribuir por el barrio abundantes limosnas.

Junto con su limosna daban también un poco de su cultura y de su distinción. La cultura del barrio latino, adornada por toda la distinción de unas almas cristianas generosas, esparcía ahora toda su influencia por el barrio Mouffetard, aquella querida «diócesis» de sor Rosalía. Ozanam llevó allá su alma poética y realista a la vez, su frente majestuosa de pensador profundo y de apóstol, pero también su «irresistible sonrisa» de joven piadoso íntimamente unido a Dios. En compensación, todos aquellos humildes portadores del mensaje cristiano pudieron hacer, en el seno de la miseria de aquel pobre pueblo, el descubrimiento de una riqueza de sentimientos que les dejó edificados y enriquecidos: espontaneidad, nobleza, grandeza de alma, toda la belleza moral que descubrieron entre los pobres en el curso de sus visitas. Había entonces un afortunado intercambio de servicios, en el que quizás los miembros de las conferencias fueron los más favorecidos. La práctica de la caridad desarrollaba en ellos el espíritu de fe, y preservaba y elevaba sus almas.

LA INFLUENCIA DE SOR ROSALÍA Y EL ALMA DE SAN VICENTE DE PAÚL

Al principio, la conferencia de san Vicente de Paúl estaba destinada a funcionar entre los compañeros de escuela; se limitaría a ejercer sus tareas en el círculo íntimo en que había sido fundada. Así es como funcionó durante dos años. Pero un día, uno de aquellos jóvenes estudiantes, el señor Le Prévost, llevado de su celo apostólico, propuso en una reunión desdoblarse la conferencia para poder extender sus obras de caridad. Se trataba de establecer una en San Sulpicio; quizás más tarde podrían fundarse otras... Se alborotaron los ánimos de aquellos buenos apóstoles, celosos de su intimidad. La cosa llegó a calentarse tanto que el prudente señor Bailly creyó oportuno cerrar la discusión y levantar la sesión. Ocho días más tarde, la reunión estaba a tope. Y la discusión volvió a enzarzarse. Una discusión dura, encarnecida, prolongada. Finalmente, el autor de la propuesta, como punto final de sus argumentos, hizo observar que la idea no era suya, sino que procedía de sor Rosalía, deseosa de extender cada vez más lejos el reino de Dios. Sus palabras fueron decisivas; el nombre de sor Rosalía hizo callar todas las oposiciones. Y se adoptó la decisión de dividir la conferencia.

Pronto habría de verse cómo, gracias a sor Rosalía, se iban extendiendo las conferencias de san Vicente de Paúl, como un reguero de pólvora, por toda la superficie del globo. «Llegarán a encerrar al mundo -decía Ozanam- dentro de una red de caridad».

Así pues, San Sulpicio tuvo también su conferencia. La célula madre se desdobló. Antes de separarse, los miembros oyeron del señor Bailly estas graves palabras: «Señores, amemos nuestras reglas. Si las guardamos con fidelidad, estemos seguros de que ellas nos guardarán a nosotros y guardarán nuestra obra»⁵. Le inspiraba el loable deseo de ver conservarse intacto el espíritu de la obra. Pero ¿quién había enseñado al señor Bailly esta fórmula tan enérgica, empleada por san

Vicente y que se había convertido en familiar a sus hijos, sino sor Rosalía, la consejera de aquella hermosa obra, y que estaba tan empapada de las enseñanzas de su santo Padre?

Por la «Regla», indicará más tarde, en 1841, el señor Bailly, «entendemos sobre todo las consideraciones generales que preceden a nuestro reglamento propiamente dicho, donde se expresa el espíritu que debe llenarnos a todos y que vivificará para siempre nuestros débiles esfuerzos. Porque estas consideraciones son la palabra de Dios, son las máximas de los santos, son principalmente el pensamiento de san Vicente de Paúl, que nosotros no hemos hecho más que aplicar a las tareas de nuestra obra».

También en estas expresiones, ¿quién no ve perfilarse la sombra discreta de sor Rosalía?

Por esta época el señor Bailly contaba con unas sesenta conferencias. Poco tiempo más tarde, los miembros de las mismas llegaban al número de nueve mil. En la actualidad son unos doscientos cincuenta mil, extendidos por setenta y un países, agrupados en quince mil conferencias.

Se trata de un éxito que sólo puede compararse con su humildad. Dichosos todos ellos por esta espléndida difusión de su obra, los miembros de las conferencias no tienen sin embargo más ambición que la de procurar la gloria de Dios y el bien de las almas, especialmente de la suya propia. Se guardan muy bien de envidiar a las demás obras de resultados más espectaculares. Se contentan con su apostolado discreto. Con su humildad abren su inmenso corazón a la caridad, como verdaderos discípulos de san Vicente de Paúl.

San Vicente podía estar contento de sor Rosalía. Ella hacía pasar al alma generosa de todos aquellos jóvenes que gravitaban alrededor de la casa de l'Epée-de-Bois un poco del alma de su santo fundador, tan humilde y tan sencillo en el seno de los más espléndidos ardores de su caridad. Pero también aquellos jóvenes apóstoles encontraban en sor Rosalía una simpatía arrolladora, que fácilmente los conquistaba. Sor Rosalía se interesaba por su vida, por su comportamiento en París, por sus estudios, por sus éxitos, por sus proyectos para el porvenir. Les buscaba a veces protectores, bienhechores y, por medio de ellos, si era necesario, ayuda económica. Obligada por las circunstancias a ocuparse de aquellos jóvenes alumnos de las facultades y escuelas universitarias, aceptó religiosamente su tarea. Lanzaba continuamente sus almas hacia los más altos ideales. Deseosa de conservar en aquellas almas toda su belleza, de ahorrarles las imprudencias y locuras tan frecuentes en la gran ciudad, los sostenía con sus consejas y ponía a su servicio todo su crédito y su experiencia. Metía dentro de sus almas el amor a los pobres, entrenándolos en el aprendizaje de la caridad. Porque les pedía resueltamente que le ayudaran en su servicio; se convertían en sus intermediarios ante los pobres. Y así sus almas se elevaban y crecían. ¡Se sentían felices! Y el espectáculo de su entrega y de su felicidad llenaba de noble emoción el corazón de sor Rosalía. Aquellos jóvenes, sintiéndose crecer, le manifestaban un vivo agradecimiento y una entrega absoluta, se ponían a su disposición para el apostolado caritativo y de esta forma se entablaba una verdadera amistad entre aquellas grandes almas.

LA CORRESPONDENCIA DE SOR ROSALÍA

Los ecos de esta amistad pueden escucharse a través de la correspondencia de la hermana. Porque estos jóvenes, una vez establecidos en las diversas provincias o en los alrededores de París, deseaban seguir aprovechándose del patrocinio de aquella que les había protegida y guiado maternalmente durante sus estudios en la capital. Sor Rosalía se prestaba de buena gana a este apostolado. Sus cartas podrían llevar lejos sus consejos y sus alientos. Habiendo adquirido sobre ellos una especie de autoridad maternal, usaba de una gran libertad con ellos en sus avisos, en sus recomendaciones, en la expresión de su simpatía. Sus cartas están llenas de testimonios de afectuoso interés. Aparece con frecuencia la palabra «amistad». Estas páginas están esmaltadas de términos delicados, casi cariñosos, que le permiten su autoridad casi maternal, el ascendente de su edad, de sus servicios, de su virtud, de su renombre, y la robustez de su alma. Porque, al mismo tiempo que ponen de manifiesto la delicadeza de su corazón, todas estas expresiones de religioso afecto revelan un alma de una calidad y de una fuerza excepcional, un alma espléndidamente sana, robusta, ardorosa, apasionada por el bien, empapada totalmente de Dios, apostólica, que olvidándose por completo de sí misma no piensa más que en derramar a raudales los beneficios de su caridad.

En efecto, no se hace nada hermoso sin amor. Es preciso amar lo que se hace. El amor les da valor a las tareas más humildes. Sor Rosalía tenía el corazón lleno de amor. Sus servicios eran siempre un trozo de su corazón; iban siempre acompañados de simpatía y de cariño. No solía preocuparse muchas veces por el método en la redacción de sus cartas; lo que realmente resalta en ellas es su instinto profundo de excelente naturaleza, sus deseos de ayudar en todo cuanto pudiera, de consolar cualquier pena, de alentar todo desánimo y de acercar a todos un poco más a Dios.

Prestemos nuestra atención a estas notas claras y limpias que resuenan a través de estas líneas, con acentos de una extraña belleza.

Se conserva toda una serie de cartas, llenas de encanto, dirigidas a un joven notario', que durante el tiempo de sus estudios de Derecho en París había disfrutado de los consejos y de la vigilancia de sor Rosalía. Aquel joven le comunica sus esperanzas de matrimonio, más tarde le habla de su boda y de todos los acontecimientos de su vida familiar. Y sor Rosalía le contesta. Por urbanidad, pero también por sincera amistad y, en los comienzos, por verdadera vigilancia maternal sobre aquel joven que se lanzaba a la vida lleno de ilusión. Se conservan unas treinta cartas, escalonadas en dos períodos, de cinco años cada uno. Del año 1835 al 13 de febrero de 1840 se intercambiaron treinta y cuatro; del 5 de enero de 1845 al 28 de diciembre de 1849 se cuentan solamente diez. Hay una interrupción de cinco años, perfectamente explicable por los acontecimientos, trágicos a veces, de aquella época.

Estas cartas están llenas de cordialidad. Tienen un tono claramente amistoso. Sor Rosalía se siente, como siempre, apegada a sus grandes hijos, los estudiantes. Y sabe que, la misma que siempre, éstos se lo pagarán con su afecto. Por eso no vacila en pedirles ayuda siempre que se presenta una ocasión. Nuestro notario, en particular, podrá echarle alguna mano; le pedirá incluso a veces que le preste dinero en favor de sus protegidos; y llevará entonces en sus cartas una contabilidad en toda regla, al pie de la letra. Pero estas solicitudes se enmarcan en todo un diario de noticias familiares, mezcladas con testimonios de afectuosa amistad. Es

un diario completo; las noticias son abundantes; pero todo dicho con sobriedad, con rasgos claros y rápidos. No se puede perder el tiempo. También aparece la nota sentimental, muy clara, muy limpia, muy discreta. Una vez dada esa nota, ya no es necesario apoyarla.

Se tiene la impresión de una intimidad muy franca y muy sana, en la que con frecuencia se mezclan todas las demás hermanas: sor Victoria y sor Melania y sor Magdalena y sor Felicidad, y otras, entre ellas algunas primas o sobrinas de sor Rosalía. Porque el nombre de sor Rosalía ha provocado en Confort el despertar de numerosas vocaciones. Y la casa madre ha confiado con frecuencia a esas jóvenes hermanas al cuidado de sor Rosalía; todas ellas se muestran muy felices en su estado. Todas estas hermanas, tan unidas, se asocian cordialmente a los sentimientos de su madre; con un común acuerdo envían sus saludos a los antiguos amigos del despacho de la calle de l'Épée-de-Bois. La madre se preocupa de comunicar a las hermanas las noticias que le manda el joven notario. Han hablado de él en la recreación; han recordado sus antiguos tiempos de estudiante. Todas se han alegrado, sin duda, y se han edificado una vez más con el recuerdo de sus proezas caritativas de antaño bajo las órdenes de sor Rosalía. Sor Rosalía toma entonces la pluma -pues suele ser el tiempo del recreo el que se dedica a la redacción de las cartas- y en aquella atmósfera de alegría familiar, de caritativos pensamientos y de preocupaciones apostólicas, le envía al joven notario, con la expresión de sus profundos sentimientos de religioso afecto, la ofrenda colectiva de saludos de la pequeña familia.

¡Qué intimidad entre todas las almas grandes, que se animan mutuamente a buscar a Dios! ¡Y qué unidos estaban todos en aquella casa de caridad! Lo compartían todo. Un mismo deseo del bien animaba a todos los corazones. Un mismo amor y afecto elevaba a todas las almas, el amor de su madre, de aquel guía incomparable a la que admiraban y que. Llevaba dentro de sí como un reflejo de la Caridad divina, insaciable siempre que se trataba de hacer bien a los demás, siempre activa a la hora de sembrar la belleza a su alrededor. Porque ella, y con ella todas las demás hermanas, se interesaban por las cosas y los sucesos de aquellos jóvenes, que ya se habían convertido en padres de familia y que ponían a sor Rosalía al corriente de sus alegrías y de sus penas. Y el eco de esta unión en el apostolado no es el encanto más pequeño de esta encantadora correspondencia.

He aquí, pues, a nuestro joven estudiante de derecho convertido en notario. Se ha establecido bastante lejos de París, en Boulogne-sur-Mer. Pero en un reciente viaje a París se ha acercado a la calle de l'Épée-de-Bois. Todos han quedado encantados de la visita. Sor Rosalía se apresura a decírselo. Es el comienzo de aquella correspondencia:

«Mil y mil veces me han entrado ganas de escribirle, querido amigo, pero no siempre encuentro tiempo disponible y he de resignarme... ¡Es ya una vieja noticia el decirle que sentí una gran alegría de volver a verle! Pero siempre me agrada decírselo de nuevo e invitarle a que nos dé esta misma satisfacción siempre que le sea posible».

Las cosas empiezan bien. ¡Qué cordialidad! Sin duda hay que excusarse de haberse retrasado un poco en la contestación; en el género epistolar se trata de un motivo vulgar. Pero la excusa es rápida y la fórmula no tiene nada de vulgar; menos vulgar todavía es la expresión de su alegría y su invitación a que renueve la visita que

tanto ha agradado a todos. Amables sentimientos, expresados con rapidez y llenos de sinceridad. Y no hay que hablar más de ello. Enseguida empieza a tratar de asuntos serios:

Sor Rosalía tiene un pasante de notario que colocar. Se lo recomienda. Se trata de un joven de diecinueve años, prudente, piadoso, de una conducta capaz de inspirar toda la confianza a su patrono... Es huérfano y su familia ha tenido algunos reveses... «Haga todo lo que pueda por él para que pueda tener éxito esta petición».

Sor Rosalía siempre tendrá gente que colocar y que recomendar. Se ve continuamente solicitada para ello y ella misma se adelanta muchas veces en su preocupación por buscar una solución para las personas que ve apuradas. Un día dirá con la sonrisa en los labios, a propósito de las peticiones de todas clases que la asedian: «¡Necesitaría en estos momentos una plaza de ministro!». Sin llegar tan arriba, la verdad es que a veces recomendaba también para altos cargos. ¡Tenía tantas y tan distinguidas relaciones! Uno de sus parientes, el señor Eugenio Rendu, estaba empleado en el ministerio. Se servía de él, con sencillez, cuando podía ofrecer informes favorables.

Un día llegó a recomendar incluso a un candidato para la cátedra de anatomía de la facultad de Montpellier. ¡Nada menos! Otra vez recomendó al alcalde de su barrio a dos personas para que fueran inspectores municipales. En otra ocasión recomendó a un sacerdote para párroco de la nueva parroquia Saint-Marcel. ¡Sor Rosalía tenía sin duda vara alta ante los grandes personajes! En 1854 procuró un capellán a las religiosas agustinas que atendían a la casa de Charenton. Este sacerdote, el abate Warnet, era conocido en la calle de l'Epée-de-Bois; sor Rosalía le había hecho alguna vez algún servicio. Y esta vez le pidió ayuda. Se trataba de servir a las buenas religiosas y a sus pensionistas, sacrificando para ello la agradable situación de que gozaba en aquellos momentos el buen sacerdote en un castillo de Nantes. Y una vez más sor Rosalía, que tiene buen corazón y que quiere atenuar el sacrificio, se muestra llena de amabilidad en la carta que le escribe: «Va usted a ser nuestro... Le renuevo los deseos tan sinceros que tengo de volver a verle... La superiora de las religiosas quiere estar aquí para cuando usted llegue y poder instalarle debidamente..., etc.». Las cartas de sor Rosalía tenían siempre este tono.

Servía también de intermediaria para toda clase de buenas obras. La encontramos espléndidamente servicial en sus relaciones con la obra del «Buen Salvador» de Caen. Su correspondencia nos revela el crédito de que gozaba y el santo atrevimiento que tenía cuando se trataba de servir a la caridad. Hay en sus cartas una verdadera abundancia de estas expresiones y recomendaciones caritativas.

El joven notario se presta de buena gana a la correspondencia con sor Rosalía. Se muestra sumamente amable. De momento, en medio de sus papeles timbrados y de sus protocolos, se pone a soñar en el porvenir. ¡Habría que pensar en casarse algún día! Pero con el ajetreo de su instalación y los primeros asuntos que le caen entre manos, no se atreve a soñar mucho... ¡Pero algo sí que sueña! Y sor Rosalía entonces, con una familiaridad maternal, entra en escena en aquel debate afectivo. Son los sabios y prudentes consejos de una madre, la sonrisa encantadora de un afecto verdadero, profundo, lleno de pureza, de elevada inspiración, expresión simple y sincera de los sentimientos profundos de un alma hermosa. Hay que

contar filialmente con la Providencia: «La Providencia -dice- le proporcionará una buena ocasión. ¡Tenga paciencia!». Y despunta entonces una sonrisa maternal: «Hace usted bien en retrasar un poco las complicaciones del matrimonio; ya tendrá tiempo; ¡disfrute todo lo posible!». Sí, cuando se hayan calmado un poco los ajetreos del oficio, habrá que enfrentarse con las preocupaciones del hogar. ¡Qué serena prudencia y qué sana libertad en esta amigable dirección! Y después vienen los saludos a sus padres y el envío del recuerdo de las hermanas; en todo ello una gran cordialidad. Y finalmente esta despedida: «Adiós, mi querido y verdadero amigo, crea en mi inalterable afecto. Soy toda suya. Sor Rosalía». Pero hay además una postdata; se acerca la fiesta de Todos los Santos; la maternal solicitud de la buena madre no deja de aprovechar la ocasión: «Procure -le dice- pasar esta fiesta como buen cristiano». Y añade, con prudencia: «Ya me lo dirá».

Poco tiempo después sor Rosalía recibe la gran noticia: hay proyectos de matrimonio. Sor Rosalía se alegra de ello. Pero es un asunto serio: «Amigo mío, me acuerdo de usted todos los días en la misa». Y le da algunos consejos: «Sea usted fervoroso, amigo mío. Consiga de Dios todas las gracias que va a necesitar para una empresa tan importante... ¿Conoce usted a un buen director? Véale con frecuencia y haga todo cuanto él le indique... ». Y al final, los saludos habituales: «Adiós, con mis afectuosos sentimientos en el amor de nuestro Señor Jesucristo».

Estamos en el mes de enero de 1838. Un mes más tarde se han concretado ya los proyectos de matrimonio. El 18 de febrero sor Rosalía le escribe: «Puede usted estar seguro de la alegría que me ha dado la noticia de su porvenir, que me parece dibujarse con toda prosperidad. Deseo ardientemente que la Providencia le dé una buena compañera, tal como usted se la merece. Usted sabrá hacerla feliz y tendrán paz, que es el mejor medio para ser felices». Y añade: «Todos nuestros amigos, que son los suyos, le envían los más cariñosos saludos. Hablamos muchas veces de usted y le recordamos con cariño». Este apostolado es una verdadera amistad. Todos están cordialmente unidos y se animan mutuamente a obrar el bien.

Pero en aquellos momentos sor Rosalía se sentía aplastada por el peso de las pruebas: «Hemos pasado un frío enorme. Los pobres han sufrido un verdadero martirio... Con ello hemos tenido mucho trabajo, acompañado de mala salud, pues nuestras hermanas han tenido que padecer el frío y todos los rigores del invierno». Además, ha recibido malas noticias de Confort. Su madre, también enferma, ha sido acogida en casa de las hermanas de Ginebra, pero ha tenido que regresar a Confort. Ella misma también ha estado en cama con fiebre durante diecisiete días. A pesar de eso, ha tenido que servir de intermediario entre la casa madre y «el Buen Salvador» de Caen para lograr la admisión de una o dos compañeras que necesitaban tranquilizar su espíritu en una casa de reposo. Ha tenido que sufrir mucho con todo ello y sigue todavía bajo el peso de mil asuntos que no acaban de resolverse.

No son solamente sus dos compañeras a las que ha tenido que recomendar a la buena madre superiora del «Buen Salvador». Con frecuencia ha tenido que escribir a aquella excelente casa de reposo en donde, gracias a las atenciones y a la competencia de las religiosas, muchos logran recobrar su salud quebrantada. ¡Ha enviado allá a tantos protegidos suyos! Estudiantes agotados por los estudios y la fiebre de los exámenes, personas distinguidas cansadas del ajetreo de los negocios, sacerdotes y religiosos agotados por su ministerio, religiosas agobiadas por sus

tareas caritativas han encontrado en aquel oasis de paz y de descanso, en una especie de clima de vacaciones, la tranquilidad de espíritu, la calma de los nervios, un nuevo vigor corporal y mental que les ha permitido proseguir sus estudios, sus tareas y su apostolado.

¡Cuántos servicios ha podido hacer sor Rosalía a las gentes del barrio y a otros muchos amigos, gracias a la acogida de las monjas del «Buen Salvador»!

Pero semejantes servicios complicaban más aún su correspondencia, ya bastante cargada. Un año tuvo que escribir trece cartas al «Buen Salvador»; otro fueron dieciocho; al año siguiente, veintitrés... Recomendaciones, consejos, súplicas preocupaciones económicas, contabilidad que hay que llevar al día: toda esto hacía que se multiplicaran las cartas cada día más...

Y he aquí que ahora una de las compañeras de su misma casa le origina nuevas preocupaciones: sor Josefina está en cama, se va agravando su estado, parece que no queda ya ningún remedio: «¡Qué dolor para todas pensar en este cruel desenlace!». Por fortuna, después de varias horas de agonía, sor Josefina logrará restablecerse. Pero, entre tanto, las demás hermanas «andan todas con achaques; con el frío que han pasado, con el cansancio que han pasado, ahora todo se hace sentir en la indisposición de casi todas». Y sor Rosalía llega a decir que «se ve clavada por los mil asuntos de sus pobres».

En medio de este panorama, aquella «mujer fuerte» que llevaba sobre sus espaldas el duro peso de tantas tareas, de tantos asuntos, de tantas preocupaciones, de tantas penas, sabía compartir además las preocupaciones y las alegrías de sus protegidos. Es que conocía el bien que les hacía con su simpatía. Ella misma por otra parte, recompensada con la gratitud de todos sus hijos, encontraba en ello un precioso aliento y estímulo. Cuando nuestro notario tiene que prescindir de un viaje a París debido a sus obligaciones de novio, que no desea estar alejado mucho tiempo de su prometida, sor Rosalía deja caer amablemente en su carta esta queja que conocen todas las madres: «Pero no por eso nos querrá usted menos, ¿verdad?». Y al final de su carta, con un tono más grave, añade esta hermosa frase: «Adiós, mi querido amigo, quírame un poquito; así me devolverá en parte la amistad que yo le he dado». Atrevimiento, sin duda, pero que no nos sorprende en este gran corazón maternal, de una salud tan robusta y de tan enorme riqueza de espíritu, en el que se compaginaban maravillosamente los dos grandes amores, el amor de Dios y el amor de sus hijos.

No es esta la única vez que aparece en sus cartas esta fórmula tan cariñosa y atrevida, esta súplica acompañada del recuerdo de los servicios hechos al destinatario. En estas horas graves en que se está decidiendo el porvenir de aquel joven que se había confiado a su patrocinio, ella mezcla con sus austeros consejos la nota clara de su afecto. Estamos en el mes de marzo de 1838; sor Rosalía tiene más de cincuenta años; en plena madurez, se encuentra en posesión de una larga y laboriosa experiencia de la vida. El comienzo de la carta es muy familiar: su joven notario ha empezado ya seguramente a asentarse en su empleo y está horondo y feliz. Familiarmente, sor Rosalía comienza: «Mi rechoncho amigo..., aprovecho con mucho gusto... ». Luego va enseguida derecha al asunto principal y el tono se hace más grave: «Conque ya está usted en camino de atarse para siempre. Es un asunto muy serio. Creo que usted tiene carácter para preocuparse debidamente por ello, pero que no por eso perderá su sangre fría. Dispóngase para este gran acto con la

oración, con la penitencia y con la frecuencia de los sacramentos. Hay que hacer una buena confesión general. Tiene usted que empaparse de las obligaciones que va a contraer; comprende usted muy bien todo su alcance, pero hay que pensarlas bien. Si, querido amigo, va usted a atarse para toda la vida y a tomar una responsabilidad de la que se le pedirán cuentas rigurosas algún día. Tendrá usted momentos amargos; también tendrá alegrías, pero cortas. Todo sirve para el hombre que teme a Dios. Acostúmbrese a la idea de que tiene que ser el modelo que han de seguir todos los que le rodeen y le conozcan. Busque la fortaleza en la gracia que se nos da en la oración, en los sacramentos, en las lecturas. Hay que saber acudir con frecuencia al recogimiento cristiano. Ya sé que su venerado padre le dará también sus consejos y sobre todo sus ejemplos; imítelos, mi querido amigo; camine por la senda que él le ha trazado y vivirá muchos años».

No resulta extraño encontrar estos graves consejos en labios de sor Rosalía: no hace más que hacerse eco de la santa iglesia. Pero sobre todo se hace eco de su propia alma. «Mi pluma se deja llevar por mi corazón... Le rezo a Dios por usted todos los días y les he pedido también a las almas buenas que recen y que atraigan de Dios las bendiciones sobre usted y sobre sus empresas... No dude de mi afecto, que es realmente inmenso y sincero... ». Y todos estos sentimientos son compartidos por los amigos. Se trata de una amistad muy grande que une a todos estos corazones. Por eso el feliz esposo se cuidará de anunciar él mismo su felicidad a sus amigos. Y siguen entonces, abundantes, las noticias de aquellas buenas personas tan cordialmente unidas entre sí. Desgraciadamente, entre tantas buenas noticias hay también alguna un poco desagradable. Y entonces la buena madre acaba su carta con estas palabras: «Ya ve usted cómo tengo mucha necesidad de saber que me sigue usted queriendo, pues esta idea creo que me podrá hacer algún bien».

Las cartas siguientes son cartas de pésame. El notario ha perdido a uno de sus parientes cercanos: «Todas las hermanas -le dice sor Rosalía el 28 de mayo-, todos los amigos, desean compartir su pena». También ella se siente probada y al cabo de sus fuerzas. «Hace ya doce días que la fiebre le va minando los huesos; guarda una dieta rigurosa; la han sangrado en abundancia y por consiguiente se encuentra muy agotada. Pero ya se está disponiendo a volver a la vida normal y a hacerse cargo de sus asuntos». También sor Josefina se encuentra bastante enferma. En medio de tantas pruebas, sor Rosalía encuentra energías para repetir su fórmula tan cariñosa: «Adiós, mi querido amigo, le ruego que exprese mis sentimientos de cariño a su esposa y a todas las personas queridas». Y vuelve una vez más la fórmula amistosa: «Siga queriéndome un poquito; así me devolverá en parte lo que le he dado tan sinceramente. Adiós. Toda suya. Sor Rosalía».

El 21 de julio, como el notario, muy atareado en sus asuntos y en los de su recién matrimonio, estuviera ya dos meses sin dar noticias suyas y se excusara por ello, sor Rosalía le escribió: «Acepto sus excusas, pero con un poco de mal humor, pues llevamos ya mucho tiempo sin tener noticias suyas. ¿Sigue estando usted convencido de que le queremos con el mismo afecto de siempre?». Y le encarga «mil y mil saludos» para su joven esposa. «Mil y mil saludos»: sí, a sor Rosalía le gusta esta expresión que emplea con cierta frecuencia; es generosa; y la secretaria que ha escrito esta carta al dictado de sor Rosalía ha añadido una s detrás de cada una de estas dos cifras. ¿No es el plural el signo de la abundancia? Nunca se dirá

bastante la abundancia y la riqueza de sentimientos que brotan de esa inagotable fuente de bondad. Las secretarías de sor Rosalía saben que ella derrama a raudales su tesoro y que todos salen ganando con ello; ¡y lo dicen a su manera! Sor Rosalía, después de haber manifestado su alegría a su notario «por la elección que ha hecho la Providencia» al elegir para él aquella esposa, le dirige un pequeño sermón: «Ayúdense mutuamente a santificarse en su unión y caminen tras las huellas de sus venerados padres».

El 13 de noviembre un obsequio del notario trae de nuevo la alegría a la familia de l'Épée-de-Bois. Sor Rosalía toma enseguida la pluma: «Ayer por la tarde recibimos su hermoso y grande pastel. Tendremos para saborearlo toda una semana. Nuestras hermanas se unen a mí para expresarle su más cariñosa gratitud. Es usted mil veces demasiado bondadoso. Y me quedo todavía corta. Nos va a proporcionar usted unos cuantos años de purgatorio para expiar esta golosinería. Me hubiera gustado poder ofrecérsela también a usted aquí. ¡Cuánto siento no poder verle más que siempre de pasada y tan pocas veces! ¡Cómo me gustan esos trenes que vienen de Boulogne a París!».

En 1840, y durante cinco años, hay una interrupción en esta correspondencia. Por lo menos, no ha llegado hasta nosotros ninguna carta de este período. Por otra parte, la interrupción es explicable. Tanto en Boulogne como en París la enfermedad ha estado hacienda de las suyas. Tanto en París como en Boulogne las cosas han ido empeorando. Por esta época sor Rosalía está agobiada de peticiones. En 1845 hay nada menos que dieciséis mil pobres asediando la casa. Las calles se cubren de nieve. El pesimismo lo invade todo. Rodeada de miserias escribe una carta tras otra al «Buen Salvador» de Caen. En París, aunque el cólera ya ha pasado, sigue todavía amenazando; hay que vigilar. En el barrio de la Poissonnière hay una obra para coléricos con la que sor Rosalía está en relación. Está llena de niños a los que la epidemia ha dejado huérfanos. En Boulogne hay también agitaciones, «grandes acontecimientos, independientes de la Revolución, pero que son males incalculables». En París se está sobre un volcán... Reina una situación violenta... ¡Imposible figurarse lo que ocurre en París! «Una revolución que se prepara» que no puede compararse con la de 1830. «Tenemos mucho trabajo. Nunca nos hemos visto tan preocupadas. Nuestros pobres están desanimados, desmoralizados, sin saber adónde acudir. Es un desorden espantosa». ¡Pobre sor Rosalía! No encuentra expresiones bastante enérgicas para expresar la magnitud del desastre.

En Boulogne, el notario va adquiriendo categoría; su notariado va siendo cada vez más importante. Tiene que gobernar su hogar y su despacho. Ya están lejos los días de «la luna de miel». La vida, allí como en todas partes, está rodeada de espinas y la vida se ha hecho más dura, sin respiro de ninguna clase. Un día el notario ha tenido que pedir a una de sus hermanas que le sustituya en su correspondencia.

Cuando después de cinco años se reanudan las relaciones epistolares, el tono será más grave, pero sigue lleno de atractivo por el interés religioso que lo inspira. ¡Todo es gracia! ¡Todo es caridad en aquel noble corazón de una hija de la Caridad! Sus cartas irán continuando, cada vez más distanciadas, hasta el año 1848, cuando tendrán que cesar por culpa de las agitaciones de la revolución y ante la tremenda prueba del cólera.

Gracias al lazo de unión que era sor Rosalía, la camaradería escolar de todos aquellos grandes jóvenes se había prolongado en su vida derivando en una

verdadera y sólida amistad. La casa de la calle de l'Epée-de-Bois resultó ser algo así como el centro de agrupación y el correo central adonde llegaban y de donde partían las noticias del grupo. Se había convertido también en un servicio de ayuda mutua cuyos engranajes funcionaban maravillosamente, gracias a la experiencia y a la discreción de sor Rosalía. Y era también un hogar familiar en donde todos encontraban una cordial acogida cuando pasaban por París.

Sor Rosalía procuraba lo mejor posible mantener esta amistad, sabiendo todo el bien que podía hacer y encontrando a su vez en ella una buena y fácil ocasión de hacer favores. Trataba a aquellos buenos jóvenes y a aquellos padres de familia como amigos. Y ellos sentían para con ella una especie de veneración, de respeto religioso, pues conocían por experiencia las elevadas inspiraciones que constituían el secreto de su abnegación. Su bondad, su generosidad, su experiencia, todo esto resultaba ciertamente llamativo y atraía las miradas de agradecimiento de todos ellos. Pero lo que atraía sobre todo su maravilloso afecto era precisamente ese puro reflejo de la caridad divina que irradiaba en ella.

Uno de aquellos jóvenes, que llegaría a ser un distinguido médico más tarde, gozó durante sus estudios, en 1837, «de la caridad y de la bondad verdaderamente maternal de sor Rosalía con ocasión de una grave enfermedad. Sor Rosalía supo ofrecerle enseguida su consejo y su ayuda moral, llevándolo a las casas de los pobres y facilitándole su carrera de iniciación en la medicina». Aquel joven médico se había instalado en la calle SaintVictor de París. Sor Rosalía le había ayudado, le había sin duda procurado clientes, ricos y pobres. Las relaciones entre el doctor y la casa de Caridad eran necesariamente frecuentes. Pero he aquí que el doctor tiene que ausentarse. Ha ido a Calais, con sus padres. Sor Rosalía le escribe a Calais. También en esta ocasión, como con el joven notario de Boulogne, el tono es sumamente cordial. Le da algunas noticias pero sobre todo le hace un buen servicio: sus clientes le reclaman, tiene que volver enseguida. «¡Vuelva lo antes posible! Nos damos perfecta cuenta de la alegría y el gozo que está dando ahí a sus queridos padres. Pero por aquí preguntan muchas veces por usted. Creo que es conveniente obligarle a que no prolongue su ausencia más de quince días. Dígale a su buena madre que yo me encargo de que vuelva usted a hacer otro viaje para las próximas navidades. Dígale que salgo yo responsable de que podrá entonces tener esta dicha». ¡Qué amabilidad! Y también ahora interviene el recuerdo de las demás hermanas: «Todas las hermanas le saludan con afecto». Y para acabar: «Mi querido y verdadero amigo, esté seguro de mi incomparable y sincero cariño en el amor de nuestro Señor Jesucristo». ¿Incomparable su cariño, sor Rosalía? Sí, tiene usted razón. Muy pocas personas tienen una abnegación tan grande y una nobleza de alma tan inmensa como la suya. También san Pablo, cuando escribía a sus fieles, se atrevía a proclamar su cariño y a decirles: «¡Muchos pedagogos, pero pocos son realmente padres!». Se necesitan sentimientos paternales para hacer el bien. Como postdata, sor Rosalía añadía con la franca influencia que le daban sus servicios: «Díganos la fecha de su regreso. ¡Sea puntual! ».

Tres años más tarde, el 14 de agosto de 1841, enviaba una segunda carta, o mejor dicho una nota, a la calle Saint-Victor: «Al querido doctor». La nota iba acompañando a un regalo que le ofrecía con ocasión de su próximo matrimonio. En ella se formulaban sus mejores deseos de felicidad y se pedían las bendiciones del cielo para los recién casados. Y para acabar, sobre aquel joven al que había

protegido y guiado en una época difícil de la vida y que ahora iba a entregar su fidelidad y su amor a la compañera definitiva de su existencia, caían las palabras maternales que reclamaban algunas migajas de aquel amor: «Siga queriéndonos un poquito. Y crea en la sinceridad de nuestro invariable afecto». Y también entonces las demás hermanas se asociaban a estos testimonios de cordial amistad.

Era lógico que semejante simpatía y semejantes servicios encontrasen en el espíritu del joven médico sentimientos de la más viva gratitud, acompañada de una verdadera veneración.

¡Tales eran los nobles sentimientos que inspiraba nuestra piadosa y heroica hija de la Caridad en su paciente y delicado ministerio entre los estudiantes del barrio latino de París!

EL VIZCONDE DE MELUN Y LA ESCUELA DE CARIDAD DE LA CALLE DE L'EPÉE-DE-BOIS

Estas excepcionales cualidades de ánimo eran las que le habían dado la llave de todos estos corazones juveniles. Y en este clima de cálida simpatía, de profunda estima mutua, de grande y noble amistad, sor Rosalía iba haciendo penetrar insensiblemente, día tras día, en todas aquellas almas lo mejor de su propia alma, con las certeras máximas que ella misma había aprendido en la escuela de san Vicente. Y a su vez, su apostolado entre estos jóvenes se convertía, casi espontáneamente, en una pujante y fecunda *escuela de caridad*.

El vizconde de Melun, que ya desde la primera visita que le hizo quedó conquistado para la obra de sor Rosalía y que fue uno de los alumnos más asiduos de esta escuela bienhechora, nos ha revelado los secretos de la preciosa iniciación que se daba en ella.

Este joven aristócrata había frecuentado los salones más selectos del mundo parisino. Era entonces, junto con Lacordaire, Montalembert y Falloux, con Chateaubriand, Tocqueville y dom Guéranger, uno de los asis tentes habituales al salón de la piadosa señora Swetchine y gozaba de las predilecciones de la ilustre dama. Estaba lleno de ideales y soñaba con entregarse a ellos. La señora Swetchine se lo envió a sor Rosalía.

Era durante el invierno de 1837-1838. El joven, después de atravesar las pobres calles del barrio y el sórdido «mercado de los patriarcas», se encontró ante la casa de sor Rosalía en compañía de los pobres que asediaban su puerta. La señora Swetchine que lo enviaba era para él la mejor de las recomendaciones. Y ciertamente no resultó inútil. Es verdad que sor Rosalía lo recibió muy bien, «casi tan bien -nos dice él mismo- como si hubiera sido uno de sus pobres»..., pero ella misma le confesó más tarde, con una sonrisa maliciosa, que se había preguntado al ver a aquel joven tan apuesto si no sería él también uno de esos apóstoles aficionados, a los que atraía a su casa más la curiosidad que la caridad, y que muchas veces no podían resistir la visión poco atractiva de la miseria y dejaban después de la primera visita todo aquel desconcertante apostolado.

Así pues, el joven apóstol tuvo que sufrir la prueba común de una visita a los pobres. Sor Rosalía le entregó unos cuantos bonos de pan, algunos bonos de carne y alguna ropa, que tenía que llevar a alguna familia del barrio, acompañando dicha limosna con algunas palabras de cariño.

Partió para aquella prueba con no muchos entusiasmos. Le costó algún trabajo decidirse a franquear el umbral de aquella pobre morada. Pero una vez que entró y le admitieron como amigo, sentado encima de un baúl o de un cajón desvencijado, se rompió el hielo y le costó más trabajo todavía tener que marcharse, tener que dejar a aquella buena gente, que parecían tan contentos de verle, que le hablaban con tanta franqueza de su afecto por sor Rosalía, de su agradecimiento por aquella visita, y le contaban con tanta confianza su historia, sus sufrimientos y sus esperanzas.

El joven vizconde se sintió ya desde entonces ganado para las obras de caridad. Y cuando sor Rosalía le dio a leer la *Vida de san Vicente de Paúl*, a quien venerará desde entonces y que fue para él una verdadera revelación, escribió a la señora Swetchine: «Dios es muy bueno. Me envía sus consejos, a sor Rosalía y a san Vicente de Paúl». Como discípulo fiel, aquel joven se sentía feliz de reconocer en san Vicente el maravilloso modelo que había logrado tan bien reproducir en su propia vida sor Rosalía, aquella «hija de san Vicente que mejor ha heredado su espíritu». En adelante su admiración hacia ella no hará más que crecer.

Con toda fidelidad volverá a verla, a buscar tarea apostólica. Admirará la destreza con que poco a poco fue iniciando su alma en aquel servicio de caridad, su tacto en la elección tan inteligente que hacía de las familias que le confiaba y que, según ella, tenían siempre algún título especial para granjearse sus simpatías y cosas muy interesantes que contarle. De esta forma ella despertaba su interés y duplicaba las ventajas de aquellas visitas que cada día se iban convirtiendo más, para el corazón de aquel joven, en verdaderas alegrías hasta llegar a constituir para él una verdadera necesidad. «Me doy cuenta -decía- que la caridad tiene que tener su cultivo, lo mismo que la fe. Esta no sirve de nada sin las prácticas que inspira y que le sirven de señal. Tampoco la caridad puede prescindir de los hechos y de las obras con los que sufren y tienen necesidad de nosotros. Por eso he hecho el propósito para el futuro de no separar jamás la idea de su expresión y de consagrar toda mi vida a hacer a mis hermanos todo el bien que pueda, poniendo a su disposición todo el tiempo y todas las energías de que dispongo».

De esta forma Armando de Melun se hizo miembro de la conferencia de san Vicente de Paúl. Y pronto fue invitado a tomar parte del Consejo general de la Sociedad. Desde el primer momento fue uno de sus miembros más activos.

Desde 1833 hasta la muerte de sor Rosalía en 1856, no pasó una sola semana sin que el vizconde de Melun se dirigiera a la calle de l'Epée-de-Bois para buscar allí consignas, direcciones de pobres a los que visitar, y también consejos para todas las obras que pensaba emprender o para solucionar las situaciones difíciles en que se encontraba. Magnífico ejemplo de fidelidad por una parte y magnífico ejemplo de influencia moral por otra. Cuando se piensa que el señor vizconde de Melun iba a ser un precursor, un iniciador, en el terreno de las obras sociales y que atribuía la paternidad de sus ideas tan acertadas a aquélla que lo había iniciado en el conocimiento de los pobres y en el espíritu de san Vicente, es cuando se mide toda la amplitud del bien realizado por sor Rosalía, las repercusiones tan lejanas de su apostolado y el maravilloso ascendiente que había adquirido sobre todos aquellos jóvenes, iniciados por ella en los trabajos de la caridad.

El vizconde de Melun se mostró siempre agradecido a sor Rosalía, a la señora Swetchine que se la había dado a conocer y a la Providencia divina que había

puesto en su camino a aquellas dos grandes almas: «la Providencia -escribió- envió en ayuda de mis aspiraciones a dos grandes almas que habían encontrado en el cristianismo su fuerza sobrenatural y su santa seducción. Una de ellas me prestó el apoyo de su inteligencia más elevada; la otra me abrió los tesoros de la más angélica caridad».

De esta forma asociaba en su admiración a otras dos grandes almas, después de que había trabado conocimiento con san Vicente de Paúl. El piadoso joven Armando de Melun, aficionado a las letras y que se complacía en alimentar su espíritu con las *Meditaciones* de Bossuet que le había enviado la señora Swetchine, tuvo un día la inspiración de poner en paralelismo al Aguila de Meaux y al gran Santo de la Caridad, en esta sentencia lapidaria: «Un escritor como Bossuet redime a la humanidad de muchas mentiras, lo mismo que san Vicente de Paúl la redime de muchos crímenes».

Era normal que este trato habitual con la casa de l'Epée-de-Bois y que el contacto frecuente con los pobres en las sucesivas visitas se convirtiesen para el vizconde de Melun y para todos los jóvenes que actuaban como él con un alma abierta plenamente a la simpatía, en una verdadera iniciación en la verdadera caridad y en un excelente ejercicio de las virtudes necesarias para el apostolado.

Todos ellos encontraban en la compañía de los pobres un bálsamo bienhechor que les compensaba sobradamente de su sacrificio; lograban descubrir allí una belleza moral insospechada y saboreaban además la dulzura de un agradecimiento que es tan vivo y tan sincero en las almas sencillas del pueblo.

Encontraban sobre todo en sor Rosalía, junto con el beneficio de sus ejemplos y de su ardor apostólico, la agradable sorpresa de su experiencia y de sus piadosas artimañas para aficionarles al bien. Iban adquiriendo poco a poco en su escuela la verdadera noción sobrenatural de la caridad y comprendían toda la hermosura, todos los atractivos seductores que algún día los encadenarían al amor de los pobres. Y como nuevo aliciente iban recogiendo de vez en cuando, en el curso de sus recomendaciones maternas, algunas de aquellas frases tajantes, de aquellas expresiones lapidarias, heredadas de san Vicente de Paúl, que salían, como lava ardiente, de aquel rico fondo del alma de fuego del gran Santo.

Escuchemos algunos ecos de aquellas valientes palabras. Cualquiera a que se haya familiarizado un poco con las Obras de san Vicente de Paúl reconocerá pronto en ellas un aire familiar. Son conocidos los términos con los que san Vicente hacía el elogio de sus queridos pobres: los pobres son *otros Jesucristo...; son nuestros señores y nuestros amos...; son los predilectos de Dios...* Son ellos los que nos atraen las *recompensas de Dios*. Escuchemos ahora a Ozanam hacerse eco de estas ideas y revestirlas con su bella prosa tan armoniosa:

«La bendición del pobre es la bendición de Dios».

«Los pobres están ahí..., y podemos meter nuestros dedos y nuestras manos en sus *llagas*. Y las huellas de la *corona de espinas* son visibles en su frente... Deberíamos caer a sus pies y decirles con el apóstol: *Tu es dominus meus et deus meus!*».

«Vosotros sois nuestros señores y nosotros somos vuestros servidores. Sois para nosotros las *imágenes sagradas* de ese Dios al que no vemos; y como no sabemos amarle de otra manera, lo amamos en vuestras personas».

En 1835 aparecía el texto del *Manual* destinado a los miembros de las conferencias. Lleva por título *Réglement, avec notes explicatives*. Está lleno de interés. Pero

escuchemos cómo empieza. Podríamos decir que su comienzo está sacado directamente, casi al pie de la letra, del comienzo de las Reglas o Instituciones que san Vicente había dejada a sus misioneros. He aquí las primeras líneas, sacadas de la carta de envío:

«He aquí finalmente el comienzo de aquella organización escrita que llamábamos nuestros votos. Se ha hecho esperar durante mucho tiempo, pues hace ya varios años que existe nuestra asociación. Pero ¿no había que estar seguros de que Dios quería que tuviese vida antes de imprimirle una forma de existencia? ¿No era preciso que ella pudiera juzgar de sus posibilidades basándose en lo que ya había hecho, antes de imponerse unas reglas y fijarse unos deberes? Hoy ya no tenemos en cierto modo nada que hacer más que traducir a un reglamento las prácticas que hemos seguido con cariño. Esto es una garantía segura de que nuestras reglas serán bien acogidas y de que no caerán en el olvido».

¡Qué prudencia se advierte en todo esto! ¡Qué inteligencia de las necesidades prácticas de una obra llevada en común! Pues bien, se trata de una herencia de san Vicente de Paúl. He aquí otra lección: «Procuraremos no dar nunca a nuestra obra el nombre de ninguno de sus miembros..., por miedo a que nos acostumbremos a mirarla como una cosa humana; las obras cristianas no pertenecen más que a Dios, que es el autor de todo bien». Esta lección es igualmente característica en la obra de san Vicente. Y los miembros de las conferencias están penetrados de ella, viviendo siempre de este principio y fundamento de toda acción apostólica.

Continuemos. «Jesucristo quiso practicar él en primer lugar lo que enseñó después a los hombres: *Coepit facere et docere*. Es nuestro deseo imitar en la medida de nuestras pobres fuerzas a este divino modelo». Nos da la impresión de que estamos leyendo al mismo Vicente de Paúl.

Y he aquí finalmente una especie de profesión de fe: «Nos hemos puesto bajo el patrocinio de la santísima Virgen y de san Vicente de Paúl, a quienes consagramos un culto especial cuya huellas nos esforzamos en seguir».

¿Quién es entonces el que ha lanzado a Ozanam y a sus hermanos de apostolado tras las huellas de san Vicente de Paúl por los caminos de la prudencia, de la humildad, de la perfecta disponibilidad en las manos de Dios? ¿A dónde iban a buscar estas normas, sino a la calle de l'Epée-de-Bois? Escuchemos todavía algunos otros ecos de la voz del gran santo, que son al mismo tiempo ecos de los nobles sentimientos de amistad cristiana, tan cultivados y alentados entre todos aquellos queridos estudiantes que frecuentaban la casa de sor Rosalía: «La unión de los miembros de la conferencia de caridad de san Vicente de Paúl podrá citarse como un modelo de amistad cristiana, de una amistad más fuerte que la muerte... Este sentimiento hará que todos queramos a nuestra humilde sociedad fraternal; la bendeciremos por causa del bien, por muy pequeño que sea, que nos ha permitido realizar; la amaremos con cariño, y hasta con un afecto mucho mayor que a cualquier otra obra semejante, no ya a causa de su excelencia y por orgullo, sino como aman unos hijos bien educados a una madre pobre y poco hermosa más que a todas las demás mujeres, por muy importantes que sean y muy distinguidas por su riqueza o por sus gracias». Son éstas textualmente las palabras de san Vicente.

Más todavía: «Seguiremos con docilidad la dirección que los superiores eclesiásticos crean conveniente darnos. San Vicente de Paúl no quería que sus

discípulos emprendiesen ninguna obra buena sin haberse asegurado previamente el asentimiento y haber recibido la bendición de los pastores locales... ».

«El espíritu de caridad, al mismo tiempo que la prudencia cristiana, nos llevará a desterrar para siempre de nuestras reuniones en común o en particular todo tipo de discusiones políticas. San Vicente no quería... ». ¡San Vicente! ¡Siempre san Vicente! ¡Las máximas de san Vicente y su inimitable prudencia!

En marzo de 1837 Lallier, el primer secretario general, hablando de la fe que anima a la caridad, insiste una vez más en su circular en aquella intimidad fraternal que los une a todos. Y añade: «Señores, todos sacaremos un gran provecho de estas preciosas ventajas que nos da nuestra fe... Ofrecemos bien poca cosa, porque somos pequeños... Pero tenemos en el corazón una caridad que es capaz de hacer multiplicar nuestro dinero. Y los desgraciados que se dan cuenta de estas cosas nos reciben con honor y con gozo».

En su circular del mes de agosto anuncia que los miembros de las conferencias de París se reunieron para celebrar la fiesta de su santo patrono en una reunión piadosa en la iglesia de los paúles, el día 19 de julio.

A su vez, el señor Bailly, en el año 1841, ante el desarrollo tan maravilloso que la Providencia daba a la sociedad de san Vicente de Paúl, recordaba la designación de «pequeña sociedad» que los miembros de las conferencias solían darse en la humildad de los comienzos. Pero añade: «En estos momentos esta designación ya no es verdadera a no ser por lo poco que hacemos en comparación con todo lo que habría que hacer. Pidamos, pidamos a Dios con fervor que haga crecer nuestras obras en la misma medida con que crece el número de los que se alistan bajo la santa y caritativa bandera de san Vicente de Paúl...».

Anuncia entonces a los miembros de la conferencia que se han establecido ya más de sesenta conferencias en París y en otros lugares. Y añade: «Esta especie de despertar de la caridad práctica es un hecho importante, inmenso, que nos impone serias obligaciones, ya que en parte ha comenzado por nosotros».

El mismo señor Bailly, en su circular de 1842, recordando la importancia que tiene la fidelidad al reglamento, repite esta frase que fija definitivamente los vínculos de parentesco espiritual que unen a las conferencias de san Vicente de Paúl con su santo patrono: «El reglamento no es la palabra de un hombre, sino por lo menos la palabra de un hombre santificado, de un hombre cuyo discurso ha sido sancionado por Dios que ha sancionado igualmente su vida por medio de la gloria del cielo. En efecto, no ignoráis que estos pensamientos están sacados de los escritos más íntimos de san Vicente de Paúl, de las reglas que él imponía después de largos años de experiencia a las obras benéficas que lo tenían como padre, para asegurarles su crecimiento y su duración».

La sociedad de las conferencias de san Vicente de Paúl llevaba entonces apenas diez años de existencia. Pero durante esos diez años algunos de sus miembros más influyentes acudían regularmente a la calle de l'Epée de-Bois a buscar su inspiración al lado de sor Rosalía, la buena hija de la Caridad de san Vicente de Paúl, cuya presencia en el barrio Mouffetard iluminaba toda su vida, a fin de renovar allí continuamente su contacto con el espíritu y el alma de san Vicente, que animaban y embalsamaban toda aquella casa. Desde hacía casi cuarenta años la buena sor Rosalía recibía en su casa, con los pobres de su barrio Mouffetard, a los queridos estudiantes del barrio latino. Y con su alma ardiente de hija de la Caridad

iba forjando y modelando, día tras día, a todas aquellas almas generosas y dóciles, inculcándoles su excepcional amor a los pobres y sembrando en ellas los grandes principios sobrenaturales que habían inspirado y guiado a san Vicente de Paúl en su obra de renovación espiritual y caritativa.

Desde hacía mucho tiempo había en la calle de l'Epée-de-Bois una magnífica *escuela de Caridad*.

10.- EL MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES

EL «SALÓN» DE SOR ROSALÍA

La casa de sor Rosalía, llena de gente y de obras, se había quedado demasiado pequeña; contaba ya con algunas filiales: escuelas, guardería, patronatos, asilo, casa cuna, que irradiaban desde la casa primitiva hacia la calle de Francs-Bourgeois-Saint-Marcel. Otros varios servicios habían encontrado también cobijo en el número 3 de la calle l'Epée-de-Bois. Allí, en una pobre casa, había establecido sor Rosalía su cuartel general.

Era allí donde tenía su despacho. Allí recibía a los visitantes. Era una pequeña habitación estrecha de tres metros por cuatro, bastante mal iluminada, de modesta apariencia y muy modestamente amueblada: una mesa, un escritorio con cajones, cuatro sillas de paja, dos sillones para los visitantes; sobre la chimenea un reloj, y en la pared un crucifijo. Ese era todo el mobiliario. De alfombra una sencilla estera. Aquel pobre despacho era, según la frase picaresca de sus compañeras, el «salón de sor Rosalía».

En este marco tan austero, pero vivificado por la mirada vigilante y la ardiente caridad de sor Rosalía, recibía todos los días a un gran número de visitantes de todas las categorías para asuntos de toda índole. Sor Rosalía pasaba allí jornadas enteras. Era peor que un despacho de médico o de ministro. ¿Pero no era ella, por otra parte, en aquel pobre barrio el ministro de la Providencia en el terreno de la caridad? ¡Y la Providencia tiene tantas cosas en qué ocuparse!

Las recepciones se veían interrumpidas únicamente por las horas de los ejercicios de la comunidad y las comidas. Se dice que un día llegó a tener hasta ciento cincuenta visitas. ¡Algo para aturdir a cualquiera! ¡Un verdadero sueño! Aunque en este número tengamos que contar quizás a los que venían en grupo para tener alguna reunión de obras apostólicas y a los que sor Rosalía concedía algunos minutos de su tiempo para acogerlos y darles la bienvenida a su casa.

Recibía a pobres y a ricos: a los pobres que venían a pedir una limosna y a los ricos que venían en busca de consuelo, de consejo, de oraciones; a la gente que acudía buscando ocupación y trabajo, con que ganarse la vida. Sor Rosalía necesitaba una buena provisión de paciencia, pero también un espíritu clarividente y juicioso para discernir en aquella numerosa clientela a los que eran verdaderamente necesitados. Y necesitaba también una cabeza bien sentada, un alma poderosa y resuelta para actuar pronto y bien, para despedir en caso necesario, con caballerosidad y amabilidad, a los indiscretos y a los curiosos a fin de poder conceder a los demás todo su tiempo, toda su simpatía, y los consejos necesarios para que pudieran enfrentarse con sus problemas y sufrimientos.

Había muchos pedigüeños realmente necesitados: «Hermana, hace mucho frío. ¡No tengo ninguna manta!». Y aquel pobre hombre salía con una manta. «Hermana, mi mujer está enferma; mis dos hijos no encuentran trabajo; pasamos hambre en casa». Sor Rosalía tomaba nota, pedía la dirección, prometía ocuparse de ellos y devolvía las esperanzas a aquel pobre hombre. Y sus esperanzas no se veían defraudadas. Porque sor Rosalía encontraba solución para todo. Al salir a despedirlo observa en medio de la gente que aguardaba, a un cliente que conoce muy bien y con el que tiene algunas promesas que cumplir. En su despacho tiene un paquete ya preparado para enviárselo, preciosa limosna para un buen hombre, un señor de buena posición que había caído en la pobreza. Le hace un signo para que se acerque y le dice: «Señor, precisamente tengo aquí un pequeño servicio que pedirle. Es bastante urgente: hay que llevar un paquete a alguien que vive cerca de su casa y que lo está esperando. Este es. Ya verá usted su dirección». Y aquel hombre coge el paquete y ve con admiración que es su propio nombre el que consta en la dirección del paquete. Era un pobre vergonzante, cuyo amor propio no había querido molestar sor Rosalía por medio de aquella estratagema. La delicadeza de sor Rosalía era una de las formas de su caridad. “Y el paquete estaba admirablemente preparado y adornado! También éste era un detalle de sor Rosalía en el ejercicio de la caridad: «Es preciso que mis mercancías -decía sonriendo- le gusten a mis clientes».

¡Y proseguía la serie de visitas! Muchos acudían a sor Rosalía para pedirle alguna recomendación o en busca de trabajo. Sucedió a veces entonces que en la mirada penetrante de sor Rosalía, necesariamente ocupa da en discernir las aptitudes de esos candidatos desconocidos, brillaba un pequeño relámpago malicioso y la conversación tomaba un giro divertido. Se presenta un joven aguerrido que ya había hecho de antemano su elección y soñaba con un cargo: lleno de confianza se acerca a sor Rosalía: «Hermana, yo quiero un puesto de cantor en una iglesia». E inmediatamente, para demostrar sus cualidades, se pone a cantar el Magnificat, pero en un tono que la hermana no puede menos de reprimir una sonrisa: «Cantas bien -le dijo-; pero me figuro que estás más acostumbrado a cantar en la taberna que en la iglesia». «Pero ¿qué se imagina usted? -replicó-; no digo que de vez en cuando vaya a trincar un poco con los amigos, pero sólo por excepción». «Entonces, amigo mío, creo que no podré ocuparme de ti. Porque un cantor que sea aficionado a beber no tiene las debidas cualidades». «Pero, madre; ¡si a mí me gusta beber! ¡Ya lo creo! Lo que pasa es que tenía miedo de que usted me riñera, si se lo decía». «Bien, amigo mío, le escribiré una carta para que se la lleve al señor cura de X... No le prohibo que beba un vaso después de haber cantado las alabanzas del Señor. ¡Pero que no se te ocurra beberlo antes! » 3. ¡Qué cordialidad y buen humor! A sor Rosalía le gustaba a veces pasar unos momentos de distensión en medio de sus graves ocupaciones. Aquella tarde, en la recreación, toda la familia de hermanas escuchó el relato de lo sucedido y pudo saborear la alegría de los buenos hijos de Dios.

LAS MARAVILLAS DE LA CARIDAD

Estas visitas eran muchas veces la ocasión de transformaciones radicales en la vida de los visitantes. Un día fue el vizconde de Melun el que se presentó. Venía del salón de la señora Swetchine, que se lo presentó a sor Rosalía. Desde el primer momento se sintió subyugado. Y he aquí que nuestro vizconde deja los salones de la aristocracia para

acudir a los chamizos de los pobres: ¡una tarea desconcertante pero que se convierte en un verdadero deleite para él!

Otro día es un viejo impresor que se ha quedado ciego y ha caído en la miseria. De carácter independiente, sufre por el doble motivo de no poder ser dueño de sí mismo y tener que depender de los demás. Obligado sin embargo a solicitar la ayuda ajena, se irritaba ante la solicitud de los otros que le recordaban la humillación de su estado. Orgulloso y sensible, su enfermedad lo había encerrado más aún en su obstinación y terquedad.

Afortunadamente había encontrado un amigo en la persona del señor Thibaut, un viejo pescador ya jubilado que se había convertido en conserje. El señor Thibaut había conseguido, a fuerza de sencillez, de cordialidad y de discreción, hacer que su obstinado amigo aceptara sus servicios.

Se había convertido en su lazareto. Un día de vacaciones le propuso ir a visitar los dos juntos a sor Rosalía. No era desde luego para pedirle una limosna, sino para ver algo extraordinario, para conocer a un ejemplo admirable de abnegación, que estaba continuamente atento a las necesidades de los demás sin cansarse nunca.

El ciego se dejó llevar, pero decidido a no aceptar ninguna ayuda y a resistir cualquier testimonio de compasión indiscreta.

Llegaron a casa de sor Rosalía. Y sor Rosalía acogió a sus visitantes con su amabilidad habitual, aunque teñida esta vez de una verdadera y sincera compasión por la tremenda desgracia de aquel pobre hombre.

El ciego se mostraba bastante frío y hasta un poco seco. Respondía a las amables atenciones de la hermana con palabras más bien breves y desabridas. Más aún, para que no se hiciera ninguna ilusión sobre él, pronto empezó a responderle con sarcasmos y palabras zumbonas.

Pero no por eso se arredró sor Rosalía. Conmovida, llena de piedad ante su obstinación, se guardó muy mucho de expresar su desconcierto y su compasión. Y recurrió a su remedio ordinario, a la caridad que, una vez que ha entrado en un alma, logra disipar toda su acritud y da vida a todos los buenos sentimientos.

A la puerta de la habitación de sor Rosalía había unos cuantos jóvenes que esperaban poder acercarse a la buena madre para pedirle consejo sobre el estado que habían de elegir. La hermana los llamó, los introdujo en su despacho, los presentó designándolos con su nombre y, dirigiéndose a nuestro ciego, le pidió como un favor que diera a aquellos muchachos los consejos que estaban esperando. Su experiencia de la vida, le dijo, lo capacitaba más que a ninguna otra persona para dar los consejos más adecuados.

Fue evidente el cambio que entonces se produjo. Nuestro hombre volvió a encontrar la serenidad de los buenos corazones. Era por otra parte una persona de espíritu despierto. Con la cultura que le había dado su largo trato con las obras de pensamiento que su trabajo de impresor le había hecho familiares y acostumbrado por su misma ceguera a reflexionar hondamente sobre los hombres y las cosas, podía desempeñar muy bien aquel papel de consejero. Sería un consejero excelente. ¡Una buena tarea de educación que se sintió muy feliz de poder realizar! ¡Un buen ministerio que ennoblece a cualquier hombre!

La vida de aquel hombre se transformó por completo. De común acuerdo, el conserje y el impresor se convirtieron en abnegados servidores de la caritativa sor Rosalía. Sus

salidas, uno junto al otro, los condujeron siempre en adelante hacia alguna obra buena.

Otro día fue una noble señora la que se presentó s. La enviaba monseñor Dupanloup. Había perdido a su hija y no lograba consolarse. Sor Rosalía le dijo algunas buenas palabras y luego le indicó la dirección de unas familias pobres para que fuera a visitarlas. Le entregó unos cuantos bonos de pan para que los distribuyera. Y añadió: «Señora, tome estos bonos de pan. En cada uno de ellos escriba el nombre de su hija y déselos a los pobres. Su hija recobrará nueva vida. No será usted quien los reparta, sino ella». Y aquella señora se marchó un poco más serena, pero sin consolarse del todo. No obstante, para cumplir su promesa, fue a visitar a los pobres que le habían recomendado. En aquellos «bonos de pan» había escrito el nombre de María, su querida hija y fue a visitarlos. Una vez hecha la visita su pobre alma atribulada había conseguido consolarse por completo. Se encontró con personas más desgraciadas que ella y con algunos niños que la dejaron encantada. Y la gracia divina, que acompaña a todos los gestos de caridad, entró a raudales en su alma, llenándola de unción y de santa alegría.

Sor Rosalía hacía feliz a mucha gente, dándoles a todos limosnas y consejos. Pero sobre todo se daba a sí misma. Entregaba su tiempo, su corazón, su condescendencia.

ALGUNOS CASOS

El vizconde de Melun, que acudía habitualmente a la calle l'Épée-deBois para recibir allí las consignas de la caridad, se encontró un día con un buen anciano que salía radiante de gozo de la habitación de sor Rosalía. También él era un cliente habitual de aquella casa. Hacía algunos servicios a la hermana escribiendo algunas notas que ella le encargaba. Aquel buen hombre se prestaba a ello de buena gana. Era lo corriente. Pero aquel día estaba más contento que nunca.

El señor de Melun no pudo menos de decirle: «¿Pero qué le pasa para estar tan contento?».

El otro le replicó: «¡Vaya! ¡Es que hoy ya he podido tomarme mi pequeña gota de consuelo!».

- ¿Cómo? ¿Qué es lo que quiere decir?

- ¡Pues que hoy he podido ver a la buena madre sor Rosalía! ¡Y me voy contento! Hoy he sido más afortunado que ayer.

Esa dicha es lo que él designaba con el nombre de «su pequeña gota de consuelo».

Aquella expresión hizo fortuna. Cuando el señor de Melun, al encontrarse con aquel buen hombre, quería saber si había visto a sor Rosalía, le preguntaba si había tenido ya «su pequeña gota de consuelo». Pero a veces obtenía esta triste respuesta: «No. No he podido tener esa dicha. Había demasiada gente. Y el deber me llamaba a otro lugar».

Realmente sor Rosalía sabía hacer feliz a la gente. Al dar mucho, al estar siempre entregada a los demás, aprendía continuamente a dar más todavía y a hacerlo de todo corazón: el don de sí va siempre acompañado de felicidad. ¿No es acaso más agradable dar que recibir?

Otro día se le presentó una señora. Y no lloraba ciertamente. No eran lamentos los que salían de sus labios, sino claros acentos de indignación. Porque aquella señora, en un impulso de generosidad, le había dado como limosna a una pobre mujer, a la que visitaba por encargo de sor Rosalía, una sortija de gran valor. Era un rasgo de generosidad, pero de una generosidad unida sin duda a un gran sacrificio al tener que

prescindir de un objeto cargado de recuerdos. Al recibir aquella joya la pobre mujer, maravillada, en vez de ir a venderla para atender a las necesidades de su hogar, la había, sencillamente, colocado en su dedo. En sus horas de miseria la contemplaba y se sentía feliz y orgullosa de poder acariciarla. ¿Qué queréis? ¡Todos tenemos nuestra coquetería y nuestros caprichos!

A1 visitarla en su próxima visita de caridad la dama que se había desprendido de aquella joya la vio brillando en la mano de la pobre mujer. ¡Estupefacción! ¡Indignación! Sin embargo, ocultó prudentemente su cólera, que acabó estallando luego en el despacho de sor Rosalía: si había hecho aquel sacrificio, había sido sin duda con la noble intención de socorrer un caso de suma necesidad, no para atender al capricho tonto de poner un adorno inútil en el dedo de aquella mujer que por vanidad faltaba a sus más estrictos deberes familiares.

Sor Rosalía sonrió amablemente. Su sonrisa aplacaba a todos. Pero esta vez seguramente extrañó y casi irritó más aún a su irritada visitante. Ella añadió: «Señora, eso no es tan grave. Hay que perdonarle el que se haya querido poner esa joya. ¡Quizás es la única satisfacción que ha tenido en su vida! ».

¡Qué bien comprendía a los pobres sor Rosalía! ¡Y cómo ayudaba a los demás a comprenderles! El pobre no vive únicamente de pan, sino también de alegrías. Hay que saber proporcionarle lo uno y lo otro. Sor Rosalía dirigía ciertamente, desde su despacho, una verdadera escuela de Caridad. Cuando se presentaba en su casa algún estudiante del barrio latino, no dejaba nunca de aprovecharse de su buena disposición. Después de haberle hecho el servicio que había venido a buscar, le pedía algún favor a cambio. Era un intercambio de beneficios, fecundo en resultados para el estudiante más aún que para la hermana. La vida está hecha de mutuos servicios que todos nos tenemos que prestar. Esa es la verdadera fórmula de las vidas dichosas y de los pueblos felices. El estudiante tendría que llevar algún mensaje o alguna limosna a alguna familia. Y antes de partir tendría que buscar algún rincón de la casa donde pudiera sentarse, tomar su pluma y escribir una o dos cartas que luego firmaría sor Rosalía. ¡Y todo el mundo quedaba contento!

Sor Rosalía entretanto se dedicaba a sus recepciones. Siempre había gente de importancia en su sala de espera. Aguardaban su turno, pero sor Rosalía sabía encontrar siempre la palabra delicada para que todos tuvieran paciencia.

En medio de los pobres y de los enfermos, de las ilustres damas y de los jóvenes estudiantes, se presentaban a veces los más preclaros visitantes: obispos y generales, ministros y gobernadores, caballeros de alcurnia y oficiales de policía. Sor Rosalía tenía que vérselas con todo este gran mundo y tratar de los asuntos más diversos: con unos hablar de buenas obras o de personas a quienes encomendaban a sus oraciones y a su solicitud, con otros escuchar la exposición de asuntos delicados y prometer su colaboración, en otras ocasiones dar informes sobre ciertas familias de su barrio para algún asunto caritativo, otras veces recibir reproches ya que su caridad, ante la miseria, no siempre se resignaba a mantenerse dentro de los estrictos límites de las leyes y normas administrativas. ¿Es que acaso no se presentan circunstancias en las que no valen las leyes? Pero ese atrevimiento no debe ser cuestión de todos los días.

Algunas de aquellas visitas se han hecho célebres. Donoso Cortés, el gran publicista y orador español, vibrante escritor de palabras inflamadas, hombre político y diplomático, dejaba todas las semanas, durante sus estancias en París, los salones de los embajadores para acudir al «salón de sor Rosalía». Se sometía a sus consignas

caritativas e iba a visitar con toda su distinción a los pobres de barrio. Cuando, joven todavía, estaba a punto de morir, quiso que sor Rosalía acudiera junto a su lecho. Y se encomendó a sus pobres. «Que los pobres recen por mí -le dijo-. Que no me olviden». Sor Rosalía podía sentirse dichosa: ¡sus lecciones habían sido bien aprendidas! Ella recogió piadosamente el último suspiro de aquel gran hombre de estado.

Un célebre médico, el doctor Leuret, director de los servicios sanitarios de Bicêtre, a pesar de no ser un hombre religioso, quiso tener a sor Rosalía junto a su lecho de muerte. El doctor Trélat, que fue alcalde del distrito XII, dijo de él que «no había sabido encontrar ningún consuelo ni fortaleza más que en aquella hija de san Vicente de Paúl, cuya fe era lo bastante profunda y lo bastante segura de sí misma para no necesitar probar la de los demás sin dudar de ella».

ALGUNOS VISITANTES DISTINGUIDOS

El doctor Trélat, que era también de ideas bastante avanzadas y que había tomado una parte muy activa en el movimiento liberal en tiempos de la Restauración y del Gobierno de julio, profesaba sin embargo una gran admiración por sor Rosalía y sus colaboradores. Cuando los motines de 1848 sublevaron su distrito y fueron acumulando víctimas, tanto muertos como heridos -que no se atrevían a declararse por miedo a los gendarmes-, recurrió para excitar la confianza de la gente a todos los jóvenes apóstoles de la caridad, cuyas hazañas consiguieron finalmente serenar la opinión pública: «Me gustaría -dijo entonces el vizconde de Melunenviar a sus amigos a todos esos desventurados, en vez de enviarles gendarmes... ¿Cree usted que escucharán la llamada de su amigos, de sus auxiliares, de los miembros de san Vicente de Paúl? ¿Les gustaría venir al Despacho de Beneficencia de mi distrito para encargarse de las visitas y llevar a los necesitados socorro y buenas palabras?».

El vizconde transmitió a sus amigos esta llamada. El día convenido la sala de la alcaldía del distrito XII estaba llena de voluntarios. Decididamente la escuela de caridad daba sus frutos; sus alumnos honraban realmente a su escuela.

Sor Rosalía tuvo la dicha de ver cómo se distribuían por su barrio, para ayudarle a levantar las ruinas, buenos equipos de valientes obreros. También el general Cavaignac se pasaba algunas veces por el despacho de sor Rosalía. El general conocía la influencia de la hermana sobre las rudas gentes del barrio y el papel de pacificadora que había representado en algunos momentos difíciles de los motines de 1830, de 1832 y de 1834. Y acudía a verla con satisfacción. Aquellas dos almas tan valientes, tan distintas, se sentían entonces perfectamente de acuerdo en muchas cosas. Aquellos encuentros le venían bien al rudo soldado. La acogida tan noble y tan cordial de sor Rosalía, la distinción que en su noble sencillez se desprendía de toda su persona, todo esto inspiraba respeto y simpatía y hacía elevarse a las almas,

Un día, mientras sor Rosalía estaba en su despacho ocupada en hacer una sangría a una pobre enferma, se presentó el general. Entró a saludarla: «Madre, ¿puedo verla unos momentos?». «Me honra usted demasiado, señor general, pero permita que sangre antes a esta buena mujer, que no quiere confiar su brazo a nadie más que a mí. Ya comprende usted estas cosas, general. Cuando un ejército está bajo las armas, usted no lo dejaría por ningún motivo». El general podía haber esperado tranquilamente en la antesala. Pero se le ocurrió algo mejor. Quiso asistir a la operación. Mostró mucho interés, aunque se sintió algo emocionado al ver la sangre. Palideció, se puso a temblar y apenas tuvo tiempo para salir apoyándose en la pared

para no caerse. ¡Sentía menos emoción en los campos de batalla!. El general se había convertido en asiduo visitante de aquella casa. Un día, mientras estaba de visita, empezó a sonar el ángelus. Sor Rosalía, siempre tan sencilla y con el tono más natural, le dijo a su visitante: «General, es el ángelus. ¿Quiere usted rezarlo conmigo?» Sor Rosalía lograba siempre que aceptasen de buena gana sus propuestas. Y se pusieron a rezar el ángelus los dos juntos, un general y una hija de la Caridad.

Por el despacho de sor Rosalía pasó un día un mariscal de Francia. Otro día vinieron a visitarla el propio Napoleón III con la emperatriz. Y después de ellos vino nada menos que un ministro para traerle la condecoración de la legión de honor.

¡Realmente, el «salón de sor Rosalía» contaba con su elevada nobleza y con sus altos dignatarios, tanto por lo menos como los salones del boulevard Saint-Germain!

Es fácil de adivinar la acogida que a todos ellos les reservaba la señora de aquel lugar. Con aquella noble sencillez que es la suprema distinción de las almas grandes, les presentaba los honores de su casa. Pero dispuesta a volver enseguida con el mismo respeto y la misma solicitud a sus «señores y amos» los pobres, que llevaban a sus ojos la aureola de Cristo y que ocupaban en su corazón, como en el corazón de cualquier hija de la Caridad, el lugar que se reserva a los privilegiados.

Y sor Rosalía volvía a sus privilegiados. No había nada que impresionara tanto como la acogida que les reservaba. Era más amable y cariñosa que nunca. De una enorme delicadeza cuando se trataba de algún niño enfermo y de sus mamás; se notaba especialmente los días en que había que vacunarlos. Ella misma se encargaba con agrado de aquella tarea. Y era ciertamente una tarea agobiadora. Se reunían en la misma sala veinticinco, treinta y hasta ochenta madres de familia. Las madres charlaban, los niños se ponían a gritar; ¡un ruido imponente! Sin embargo, perfectamente dueña de sí misma, siempre encontraba una frase graciosa para cada madre, una caricia para cada pequeño. Por eso aquellas mujeres solían presentarle con orgullo al primer recién nacido. Los pequeños raquíticos, mal cuidados, gozaban de una consideración especial. Si la madre se sentía un poco confusa por la fealdad de su hijo, estaba segura de que la buena madre le diría a la hermana que la acompañaba: «Vea qué mirada tan inteligente. Es pequeño, pero ya se desarrollará. Buena mujer, tráigamelo con frecuencia. Es simpático y parece como si me conociera. Yo misma me encargaré de que entre en la escuela cuando sea un poco mayor...».

Y si se olvidaba de alguno o cometía alguna equivocación con ellos, se excusaba graciosamente ante aquella pobre gente y les pedía perdón. Aquellas buenas mujeres se quedaban aturdidas, sin comprender nada.

EL CORREO. CARTAS Y SECRETARIOS OCASIONALES

Entre todos aquellos visitantes que asaltaban la habitación de sor Rosalía había uno que se colaba todos los días y que prolongaba sus visitas sin compasión: el correo. Cada día traía un montón de cartas que se acumulaban en el despacho de la buena hija de la Caridad. Cartas que venían de Francia, de Europa, de América. Sor Rosalía hacía la primera revisión. Y si alguna de aquellas cartas parecía urgente, llamaba a algún benévolo secretario y le dictaba la respuesta en unas cuantas palabras claras y breves. Y el secretario se iba a algún rincón donde pudiera sentarse a escribir la carta.

Muchas de las cartas de sor Rosalía están escritas por consiguiente por secretarios ocasionales. Es fácil darse cuenta de ello. Ciertamente, las ideas son siempre claras y firmes; es el eco directo de las fórmulas de sor Rosalía; y el estilo es el hombre. Pero la

ortografía ofrece curiosas sorpresas y una gran variedad de trazos. Hay ortografías académicas irreprochables. Pero también las hay que se permiten las más curiosas fantasías. Es la huella que dejan esos secretarios improvisados.

Por otra parte, algunas de esas cartas fueron escritas aprisa bajo el dictado de sor Rosalía que no quería perder el tiempo. Uno de esos secretarios añade un día, como postdata, esta observación ingenua pero significativa: «Perdone, madre superiora, si esta carta ha sido escrita un poco aprisa; sor Rosalía no me da tiempo de escribir (Firmado). Su muy humilde servidor». Va dirigida a la reverenda madre del «Buen Salvador» de Caen, 22 de abril de 1838. Es fácil de adivinar la escena: sor Rosalía dictando, quizás a varias personas, yendo de una a la otra, indicando en el curso de sus pensamientos las frases que han de escribir cada uno, pensando que van demasiado lentos, y los secretarios de buena voluntad que pierden la paciencia y escriben desconcertados y se sienten confusos de lo mal que les ha salido la carta. Y sor Rosalía, a pesar de los desaguisados de sus secretarios, pone su firma debajo de la carta. No tiene ni pizca de amor propio. Su amor propio, ese «enemigo capital», como ella lo llamaba, ha quedado tan maltrecho que está casi muerto.

Pero también con frecuencia escribía sus cartas la misma sor Rosalía. En sus autógrafos limpios y hermosos, con su firme y amplia escritura, se permitía a veces ciertas libertades en el uso de la ortografía. No obstante, cuando escribía a algún distinguido personaje, ponía más atención y, en caso de necesidad, pedía auxilio al diccionario; y entonces la ortografía era irreprochable. Otras veces la ortografía seguía más o menos la fonética de las palabras. Por eso hay cosas que nos extrañan, acostumbrados como estamos a una ortografía oficial, seguida escrupulosamente, como prueba de distinción y de respeto a la lengua francesa. Pero nos olvidamos a veces en nuestro siglo xx de que la ortografía ha sufrido no pocas vicisitudes con sión. Realmente, le habían dado lo que se merecía. Pero la verdad es que sor Rosalía tampoco durmió aquella noche. Y al día siguiente, muy de mañana, mandó que le llevaran una manta a aquel desgraciado para que pudiera dormir un poco caliente..., y para que ella misma pudiera dormir en paz.

Estos conflictos entre la prudencia y la compasión no siempre tenían una solución tan benigna. Un joven por el que se había interesado mucho y al que había ayudado en varias ocasiones no respondía a su solicitud. Ya le había advertido que tenía que cambiar si quería seguir contando con ella. Pero el muchacho no cambió. Después de madura reflexión, lo llamó y le dirigió estas palabras: «Amigo mío, tiene usted una plaza esperándole en Constantinopla. Aquí tiene el pasaporte. Y aquí una carta de recomendación. Márchese esta misma tarde». Aquel joven imploró su perdón y empezó a prometer de nuevo cambiar de vida. Pero sor Rosalía se mostró inexorable. Y aquel joven marchó, como le había dicho, aquella misma tarde.

¡Qué fuerza de voluntad había en aquella mujer, junto con una inefable bondad! ¡Y hasta dónde llegaban sus relaciones! ¡Desde París pasaba tranquilamente a Constantinopla!

VACACIONES PARA SOR ROSALÍA

Con semejante actividad al servicio de los demás, cualquier otra persona que no fuera sor Rosalía habría visto pronto comprometida la escasa salud que ella tenía. En efecto, su salud era bastante frágil. Pero la alegría de su alma la sostenía, le daba fuerzas, aligeraba su peso. Su temperamento sano y su vida regular contribuían a mantener su

salud. Era admirable. Siempre trabajando. La fiebre la visitaba con frecuencia, pero nunca lograba rendirla. Las personas que la rodeaban se preocupaban por ella. Pero ella no deseaba preocupar a nadie. No les permitía que le hablaran de descansar. Se enfrentaba con todas sus tareas con una magnífica decisión.

Un día, sin embargo, alguien la convenció. Era el buen párroco que la había dirigido antes durante su estancia en Gex, el abate de Varicaurt, que había sido nombrado obispo de Orléans. En una visita a la calle de l'Epée-de-Bois durante los primeros años de su cargo de superiora, el aspecto cansado de sor Rosalía le había inspirado cierta inquietud y le aconsejó unos días de descanso. Y para que pudiera tomárselo cómodamente, le ofreció su propia casa de campo, cerca de Orléans.

Sor Rosalía, confiando en su antiguo párroco e incapaz de eludir esta paternal invitación de una persona a la que estaba tan agradecida, saltó esta vez por encima de su intransigencia y obedeció.

El coche del obispo estaba a su disposición. Una compañera acompañaba a sor Rosalía. Un bonito viaje. Pero sor Rosalía llevaba un poco de melancolía dentro de su alma.

Llegaron a Orléans. La ciudad, el Loira, los campos, ¡una maravilla! Pero sor Rosalía no lograba distraerse y se mostraba preocupada.

¿Qué es lo que le faltaba? ¡Sus pobres! ¡Ya no estaba con sus pobres! ¿Quería pobres? ¡Pronto los encontró!

Fue a buscarlos enseguida, les visitó, les ayudó, los hizo felices. ¡Pero ella no lograba sentirse feliz! Tenía pobres. Pero no eran los suyos, los que tantas veces había socorrido y curado, a los que conocía personalmente y llamaba «sus hijos» o a veces, con una sonrisa, «mis diocesanos». Cuando san Vicente fue llamado a gobernar todo un mundo de personas y de obras, ¿no lamentaba también verse lejos de los pobres, no poder hablar con ellos, consolarles, bendecirles, darles un testimonio de amistad? Deseaba ciertamente que tanto él como sus hijos pudieran dar limosna a los pobres, pero sobre todo quería que tomasen contacto con ellos y que los pobres se sintieran personalmente respetados y queridos.

Sor Rosalía amaba demasiado a sus pobres, a sus «diocesanos» para que alguien pudiera pensar en quitárselos. Fue preciso devolver pronto a sor Rosalía a su «diócesis».

Las vacaciones habían durado cinco días.

11.- LOS ASUNTOS EXTRAORDINARIOS

¡Todo es extraordinario en esta vida de sor Rosalía! Una persona que la conocía bien, la señora Bavcoffe de Montmahaut, viuda de Lamothe, intentando un día definir en pocas palabras esta vida excepcional, decía: «Sor Rosalía era una hermana muy buena». Y añadía: «Una hermana como no había otra. Ella no era como las demás».

Sí, ella no era como los demás. ¡Ella era extraordinaria! Pero lo que había de extraordinario en su vida, era más bien su forma de ser que los sucesos que acontecían. Ella lo hacía todo admirablemente bien. La alegría de su alma le daba a todo cuanto hacía una belleza poco común: desplegaba una actividad prodigiosa y sin embargo mantenía en su espíritu una intensa vida interior que animaba todo su trabajo. Esta soltura en que se movía su alma piadosa en continuidad con el pensamiento divino, en medio de tantas preocupaciones y de tanto trabajo, le

venía de la fe que anidaba en ella; la había conquistado a través de una educación hondamente cristiana; las circunstancias trágicas de su infancia habían ahondado sus raíces y su fidelidad al deber la había alimentado siempre con nuevas energías. Esta luz divina que iluminaba su espíritu irradiaba hacia fuera y llenaba de esplendor toda su vida.

Hubo sin embargo en esta vida algunos acontecimientos que pertenecen a la gran historia y en los que sor Rosalía representó dentro de su barrio un papel preponderante. Se trata verdaderamente de acontecimientos extra ordinarios. Hemos de citar en primera fila las dos revoluciones de 1830 y de 1848 y las sobresaltos que en dos ocasiones sucedieron a la de 1830. En todas estas ocasiones sor Rosalía fue la heroína del barrio: ángel de paz y de caridad, aplacaba los corazones enconados, calmaba con unas Cuantas palabras serenas los espíritus exaltados, curaba a todos los que acudían a ella sus heridas de cuerpo y de alma, ayudaba a los moribundos. Para cumplir esta tarea pasaba entonces mucho tiempo en el campo de batalla, a pesar de las balas y de las terribles visiones de los combates.

MOTINES Y BARRICADAS. LA REVOLUCIÓN DE 1830

En 1830 habían pasado ya cerca de treinta años desde que sor Rosalía se había puesto al servicio del barrio Mouffetard. Sus años de entrega podían contarse por los años del siglo. Conocía bien a todos los habitantes del barrio. Muchos de ellos habían pasado, cuando eran niños, por sus asilos, sus escuelas y sus patronatos, antes de convertirse en padres y madres de familia. Todos ellos habían gozado en alguna ocasión de sus cuidados, de su ayuda, de sus socorros. Había arrancado a muchos de ellos de la enfermedad y de la muerte. Ella había recorrido las calles del barrio en todos los sentidos. Aquella era, según decía, su «diócesis». Y sus «diocesanos» eran sus «hijos».

Y he aquí que aquel año de 1830 estalla la revolución. Y la revolución iba a ser sangrienta e irreligiosa. Porque se confundiría a la religión con la política.

Ciertas medidas, inspiradas a pesar de todo en buenas intenciones, pero capaces de chocar con la mentalidad volteriana de la época, fueron la ocasión de que surgiera el descontento popular y comenzaran los trastornos políticos. El destronamiento de los Borbones, la salida de Carlos X y de sus efímeros ministros, se vieron acompañados de una campaña violentamente antirreligiosa de calumnias contra el clero y las obras de la iglesia, que echarían el descrédito sobre la religión y provocarían un gran número de profanaciones y de asesinatos.

El día 27 de julio, bajo los ardores de un sol que se había levantado en toda su gloria, los descontentos empezaron a manifestarse con cierta violencia. Aquella brillante jornada iría seguida de otras tres, las que se designarán como «las tres gloriosas», pero que en realidad fueron tristes jornadas de revuelta. Se cierran las fábricas; los obreros sin trabajo, cruzados de brazos, se echan a la calle y estorban la circulación. Suena un disparo. Nadie sabe de dónde ha venido, pero el motín explota y comienza la lucha armada. Por un lado, Marmont y el ejército regular; por otro, todo un pueblo que se exaspera, sin acabar de comprender lo que pasa. Toque a rebato, gritos, barricadas, disparos de fusil, cañonazos... Se lucha por todos los rincones de París. El barrio Mouffetard se muestra esta vez relativamente tranquilo. Hay algunos gritos sediciosos, pero no es allí precisamente donde prende

fuego la revolución. «Por aquí estamos muy tranquilos -escribe sor Rosalía-. Este barrio, como usted sabe, está aislado de todos los jaleos». La tranquilidad, sin embargo, era sólo relativa y esta fórmula no era quizás que una fórmula, destinada a tranquilizar a su familia que quizá podía sentirse alarmada con aquella carta. Lo cierto es que sor Rosalía pasar va entonces algunos sustos.

De todas partes llegaban a la casa de la calle de l'Epée-de-Bois heridos y moribundos. Amotinados y soldados, todos eran acogidos y cuidados caritativamente. La casa se había transformado en hospital. Y era para aquella pobre gente un asilo de paz, lejos de las barricadas y de los disparos de fusil.

Sor Rosalía iba y venía. Mientras sus hermanas aseguran el servicio de la casa, ella sale a la calle. Va por todas partes predicando la paz, la calma, ayudando a un moribundo, ordenando el traslado de un herido. A veces tiene que detenerse en su marcha; hay que sortear los peligros; pero sigue intrépida enfrentándose con las más duras situaciones. Mientras dure el conflicto, serán necesarios los ángeles de la paz. ¡Sor Rosalía será uno de ellos! ¡El descanso no cuenta para ella!

UN SALVAMENTO HEROICO

Después de varios días de emoción, de fatiga, de peligros, de pronto se le plantea a su espíritu valiente un problema que hubiera asustado y hecho retroceder a otras muchas personas. Se trataba de ir a buscar, no se sabía dónde, a través de toda la ciudad, en medio del alboroto y de la carnicería, y arrancar de los brazos de los amotinados a un bravo soldado, un compatriota, un bienhechor, un amigo de su familia, padre de una de las bienhechoras de sus obras, de una de las amigas habituales de la casa. Antiguo soldado del Imperio, aquel hombre había hecho la campaña de Rusia como oficial de los lanceros de Polonia que formaban parte de la escolta de Napoleón. Después de su retiro, pasaba con su familia una parte del año en París y la otra en sus posesiones de Alsacia y del país de Confort-Gex. Tenía en Confort unas fábricas de tela para aprovisionar al ejército, que funcionaban con prosperidad. Vivía por tanto con holgura y hasta con cierto lujo. En Confort había conocido a la familia de sor Rosalía y se había creado entre ambas familias cierta intimidad. Desde Alsacia su madre le enviaba a sor Rosalía miel para sus enfermos. Y el señor Bavcoffe de Montmahaut, buen cazador, le enviaba de vez en cuando alguna de las piezas cazadas, lamentando no poder enviarle más por causa de los transportes un tanto difíciles. En París, su hija, la señora viuda de Lamothe, solía visitar a sor Rosalía, pero para no quitarle en el locutorio un tiempo que era precioso para ella, la acompañaba en sus correrías caritativas comunicándose mutuamente noticias por el camino y recibiendo de ella mucha edificación... Y cuando marchaba a Confort, no dejaba de ir a casa de sor Rosalía para ver si deseaba algún recado para su madre.

Aquel valiente soldado de las campañas de Rusia y de la escolta de Napoleón se había convertido, durante el retiro, en oficial de la Guardia Nacional. Andaba entonces metido en la lucha contra los revoltosos. ¡Y habían perdido sus huellas! ¡Seguramente habría sucumbido, como valiente militar! En el domicilio de su padre, calle Bourbon-Villeneuve en el barrio Poissonnier llevaban esperándolo dos días. Todos estaban preocupados. Por ser comandante de puesto e inspector de las yeguas militares que había en el barrio de Saint-Marceau, tenía que acudir allá todos los días. ¿Se habría perdido en las revueltas que había habido por allí? Su

mujer entonces, sin pensar en el peligro que corría, acudió al barrio y fue a implorar la ayuda de sor Rosalía.

Se ha narrado en varias ocasiones el magnífico heroísmo de este magnífico salvamento. Hubo realmente suerte. Nos lo ha contado su misma hija. Sor Rosalía se superó a sí misma en aquella ocasión.

Sor Rosalía decidió salir sola. Obligó a la señora Bavcoffe de Montmahaut a quedarse en casa. El peligro era demasiado evidente. Ya había sido demasiado atrevida en sus primeras correrías en medio de la revuelta. Y he aquí que de nuevo se vuelve a ver su corneta por las calles agitadas y llenas de gente enloquecida; quieren detenerla, impedirle que corra hacia una muerte probable; ella sigue adelante, atravesando por en medio de las barricadas. ¡Está expuesta a que la atraviesen las balas! Pero es la buena madre. La respetan. ¡La quieren demasiado! Por todas partes pregunta por el comandante Bavcoffe. No lo han visto por el barrio. Debe estar por otra parte. Y entonces se pone a recorrer la ciudad, en medio de peligros cada vez más graves, siguiendo en su búsqueda sin cesar. No hay nada que desanime a sor Rosalía. Confiando en Dios y en el prestigio de la caridad, reanuda su marcha, se enfrenta con las barricadas que son otros tantos campos de batalla, desafía las balas, pregunta por todas partes por el comandante Bavcoffe. No lo han visto. Sigue adelante. Pasa el Sena. Se encuentra en el centro de París, donde el motín hace estragos. Finalmente, en la plaza del Hôtel-de-Ville, han visto caer al comandante. Lo busca anhelante entre los montones de cadáveres. Finalmente lo reconoce. Está entre los muertos, pero aún vive. Está desvanecido. Apenas respira. Pero ella lo devuelve a la vida. Abre los ojos. Contempla extrañado su corneta. ¡Todavía hay esperanza! Su pecho está acribillado de heridas; contarán cuarenta y nueve; además los dedos de su mano derecha han sido cortados por un sable. Poco tiempo después, gracias a unos benévolos camilleros, el moribundo estaba en su domicilio; devuelto a la vida, lo recoge su familia. Y sor Rosalía, sin recibir el menor daño, regresa a la calle de l'Épée-de-Bois. Aquel día muchos se sintieron felices en la calle de l'Épée-de-Bois y en la calle de Bourbon-Villeneuve.

El nombre de Luis-José Bavcoffe de Montmahaut está inscrito en la columna de julio en la segunda lista de nombres gloriosos.

Estos hechos heroicos no extrañan en la vida de sor Rosalía, pero su éxito no se explica ciertamente sin una especial protección de la Providencia que reservaba para otras hazañas a esta buena obrera de sus tareas. Nos revelan por otra parte el extraordinario prestigio que había conquistado con su abnegación sin reservas: una palabra suya bastaba para salvar a un hombre. Su presencia bastaba para salvar a un hombre. Su presencia bastaba para salvar a una casa. ¡Ella valía más que un equipo de gendarmes!

EL SAQUEO DEL ARZOBISPADO

Durante las jornadas de julio se saqueó, se incendió, se mató gente a mansalva. En medio de la fiebre de los combates y las locuras de la victoria, los amotinados vencedores proclamaban sus proyectos incendiarios. Y los rumores alarmantes volaban de boca en boca. Después de otros centros religiosos, también le iba a llegar su turno al arzobispado. Las malas noticias corren aprisa, pero sor Rosalía captó al vuelo lo que se decía. Había que apresurarse a avisar al arzobispo y a librarle del peligro. Al día siguiente, cuando el arzobispado fue saqueado, no hubo

más que destrozos materiales. ¡El arzobispo había encontrado ya refugio en la calle de l'Épée-de-Bois! ¡Una espada de madera -eso es lo que significa Épée-de-Bois- muy frágil e infantil! ¡Humilde y pacífica enseña de una pobre casa en donde ardía un noble fuego de caridad! Abrigo seguro, guardado por un alma grande. Sor Rosalía supo ahorrar a su arzobispo un desolador espectáculo y le salvó la vida. El populacho enloquecido ejecutó efectivamente sus malos designios. Era un día de carnaval, el 13 de febrero de 1831. Por la ciudad no se notaba más que las diversiones desenfrenadas de aquellos días, pero al acercarse a la isla de la Cité, en donde se elevan la catedral y el arzobispado, los rostros se iban volviendo más duros y en la lejanía resonaban ruidos de agitación. En el malecón del arzobispado la escena era deplorable; se desarrollaba ante la vista de la misma Guardia Nacional que, con las armas en la mano, parecía mirar con indiferencia el tremendo espectáculo. Se arrojaban al Sena libros, muebles, ornamentos pontificales, que los invasores habían arrancado del arzobispado. Una parte del gentío aplaudía divertido, otros callaban y se sentían inquietos ante aquel vandalismo. Sólo una pobre anciana levantaba los brazos al cielo y maldecía en voz alta tan horrible profanación. Sobre los techos y las paredes del arzobispado un hormiguero de hombres de todas las cataduras se arracimaban cubriéndolos literalmente de arriba abajo, arrancando las piedras, retorciendo los barrotes de hierro, sirviéndose de las vigas como de arietes para romperlo todo, quemando lo que podían e inundando las habitaciones inferiores. Continuamente se oía el estrépito de cristales rotos y el derrumbarse de las paredes; se elevaban nubes de polvo como si se tratara de un vasto incendio; el movimiento, el ruido, la destrucción no se detenían; los demoledores parecían armados de una fuerza y de un furor infernal; no había nada que se resistiera a sus golpes ni calmara su furor. Las máscaras del carnaval, las risas de los que pasaban, toda aquella muchedumbre que los días de fiesta llena las calles de París, terminaron formando un círculo alrededor del arzobispado, gritando regocijados al ver caer las paredes y aclamando a los feroces demoledores. Entre tanto sor Rosalía guardaba a su arzobispo en la paz de su casa. Había logrado librar de la locura del populacho al primer pastor de la iglesia de París en un asilo de paz que respetaban los mismos amotinados.

CORDEROS EN MEDIO DE LOBOS

Otro día estaban a punto de incendiar un orfanato cercano. Las piadosas guardianas de los niños huérfanos recurrieron a sor Rosalía. Ella se dirigió hacia aquel lugar y con su presencia detuvo a los incendiarios. Más aún, convertidos en corderos al verla a ella, los mismos lobos se pusieron a predicar la paz; organizaron una guardia de protección a aquella casa para que nadie se acercara a hacerle daño. Y uno de aquellos hombres dio esta consigna a sus compañeros: «¡Sobre todo, nada de ruido! ¡Dejad dormir a las niñas y a sus guardianas!».

Es curioso. ¡Qué semilla de bondad ha depositado Dios en el corazón de los hombres, para que las almas más obstinadas pierdan su amargura delante de la caridad y las villanías del odio se cambien en espectáculo de bondad!

Estas magníficas victorias de la caridad, que coronaban de gloria a la heroína del barrio Mouffetard y aumentaban día tras día su popularidad, no se quedarían sin represalia. Su gloria y la fama de sus hazañas acabarían dándole algún disgusto. Pero ella sabría dominarlos con la misma voluntad y la misma sangre fría.

AL DÍA SIGUIENTE DE LA REVOLUCIÓN. LEGALIDAD Y CARIDAD

El día 31 de julio fue derribado Carlos X. Le sucedía el duque de Orléans, Luis Felipe. Sor Rosalía, sin ningún trasfondo político de ninguna clase, estaba dispuesta a mantener su caridad a pleno rendimiento en el seno del nuevo régimen. Pero su caridad inagotable entraría una vez más en conflicto con la justicia de los hombres. La justicia que sucede a los movimientos revolucionarios suele ser demasiado severa. También en esta ocasión fueron sus víctimas algunos grandes hombres. Y varios de ellos acudieron a buscar refugio en la calle de l'Epée-de-Bois. ¡Tremendo honor para sor Rosalía! ¡Terrible responsabilidad!

No había nada que asustase a sor Rosalía. Pero no quería ni podía guardar en su casa, en contra de la voluntad de los poderes públicos, a estos grandes refugiados. Les ayudó a huir. Después de las escaramuzas de 1832, un oficial de la Guardia Real que se había comprometido con los amotinados, vino también a buscar refugio y protección en su casa. Ella lo salvó. Eran actos que no podían gustarle ciertamente al Gobierno.

Avisaron de ello al prefecto de policía. Y dieron orden de arrestar a sor Rosalía. Pero el policía encargado de su ejecución se permitió hacer una observación a su jefe: ¡Detener a sor Rosalía! ¡Aquello era sublevar a todo el barrio Saint-Marceau! ¡Todo el pueblo tomaría las armas para defenderla! ¡Un nuevo motín! ¡Así no se acabaría nunca de arreglar la situación!

Había motivos para estar perplejos. Así pues, sor Rosalía era una verdadera potencia. Había que contar con ella. Había que parlamentar. Iría a verla el mismo prefecto. No acababa de disgustarle la perspectiva de ver personalmente a semejante potentado, de tratar con ella y de obtener para el futuro una perfecta docilidad que pondría la victoria en sus manos. Cuando el prefecto, el señor Gicquel, llegó al locutorio de la calle de l'Epée-de-Bois, había allí, como siempre, un gentío enorme. La escena ha sido contada varias veces. Seguiremos la narración de Chales Baussan en *su Vie de soeur Rosalie* (pp. 81-83):

«El prefecto pasó por medio de la gente y pidió que le dejaran hablar en particular con sor Rosalía. La hermana, muy amablemente, le pidió que esperara a que hubiera recibido antes a sus pobres. Y cuando acabó el desfile de obreros, de ancianos, de viudas, se acercó al prefecto y le preguntó en qué podía servirle.

«Señora -le dijo el señor Gicquel-, yo no he venido a pedirle ningún servicio, sino más bien para hacérselo. Soy el prefecto de policía. ¿Sabe usted, hermana, que está gravemente comprometida? Con menosprecio de las leyes ha hecho usted que se escape un oficial de la antigua Guardia Real que, por rebelión abierta contra el gobierno, había merecido las penas más severas. Yo había dado ya órdenes de detenerla a usted. Las he retirado por indicación de uno de mis agentes. Pero he querido venir para saber por usted misma cómo se ha atrevido a ponerse en rebeldía contra la ley.

«Señor prefecto -respondió sor Rosalía-, yo soy hija de la Caridad; no pertenezco a ningún bando. Ayudo a los necesitados en cualquier situación en que se encuentren; procuro hacerles todo el bien que puedo sin juzgarlos. Le prometo que, si alguna vez le persiguen y acude a pedirme ayuda, no se la negaré.

«De esta forma la hermana y el prefecto de policía siguieron unos momentos defendiendo, la una, los derechos de la caridad; el otro, el deber de la policía. Y si la hermana no convirtió al prefecto, tampoco el prefecto logró convertir a la hermana.

«Señor prefecto -le dijo ella al despedirle-, realmente no puedo prometerle que no voy a comenzar de nuevo: siento que, si se presentase otra vez una ocasión similar, no tendría ánimos para negar mi colaboración. Una hija de la Caridad de san Vicente de Paúl no tiene nunca derecho a faltar a la caridad, sean cuales fueren las consecuencias de sus actos. «En efecto, su caridad era impenitente. Ocho días más tarde estaba refugiado en su casa un joven de la Vendée, cuando llegó un comisario de policía. Ella avisó al vandeano para que huyera; luego comenzó con el comisario la más amable de las conversaciones. Cuando éste se retiró encantado todavía de la conversación con sor Rosalía, el fugitivo estaba ya lejos. «¿Qué quiere usted? -le dijo al día siguiente al comisario, cuando éste vino a reprocharle su conducta-; lo he hecho tanto por usted como por él. He querido evitarle a usted la pena de prenderle y la preocupación de custodiarle. ¿No le parece que he obrado bien?».

Ante la obstinación de esta terrible hermana que defendía a los amotinados y a quien éstos a su vez defendían unánimemente como se defiende a una madre, decidieron exponer sus quejas al Superior General. Este transmitió a sor Rosalía las observaciones del gobierno. Pero se dice que sor Rosalía siguió haciendo de las suyas sin enmendarse. ¿Cómo, sor Rosalía? ¿Y la obediencia? ¿Qué es lo que hace usted? ¿Se atreve a faltar a la obediencia? Ella había demostrado ya suficientemente lo mucho que apreciaba la obediencia cuando, llamada poco antes a la casa madre bajo el peso de unas sospechas que podían, aparentemente al menos, justificarse, prefirió callar y aceptar la humillación ante todas sus compañeras, sometiéndose sencilla y silenciosamente a las órdenes de sus superiores.

¡Pero ahora se trataba de entregar a unos hombres a la muerte! ¡Eso era otra cosa! ¡Las humillaciones ella las habría aceptado todo lo que hiciera falta! Pero tomar la más pequeña parte en la responsabilidad de esas ejecuciones capitales que horrorizaban a todo el mundo, ¡eso ella no lo quería!

¡y tenía derecho a vacilar sobre su posible obligación de obedecer! Sobre todo cuando se trataba de sus hijos del barrio Mouffetard, su corazón maternal tenía ciertamente derecho a conmoverse y a resistir a lo mandado. ¿Se le pide acaso a una madre que entregue a sus hijos?

Sor Rosalía no entregó nunca a sus hijos. Creyó que le era lícito desobedecer. Probablemente ni siquiera tuvo un momento de vacilación; lo veía con claridad. Si vaciló, si creyó que tenía que pesar los pros y los contras de su acto, seguramente se preguntó -con todo acierto- si el pensamiento íntimo de sus superiores al transmitirle las normas del gobierno no estaría en el fondo en conformidad con el suyo. ¡Y seguramente atinó! Los superiores, en su foro interno, admiraban la generosidad y la nobleza de alma de sor Rosalía, pero tenían la obligación de transmitirle las observaciones del gobierno. Una vez hecho esto, se sentirían probablemente muy contentos, al dejar a sor Rosalía frente a su propia conciencia, de ver cómo continuaba realizando sus obras de caridad en las condiciones extraordinarias en que la había colocado la Providencia y cómo evitaba enfrentarse con la policía eludiendo sus graves sanciones contra los pobres condenados que se

refugiaban en su casa, lo mismo que en otros tiempos se habían refugiado en los lugares de asilo oficialmente inviolables.

El superior general no era el único que admiraba a sor Rosalía. Los mismos gobiernos la admiraban. Por otra parte, sor Rosalía hacía a todos un buen servicio, sin distinción de bandos: amotinados y gentes del gobierno se vieron libres de la muerte gracias a su intervención. Ella realizaba, sin más, su tarea de pacificación y de caridad.

Y los gobiernos llegaron a admirarla tanta que un día creyeron oportuno decretar para la culpable la cruz de la legión de honor. Y de pronto fue el descontento el que cambió el campo. ¡Fue sor Rosalía la que se indignó!

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR

Sor Rosalía no trabajaba ni mucho menos por alcanzar condecoraciones. Cuando, después de los motines de 1848, Lamartine fue a felicitarla por su conducta, ella le dio las gracias por sus felicitaciones, pero añadió: «Señor, no ha sido precisamente por agradar a los hombres por lo que he hecho lo que creía que era mi deber. Sirvo a Dios. Y es de él de quien espero la recompensa».

Y el mundo de entonces lo sabía bien. A pesar de la invasión de ideas volterianas que todavía reinaban en los espíritus, el mundo sabía muy bien que sor Rosalía trabajaba por Dios. Que Dios quedara bien servida: eso era lo único que pretendía. El mundo de hoy ya no piensa de este modo; ya no tiene esta fe. Es conveniente que de vez en cuando caiga alguna condecoración, ante los ojos de esos incrédulos, para adornar el hábito de alguna religiosa consagrada al servicio de los hombres.

Cuando la señorita Bavcoffe de Montmahaut vino un día a decirle a sor Rosalía que había sido propuesta para la cruz de la legión de honor, sor Rosalía no tuvo más que este curioso comentario: «¡Estás un poco loca!». En su alma y en su conciencia, totalmente entregada a Dios, sor Rosalía no podía imaginarse que fuera necesaria una condecoración para recomendar su virtud a los ojos de su querida gente del barrio. Sabía muy bien que podía contar con el agradecimiento y el afecto de todos sin nada de eso. Y esto era para ella la mejor de las recompensas después de las que proceden del cielo. Por otra parte se sentía llena de confusión al pensar que pudiera ser ella una excepción entre tantas hijas de la Caridad que se entregaban al servicio de los pobres. ¡Una hija de la Caridad condecorada! ¡Una hija de la Caridad llevando esas joyas y esos juguetes! ¡Nunca se había visto nada semejante! ¡Iban a reírse de ella! «Me tengo bien merecida esa vergüenza por mis pecados -decía-, pero la siento por toda la comunidad. ¡Todo París se va a reír de nosotras!».

¿Acaso era verdad que sor Rosalía iba a tener, precisamente entonces, una pizca de amor propio ante aquellas posibles burlas de todo París? ¡Pobre sor Rosalía, tan desprendida, que llevaba tanto tiempo luchando contra ese «enemigo capital» que es el amor propio! Ella podía ciertamente afrontar con serenidad todas las risas. Era su querida comunidad en quien pensaba y era la comunidad a la que deseaba evitar este extraordinario bochorno de condecoraciones mundanas.

Sea lo que fuere, el hecho es que aquel rumor, que pronto se extendió por todo el barrio, desencadenó una inmensa oleada de alegría. Y las mujeres de la Halle, que saben hacer bien las cosas, reunieron todas las flores que pudieron encontrar en el barrio y llegaron en una especie de manifestación hasta la pequeña calle de l'Épée-de-Bois llevando un inmensa ramo digno de una reina.

Y hubo ciertamente risas, pero llenas de cariño y simpatía. Sor Rosalía, por su parte, no reía. Creía que estaban confundiendo las cosas.

Sin embargo, hay gestos populares de cuya sinceridad es imposible dudar. Sor Rosalía, ante la amplitud y la convicción de esta manifestación de unas personas que ella sabía que la querían con sinceridad y con un afecto lleno de respeto, acabó cediendo. Y cesó cualquier duda cuando llegó una notificación del Ministerio anunciando oficialmente la concesión de la cruz y su entrega inminente.

Sor Rosalía entonces salió de su reserva. Hizo todo lo posible por esquivar el golpe y referir el honor -ya que ciertamente se trataba de un honor- a alguno de los administradores de su obra. Apeló para ello a la Condesa Caffarelli, que tenía un hijo ocupando un alto cargo en el Ministro. Pero la condesa no le hizo caso. Obró como debía. Sor Rosalía presentó entonces otro candidato. Todo fue inútil.

Entonces protestó diciendo que no quería la condecoración a ningún precio. Era digno de verse el empeño que ponía en librarse de aquel honor. Acabó apelando incluso a la piedad: como había estado recientemente enferma, no podía abandonar el sillón en donde descansaba. Fue en vano. Ante todos estos fracasos, envió, como última esperanza, a una de sus compañeras al padre Etienne, su superior general. Y el padre Etienne le respondió: «Dígale a sor Rosalía que se trata de una cruz como cualquier otra. No hay que hacer mucho caso de ésta. ¡Que no cree ningún problema a las personas que se la ofrecen!».

Y sor Rosalía se sometió. Y el señor de Persigny acudió a la calle de l'Epée-de-Bois con la cruz de la legión de honor. Y sor Rosalía, en medio del grupo pintoresco de las buenas mujeres de su barrio, recibió aquella distinción.

Partió el señor de Persigny. Inmediatamente sor Rosalía, con un gesto rápido, arrancó la cruz que le habían puesto y la escondió detrás de un mueble diciendo: «No es precisamente con ésto como se alimenta a los pobres».

¡Pobre sor Rosalía! Los pobres eran «su peso y su dolor». ¡Los pobres! ¡Siempre los pobres! ¡Los quería tanto! ¡Ellos eran los que se merecían toda su entrega y abnegación!

Cuando se fue calmando el entusiasmo de la gente y la casa volvió a la paz acostumbrada, sor Rosalía ordenó que no se hiciera nunca ninguna alusión a *la vergüenza* que le habían merecido sus pecados.

Pero no es tan fácil cerrar la boca de los admiradores, ni tampoco la de los espíritus críticos. Hubo personas mal informadas que ignoraban el permiso dado expresamente por el padre Etienne, que reprocharon a sor Rosalía haber aceptado aquella condecoración en contra de todas las tradiciones de la comunidad. Sor Rosalía, heroicamente guardó silencio. No se defendió.

La Providencia, siempre paternal, se encargó de ofrecerle la feliz compensación de un consuelo piadoso que llegó desde arriba: la acogida tan fría que sor Rosalía había hecho al homenaje oficial no podía ser ignorada en las altas esferas. Entre los visitantes habituales del palacio de la Presidencia había también algunos que visitaban habitualmente la casa de l'Epée de-Bois. El Príncipe-Presidente no se sintió ofendido por la resistencia de aquella hermana; supo admirar y sonreír. Y tuvo incluso la delicadeza de acudir, siendo ya Emperador, al barrio Mouffetard para visitar a la que era su heroína.

La visita imperial fue una gran fiesta para todo el barrio. Era el 18 de marzo de 1854. En la calle de l'Epée-de-Bois lo recibieron con sencillez, pero con la distinción

que se le debía. Cuando saludó a sor Rosalía le dijo con una pizca de malicia: «¿Y la cruz de honor que le di, hermana? ¿Cómo es que no la lleva?».

La respuesta no era fácil. Pero sor Rosalía supo encontrar una frase gentil que revelaba una vez más la elevada concepción que tenía de su misión entre los pobres.

En medio de sus queridos pobres, sor Rosalía se consideraba como si fuera fiesta todos los días; el mismo emperador pudo constatar, al atravesar el barrio, cuánto querían a la hermana y cuánto les alegraba a todos que se celebrara en su honor aquella fiesta. Sor Rosalía le contestó al emperador: «¡Ay, señor! La fiesta es ya demasiado hermosa para que haya necesidad de añadir nada para embellecerla!».

El emperador sonrió y replicó: «¿Con que no quiere usted la cruz de la legión de honor? ¡Bien! ¡Yo le enviaré otra que espero le gustará recibir! ». Y desde Biarritz le envió poco después una cruz de oro en la que estaban engastadas unas reliquias de san Vicente de Paúl.

NUEVAS ALARMAS

Por las alturas no faltaban conflictos. Pero al menos entre el pueblo, gracias al cambio de dinastía, se habían serenado un poco los ánimos.

La verdad es que, al principio del reinado de Luis Felipe, los corazones estaban llenos de esperanza. ¡Eran tan populares el nuevo rey y sus hijos! Se acercaban al pueblo con sencillez y se granjearon las simpatías de todos.

Pero la serenidad no iba a ser más que pasajera. Ya el 8 de octubre escribía sor Rosalía: «¡Qué lejos estábamos, hace sólo tres meses, de esperar estas terribles sacudidas!». Había por tanto terribles sacudidas. Y la fe del pueblo se había visto defraudada una vez más. La carta que sor Rosalía dirige a sus familiares es alarmante: revela la inquietud general de los espíritus ante los sobresaltos de la política. Sor Rosalía, que tanto se había dedicado a curar las llagas de la revolución y a cuidar de los heridos, que tanto había hecho por aplacar los resentimientos y los odios, sabía muy bien por el contacto directo que tenía con el pobre pueblo que la revolución no había arreglado las cosas. En la casa madre se notaba una viva inquietud: se pensaba en la eventualidad de una dispersión momentánea de las casas más expuestas. Las hermanas se refugiarían durante algún tiempo en sus familias. Sor Rosalía preguntaba confidencialmente a una de sus primas de Confort si, en caso necesario, habría en alguna de las numerosas casas de Confort sitio para ella y para sus dos primas, las hermanas Neyroux, y quizás también para sor Jacquinaud Cary. No se trata -escribe- más que de proyectos, de tomar precauciones para un caso extremo. Pero tiene miedo de que los superiores se vean forzados por las circunstancias. Vale la pena ser prudentes y prever las cosas. «Si Dios nos concede la gracia de no tener que usar esos remedios, tendremos una agradable sorpresa». Tiene cuidado de advertir que piensa seguir viviendo una vida de recogimiento, fuera de las reuniones mundanas. Y asegura que dispondrá siempre de los medios de existencia que le permitan vivir decentemente. Luego, como mujer, práctica, piensa en los detalles del viaje y del transporte. Y acaba pensando en el camino de la cruz, confesando que tiene «lágrimas en los ojos y el corazón amargado».

Aquellos temores no eran vanos. En efecto, la revolución no lo había arreglado todo. No había suprimido la ambición de la gente. La solución de la cuestión

dinástica no había resuelto la cuestión social. Y la cuestión social era angustiosa. El advenimiento de la gran industria había creado problemas tremendos que desgraciadamente estaban aún por solucionar. Los años que siguieron al 1830 conocieron no pocos descontentos, reclamaciones y huelgas. París y otras grandes ciudades, como Lión, conocieron la agitación. Los años 1832 y 1834 fueron pródigos en motines y sublevaciones parciales.

Sor Rosalía representó entonces como siempre su papel de ángel pacificador. Extraña a las soluciones técnicas del problema, no lo era ni mucho menos a la solución de los problemas morales que complicaban y exasperaban los conflictos. Nunca podremos conocer la importancia de la ayuda que aportó a la serenidad de los espíritus y de los corazones por medio de la obra de la calle de l'Epée-de-Bois, en donde se juntaban todas las clases de la sociedad en una atmósfera de paz y de cordialidad.

EL CÓLERA

Para colmo de desdichas, en medio de aquella situación indecisa, un día de 1832 corrió por en medio de la gente una tremenda noticia: ;el cólera había hecho su aparición en Europa! Poco después estaba a las puertas de París. ¡Ya había cólera en París! El pánico cundió por todas partes. Fue preciso que sor Rosalía dominara su propia emoción para ser capaz de dominar el terror popular y enfrentarse con el tremendo azote. Aunque al principio se había sentido horrorizada, con la inminencia del peligro supo encontrar de nuevo su sangre fría y su energía de carácter. El barrio Mouffetard era menos salubre que los demás. ¡Era preciso sembrar la esperanza e intentarlo todo para curar y salvar a los enfermos!

La gente estaba asustada. Al pánico se unió pronto la villanía de necias sospechas esparcidas entre el pueblo y que también contagiaban a la gente. Pero en medio de aquella confusión el prestigio de sor Rosalía, que tanto le había servido en los motines pasados, le serviría una vez más para imponer un poco de razón y de sentido común a los espíritus enloquecidos, haciendo que reinara la prudencia, la misericordia y la paz divina.

Es evidente que sor Rosalía y sus compañeras se entregaron con admirable abnegación aquellos días al servicio de los apestados. En aquel barrio en donde llegaron a contarse cien muertos por día, ellas se multiplicaron a la cabecera de los enfermos y de los moribundos. Curaban a los enfermos, sepultaban a los muertos, iban por todas partes despreciando el peligro. Los enfermos acudían incesantemente a su casa, como si fuera un puerto de salvación que parecía estar protegido por la Providencia. Solamente una hermana se vio atacada por la peste y logró curar.

Lo más extraño en aquellas horas trágicas fue sin embargo que hubo que arrancar a no pocos inocentes de la necedad humana, que los condenaba y quería que muriesen; a pesar de que los médicos y farmacéuticos hacían cuanto podían por limitar el azote, cayó sobre ellos la inicua sospecha de que lo favorecían por odio contra el pueblo y se vieron tratados de envenenadores públicos. ¡Qué ideas tan malvadas y absurdas llegaron a sembrar algunos en aquel pobre pueblo de Francia tan prudente y tan sencillo!

El doctor Royer-Collard se llevaba a un apestado al hospital; lo detuvieron y lo quisieron matar. Era inútil protestar de que lo único que quería era llevarse al

pobre enfermo para que lo cuidaran e intentaran arrancarlo de la muerte. No le hacían caso. La cólera es ciega. Afortunadamente, cuando ya no sabía qué hacer, le vino una idea genial y lanzó en medio de aquella buena gente del barrio Mouffetard un grito salvador; «Yo soy amigo de sor Rosalía!». Apenas dicho esto, le dejaron pasar.

En aquellos días tan tristes era un consuelo saber que se podía contar con el prestigio de las hermanas, protectoras de los inocentes y dispuestas a curar cualquier mal que pudiera ser curado. La luz que proyectaba su abnegación, la visión de su intrepidez en medio del peligro, encendían en muchas almas nobles la hermosa ambición de servir. Su ejemplo era contagioso, más aún que la peste. Los visitantes habituales de la calle de l'Épée-de-Bois, los jóvenes de las conferencias de san Vicente de Paúl que habían acudido allá en tiempos de paz, no desertaron entonces del campo de batalla. Acudieron a ayudar a las hermanas, despreciando el peligro.

Esta caridad organizada llegó a ser tan conocida que desde fuera llamaron a sor Rosalía y a los inimaginables recursos de su obra caritativa. En el Oise la epidemia diezmaba a la población obrera, que se había quedado sin nadie que pudiera ayudarles. Se necesitaban voluntarios. Sor Rosalía los reclutó de entre los jóvenes de las conferencias de san Vicente. Marcharon valientemente a aquel campo de batalla y llevaron con su abnegación la reconfortante luz de la esperanza y el destello de su intrépida juventud.

LOS HUÉRFANOS

Cuando desapareció finalmente la epidemia, pudo hacerse el recuento de las víctimas. Habían sido muchas. Y también habían quedado muchos huérfanos. Sor Rosalía, en sus salidas por el barrio para visitar a los enfermos y a los pobres, recogía algunos todos los días en las casas que había visitado la muerte. Eran, más que los otros, dignos de su caridad. A aquellos pobres pequeños les hacía falta un hogar; ella supo encontrarles una casa en la calle Pascal. Les dio albergue y comida. Encontraban en su corazón maternal todo lo que les faltaba; y sor Rosalía sabía dar cabida a todos dentro de él. Pero con esta situación se le había echado encima una nueva y dura preocupación. Al convertirse en su madre adoptiva, tendría que seguirles en la vida, vigilar por su salud, proporcionar a los de salud más delicada la estancia en alguna casa de campo, donde pudieran gozar de una atmósfera más sana. Para ello tendría que hacer nuevos gastos, recomendar a esos niños a los administradores de «la Obra del cólera», a los de los «Amigos de la infancia». En el año 1840, varios años después de que hubiera cesado la epidemia, todavía tenía que prodigarles sus cuidados, como bien demuestra su correspondencia. ¡Las preocupaciones de sor Rosalía no eran preocupaciones de un día!

Y lo mismo que todas las madres, ella llevaba esta preocupación con amor y con solicitud, sin darse cuenta del esfuerzo que aquello le costaba o llevándolo con alegría cuando el cansancio se hacía notar. Un día, en 1852, cuando tuvo necesidad de la casa de la calle Pascal para sus ancianos, tuvo que alejar de allí a sus pequeños huérfanos con gran pena de su corazón. Por lo menos tenía la satisfacción de saber que iban a otra casa muy acogedora, dirigida por sus hermanas las Hijas de la Caridad, en la calle Ménilmontant de París.

A Sor Rosalía no le faltaba tampoco trabajo por otras partes. La vida volvía a su cauce normal, pero siempre llena de trabajos y de oraciones. Por lo menos podría gozar durante algunos años de una paz relativa y la caridad podría ejercerse sin demasiados sobresaltos ni aventuras.

LA REVOLUCIÓN DE 1848

Pero una vez más, al acercarse el año 1848, el horizonte se tiñó de densos nubarrones, dejando a las almas bajo la opresión de un porvenir que se adivinaba más terrible todavía que los días de 1830.

Francia, demasiada quebrantada por las revoluciones, tardaba en encontrar un poco de estabilidad. Mientras los partidos políticos disputaban sobre cuestiones de gobiernos y de regímenes, un mal profundo, extraño a la política, invadía al mundo y hacía que brotase por todas partes el sufrimiento. Todo un pueblo de obreros, arrancados por la gran industria del trabajo apacible del campo o del trabajo independiente del taller artesano, se encerraba día tras día, en masas compactas, dentro de las fábricas y se sometía a un trabajo mucho más duro y rodeado de peligros mucho más serios de degradación moral. Como contrapartida de estos inconvenientes, se buscaba a tientas y con pocos éxitos una legislación social prudente y atrevida al mismo tiempo. En un clima de competencia desenfrenada las empresas se veían sometidas a las vicisitudes de la oferta y la demanda, expuestas al paro y a la quiebra. A los sufrimientos y miserias que todo esto acarrea hay que añadir las ambiciones de muchos y las ideas libertarias de loca independencia que corrían más o menos por todas partes y en toda las filas de la sociedad. Cuestiones políticas y cuestiones sociales, reivindicaciones políticas y miserias sociales: todo se mezclaba y confundía. La burguesía quería imponerse a los demás. Y el pueblo quería vivir fuera de la miseria.

Las simpatías que se había granjeado la familia real no pudieron mantenerse contra el sufrimiento, contra la ambición y contra la locura de independencia. Fue la burguesía radical la que derribó el trono. Y una vez proclamada la república, el pueblo, a través de las vicisitudes que condujeron al golpe de estado y al imperio, hizo de la revolución republicana burguesa una revolución republicana social. Se había luchado y se seguía luchando todavía en torno a la ley electoral y el sufragio universal. Y pronto empezaría la lucha por las reformas sociales.

El pueblo, impaciente por sacudir sus sufrimientos, quería remedios y remedios inmediatos: «¡dentro de veinticuatro horas!», dirá algún tribuno en la Asamblea. ¡Se soñaba ingenuamente con la felicidad perfecta! Y se la reclamaba con ingenuidad para todos los pueblos que padecían aquellos mismos sufrimientos. ¡Empresa mundial, ni más ni menos! El buen pueblo francés tiene estos hermosos arrebatos. Pero la vida no está hecha de soluciones inmediatas y simplistas; es mucho más compleja; va paso a paso, para que pueda seguir adelante y durar.

SOR ROSALÍA Y LOS POLICÍAS

La gente acabó exasperándose. La miseria seguía allí mismo, sin remedios oficiales. El descontento aumentaba a pasos agigantados. El barrio Mouffetard se agitaba, más aún que los otros. Sor Rosalía escuchaba los latidos de miedo y exasperación del corazón de aquel pueblo que tanto quería. Y sembraba palabras de paz, multiplicando sus gestos de caridad. Pero con su caridad empezó a mezclarse la

porra de la policía. Y el choque se produjo! La policía tenía evidentemente todas las ventajas y las posibilidades de vencer.

¡Los golpes se multiplicaron! Pero fue sor Rosalía la que tuvo la última palabra. Intervino: «No peguéis tan fuerte -gritó-; esa gente tiene hambre. Quizás os llegue a vosotros el turno algún!». Y los golpes se detuvieron. Y se hizo la paz. De momento se reanudó la calma.

Pero no iba a durar mucho aquella calma. Ciertas medidas impopulares del gobierno que intentaba poner remedio al paro mediante una especie de trabajo forzado desencadenó la revuelta.

Si el 1830 había tenido sus jornadas de julio, sus «tres gloriosas», 1848 tuvo sus cuatro jornadas de junio. Se desarrollaron las mismas escenas, pero con más violencia todavía: barricadas y luchas por las calles en todo París.

LA REPRESIÓN

Pero esta vez había en el ministerio un terrible soldado, un hombre absolutamente honrado, pero de una energía excesivamente dura. Era ministro de la guerra y jefe del poder ejecutivo. Frente al motín recurrió a los medios más radicales. Contra los cien mil insurrectos disponía de cincuenta mil hombres de tropas regulares. Por todo París se entablaron los más sangrientos combates. En veinticuatro horas el motín quedó sofocado.

En lo más recio del combate, mientras que los heridos y los muertos se acumulaban en el patio de la casa y los recreos del colegio, acostados provisionalmente sobre paja, sor Rosalía recibió a un oficial del general Cavaignac, que le traía el siguiente mensaje: «El general me envía a decirle que ante la obstinación del barrio va a bombardearlo con balas de cañón. Tiene una escolta a su disposición para que salga usted con las hermanas, si los insurrectos no se rinden en el plazo de dos horas».

Sor Rosalía no estaba dispuesta a abandonar a sus hijos en medio del peligro. Agradeciendo vivamente al general su solicitud, le respondió al oficial: «Señor, dé las gracias al general y dígame que nosotras somos las sirvientas de los pobres y que, como somas también sus madres, queremos morir con ellas». «Vuestra abnegación es muy hermosa, hermana -respondió el oficial conmovido-, pero ¿puede usted disponer de la vida de sus jóvenes compañeras, las otras hermanas?». A su vez sor Rosalía le replicó: «Señor, me parece que sería una injuria si se lo preguntara. Pero, ya que usted lo desea... ». Abrió la puerta de la sala donde estaban reunidas las hermanas haciendo un poco de lectura espiritual y les propuso la cosa con toda la sencillez posible. La palabra «cobardía» acudió a la boca de todas ellas. Y se quedaron en su sitio.

UN NUEVO SALVAMENTO DIFÍCIL

Otro episodio célebre de aquellas jornadas de angustia ha quedado grabado en un cuadro que se ha convertido en adorno de muchas casas del barrio y que sigue allí como el sello irrecusable de la gratitud del pueblo para con la heroína del barrio Mouffetard. En el ángulo de la calle Mouffetard con la calle de l'Epée-de-Bois se había levantado una fuerte barricada. La disputaban con fiereza. En un asalto asesino, un oficial de la guardia móvil había trepado a la barricada con sus tropas. Los acogió una terrible ráfaga de fuego. Como cayeran todos los hombres que estaban a su lado, el oficial se encontró solo en medio de los insurrectos

enfurecidos. Se replegó refugiándose en la callejuela de l'Epée-de-Bois; muy cerca, a unos cuantos metros, se abría el patio de la casa de las hermanas. Se precipitó dentro de él. Lo siguieron. Lograron acorralarle. Pero allí estaba sor Rosalía; se interpuso entre ellas, cubriendo con su persona al oficial amenazado, y lanzó este grito sublime: «¡Aquí no se mata!». «No, aquí no -replicaron los hombres- ¡pero sí afuera! ¡Sáquémoslo! ». Sor Rosalía se enfrenta con ellos. Entonces los fusiles se levantan. ¡Van a hacer fuego por encima de los hombros de las hermanas que rodean al condenado! Pero sor Rosalía se pone de rodillas ante aquellos hombres sedientas de sangre: «En nombre de mi entrega de cincuenta años, de todo lo que he hecho por vosotros, por vuestras mujeres, por vuestros hijos, os pido la salvación de este hombre». Aquellas palabras les impresionaron. Los fusiles se bajaron. Algunos de aquellos hombres lloraban.

El oficial se había salvado. Cuando todos se retiraron, el militar, desconcertado, dirigiéndose a la hermana, le dijo: «¿Pero quién es usted, hermana?». «Nada, señor -replicó sor Rosalía-; una simple hija de la Caridad». Entre tanto los heridos y los muertos seguían acumulándose en la casa. Y con los heridos y los muertos, los niños y las mujeres que venían a buscar noticias y sobre todo a buscar la paz al lado de la omnipotente sor Rosalía.

EN LA BARRICADA

Sor Rosalía volvió a acudir al campo de batalla. La lucha hacía estragos. Sor Rosalía pasaba por en medio de todos; las barricadas no la detenían. Se enfrenta con las balas. Quieren detenerla, salvarla: «Va usted a conseguir que la maten» «¿Qué me importa? ¿Creéis que puedo tener muchas ganas de vivir al ver que están matando a mis hijos?». Acude al lado de los que combaten, estando a veces entre dos fuegos. Y levanta entonces sus brazos diciendo: «¡Pero dejad ya el fuego! ¿Es que no hay todavía bastantes viudas y huérfanos que alimentar?».

Aquellos hombres endurecidos tenían sin embargo corazón. La evocación de sus mujeres y de sus hijos les hizo temblar. Y el canto de gratitud que se despertaba en el fondo de su corazón para con aquella que había asumido todas sus penas y todas sus alegrías, los rodeó de pronto de una sana alegría. En aquellas almas iluminadas volvieron a surgir los buenos sentimientos, prudentes consejeros y portadores de paz. La cólera amainó. Y mientras que en otros sitios proseguía la lucha, la paz reinó en aquel barrio privilegiado que disfrutaba de semejantes salvadores.

Ahora había que pensar en sanar las heridas físicas y morales de aquellas duras jornadas. La tarea no se había terminado todavía para sor Rosalía. ¡Cuántos heridos entre sus hijos! ¡Cuántas lágrimas para su alma de cristiana! ¡Cuántas víctimas desconocidas y cuántas víctimas célebres! Entre estas últimas estuvo monseñor Affre que, precedido de un joven portador de un ramo de oliva, se subió a una barricada y cayó herido por una bala perdida. En el mismo barrio de sor Rosalía cayó también el general Bréa que, vencedor, quiso detener definitivamente la lucha y cuando acudió a parlamentar personalmente con los sublevados murió también bajo las balas.

¡Cuántos prisioneros, que habrían de ser objeto de severas sanciones! Y entre ellos, ¡cuántos pobres hombres de aquel barrio, comprometidos casi a su pesar en aquella loca aventura y a los que sor Rosalía llamaba «hijos suyos»! Lloró por ellos e intentó salvar a todos los que pudo.

UN HERMOSO ACTO DE CLEMENCIA

En los días que siguieron a la revolución acudió a la escuela de sor Rosalía una niña desolada, que lloraba por su padre prisionero. No podía consolarse. Sor Rosalía conocía muy bien a su familia. Sabía que aquel hombre, cegado un momento por las palabras de los cabecillas, volvería a ser un buen obrero, por poco que se le protegiera de esos cabecillas... ¡y de los taberneros! Pero las consignas de las cárceles eran muy severas y las sanciones terribles. A ella le hubiera gustado sin embargo librar de la muerte al pobre padre de su pequeña. Se puso a rezar. Pidió ayuda a la Providencia. Y la Providencia acudió a socorrerla.

Como hemos visto, el general Cavaignac apreciaba a sor Rosalía. Conocía el magnífico papel de pacificadora que había representado una vez más en los últimos días. Y seguramente conocía también el extraordinario salvamento del oficial, arrancado de la muerte por sor Rosalía. El generoso corazón del general apreciaba sobre todo aquel heroísmo. A veces acudía a la calle l'Epée-de-Bois. Y fue allá después de las jornadas sangrientas de junio a expresar a sor Rosalía la gratitud de Francia y quizás a buscar también un poco de aliento y de serenidad en aquel oasis de paz y a saborear el encanto de un alma grande.

Sor Rosalía lo recibió con su acostumbrada sencillez y le invitó a que visitara la escuela, que también había conseguido volver de nuevo a la paz. Allí podría percibir la alegría de todo aquel pequeño mundo risueño, que empezaba a superar las pasadas amarguras y que estaba dispuesto a acogerle con cariño. El general aceptó complacido. ¡Había caído en la trampa! Entraron en la clase donde estaba trabajando junto con sus compañeras aquella niña desolada. Cuando entró el general, todos se levantaron. Los ojos de todos se abrieron sorprendidos ante aquel gran señor con un traje tan marcial, con galones de oro. Las miradas se dirigían del traje a los galones y a aquel duro rostro, que asustaba con sus ojos profundos, y cuyos labios se ocultaban bajo un abundante bigote. Las niñas habrían sentido sin duda mucho miedo si no estuviera allí a su lado sor Rosalía y si aquel señor no hubiera procurado iluminar su rostro con una sonrisa benévola.

Sor Rosalía hizo una señal a la niña que lloraba por su padre y le dijo: «Hija mía, éste es un señor que, si quiere, puede dejar libre a tu papá». La pobre niña se acercó enseguida al general. ¿Qué iba a decirle? ¿Se atrevería a dirigirle la palabra? Sí que habló; al principio, instintivamente, se puso de rodillas para dirigirle su oración. Y exclamó: «¡Señor, sea usted bueno y devuélvame a mi papá! ¡El es muy bueno y tenemos mucha necesidad de él!». «Hija mía -repuso el general-, tiene que haber hecho algo malo». «No señor. Mi mamá dice que no. Por otra parte, si lo ha hecho, ya no lo hará más; se lo prometo. ¡Devuélvame!». Y tuvo entonces una inspiración sublime, muy propia de una niña: «¡Devuélvame y le querré a usted siempre!».

El recio general debió sentirse emocionado. ¡Dichosos los jefes del pueblo que consiguen hacerse amar!

Salieron. Sor Rosalía apoyó maternalmente la súplica de aquella niña y seguramente ofreció los mejores informes sobre el prisionero.

Unos días más tarde, el prisionero volvía a casa a abrazar a los suyos. Estos regresos a casa no sólo suponían la alegría de una familia, sino la de todo el barrio. Los éxitos de sor Rosalía adquirirían en la imaginación de las gentes del barrio el aspecto de

verdaderos triunfos, que engrandecían en las conversaciones con los demás vecinos aumentando su admiración y su gratitud.

En cuanto a sor Rosalía, ella experimentaba más que los demás, en su corazón tan delicado y en su sensibilidad tan viva, la alegría de estos actos de perdón, de estos nobles gestos de misericordia que eran realmente otros tantos gestos de prudencia política.

Desgraciadamente, lo mismo que después de los días malos de 1830, el cólera vino también después de estas jornadas de 1848 a arrojar su sombra sobre las alegrías del apaciguamiento. Y lo mismo que en 1832, hubo luto en muchas familias y tuvo que derrochar abnegación el equipo caritativo de sor Rosalía.

Cuando aquello terminó, otras urgentes tareas aguardaban a sor Rosalía en su pobre «diócesis», castigada por la revolución y por la epidemia. Y nuevas obras de paz, muy delicadas, reclamaban su ayuda.

Ella se entregó a la tarea, a pesar de su salud ya muy quebrantada, durante los últimos años que le quedaban de vida. Tenía entonces 62 años. Y su salud, siempre frágil, acababa de recibir una dura sacudida en medio de tantas pruebas y emociones.

12.- SOR ROSALÍA Y EL SACERDOCIO

GRANDEZA DEL SACERDOCIO

Sor Rosalía sentía un gran aprecio por el sacerdocio. Se trataba, a sus ojos, de la misma obra de nuestro Señor Jesucristo continuada hasta nosotros. Por consiguiente, sentía una enorme veneración hacia el sacerdote, mandatario en este mundo de nuestro Señor, dotado de sus poderes, distribuidor de sus gracias y de sus sacramentos.

Educada en una atmósfera familiar impregnada totalmente de fe, había ya comprendido desde su niñez esta alta dignidad del sacerdote y el precio de la gracia que éste lleva consigo.

Había tenido como padrino a un sacerdote, el señor Emery. Este padrinazgo la había hecho entrar en la intimidad de este sacerdote eminente. En las lecciones del padrino a su ahijada y también en el espectáculo de heroísmo y de prudencia que había dado el señor Emery durante la revolución, ella había logrado distinguir toda la belleza de un sacerdocio debidamente comprendido y sinceramente vivido.

Durante los días del Terror, había visto a aquellos santos sacerdotes que se ocultaban en su casa paterna y que, para ejercer su sacerdocio, ponían en peligro sus vidas por culpa de las leyes persecutorias. Ella misma, como todos los familiares de su casa, conoció el riesgo de la denuncia y de la muerte, por haber dado hospedaje y haber ocultado a aquellos heroicos sacerdotes.

El sacrificio, aceptado amorosamente por una noble causa, hace que el amor eche raíces en el corazón. Juana María Rendu había sufrido por el sacerdocio; lograría amarlo cada vez más; le serviría.

La familia tuvo el honor de ver cómo se desarrollaba en varios de sus miembros el germen tan delicado de la vocación sacerdotal: un primo de Sor Rosalía, pariente

por parte de madre, el abate Laracine, llegó al sacerdocio. Otro primo, el abate Neyroux, hermano de sor Victoria, fue párroco de Saint-Geney (Ain).

AL SERVICIO DEL SACERDOCIO

Estando ya en París, sucedió que un día se presentó, entre los visitantes que se sentían atraídos a la calle de l'Epée-de-Bois por el crédito de sor Rosalía y su fama de santidad y de prudencia, un joven seminarista, introducido sin duda por algunos estudiantes amigos suyos. Indeciso sobre su vocación, venía a buscar tímidamente un poco de luz a aquel foco de donde irradiaba la virtud de Dios. Había oído que sor Rosalía daba siempre excelentes consejos; también se los podría dar en aquel terreno delicado. «La prudencia estaba en sus labios». La «ciencia de los santos» tiene intuiciones que superan el ejercicio ordinario de la razón. Sor Rosalía, cuya alma desprendida se había convertido en un santuario familiar donde abundaban los dones del Espíritu Santo, derramaba con sencillez su luz sobre los demás. Lo sabía hacer tan bien que algunos venerables sacerdotes, cuando tenían que pronunciar su decisión sobre algunas vocaciones inciertas o titubeantes, acudían a someterle a la humilde hermana esos casos preocupantes. Y ella, que no sabía negarse a ninguna llamada, se prestaba a esta tarea excepcional. Comunicaba sus luces en la medida en que Dios se las comunicaba a ella.

Estos problemas delicados, que agudizaban su sentido de lo divino, le hacían al mismo tiempo apreciar cada vez más la dignidad sacerdotal. Por eso sufría mucho cuando observaba en algunos miembros del clero una deficiencia. No por ello se extrañaba demasiado; sabía que el sacerdote es hombre, que está sujeto a las debilidades humanas. Pero se preocupaba de «resucitar en ellos la gracia que se les ha dado por la imposición de las manos», restaurándola en toda su belleza, con la fuerza que el sacerdote necesita para llevar sobre sus hombros toda esa carga de oro que es el sacerdocio. Por eso, en cuanto de ella dependía, ayudaba al sacerdote a realizar esa belleza y magnificencia de vida que ella creía que era el ideal sacerdotal.

Ciertas defecciones como la de Lamennais, la destrucción de semejantes tesoros, le causaban una gran pena y abrían en su alma una herida muy viva que nunca se cerraba. Acostumbrada a aliviar todas las miserias, intentó reducir a Lamennais a su obligación, pero sin tener éxito.

Hemos visto ya la confianza que había demostrado el señor arzobispo de París a la casa de las hijas de la Caridad del barrio Mouffetard en medio de unas circunstancias que requerían mucha discreción y mucha delicadeza. Fue a ella a quien se dirigió para atender a las necesidades de aquel buen sacerdote que estaba bajo la posesión diabólica. Y día tras día, la superiora de la casa de l'Epée-de-Bois fue cumpliendo con pleno éxito esta tremenda obligación, en aquel terreno perturbado por la influencia del diablo.

Sor Rosalía, que había acompañado una vez a su superiora a casa de aquel pobre sacerdote, guardó seguramente en su corazón, junto con el recuerdo de aquella dramática visita, la entusiasta perspectiva del bien que estaba destinada a hacer. La cálida emoción de aquel día, junto con el pánico que experimentó por un momento, dejó seguramente grabado en su ánimo, no sólo un profundo horror ante las fechorías del demonio, sino una gran piedad por sus víctimas y una gran estima por aquel sacerdocio que el diablo intentaba profanar y desacreditar. Por

eso, siempre que se presente la ocasión, hará todo lo posible por asegurar y defender la belleza de las almas sacerdotales.

La Providencia puso en su camino, en aquella ciudad agitada de París, algunos pobres sacerdotes que arrastraban una vida mediocre, en aquel refugio de la miseria que intenta pasar desapercibida. Pero para cualquiera que haya sido llamado a la grandeza, la mediocridad es un fracaso. Sor Rosalía tenía la ambición de devolver a esas personas caídas la corona que debían llevar.

Era algo muy difícil. Pero sabía ser cariñosa como una madre y reprochar con tanto vigor a las personas caídas que todas ellas lograban encontrar un firme apoyo en la roca firme de su fe.

EL «BUEN SALVADOR» DE CAEN Y EL ABATE JAMET

Además, para esos salvamentos contaba con poderosos auxiliares en una interesante casa de Caen que llevaba un nombre predestinado, el de «Buen Salvador», excelente casa de reposo donde, gracias a las atenciones de las religiosas y a la solicitud de un excelente capellán, se atendía a la salud de los enfermos y también a veces a los corazones desengañados. Había allí un santo sacerdote, el padre Jamet que, junto con la madre Le Chasseur, superiora de las religiosas del «Buen Salvador», había fundado aquella obra tan digna de interés. La obra había ido prosperando entre sus manos hábiles y abnegadas. Dios había dado su bendición al esfuerzo de aquellos corazones sinceros. Había varios pabellones y una gran variedad de servicios. El padre Jamet, alma de toda aquella obra, concedía la limosna de los tesoros de su sacerdocio a todas las personas que acudían a él, pero especialmente a los sacerdotes.

Sucede a veces que un sacerdote, muy personal, muy apegado a sus ideas, se encuentra un día en desacuerdo, quizás en conflicto, con las autoridades de su diócesis. Si se sigue obstinando en sus ideas, quizás un día se vea obligado a ir a buscar en otro sitio una vana libertad. Pero entonces, pobre astro errante en la inmensidad del mundo, se encuentra solo, vagabundo, sin el sostén del marco tan sólido que constituía su fuerza. ¡Dichoso entonces si lograba tropezar con el «Buen Salvador»!

En Caen había un «Buen Salvador». Sor Rosalía lo conocía bien. Había enviado allá a muchos de sus protegidos a que cuidaran de su salud. Se encontraban allí como en familia. Saboreaban las alegrías de la paz y la tranquilidad del descanso. Si era necesario, volvía a encontrarse también con el gusto por la vida ordenada y disciplinada.

Cuando un sacerdote, con el alma llagada, había pasado algún tiempo en aquel oasis de paz y de caridad, lejos de los conflictos amargos, sentía renacer en su alma la dulzura de los pensamientos serenos y de las sanas aspiraciones. Y liberada del rencor y del orgullo, aquella alma, aligerada, recobraba el gusto por la oración, por el breviario y por la santa misa. Volvía la nostalgia de las funciones sagradas. El sacerdocio brillaba de nuevo con todo su esplendor. ¡Había caído el velo!

Los obispos, que habían podido comprobar el éxito que alcanzaban muchas de las empresas apostólicas de sor Rosalía, acudían a ella con frecuencia cuando algún pobre sacerdote de su diócesis caía por París, al margen de la vida diocesana. Sor Rosalía invitaba entonces a aquella persona a que le hiciera alguna visita, le acogía con solicitud, le sacaba del aislamiento, le procuraba una vivienda honesta y

agradable, atendía a sus necesidades, le ofrecía ropa y vestido, le visitaba con frecuencia y alentaba sus buenas esperanzas.

Tantos esfuerzos se veían muchas veces coronados por el éxito. Sor Rosalía enviaba entonces a aquel hombre de buena voluntad al «Buen Salvador» para que acabara de robustecerse allí su espíritu y su salud corporal.

El obispo de una diócesis cercana a París le envió un día a uno de sus jóvenes sacerdotes, que llevaba diez años de ordenado, pero tres en entredicho; «tiene la debilidad de beber -le decía el prelado a sor Rosalía apenas encuentra ocasión para ello», con lo cual daba frecuentes escándalos. Sor Rosalía lo recibió, le buscó alojamiento y ocupaciones; durante varios meses, lo siguió muy de cerca: «su pasión lo humilla mucho -escribía-, pero por otra parte es buena persona y tiene muy buen carácter». Poco después, el 19 de junio de 1840, lo envió al querido «Buen Salvador» con estas palabras de esperanza: «Será una de tantas obras buenas que tendrán ustedes que añadir a las ya hechas».

Aquel pobre sacerdote era un buen hombre: «no se ha desviado nunca de la línea que le marcaban la fe y la moralidad. Pero es algo inclinado a beber en los momentos de melancolía». ¡Los momentos de melancolía! ¡Una buena excusa! ¡Pero también una imprudencia la de aquel pobre hombre! Sí, el vino está hecho para alegrar el corazón del hombre. ¿No es eso lo que nos dice la Escritura? Pero ¡cuidado! Después del primer trago

En definitiva, un remedio peligroso. Porque la melancolía es a veces tenaz. Y conduce finalmente al tercer trago, y al cuarto y al quinto. Conviene buscar en otra parte el remedio a la melancolía, que es tan mala consejera. Acostumbremos a las almas melancólicas a las distracciones alegres, a la espera confiada en la ayuda de Dios y de sus consuelos, en el trabajo y la oración.

Pobre sacerdote, vete entonces a saborear el buen vino de la amistad en compañía de tus hermanos, en esos banquetes fraternales que suele haber después de las reuniones mensuales en los arciprestazgos y donde brota el buen humor en las almas sacerdotales siempre juveniles. No hay nada tan sanamente alegre como esas reuniones donde se mezclan las risas con las ideas serias. Y entonces no te entrarán ganas de tomarte más de dos vasos. Y habrás superado tu mala inclinación.

Sor Rosalía tenía muchas veces el consuelo de comprobar cómo se recuperaban aquellos buenos hombres, débiles, pero sin malicia, que estaban realmente deseosos de volver a encontrar la belleza ideal y las alegrías inefables de los primeros años de su sacerdocio.

Estas recuperaciones eran a veces difíciles y las recaídas seguían siendo posibles. Pero ella se mostraba incansable en dar ánimos, en inspirar confianza, en insistir ante el «Buen Salvador» para que atendieran a aquellos espíritus inquietos. A veces se los confiaba al abate Migne, que los convertía en excelentes correctores o compositores de sus grandes colecciones patrísticas. Tenía también en el «Buen Salvador», junto con el padre Jamet, a un joven colaborador, el abate Furon, un sabio que trabajaba con dom Pitra en establecer los textos patrístico. Este sacerdote era un buen intermediario para entrar en tratos con el abate Migne.

Sor Rosalía les solía recomendar a todos este hermoso trabajo de colaboración en obras de tanta importancia. Los animaba y les felicitaba por ello. Y no dejaba de reprender animosamente a las negligentes, mezclando siempre en sus reproches

algunos acentos maternales. Unas veces de viva voz y otras por medio de cartas, cuando estaban en Caen, les hablaba con energía, tal como a veces suelen hablar las madres. Y le pedía a las religiosas del «Buen Salvador» que les hicieran «trabajar, labrar la tierra, escardar, o también enseñar en clase a los pobres sordomudos». ¡No es posible enderezar a nadie sin esfuerzo!

Pero, por otra parte, ¡cuánta solicitud muestra para con esos pobres desventurados! ¡Cómo los defiende y aboga por su causa! Hay que prestar oídos a estos acentos maternales (21 octubre 1839): «Le ruego insistente mente, mi venerada madre, que ponga todos sus esfuerzos para que el señor D... logre enderezarse! ». «Señor superior, le ruego que reciba al pobre sacerdote del que le hablo a la madre superiora. Es digno de su celo pastoral. Es un alma que tiene necesidad de su caridad. Me parece sincera su buena voluntad. Su constancia me da la más completa confianza en sus confianza sin límites». Y a otro lo presenta con esta fórmula tan hermosa: «Le ruego que lo honre con su solicitud paternal».

¡Qué ardor de celo en aquella alma! ¡Qué bondad! ¡Qué benevolencia y delicadeza! ¡Qué insistente y eficaz debía ser su palabra cuando, en el despacho, sermoneaba a esos pobres hombres de viva voz para alentar su fe, recordarles su grandeza y avivar sus buenos deseos!

Esperando siempre contra toda esperanza, prodigaba sus alientos y sus muestras de gratitud a las buenas hermanas que se dedican a esta obra tan difícil. Les aseguraba «su sincero e incomparable afecto». Les enviaba «su infinito agradecimiento y su respeto en grado superlativo». Y como compensación de sus servicios les prometía su ayuda por medio de esta fórmula tan sincera: «No me olvide, madre, siempre que me crea usted capaz de hacer algo que pueda agradarles». No dejaba de recordarles la importancia de la obra y el bien que hacían: «Es una gran desdicha para la iglesia verse abandonada de sus hijos, y más aún para ellos el verse alejados de su madre, dejándose arrastrar por la seducción de las pasiones. ¡Qué feliz es usted, mi buena madre, de lograr que algunos entren por el buen camino! Le bendecirán sin duda los ángeles de la guarda de esos pobres infortunados. Experimentará usted en la hora de la muerte los efectos de su celo tan caritativo. Y esa muerte será entonces tan hermosa como su vida» (carta del 7 de septiembre de 1839).

La verdad es que se necesitaba cobrar ánimos continuamente. Siempre habrá «desventurados que sean una desolación para la iglesia. Se le ofende mucho a Dios. ¡Procuremos repararlo!». Y de hecho, procuraban reparar el daño lo mejor posible. ¡Qué abnegación incesantemente renovada se desplegaba en aquella casa del «Buen Salvador»! El 28 de noviembre de 1839 escribía sor Rosalía: «¡Cuánto me gustaría que todos esos pobres enfermos de espíritu estuviesen en casa de ustedes! Estarían entonces en el buen camino». «Me he enterado con mucha satisfacción de la decisión de X... Lo mejor que ha podido hacer ha sido acudir a casa de ustedes, donde se encuentra realmente su "Buen Salvador"». En efecto, acudir al «Buen Salvador», era para todos ellos la mejor salvaguardia, la salvación, la paz, la alegría. Poder encontrar allí alguna ocupación, hacer algún servicio mientras se aprovechaban de la protección de aquella santa casa y de las bendiciones que Dios derramaba sobre ella, era una auténtica felicidad para quien quisiera prestarse a ella.

Sor Rosalía no cesaba de animar a los demás y de animarse a sí misma. Tenía toda la razón al mostrar todo su agradecimiento a tanta abnegación y a una labor tan acertada. Con una sencillez y con un atrevimiento que constituyen sobre todo un honor para la casa del «Buen Salvador», ella misma indicaba cuál tenía que ser la pensión de sus protegidos, según las posibilidades de cada uno de ellos y las suyas propias. A veces incluso no tenía reparos en solicitar una admisión gratuita. Y en el «Buen Salvador» siempre aceptaban sus proposiciones. ¡Allí no tenía nada que hacer la ley de la oferta y la demanda! Era otro mundo totalmente distinto. ¡Y qué hermoso aquel mundo de la caridad! ¡Qué generosidad por una parte y qué naturalidad por otra en pedir un gesto caritativo, como si se tratara de algo absolutamente lógico!

La alegría de las almas grandes consiste en hacer el bien. Pero Dios les reserva a veces ya en este mundo magníficas recompensas: uno de aquellos convertidos, que había vuelto al ministerio y se había hecho un sacerdote muy edificante, envió un día al «Buen Salvador», para el altar de la santísima Virgen, dos candelabros de plata que sirvieran de testimonio de una gran conversión y de la noble gratitud de un alma grande.

Sor Rosalía tuvo que desilusionar un día a unos cuantos sacerdotes y seminaristas comprometidos imprudentemente en la triste aventura que durante algunos años, poco después de 1830, desoló a la iglesia de Francia. Como consecuencia de las agitaciones revolucionarias, agitaciones en las instituciones, agitaciones en los espíritus, inquietudes en los corazones, obstinación en las almas, se produjeron hechos alarmantes: seducido por la necia ambición de desempeñar algún papel de importancia, cierto sacerdote, el abate Châtel, llegó a creerse destinado a fundar una iglesia nacional francesa, de la que él sería el jefe. Encontró algún obispo jansenista que lo consagró y ordenó que le dieran el título de «primado de las Galias»; logró seducir a unos cuantos espíritus alocados y los ordenó... «según su herejía», decía sor Rosalía. De este modo se encontró al frente de un pequeño equipo evangélico con el que celebraba las ceremonias litúrgicas en lengua vulgar y al que enviaba todos los años sus «pastorales de cuaresma». La aventura no duró más que algunos años y acabó lamentablemente en 1842 gracias a una intervención de la policía que cerró la casa central.

Pero era preciso hacer que volvieran al buen camino los pobres extraviados. Algunos de ellos vinieron a buscar refugio en la acogedora casa de la calle de l'Épée-de-Bois. Había que ofrecer a aquellos corazones arrepentidos una acogida maternal. Sor Rosalía estaba ya acostumbrada a estos rasgos de clemencia y de misericordia. Pero además había que poner en regla con las normas canónicas la situación de unos individuos que se habían tomado con ellas tantas libertades. Había que hacer gestiones muy complicadas y asegurar, después de haberlos probado debidamente, el sincero arrepentimiento y la enmienda de aquellos extraviados ante las autoridades eclesiásticas. No había nada capaz de detener a sor Rosalía. Por otra parte, su crédito ante las autoridades de la iglesia la convertía en poderosa intercesora de aquellos hombres. En aquella ocasión sor Rosalía puso todo su esfuerzo y toda su benevolencia a su servicio. Y tuvo la alegría de devolver a la iglesia algunos buenos servidores, víctimas de unos momentos de extravío.

El «Buen Salvador» pasaba por aquellos momentos una prueba muy dura: hacía ya bastante tiempo que estaba enfermo el padre Jamet, probado frecuentemente por

terribles dolores de cabeza. Llevaba dos años medio paralizado. Un día de 1840, cuando contaba con unos 80 años de edad, mientras predicaba, se desvaneció en el púlpito. Perdió el conocimiento. Lograron salvarlo, pero su salud estaba definitivamente quebrantada. No obstante, continuó con su laborioso ministerio durante cinco años. Después del accidente, sor Rosalía envió a la querida casa sus condolencias. Y una vez más demuestra el religioso afecto y los nobles sentimientos que albergaba en su corazón. Cuando se enteró de lo sucedido, exclamó: «Mi querida madre, no dude usted de la sinceridad con que comparto su aflicción. Reza-mos con todo nuestro corazón para que pueda recuperarse su apreciado superior». Y añade: «Me gustaría mucho tener noticias de cómo va» (mayo de 1840).

Cuando en 1845 se enteró de su fallecimiento, escribió con fecha del 3 de febrero: «Mi querida madre, comparto con toda sinceridad el dolor que ustedes experimentan por la pérdida de su venerado superior. Sé muy bien cómo merece él sus lágrimas, pero estoy segura de que el pensamiento de su felicidad logrará endulzar su pena. El tiene bien merecida la recompensa de que goza ya seguramente delante de Dios. ¡Qué consuelo en estos momentos para él haber hecho tantas buenas obras! ¡Cuánto tiene que agradecerle la iglesia por haber constituido una comunidad tan venerable como la suya! ¡Cuánta gloria ha procurado a Dios! ¡Cuántas almas salvadas! Rezaremos por él y por todas ustedes, mi querida madre. La gratitud es la que nos impone esta obligación». Y en aquella ocasión recuerda especialmente a la buena madre Le Chasseur, la cofundadora, más probada que las demás por aquella muerte. Le envía entonces «sus saludos más afectuosos». «Dígale que me identifico con su dolor, yo que tantas veces he experimentado los efectos de su amable caridad».

También en su solicitud por los sacerdotes se había creado una hermosa *colaboración entre las dos comunidades del «Buen Salvador» y de la calle de l'Epeé-de-Bor"s*, que había dado origen a una profunda amistad. El alma tan sensible de sor Rosalía había encontrado allí, en unas obras caritativas de gran envergadura, donde saciar su sed de entrega, su deseo de hacer felices a los demás, su ambición de arrastrar con ella a otras almas por el noble camino de la caridad.

13.- PREPARACIÓN PARA UNA SANTA MUERTE

Sor Rosalía se sentía feliz, «más feliz que nunca», nos dice en una de sus cartas. Su casa era fervorosa. En su comunidad y en otras casas de la Compañía había algunas hermanas, parientes suyas, que actuaban con plena satisfacción de sus superiores. Se sentía feliz por aquel lote privilegiado que su familia y su pequeña patria le habían ofrecido a Dios. En medio de sus pruebas debía sentir que su vida había sido fecundada en buenas obras y que, después de su muerte, podría sobrevivir en aquellas jóvenes compañeras que su ejemplo había traído de Confort a París. Se alegraba por ello y daba humildemente gracias a Dios, de quien procede todo don perfecto.

Cuando, al comienzo de sus jornadas, repasaba delante de Dios en la oración de la mañana todas las tareas con las que tenía que enfrentarse, todas las almas que debería educar y conducir hasta Dios, desde los pequeños de la casa cuna y del asilo hasta los ancianos de su otro asilo, desde los enfermos y los moribundos hasta los jóvenes llenos de vida que venían a contarle sus esperanzas y sus fracasos,

desde sus queridas compañeras tan fervorosas hasta las jóvenes de sus patronatos que ella tenía que preservar, educar y formar para la vida cristiana en el mundo, delante de todo aquel cuadro tan lleno de tareas que realizar, tenía muchos motivos para echarse a temblar. Pero había aprendido a dominar con admirable serenidad todos los trabajos y tareas, los agradables y los desagradables. Confiada en Dios, saldría al encuentro de todo aquello. Cada cosa a su debido tiempo y lugar, como Dios quiere y manda, y al final la jornada estaría completa.

Y así, día tras día, empezó a vislumbrar que se acercaba el fin. Sus cincuenta años de trabajo habían sido fecundos en obras y en servicios. Podía esperar presentar algunos méritos delante de Dios. La cosecha de grano fino sería desbordante y bien remecida. Al paso pesado de sus 60 ó 70 años, pero con el corazón ligero, podría presentarse ante san Pedro llevando un copioso tesoro: «*Venientes autem venient cum exultatione, portantes manipulos suos*». San Vicente y santa Luisa de Marillac estarían allí para sonreírle y para acompañarle con san Pedro ante Dios. Había servido bien; había trabajado mucho; había amado mucho a los pobres; y a todos ellos les había ayudado un poco a amar a Dios; podría esperar de él una buena acogida.

Pero todas las grandes vidas tienen también su lote de pruebas purificadoras y santificantes. Dios se encarga de preparar a sus elegidos para que tengan una buena entrada en el cielo. Y preparó a sor Rosalía probándola en su salud y en sus más caros afectos.. Y el corazón de sor Rosalía, que había conservado toda su frescura, tuvo que sentir vivamente los golpes que caían sobre ella. El corazón de los santos conserva toda su ternura. Pero Dios los hace pasar por el corazón de Jesús, hace que penetren en él, bien hondo, para captar allí, en la más pura fuente del amor hermoso los sentimientos más puros, más tiernos y delicados.

DUELOS EN LA CALLE DE L'EPÉE-DE-BOIS

Dios probó a sor Rosalía en lo que ella más quería: sus compañeras. Las quería mucho, las había ido formando, les había comunicado su gran corazón. Se sentían felices en su casa, a1 lado de ella. Y he aquí que Dios le pidió un día el sacrificio de dos de sus hermanas. Su dolor llegó hasta el extremo. Escuchemos sus acentos. La carta va escrita a la madre superiora del «Buen Salvador», que tan bien sabía comprender a su alma: «Desde hace seis meses he tenido muchas penas y muchos sacrificios que hacer. Dos de mis queridas compañeras han fallecido después de largas y crueles enfermedades. Mi corazón se ha visto bajo el peso de la opresión. Ha quedado destrozado bajo el peso de la cruz. Han sufrido mucho, con una resignación y una paciencia admirable. En medio de sus dolores gozaban de gran paz y de mucha calma. Han gozado de todas las riquezas de la iglesia y su gratitud para con Dios y para con todas nosotras nos ha impresionado sensiblemente. Sí, mi querida madre, he perdido a dos hijas santas. Mi corazón ha sentido un poco de rebeldía contra la mano que nos afligía, pero tengo la confianza de que esos dos ángeles me alcanzarán misericordia. Rezarán por mí para que yo me esfuerce en imitarlas. Tengo esta confianza. ¿Verdad que usted rezará también alguna vez por nosotras, mi querida madre, usted que tanta compasión tiene de los débiles y de los enfermos de todas clases? Acuérdesese de mí en sus fervorosos *mementos*. Sigo con la confianza de que me perdonará usted todas las molestias y preocupaciones que le doy. Su caridad es una segura garantía de su constante interés».

Después de esta cordial y emocionante expansión de un alma con otra alma capaz de comprenderla y de compartir con ella una prueba tan cruel, pasa a darle otras noticias y a tratar otros asuntos.

PRUEBAS EN LA CASA. SOR ROSALÍA EN EL ARZOBISPADO

Por aquellas fechas había también otra prueba muy dura que angustiaba a las dos familias de san Vicente de Paúl. Y sor Rosalía, que andaba comprometida en ella, tuvo que enfrentarse con las dificultades con su valentía y su decisión acostumbrada, arriesgando toda su fama y su buen crédito en el asunto. Tenía por entonces 55 años; estaba en plena madurez, en perfecta posesión de su obra y -por así decirlo- de su poder. Y su reputación estaba sólidamente asentada.

Un superior general, el padre Nozo, había dado su firma para ciertos asuntos financieros que acabaron resultando ruinosos; ante aquella situación, el procurador general, padre Etienne y otro padre paúl se creyeron obligados a intervenir para remediar el mal. Pero el asunto se hizo público. Se siguió un proceso que apasionó a la opinión de la gente. Todos los días sor Rosalía se las había arreglado para hacerse con las pruebas de imprenta de los periódicos antes de que éstos saliesen a la calle, con lo que la comunidad tenía tiempo para preparar sus respuestas y prever de antemano las trampas que les tendían.

En determinados momentos sor Rosalía se enteró de fuente segura de que monseñor Affre estaba a punto de lanzar el entredicho contra los padres Etienne, Aladel, Le Go y Grapain, a los que consideraba como rebeldes contra la autoridad.

Sin perder un instante, corrió a echarse a los pies del arzobispo, que le invitó a levantarse cuanto antes. «No, monseñor -le dijo ella-, no me levantaré hasta que haya obtenido la gracia que le voy a pedir». Explicó de qué se trataba. El señor arzobispo se negaba a ceder de su propósito. Después de una discusión muy animada, no pudiendo ya resistir a sus súplicas, el prelado vencido le dijo con bondad: «Levántese, hermana, y acuérdesese de que he cedido sólo ante su petición».

Era evidente que sor Rosalía tenía gran influencia ante el arzobispo para obtener semejante favor.

La verdad es que sor Rosalía gozaba de la confianza de los arzobispos de París. De la de monseñor Affre lo mismo que de la de su antecesor monseñor de Quelen.

En 1834 monseñor de Quelen, teniendo necesidad de cierta información, recurrió a ella convencido de acudir a una fuente segura. De hecho le llegó la respuesta, con una perfecta y sobria claridad (5 de marzo de 1834).

Su crédito ante el arzobispo era cosa bien sabida, de forma que se acudía a su mediación para hacer llegar ciertas noticias al arzobispado. El 30 de octubre de 1836 llegó una noticia de Roma: dos franceses, uno de ellos cierto señor Bérard, que debía ser un conocido del prelado, obtuvieron una audiencia del Santo Padre el Papa por las fechas en que se leía la pastoral publicada por el arzobispo de París con ocasión del cólera que asolaba los Estados Pontificios. El Santo Padre estaba sumamente afligido y expresó su reconocimiento al arzobispo de viva voz. Encargaron a sor Rosalía de transmitir aquella noticia a Su Excelencia. «(Firmado) Su muy humilde servidora, sor Rosalía». Es una simple nota. Como sor Rosalía no es más que la intermediaria de aquel asunto, se contenta discretamente con unas sencillas palabras que, con toda simplicidad, transmiten escuetamente la noticia,

añadiendo a ello algunas demostraciones de respeto. Luego se eclipsa. El asunto es de importancia; pero su papel personal en el mismo no merece que ella insista. Su persona desaparece. Sor Rosalía, a pesar de las consideraciones que se han tenido con ella, intenta permanecer en su sitio.

Pero semejante misión, en su sencillez, demostraba su influencia y no podía menos de aumentarla. Se comprenden entonces aquellos atrevimientos, siempre empapados en religioso respeto, que se permitía en ciertas circunstancias sor Rosalía. Por eso, en el asunto tan espinoso de su congregación que hemos referido no se limitó a los primeros éxitos.

Había conseguido apartar el golpe que amenazaba al padre Etienne y a sus hermanos. ¡Aquello era importante! Pero no había acabado la cosa. Entre tanto el asunto había ido rodando y amenazaba con llegar a los tribunales. Sor Rosalía quiso ahorrar esta prueba al padre Nozo y a toda la congregación, sobre la que acabaría recayendo el deshonor. Pero sobre todo tenía el deseo de que se llegara a una conciliación, honorable para todos, de las partes en litigio. Con esta finalidad, inspirada por un sentimiento de alta conveniencia y de espíritu cristiano, se dirigió de nuevo al señor arzobispo para obtener en esta ocasión su arbitraje. Se han conservado algunas cartas de sor Rosalía, escritas con este objetivo a monseñor Affre y a otra persona comprometida en el asunto. Son muy edificantes; se distinguen no sólo por el respeto y la confianza en el arbitraje del representante de Dios, sino también por su espíritu de caridad y de afecto a la congregación y a sus venerables hermanos que se habían metido en este desgraciado asunto. Por otra parte encontramos en ellas ciertos detalles preciosos que podrían ser discutidos y que, al disipar algunos malentendidos, podrían arrojar alguna luz en este asunto, que ha seguido estando envuelto en el misterio.

Sea lo que fuere de este embrollo, sor Rosalía salió de él rodeada de la más bella aureola de lealtad cristiana, de amor ardiente a la paz y de veneración filial a sus superiores.

PRUEBAS FAMILIARES

El feliz resultado de aquel conflicto no fue más que un alivio en medio de las pruebas que se iban acumulando en la vida de sor Rosalía.

Entre tanto se había enterado de la muerte de su venerado padre Jamet, del «Buen Salvador». ¡Se había quedado sin un gran amigo!

A1 mismo tiempo llegaron también de Confort noticias alarmantes: la salud de su madre dejaba mucha que desear y a veces inspiraba serias inquietudes. El corazón de sor Rosalía se muestra más cariñoso que nunca. Los corazones consagrados no son ni mucho menos los que tienen menor cariño; incluso son más delicados, en la elevación habitual de sus pensamientos y de sus sentimientos. Las cartas van a revelarnos este hermoso amor filial que seguía conservando con el mismo afecto de siempre.

«Le doy gracias de todo corazón- escribe a la señorita Melania Rendu- por las atenciones que tiene con mi querida y buena madre. Le agradezco mucho las cartas tan afectuosas que me ha escrito... Le ruego que vele para que no cometa ninguna imprudencia. Que no siga con su celo, con su fervor, con su empeño en querer ir a la iglesia, en donde necesariamente tiene que coger frío».

¡Cuántas delicadas atenciones!

Y de nuevo manifestará su agradecimiento a esa querida amiga, que cuida tan abnegadamente a su madre. Aquel año de 1845 fueron saliendo una tras otra para Confort cartas hablando de la salud de su querida madre: «¡Mil veces gracias! -dice de nuevo el 19 de octubre-; ¡gracias por sus buenas y solícitas atenciones con mis queridos parientes! Le ruego que se las siga mostrando».

Al mismo tiempo escribe a la casa parroquial de Lancrans. Está allí uno de sus primos. «Mi querido primo, le ruego que haga algunas visitas a mi buena madre... Estoy preocupada por mi querida madre; temo que esté cercano su fin. Es un sacrificio muy grande que me está pidiendo Dios. De antemano me encuentro ya muy afligida. Dígale, mi querido señor párroco, que se deje cuidar». Unos meses más tarde vuelve a escribirle para agradecer sus atenciones: «Me siento muy impresionada y agradecida por esos cuidados y atenciones que tiene con ella... Me preocupa que haya vuelto la tos; seguramente habrá cometido alguna imprudencia. Oblíguela a que no se deje llevar de su celo, de su piedad. Que siga los consejos de su médico y de su sabio director». Y después de sus sentimientos de cariño, un buen rasgo de desinterés: «Estoy perfectamente de acuerdo en que venda de sus bienes todo lo que haga falta, si se necesita algo de la parte que me corresponda. Dígale que estoy dispuesta a entregársela de todo corazón. ¡Que no se imponga ninguna privación! Puede hacerlo. Y debe hacerlo. Y estoy segura de que mis hermanas comparten mis sentimientos. Le suplico que le aconseje que use de todo ello sin más preocupaciones». Le escribe todo esto al párroco-vicario de Lancrans a fin de que emplee su autoridad espiritual para disipar cualquier escrúpulo en el ánimo de su madre a propósito de la utilización eventual de los bienes que corresponderían a sor Rosalía y a sus hermanas.

Gracias a los cuidados de que la rodeaban, la señora Rendu, después de algunas alarmas, volvió a recuperar la vida y la salud. La muerte no vendrá a buscarla hasta el año 1856, el mismo año que a sor Rosalía. Sin embargo, en 1850 una nueva enfermedad volvió a preocupar a sus hijas. De nuevo, nuestra hermana vuelve a sus recomendaciones y declara que renuncia a todos sus bienes, si son necesarios para la preciosa salud de su madre. Es también al vicario de Lancrans a quien escribe: «Me he enterado de que se encuentra peor mi querida madre. Estoy muy preocupada por ella. Le renuevo mis súplicas de que vaya a darle el consuelo de sus visitas lo más frecuentemente que pueda. Haga el favor de indicarme cómo se la atiende. Y que tome todo lo que necesite». Sor Rosalía sabe muy bien que su hermana de Confort, con su marido y sus hijos, rodean solícitos a su mamá. Pero de su corazón se escapa este grito doloroso, muy explicable en una hija: «¡Cuánto me cuesta no poder atenderla yo misma! Le hago a Dios un verdadero sacrificio de estar separada de ella. Dígale que hago rezar a todos por ella. Todas nosotras le pedimos a Dios que nos la siga conservando».

Y Dios se la conservó una vez más. Pero otra pérdida amenazaba a la familia y sobre todo a la buena y cariñosa sor Rosalía. La hermana Victoria, una de sus primas Neyroux, una de sus compañeras de l'Epée-de-Bois, cayó enferma. Sor Rosalía escribe a su madre el 14 de abril de 1851: «Sor Victoria se encuentra muy débil y sufre mucho. Su situación me aflige y me da preocupaciones. Intentaremos enviarla a las aguas de Vichy en el mes de junio...».

¿Llegó a ir sor Victoria a tomar aguas en Vichy? No lo sabemos. Parece ser que, en lugar de Vichy, fue Confort el sitio que escogieron para su curación. Pero regresó

de allí con su incurable mal. Sor Rosalía escribió a uno de sus cuñados el 20 de diciembre de aquel mismo año: «Sor Victoria está muy enferma desde hace diez días; no ha podido abandonar el lecho ni puede tomar más que una cucharada de caldo de gallina frío; lamenta ahora haber dejado los aires de su tierra, pues se imagina que allí se estaba poniendo mejor. Los médicos nos dicen que su mal está muy avanzado; se trata de un tumor que tiene. Me inspira serias preocupaciones». Pero he aquí, en medio de la preocupación, un rayo de esperanza: «Si logramos salvarla hasta el buen tiempo, si está en disposición de hacer el viaje, os la llevaré. ¡Cuánto me gustaría volver a veros a todos! Mi madre tendrá que cuidarse muy bien para conservarse hasta que yo vaya. Adiós, mi querido hermano, crea en mi inalterable cariño». Como postdata añade: «Mis saludos a las hermanas de sor Victoria. Agradezco mucho las atenciones que han tenido con su hermana y todo lo que nos han enviado. Muchas gracias también a mi hermana».

¡Qué hermosos sentimientos de cariño en esta intimidad familiar, entre todos los miembros de aquella familia tan unida! ¡Y cómo se siente palpar en el fondo del corazón tan amoroso de sor Rosalía sus bellos sentimientos de amor filial ante la idea de que quizás pueda volver, contra toda esperanza y por un favor muy grande de la Providencia, a contemplar su querido y hermoso país de Confort, con sus montañas y su río, y ver sobre todo su nido familiar, aquella casa en donde había vivo años tan hermosos y en donde vería de nuevo, rodeada de la aureola de la ancianidad y de la corona de sus hijos y nietos, a aquella madre tan valiente y tan cristiana que le había dado una parte de su alma!

Pero aquello no era más que un sueño. Sor Rosalía no tuvo nunca la dicha de volver a Confort. Dios la había consagrado por entero a sus pobres y la dejaría allí siempre a su servicio en una heroica renuncia renovada sin cesar.

Sólo quince días más tarde, el día de Epifanía del año 1852, sor Victoria entregó su alma a Dios. Sor Rosalía envió inmediatamente a una de sus primas de Confort esta sencilla nota, a la que seguiría poco después una carta: «Mi querida prima, acabamos de perder a nuestra querida sor Victoria. Dígaselo a su tío». Y firma: «Siempre vuestra, con un corazón afectuoso, sor Rosalía».

Esta nota tan lacónica estaba exigiendo una carta. No fue sor Rosalía quien la escribió. Fue sor Sofía la encargada de dar más detalles. La carta de sor Rosalía llegó un mes más tarde. La pobre hermana estaba aplastada por aquel golpe y se puso enferma también ella. Escuchemos estos gritos de dolor que le arranca la muerte de su querida compañera. Escribe al hermano de sor Victoria, el abate Neyroux, párroco de Saint-Geney (Ain): «Mi querido primo. He tardado en escribirle debido a una indisposición que creo ha sido motivada por la pena que me ha dado la muerte de mi querida y apreciada sor Victoria... Sigo aún muy apenada. No puedo acostumbrarme a esta privación. Ha dejado un gran vacío en mi corazón, que sigue rezando continuamente por ella. No me olvide usted. Lo necesito de verdad. Pídale a Dios que me conceda el espíritu de fe que dé fuerzas a mi debilidad y me dé el coraje de ofrecerle el sacrificio que pide de mí. Es un sacrificio muy duro. No me faltan los medios para merecer... Le presento los respetos de todas nuestras hermanas, que compartieron con tanto esmero los cuidados que exigía la triste situación de nuestra querida hermana».

No faltaron, sin embargo, algunos consuelos en medio de la tristeza: «Dios no ha ahorrado a nosotras, lo mismo que a ella, una gran pena, permitiendo que muriera

en su comunidad. Ha gozado de todos los auxilios espirituales y corporales. Se la ha cuidado con toda generosidad y cariño. Se lo había merecido. Y los pobres han mostrado también que la querían por la forma con que han compartido nuestro dolor; ella les había asistido siempre con gran solicitud. Sus alumnas estaban muy apenadas, la han acompañado hasta su última morada, le han enviado coronas y van a visitarla con frecuencia».

En medio de todos estos sacrificios, tan generosamente aceptados, sor Rosalía se complace también en señalar la consideración que Dios ha tenido con todos ellos: «Sor Victoria tuvo el gran consuelo de volver a verles a todos ustedes. Es un consuelo que Dios nos ha querido dar a todos. Reciba usted, mi querido primo, la expresión de mi respeto y de mi afecto más sincero en el amor de nuestro Señor. Totalmente suya, sor Rosalía».

Ocho días más tarde, sor Rosalía, sin haberse deshecho todavía de su pena, piensa en la salud de su madre. Quiere tomar las más amorosas precauciones para procurarle una ancianidad larga y tranquila. El 13 de febrero le escribe al párroco de Confort, señor Chaplux: «Señor párroco. Ayer hice enviar una caja que contiene varios objetos destinados a mi buena madre. Es mi intención formal que haga uso de todos ellos». Luego, como mujer práctica, trata la cuestión del transporte de dicha caja: «Le ruego que avise a la persona que juzgue usted más indicada, de Châtillon. Va como correo urgente. Me han prometido que podrán entregar dicha caja dentro de ocho días. Va dirigida a usted. No he pagado los portes. Le devolveré los gastos junto con el importe de un encargo que deseo hacerle». Y he aquí el precioso regalo que desea hacer a su madre. El señor párroco tendrá que comprar «una poltrona a la Voltaire» para la buena señora Rendu. Y que esa «poltrona a la Voltaire» esté debidamente rellena, de las más cómodas, que le pueda servir bien. E insiste: «Gaste todo lo que usted crea necesario, y que sea cuanto antes». Y he aquí un nuevo detalle práctico: «No se la envió desde aquí, pues los portes resultarían más caros que la poltrona». A continuación le da las gracias. Y de nuevo unas insistentes recomendaciones para su madre: «Haga el favor de recomendarle que tome lo que necesite. Que venda lo que a ella le parezca mejor. Le pido que disponga de lo que a mí me toca, o sea, de lo que pueda tocarme algún día». Y este último grito de su corazón: «Agradeceré mucho que se cuide usted de mis intereses. No hay nada que yo desee tanto como su felicidad y me gustaría que quedaran satisfechos todos sus deseos». Acude de nuevo a su memoria el recuerdo de sor Victoria. Y encarga entonces al señor párroco que salude con cariño y gratitud de su parte a su prima Volerin: «Nunca me olvidaré de lo bien que cuidó a mi recordada sor Victoria. Me encuentro muy triste y afligida de no tenerla ya entre nosotros. Ha dejado un gran vacío en mi corazón».

¡Pobre sor Rosalía! Estaba inconsolable. ¡Cómo vibraba aquel gran corazón! No es extraño que el amor de Dios haya sido en ella tan ardiente y haya producido tantas y tan hermosas obras. Del corazón es siempre de donde nacen los grandes pensamientos.

PRUEBAS DE SALUD. FIEBRE Y FIEBRECILLAS

Nos lo acaba de decir sor Rosalía: la muerte de su compañera, tan querida, tan simpática para todos, la había conmovido mucho la emoción, demasiado fuerte, la había puesto enferma.

¡La enfermedad no era ninguna novedad en su vida! Sor Rosalía, a pesar de su actividad, había sido siempre muy frágil de salud. Con frecuencia pasaba algunos días de fiebre y a veces se veía obligada a aceptar sus golpes. Guardaba entonces algún día de cama. Desde allí dirigía las faenas de la casa e incluso escribía algunas cartas. Ya en 1838 había sufrido en dos ocasiones fuertes ataques de fiebre: la primera vez había pasado doce días en cama, la habían puesto a dieta y la habían sangrado en abundancia. Una vez curada, sor Rosalía se ponía pronto a trabajar de nuevo. Al caer por segunda vez aquel mismo año, tuvo que guardar cama durante algunos meses. A finales de año, empezó a levantarse sólo algunas horas durante el día.

Su médico, el querido doctor Dewulf, uno de sus antiguos estudiantes de la Sorbona, al que había ayudado cuando llegó a París y había atendido durante una enfermedad que padeció, era como tantas otras personas un asiduo visitante de la casa, agradecido siempre a los favores que allí había recibido; un día, durante una de las sangrías tan de moda en aquella época, se aprovechó para realizar un proyecto que le inspiraba su veneración. Pues era algo más que un sentimiento de admiración respetuosa el que tenía por su bienhechora; era una verdadera veneración. Una vez hecha la sangría, retiró cuidadosamente los paños empapados de sangre, se los llevó y los guardó como reliquias. Todavía se conservan esos paños en la familia del doctor. Sobre el papel que los rodea, el propio doctor puso una inscripción. Está sin firmar, pero su hija, la señora Chappoteau-Dewulf, decía que «la escritura, bien conocida, no deja lugar a duda». Por otra parte, el doctor habría recortado algunos trocitos de aquellos paños y los había metido en unos medallones. El solía llevar uno y le había dado otro a su hija. En Saint-Brieuc, hace algunos años, la hermana Leroy, hija de la Caridad, poseía también algunas de esos paños y los guardaba como auténticas reliquias.

Poco tiempo antes de la muerte de sor Victoria, sor Rosalía había vuelto a tener fiebre durante tres semanas. Por consiguiente, estaba bastante delicada. Las fatigas que tuvo que afrontar durante la enfermedad de su compañera y las emociones de su muerte acabaron de agotarla.

Sin embargo, iba y venía de un lado para otro. En septiembre de 1853 la encontramos en peregrinación a Nuestra Señora de las Victorias con dos de sus compañeras; mandó decir allí algunas misas el día de Navidad por su madre, ya que había recibido malas noticias de Confort. La señora Rendu parecía estar muy enferma.

En Confort ciertamente trataban con mucha solicitud a la venerable abuela. Y aquella piedad filial impresionaba mucho a sor Rosalía, que aprovechaba todas las ocasiones para expresar su gratitud y animarles a todos en su generosidad. A finales de enero de 1854 escribía a la señorita Melania Rendu, su corresponsal acostumbrada: «Vaya a ver a mi queridísima madre las más veces que pueda. Sé que usted le da con sus visitas mucha satisfacción y le hace mucho bien. Le quiere a usted mucho».

Ante la preocupación cada vez mayor por su salud, sor Rosalía escribe directamente a su madre. Se siente muy emocionada. Dice que se encuentra «afligida hasta el infinito por no poder ir a decirle de viva voz toda la parte que toma en sus sufrimientos». Es para ella «un gran sacrificio estar lejos de su madre». Multiplica sus recomendaciones y sus más minuciosos consejos. Le recuerda las cosas que en

otro tiempo le hicieron bien a su salud: semilla de lino, caldos de gallina, tomados en pequeñas dosis pero frecuentemente... «Que se cuide mucho. Que no se prive de nada». Que le diga «cualquier cosa que le guste. Y se le enviará».

Sor Rosalía haría realmente cualquier cosa por conservar a su madre para su cariño y el cariño de los suyos. Les da gracias a todos sus parientes por el cuidado cariñoso con que rodean a su madre. Y vuelve a emprender por ella otra peregrinación, esta vez a Nuestra Señora de la Buena Esperanza. ¿Qué no haría por su madre? Se olvida de sus propios sufrimientos y de sus fatigas. Porque también ella va languideciendo. Se siente cada vez más agotada. Y también su vida se apaga. Las dos vidas juntas, poco a poco, se van encaminando hacia el cielo.

Las fiebres y las fiebreillas van siendo cada vez más agotadoras. Se repiten con demasiada frecuencia. Se trata de viejas conocidas. Y se les resiste cuando se puede. Valiente como era, sor Rosalía todavía hacía lo posible, con sus fiebres, yendo de un lado para otro y atendiendo con bastante eficacia a sus obligaciones.

LA CEGUERA

Pero he aquí que se acerca la gran prueba. Viene poquito a poco. Sor Rosalía empieza a darse cuenta de que la vista le falla. Y la pérdida progresiva de la visión hace presagiar una ceguera absoluta. ¡Sor Rosalía se va a quedar ciega!

Escuchemos este hermoso grito de amor: «¡Sentía demasiado gusto al ver a mis pobres! -exclama-. ¡Dios me quita este gozo!».

Era el gran sacrificio, preparatorio para el sacrificio supremo.

Ya no verá más a sus queridos pobres, pero seguirá sirviéndoles. Se quedará en su despacho: los reconocerá por su voz, incluso a veces por sus pasos vacilantes, pesados, renqueantes o resueltos. Ya no verá más sus queridos rostros; no podrá captar en sus rasgos la expresión de sus alegrías o de sus preocupaciones. Pero será más sensible que nunca a la tonalidad de sus voces, al acento de sus almas, al rumor de sus sollozos o a la explosión de sus risas. Seguirá saliendo a visitar a sus pobres, pero necesitará un lazarillo. Dentro de casa todavía siguió conservando mucho tiempo la vista suficiente para poder defenderse ella sola; pero para salir necesitaba compañía. Salía entonces al taller de fuera, entreabría la puerta y llamaba: «Felicia, ¿estás ahí?». «Sí, madre», respondía la fiel Felicia. Y Felicia se acercaba, recogía la cesta grande con los ángulos de cuero, totalmente llena de provisiones, y se marchaban las dos. Recorrían las calles del barrio, dándose a veces buenas caminatas. Entraban en muchas casas. La buena madre distribuía su ayuda, acariciaba a los niños, se interesaba por la vida de la familia, hacía brillar a los ojos de los moribundos algún destello del más allá. Hacía felices a unas cuantas personas y ante todos los amigos del barrio demostraba que seguía estando entre ellos.

«Cuando regresaba -nos añade su fiel compañera- entraba en una habitación pequeña llamada "sala de curas" al lado del pobre cuartito que sus compañeras llamaban "su salón" y allí atendía a los pobres que la esperaban... Parecía como si recobrase la vista para distinguir los males de aquella pobre gente. A veces les reñía maternalmente cuando veía que sus llagas habían empeorado por no haber venido con más frecuencia».

Sin embargo, los que rodeaban a sor Rosalía no se resignaban a imaginársela definitivamente ciega. Su querido médico, el doctor Dewulf, familiar de la casa y

cuya familia estaba ligada con vínculos de amistad con la familia de Confort, le aconsejó que acudiera a la habilidad de los cirujanos. Le escucharon. Las cataratas pueden curarse. Sor Rosalía no era aún demasiado anciana; andaba por los sesenta años. Su salud, aunque frágil, respondía bien: se reponía pronto de sus achaques. Era el trabajo excesivo la causa principal de sus fiebres y fiebrechillas. Por consiguiente, cabía esperar buenos resultados de una operación.

Era a finales de diciembre de 1854. La operación no se realizaría hasta unos meses más tarde. Seguramente surgieron algunos problemas y todos vacilaban. En enero de 1855 sor Rosalía «llevaba ya tres meses sin salir a la calle». Sin embargo, seguía tan activa como siempre dentro de casa. En febrero, se habló de darle algún descanso. La señora de Montmahaut se atrevió a hablarle de ello. Pero no insistió. Ella misma nos dice que «creyó que se estaba molestando con esa propuesta».

El mes de julio sor Rosalía encargó a una de sus compañeras, sor Vicenta, que escribiera en su nombre a la señora Rendu, añadiendo ella algunas palabras de su puño y letra: «Mi buena madre, le envió estas pocas líneas que le harán ver mi enfermedad. Siento vivamente la privación de no poderle decir más. No tengo necesidad de decirle que pida por mí al Señor para que me dé paciencia y resignación».

Eran solamente unas líneas. El estado de su vista no le permitía escribir más. Pero sor Vicente, que escribía la carta, expresa la esperanza de que después de la operación que se proyectaba podría recuperarse sor Rosalía. Y añade: «Nuestra querida madre piensa mucho en usted y habla frecuentemente de usted, pues esto es para ella una felicidad». Siguen algunos delicados sentimientos, reflejo de la maravillosa caridad que unía a todas las compañeras de aquella buena sor Rosalía: «Le pedimos a Dios que la conserve a usted para su cariño y para el de todas nosotras; es lo que me atrevo a decirle en nombre de toda esta pequeña familia». Y un último detalle: «Esta pequeña familia le pide su bendición y una parte en sus santas oraciones. Reciba, señora, el testimonio de nuestro más cariñoso respeto».

Era el 18 de julio, víspera de la fiesta de san Vicente.

El mes siguiente, sor Rosalía le dicta una vez más una carta importante para su primo, el ministro Rendu. Se trata de una recomendación. Sor Rosalía se siente influyente. Le recomienda una escuela de religiosos que se ha establecido en Bretaña; el gran personaje que se ocupa de ella tiene miedo de disgustar al ministro; es discreto; pero con el apoyo de sor Rosalía podrá presentarse con confianza. La segunda carta es también una recomendación; se trata de la candidatura de un abogado que desea atender los asuntos judiciales de la administración de ferrocarriles, en Lorient.

¡Cuántas cosas le pedían a sor Rosalía! ¿No se dice también de san Vicente que un día se preocupó de enviar hilo y agujas a un corresponsal que se las había pedido? Poco tiempo después, aquel mismo año de 1855 se decidieron finalmente a operarla de la vista. En aquellos pobres ojos entró un poco de luz. ¡Le supo tan bien a la enferma! Y durante algún tiempo volvieron a surgir las esperanzas. Pero la mejoría no duró mucho y de nuevo volvieron las tinieblas.

Para obtener la curación tan deseada recurrieron a todos los medios, apenas se presentaba un rayo de esperanza. Durante algún tiempo acudieron a una especie de tratamiento hidroterápico: esperaban que unos lavas de agua fría produjeran en los ojos una reacción saludable que les daría nuevas energías. Y entonces, cada

cinco minutos, sometieron a sus ojos a unos baños de agua fría. Eran otras tantas ocasiones de ejercitar un poco la paciencia. Por lo visto el tratamiento debía ser insoportable; pero sor Rosalía no pareció darse cuenta de ello. Como alguien mostrara su sorpresa por su conducta, ella respondió: «¿Impacientarme? No es posible, ya que todas vosotras me dais, al cuidar de mí, tan admirable ejemplo de paciencia».

Ante la impotencia de la ciencia de los hombres, se decidió recurrir a los santos del cielo. Personalmente la humilde sor Rosalía se negaba a ello, ya que no se consideraba digna de un milagro. «No hagáis nada -decía-; me asustaría ser la persona escogida por Dios para ser el objeto de un milagro. Me creería que pide de mí cosas extraordinarias. Me sentiría confundida. Además, quizás alguno pensase que lo he obtenido por mi virtud»².

Pero las personas de su alrededor se empeñaron en pedir el milagro. Entonces, humildemente, sencillamente, ella les dejó hacer, pero se abstuvo de participar en las oraciones. «Prefiero -les dijo- atenerme a la voluntad de Dios. Por otra parte, lo estropearía todo si mezclara mis oraciones con las vuestras».

Invocaron a santa Germana, la humilde pastorcilla de Pibrac. Dios no escuchó estas oraciones. Y el milagro no llegó. Sor Rosalía estaba cada vez más cerca del cielo.

En la tierra siguió entregándose a sus ocupaciones. Pero en su corazón pensaba en su patria definitiva. Con valentía fue arrastrando su prueba hasta que la enfermedad vino violentamente a derribarla por completo.

14.- LOS ÚLTIMOS MOMENTOS. LA MUERTE.

Durante aquel año de 1855 murió en París la venerable superiora del convento de la Visitación de Santa María, la madre Fournier. Las hermanas de la Visitación de san Francisco de Sales y las Hijas de la Caridad de san Vicente estaban ligadas, lo mismo que sus santos fundadores, con una santa amistad. La madre Fournier hizo llamar a su cabecera a la superiora de las Hijas de la Caridad de la calle de l'Epée-de-Bois. Quería tenerla a su lado en el momento de morir. «Me gustaría tener a un ángel junto a mí».

San Vicente le había dicho un día a la señorita Le Gras: «Usted va por delante. Pronto la alcanzaré». También la madre Fournier le dijo a sor Rosalía: «Yo me voy por delante. Animo, hermana, usted me seguirá muy de cerca». E indicó la fecha, ya muy cercana, de su propia muerte.

No había nada que hiciera prever, por aquellos finales del año 1855, que a sor Rosalía le quedaban pocos días de vida. Incluso se hacían proyectos de operación a fin de devolverla la vista. Se aguardaba para ello el buen tiempo.

Llegó el año 1856. Par consiguiente, la aurora del año nuevo se mostraba feliz y llena de grandes esperanzas. Sor Rosalía pasó sin especiales molestias el mes de enero.

Pero de pronto, a comienzos de febrero, cayó gravemente enferma. Se había resfriado. La noche del 4 de febrero tiritaba de frío en la cama. Tenía una fiebre muy alta. Cuando llamaron al médico, dictaminó enseguida la gravedad del mal: pleuresía. Pero no estaba todo perdido todavía. Se aplicaron los remedios enérgicos de aquella época: vejigatorios.

Sor Rosalía demostró una paciencia admirable. Sufría mucho; pero acogía el sufrimiento con gozo, unida a los sufrimientos de Jesucristo en la cruz. En un falso

movimiento, el emplasto se había corrido y se había formado una llaga en carne viva. Sor Rosalía no se quejaba. Sin embargo, tenía que sufrir mucho. La hermana enfermera se extrañaba de ello e incluso se preocupaba por aquella insensibilidad: «Pero madre - le dijo-, ¿es que no ha sentido usted nada?» Y como sor Rosalía guardara silencio, ella repitió su pregunta. Entonces sor Rosalía sonrió y dijo sencillamente estas hermosas palabras: «Sí que lo sentía, pero era un clavo de la cruz de nuestro Señor y quería conservarlo para mí sola».

Cuando alguien le compadecía, se contentaba con responder: «Seguramente los pobres no están tan bien coma yo». La boca habla de la abundancia del corazón. Y sor Rosalía tenía su corazón lleno de amor a los pobres.

Siempre precavida, llena de atenciones con los demás, preocupada por la salud de las hermanas, seguía inquietándose según su costumbre por su cansancio. Una de las que habían estado velándola la primera noche se levantó a mitad de la noche siguiente para ver cómo se encontraba. Al entrar en su habitación, le presentó un vaso para que bebiera sin decirle nada. Sor Rosalía la reconoció: «Hija mía, qué daño me está usted haciendo al fatigarse tanto por mí. ¡Me fatiga usted a mí misma! ». Se nos ocurren aquellas hermosas palabras de madame de Sévigné a su hija: «¡Yo siento daño en tu pecho!».

Durante su vida, sor Rosalía había demostrada tener miedo a la muerte. La meditación de las grandes verdades causaba una honda impresión en su alma. Su devoción, que siempre había sido muy sencilla, se había alimentado con esas sencillas verdades que habían sostenido su firmeza y su virtud durante toda su vida. Un día, a una joven hermana que le hablaba con cierto entusiasmo de los «consuelos espirituales» le había dicho con cierta dosis de malicia: «¿Sabe usted lo que es estar celosa de esos consuelos» Hace ya cuarenta años que estoy sirviendo a Dios y nunca me ha concedido ni un solo minuto de consuelo celestial. Yo no veo más que dos cosas que me rodean en mi vida: su justicia por un lado y los intereses de su gloria por otro». Seguramente que aquel día sor Rosalía se juzgaba con cierto pesimismo. Durante su vida de apostolado, en medio de sus preocupaciones y de sus fatigas, había tenido ciertamente no pocas alegrías y satisfacciones. Dios tiene que infundir ciertamente en sus buenos obreros el entusiasmo con su sonrisa paternal y con una marca de confianza, que les consuelen en sus tribulaciones. Pero hay consuelos. Sor Rosalía habla aquí de «consuelos celestiales». A través de su sonrisa maliciosa se vislumbra lo que quiere decir. Ella intenta bromear con su joven compañera y burlarse de sus afanes extraordinarios de devoción; pensaba quizás en san Pablo y en sus vuelos por el tercer cielo. Pero no es necesario subir hasta el tercer cielo para estar en el sitio querido por Dios. Sin subir hasta el tercer cielo pueden encontrarse alegrías muy puras y muy profundas, no tan excepcionales, que a veces hacen vibrar al alma bajo la acción del Espíritu Santo y de sus dones, esas antenas tan sensibles, portadoras de luz y de suavidad. Sor Rosalía había ciertamente sentido a veces en su vida ese contacto con Dios.

Pero la verdad es que su devoción, siempre muy sencilla, se alimentaba de ordinario con verdades austeras. «La justicia de Dios», decía con frecuencia. Y aunque templada con su santo entusiasmo de la «gloria de Dios», esa «justicia divina» era para ella un «aguijón en la carne», como decía san Pablo. Sor Rosalía tenía miedo de la muerte y del juicio divino.

No obstante, cuando llegó su última enfermedad, y a pesar de aquellas palabras de la venerable madre Fournier, que le había dejado vislumbrar su muerte cercana, sor Rosalía estaba tranquila y serena. ¿No había dicho acaso san Vicente: «Los que hayan amado mucho a los pobres no tendrán miedo a la muerte»? San Vicente velaba paternalmente por la serenidad de su hija.

Por algún momento creyeron que iban a vencer al mal. La muerte va muchas veces precedida de cierto bienestar ficticio y pasajero. Todavía ~-l día anterior a su muerte sor Rosalía daba a sus hermanas la ilusión de que iba a curarse. Tomó un poco de alimento. Y todo París, que seguía lleno de ansiedad las vicisitudes de su enfermedad, cobró algunas esperanzas. Pero aquel mismo día volvió la fiebre. Reapareció la pleuresía. La enferma empezó a amodorrarse. De vez en cuando balbucía algunas palabras. Sus últimas frases fueron para sus pobres: «Hijos míos, mis queridos hijos, mis pobres. Cuando yo les falte, Dios mío, no los abandones». Las palabras se extinguieron en sus labios.

Avisaron al señor párroco de Saint-Médard que llegó corriendo y le administró la extremaunción. Sor Rosalía hizo la señal de la cruz. Fue su último gesto. Con aquel acto de fe y aquel signo salvador entró definitiva mente en sopor. El día siguiente, 7 de febrero, a las 11 de la mañana, entregó su alma a Dios, sin agonía.

Sor Rosalía tenía setenta años. Aquella buena obrera de Dios, agotada por tanto trabajo, podía ir a descansar al paraíso. Allí volvería a encontrarse con su anciana madre, que había muerto en Confort tres días antes. ¡Qué emoción la de aquel «volver a verse» en el seno de los esplendores del cielo! ¡Qué hermosa recompensa de un sacrificio tan largo! ¡Magnífica sorpresa la que Dios prepara a sus elegidos!

Arrodilladas alrededor del lecho fúnebre, las hermanas, pensando en la santidad de su vida, vacilaban en rezar por ella. Sin embargo, cierto temor -¡pero de cuánta nobleza!- les decidió a ello: «Quizás le quede por expiar -dijo una de ellas- el demasiado cariño que nos tenía» ¡Qué hermoso elogio!

Ante sus restos mortales se organizó un continuo desfile: se sucedían uno tras otros la gente humilde y los grandes personajes para contemplar por última vez aquellos rasgos tan bondadosos y enérgicos, que la muerte había hecho más augustos todavía. Deseaban conservar en sus ojos aquella piadosa imagen, lo mismo que se conserva en el corazón el recuerdo de los favores recibidos.

«El día de las exequias, un sábado, hubo un paro general en todo el barrio, como si se tratara del domingo. Al toque de ánimas de la iglesia de Saint-Médard, todo el barrio se puso en movimiento para seguir a su bienhechora».

«Los funerales fueron grandiosos, conmovedores... Por delante del coche fúnebre caminaba una ola silenciosa, en la que fraternalmente se confundían todas las clases. Los partidos hicieron una tregua aquel día. Los odios enmudecieron bajo el peso de la admiración del más raro de los dones».

El cortejo se dirigió al cementerio de Montparnasse, en donde se depositó el ataúd en la cripta de las Hijas de la Caridad.

Unos meses más tarde, la fidelidad del recuerdo inspiró a algunos amigos de sor Rosalía el deseo de proporcionarle una tumba especial, donde pudieran ir a testimoniarle a ella personalmente su gratitud. Se concedió la autorización «en virtud -dice el registro del cementerio- de los servicios hechos al pueblo francés».

En la nueva tumba se colocó una lápida con la siguiente inscripción:

A sor Rosalía sus amigos agradecidos los pobres y los ricos.

Con frecuencia se ven allí flores, colocadas por manos desconocidas. ¡Humilde testimonio de gratitud de corazones generosos que no olvidan!

VIGENCIA DE SU RECUERDO

Los funerales habían sido un verdadero triunfo. Un triunfo sin lujos de ninguna clase, pero magnífico en sinceridad, en fidelidad, en recogimiento por parte de toda aquella buena gente del barrio, profundamente impresionada ante la belleza y la riqueza de una vida que la muerte les había arrebatado irremediabilmente.

¡Homenaje espontáneo de todo un pueblo! Los superiores de sor Rosalía no intervinieron para nada. Se mantuvieron al margen de aquellas ovaciones.

Por otra parte, parece ser que esta reserva se debió en parte a una especie de incompreensión que había rodeado muchas veces a las hazañas de sor Rosalía y que la siguió hasta el borde del sepulcro, para disiparse por completo más tarde. La Providencia tiene sus medios propios para mantener a sus elegidos en la humildad.

Sor Rosalía, como cualquier otro ser excepcional, fue discutida con cierta frecuencia. Tuvo sin duda muchos admiradores, muchos amigos entusiastas y fieles. Tuvo también algunos, muy pocos, detractores. Pero hubo sobre todo respecto a ella ciertas actitudes reticentes de personas que se sentían desconcertadas y perplejas por su conducta.

En alguna ocasión se sintió afectada por algunos falsos informes de personas de corta vista o que no la conocían debidamente; la denunciaron ante las altas esferas; la llamaron al orden y la reprendieron. Y a pesar de la humilde y completa sumisión que entonces demostraba, poniéndose de rodillas ante sus superiores y aceptando en silencio los reproches, renunciando a disculparse, no siempre consiguió disipar las sospechas que pesaban sobre ella.

¡Era una conducta tan excepcional!

Algunos cavilaban: ¿puede acaso compaginarse con el espíritu de una persona de comunidad, sometida a las leyes de la obediencia, ese espíritu emprendedor que en el terreno de la caridad la mantenía siempre anhelante, impaciente por hacer cosas, siempre dispuesta a emprender toda clase de obras nuevas, haciendo de su vida una especie de carrera precipitada, en manos de una actividad febril? ¿Puede compaginarse con el espíritu de una hija de la Caridad el hecho de no eludir aquella popularidad mundial que la ponía en evidencia, que atraía sobre ella las señales de respeto y los testimonios de confianza de los más elevados personajes? ¿Es que no aceptaba todos aquellos honores con demasiada facilidad?

¡Realmente resulta extraordinaria la vida de una hija de la Caridad, arrojada en medio de la fermentación de aquel extraordinario barrio Mouffetard! ¿Pero es que podía ser vulgar su vida en semejante ambiente? ¿Podía ella contentarse acaso con fórmulas ya hechas en su entrega a aquella gente? ¡Tenía que hacer con ellos algo nuevo, y hacerlo pronto, sin perder la ocasión! Era normal entonces que algunos vacilasen en aprobar plenamente y de antemano aquellas iniciativas que sor Rosalía había tenido que tomar en aquel barrio tan poco vulgar, en medio de las revoluciones y de los motines, en el seno de aquellas sombrías circunstancias que atravesaba aquel París agitado, víctima de las incertidumbres, del descontento, del flujo y reflujo de las batallas políticas y sociales. ¡Se necesitaba toda una sor Rosalía con «la cabeza en su sitio» y un corazón bien templado para hacer frente a semejantes situaciones, sin huir jamás ante el deber, por muy excepcional que fuera!

Sor Rosalía caminaba decididamente hacia adelante con una hermosa intrepidez, arrojando lo mejor posible las dificultades, abriéndose camino a través de los obstáculos, dejando que los demás hablasen, logrando finalmente vencer y tranquilizar a todos y suscitando su admiración.

Es lógica que hiciera cosas extraordinarias. Pero ¿es que acaso tenía que dejar que siguiera corriendo el mal, que se extendiera la miseria, con la excusa de que la tarea era demasiado nueva, de que había demasiados riesgos, y de que además, por si fuera poco, aquello le iba a dar un gran renombre? ¿Dónde estaba la prudencia? ¿Y dónde estaba la caridad?

En cuanto a eludir los honores que le granjeaban sus éxitos y que ciertamente ella no había buscado jamás, la verdad es que sor Rosalía, en aquella confusión de su lucha contra la miseria, tenía otras cosas en qué pensar! Al menos por una vez el bien era admirado, felicitado, agradecido, recompensado. Dios era glorificado en ello «*Videant et glorificent Patrem vestrum qui in coelis est!p.* Pero de lo de buscar la gloria por la gloria, *uut videantur*», de eso sí que sor Rosalía se guardaba muy bien. No buscaba ni mucho menos aparecer. ¡Sus preocupaciones eran muy distintas! Ella iba por medio de la gente para curarlos, para consolarlos, para sacarles del aprieto, para arrancarlos de las manos del demonio. Y si todo eso parecía bello e iluminaba a las almas, a ella no se le ocurriría poner la lámpara debajo del celémín.

Sería inútil zanjar definitivamente este debate, en donde se han mostrado tan disconformes algunos brillantes espíritus y algunas almas grandes. Pero lo que es cierto es que sor Rosalía recibió la bendición de Dios. Dios la favoreció generosamente. Y ella a su vez sirvió a Dios de todo corazón.

Este esplendor de un alma, arrebatada por todo lo que es bello, refractaria a toda villanía, olvidada de sí misma, preocupada siempre de los demás, este corazón tan sensible, foco ardiente de eternos ardores, que a pesar de ellos sometía dócilmente su llama a la dirección de una voluntad debidamente equilibrada, capaz de dominar con toda serenidad las vicisitudes y los sobresaltos de la vida y el campo agitado y tormentoso de la miseria y de las batallas sociales, esta audacia heroica en medio del tumulto de las guerras sociales, el feliz resultado de sus gestiones, la novedad y la duración de sus empresas, la indefectible abnegación de toda una vida entregada a la gloria de Dios, honrado en sus pobres, toda esta riqueza de vida liberalmente gastada y entregada a las grandes causas, la invasión de lo sobrenatural en su vida, la fidelidad a todas las obligaciones comunitarias y, junto con todos estos signos de valor, la aureola que san Vicente atribuía a la obediencia y que, en varias ocasiones, iluminó con toda su esplendor la frente de sor Rosalía: todo esto es el sello de la bendición divina. Y ésta sería la mejor defensa que oponer si a alguien se le ocurriera establecer sobre ella una discusión a propósito de su fidelidad y su prudencia sobrenatural.

Hay muchas cosas admirables en la vida de sor Rosalía. Y hay pocas que lo sean hasta el punto de no ser imitables.

15.- SUPERVIVENCIA

EN CONFORT

Sor Rosalía ha sobrevivido en las obras que fundó o que inspiró. Ha sobrevivido también en la memoria de todos cuantos gozaron de sus servicios y que siguen

admirando sus virtudes. Su recuerdo sigue bendiciéndose en Confort, en París y en otros sitios.

Cinco años antes de morir, sor Rosalía tuvo la dicha de recibir como compañera a una hermana muy joven, recién salida del noviciado, sor María de Costalin. Esta hermana, testigo de todo el bien que se hacía en su nueva casa bajo la hábil dirección de sor Rosalía y confiando plenamente en su superiora, a la que quería y admiraba, decidió un día poner completamente a su disposición para la obra que ella juzgara conveniente realizar su importante fortuna, que había aumentado más aún recientemente gracias a la herencia de su tía María Emilia Knusli Mac Donald, duquesa de Duras. «Si usted desea darme gusto -le respondió sor Rosalía- mande levantar en Confort una casita de caridad para dos o tres hermanas que puedan recibir allí algunos ancianos, porque son pobres y desgraciados».

En efecto, sor Rosalía no se olvidaba de su país natal. Había hecho restaurar ya antes la capillita de la Virgen y se celebraban ya allí los oficios de culto. Pero la pequeña aldea de Confort se había ido poblando. Sor Rosalía, utilizando su influencia, había obtenido del emperador que Confort pudiera disfrutar de los derechos municipales. Confort tenía ya un ayuntamiento y también una iglesia, gracias a la inteligente y activa colaboración del abate Chapelu. Sor Rosalía deseaba ahora un refugio acogedor para los buenos ancianos. Los habitantes de Confort se habían multiplicado, pero seguían viviendo pobremente. Y sor Rosalía, que se compadecía de todos los sufrimientos, se preocupaba también de consolar los de su tierra natal.

Poco tiempo después murió sor Rosalía. Sor Costalin, enviada a ValdeGráce, se encontró allí con una superiora de gran cabeza y de mucho corazón que, de acuerdo con ella, propuso a los superiores mayores realizar el deseo de sor Rosalía. Era el año 1858. Se decidió comenzar la obra. Se compró la casa natal y algunas otras casas vecinas, con vistas a la creación de un asilo. Se hicieron algunas obras y arreglos. Se transformó en un pequeño oratorio la habitación en donde había nacido sor Rosalía. Y cuando ya estaban bastante avanzados los trabajos, en 1860, se inauguró la fundación. Designaron a tres hermanas para que se hicieran cargo de la obra. La superiora venía de Val-de-Gráce y las otras dos hermanas del noviciado.

Su llegada a Confort fue un gran acontecimiento que conmovió a todo el pueblo. La llegada de las hermanas despertaba en la gente muchos recuerdos: el de sor Rosalía, tan simpática con todos ellos en los años de su juventud; el de su venerada madre, tan caritativa, muerta hace pocos años; el de tantas jóvenes de Confort que siguiendo a sor Rosalía y edificadas por sus virtudes habían marchado a París para hacerse Hijas de la Caridad. Y todos tenían conciencia del beneficio que iba a suponer para Confort la presencia de aquellas caritativas hermanas.

Era el 11 de abril de 1860. Sor Rosalía, que había muerto hacía cuatro años, contemplaba desde el cielo el gran recibimiento que hacían a sus hermanas y la santa alegría de la población.

El señor párroco salió en procesión a recibirlas a la entrada del pueblo, con los niños de coro, las niñas vestidas de blanco y todos los feligreses. Al llegar a la entrada de la casa, les dirigió un pequeño saludo y repitió tres veces el grito de bienvenida: «¡Vivan las hermanas!». Por la tarde le tocó al maestro de escuela dirigir su saludo a las recién llegadas. Porque todo el pueblo se sentía con ganas de festejar aquel feliz acontecimiento con cordialidad y cariño. Era necesario que el

intelectual del lugar tomara también la palabra. Aguardó, pues, a las hermanas, espiando su paso por el pueblo para ir a la iglesia y delante de los curiosos que rondaban por allí les echó su arenga. Es una pena que la tradición no nos haya conservado el texto de su discurso. Pero sabemos al menos que acabó con estas pomposas aclamaciones: «¡Honor a las vírgenes! ¡Gloria a la Majestad divina!». Todo aquello era fruto de un corazón sincero y merecía unas palabras de agradecimiento. Pero la hermana de Costalin, que había venido de Val-de-Grâce con su superiora para instalar a las hermanas, se contentaron con responder al orador con un modesto saludo que fue seguramente muy cordial. Pero ante aquella reserva y candor, el ilustre profesor, que aguardaba sin duda algo más académico, se inclinó al oído de uno de sus camaradas y le dijo: «La verdad es que no parecen muy sabias». Y un tanto orgulloso, añadió: «Ellas no han aprendido, como nosotros, la tabla de Pitágoras».

Aquel maestro de escuela, a pesar de sus aires tan solemnes y un tanto pretenciosos, creo yo que era muy listo. El papel modesto que tenía que representar lo representaba con toda convicción y se contentaba con eso mismo, manifestando una alta consideración de su profesión y creyéndose muy honrado en ella: juzgaba con absoluto acierto que cumplir noblemente con su misión, sea cual fuere su esplendor externo, es una gran nobleza.

El enseñaba la «tabla de Pitágoras» y algunas otras cosas de la misma envergadura, que tienen desde luego mucha importancia para la vida. No tenía ambiciones más altas. No se le exigía tampoco más. Y sabía atenerse a su humilde tarea. Le gustaba su oficio. ¡Era un sabio! Por otra parte, no podía menos de tener en cuenta la influencia que él ejercía sobre toda la juventud que le habían confiado y tenía también plena conciencia de la importancia que le atribuía la población.

En cuanto a las hermanas, tampoco es necesario que las justifiquemos ante las acusaciones fantasiosas del señor profesor. Sea cual fuere la idea que tenía aquel buen maestro de escuela, es muy probable que aquellas buenas hermanas supieran manejar las cifras y que conocieran bien la tabla de multiplicar, sin que les hubieran dicho quizás que debían estar agradecidas a Pitágoras por haberla inventado. ¡También el señor Jourdain sabía hablar bien en prosa sin darse cuenta de ello! Por consiguiente, es posible hacer excelentes multiplicaciones y cuentas que cuadran perfectamente sin pensar en el buen Pitágoras.

Con el tiempo fueron surgiendo poco a poco en Confort otros edificios que hicieron del pequeño asilo primitivo una obra moderna de asistencia muy hermosa. Pronto se le añadieron al edificio primitivo otras dos alas laterales. En el ala izquierda se instaló el asilo para ancianos y en el ala derecha el orfanato y el asilo que está bajo el patronato de la ciudad. Nuevas hermanas vinieron a completar el trío primitivo y aseguraron la atención a los nuevos servicios. Fue necesario pensar en un capellán y se construyó una capellanía que, trasformada luego en Villa San Vicente, recibe durante el verano una colonia de vacaciones de Hijas de la Caridad. Finalmente, se levantó de nueva planta un edificio dedicado a pensionado y alumnos externos, que se confió a los buenos hermanos de las Escuelas Cristianas para la enseñanza de niños.

Todo aquel enorme trabajo se llevó a cabo en quince años. En 1875 estaba todo acabado. Más tarde se decidió trasformar en capilla el pequeño oratorio primitivo. El 12 de febrero de 1928, la capilla, recién acabada y dedicada a la medalla

milagrosa, fue bendecida solemnemente en medio de una simpática asistencia de sacerdotes y de fieles. La antigua y venerable estatua de nuestra Señora de Re confort, cuya capillita tuvo que verse sacrificada para el ensanchamiento de la carretera nacional, encontró un refugio y un lugar más destacado en el nuevo hospicio.

La hermana superiora que dirigía aquella obra tan hermosa en el año 1928 añadía estas nobles palabras: «En este país en el que Dios ha sembrado la belleza y ha dejado caer del corazón de la Virgen, durante tanto tiempo invocada, aquella exquisita flor que llegaría a ser sor Rosalía, otras muchas flores, lirios, rosas y violetas, nacidas al pasar aquella "Sembradora de Caridad", han venido a llenar con su aroma la comunidad de las Hijas de la Caridad y de otras casas religiosas. El orfanato tiene actualmente treinta y seis niños y en el asilo se encuentran también treinta y seis ancianos. Se visita y se ayuda piadosamente a los pobres y ancianos de la aldea».

«Para asegurarme, llevé el frasco a mis labios. Apenas toqué con ellos el agua, me volvió la vista *de pronto, como si se tratara de un tiro de fusil*. «Distinguía claramente las cortinas, las ventanas, etc.

«¡Simón, Simón! ¡Que veo! -Simón era el amigo que estaba a mi lado- ¡Vete enseguida a llamar a las hermanas!

«Otro de los asilados, que no se había acostado todavía, se me acercó y me dijo: "Si ves de verdad, dime cómo estoy vestido".

«Y yo pude responderle: "Llevas un jersey, una corbata, un sombrero". «Y él exclamó lleno de asombro: "Sí, es verdad."

«Luego corrió a avisar a las hermanas. Ellas llegaron al instante. «Entre tanto me había levantado de la cama.

«Las hermanas me encontraron apoyado en la cama, con el frasco de agua de Lourdes en la mano y diciendo:

«¿,Pero es posible? ¿Puedo creerlo? ;Ay, Dios mío, Dios mío! ¡Oh, santísima Virgen, mi buena madre! ;,Qué buena eres tú!».

«Por la voz iba reconociendo sucesivamente a cada una de las personas que me rodeaban. En particular me acuerdo de que dije a sor Gabriela: «¡Cómo está usted vestida! Lleva usted un velo blanco, como las religiosas que conocí en Dijon... ».

«¿,Con que usted es la hermana Marta? Al oír cómo caminaba, me imaginé Que era usted más joven».

«Desde aquella fecha veo lo mismo que veía a los veinte años». Francisco Vion-Rur murió en 1939, a los ochenta años de edad. Pero el recuerdo de aquel milagro se conserva piadosamente en su familia, lo mismo que en el hospital de Confort. En la sala de los enfermos todavía se enseña la cama en que descansaba el enfermo sanado milagrosamente y se conservan como un ex-voto las gafas negras que utilizaba. En el jardín del hospital se ha levantado, en agradecimiento, una gruta a nuestra Señora de Lourdes. Y en la capilla se expone todos los años el Santísimo Sacramento el aniversario del día en que se realizó el milagro.

Hoy la aldea se ha transformado por completo. Donde reinaba va el «confort» espiritual gracias a la Virgen, reina también ahora el «confort» material. Todas estas ventajas se las debe la humilde aldea de antaño a sor Rosalía, pero también a las hermanas que se han sacrificado en Confort, especialmente las hermanas de Moissac y de Costalin. Cuando el viajero llega a Confort y se encuentra en presencia de aquellos centros

educativos en donde los niños se divierten jubilosos en aquel asilo con sus jardines bien trazados, de largas avenidas y fresco follaje, donde los enfermos y los ancianos pueden saborear todavía la alegría de vivir, no puede menos de sentir una impresión de calma, de paz y de felicidad.

La Virgen inmaculada quiso dar al hospital de Confort una señal de su bondad; allí tuvo lugar una curación milagrosa el día 2 de agosto de 1890 en unas condiciones realmente extraordinarias: un joven, Francisco Vion Dury, durante su servicio militar, tuvo que ir con su sección a prestar ayuda para sofocar un incendio; puso en su obligación todo su empeño, enfrentándose con el tremendo calor que se desprendía de aquel terrible fuego. Se había portado tan heroicamente que sus pobres ojos, quemados por el calor, quedaron totalmente dañados. Se produjo un desprendimiento de retina, que le dejó ciego. Según dijeron los mejores especialistas, la ceguera era definitiva. El pobre joven no curaría jamás. Y le dieron un certificado de invalidez.

Sin embargo, la santísima Virgen velaba por él. En 1890, después de siete años y medio de ceguera, Francisco Vion-Dury fue admitido en el hospicio de Confort. Pues bien, el 2 de agosto, quince días después de su entrada en el hospicio, siguiendo el consejo de las religiosas, decidió dirigirse a Dios para pedirle el don inestimable de la vista, que los hombres se declaraban incapaces de devolverle.

Pero él no se creía digno de semejante favor.

Sor Marta, sin embargo, dejó sobre la mesilla de su lecho un frasco de agua de Lourdes.

Se encontraba solo y se había acostado ya. Dudaba en recurrir a la intervención especial del cielo.

«Eres un cobarde -se dijo de pronto-... Alguna vez tiene que dejar el demonio de ser tu amo».

Cogió entonces el frasco de agua y le pidió al Beato Chanel, su compatriota, que pidiera para él a la santísima Virgen la gracia milagrosa que él no se atrevía a pedir directamente.

«Entonces -nos cuenta él mismo-, tocando por tres veces con el índice de la mano derecha el agua de Lourdes, lo pasé rápidamente sobre mis dos ojos.

EN PARÍS

También la ciudad de París ha conservado con fidelidad, a través de todas las circunstancias políticas, el recuerdo de sor Rosalía. La influencia, el prestigio, la popularidad de la heroína del barrio Mouffetard eran tan grandes que ya en el mes de agosto de 1856, pocos meses después de la muerte de la hermana, la administración municipal del distrito XII -el V en la actualidad- reconocía oficialmente el papel excepcional que había representado sor Rosalía en aquel barrio Saint-Marceau, mandando esculpir su busto y colocándolo -¡cosa inaudita!- en el salón principal del ayuntamiento. Así se ordenó en el decreto imperial del 26 de agosto de 1856. La inauguración se hizo con toda solemnidad; tuvo lugar el 22 de diciembre siguiente, ante una numerosa asamblea en la que se podía reconocer, junto con los miembros de la familia Rendu, al director de asistencia pública, a los médicos y administradores del Despacho de beneficencia, al inspector de la Academia, a los provisosores de los liceos, al juez de paz y comisario superior de policía, y desde luego a las Hijas de la Caridad y al señor arcipreste de Santa

Genoveva. ¡Magnífica asamblea que en su espléndida variedad cimentaba la unión nacional en torno a una piadosa y magnífica memoria! El alcalde, rodeado de sus concejales, presidía la sesión, acompañado del alcalde del distrito X y del vizconde de Melun. Hubo discursos emocionantes.

Y durante veinticuatro años el busto de sor Rosalía presidió, con algunos otros, las deliberaciones del consejo municipal.

¡La intención era hermosa! Pero me imagino que los concejales debieron a veces experimentar cierta sensación de extrañeza al entrar en la sala del consejo y contemplar, mezclado con otros rostros más profanos, aquel rostro tan piadoso, adornado de su blanca corneta. Hubo incluso -un día de 1880, triste época de los decretos Ferry y de la clausura de las casas religiosas-- algún consejero obstinado que se sintió incómodo por la presencia de aquel busto clerical en la sacrosanta sala de la junta de reuniones. Y de aquel corazón mezquino salió una propuesta de exclusión, expresada en una larga diatriba en la que «lo odioso limitaba con lo grotesco». ¡Había que arrinconar cuanta antes en los desvanes de la alcaldía aquel busto que creaba tantos problemas!

El sentido común no es, desde luego, «el más común de los sentidos». Cuando la violencia del espíritu partidista surge en los espíritus, como un vendaval, se lo lleva todo por delante. Y hace el vacío en el espíritu y en el corazón. ;Y del sentido común no queda ya absolutamente nada! Y en su lugar suele instalarse entonces el más sublime ridículo.

Permítasenos no dejar de citar aquel documento. Es demasiado lamentable. El que quiera divertirse -o llorar- leyendo semejante prosa, puede ver su texto en *Le Figaro* del 30 de agosto de 1880 o en el folleto que Fernand Laudet ha consagrado a sor Rosalía en la colección Bloud et Cie. ¿Quedó finalmente relegado aquel busto en los desvanes del ayuntamiento? Sin duda alguna. Pero un día alguien tuvo la feliz idea de ir a buscarlo y a llevarlo a la calle de l'Epée-de-Bois para que presidiera el antiguo despacho de la hermana. Allí estaba su lugar más adecuado. Un día, sin embargo, se creyó que era mejor sustituirlo por un retrato de sor Rosalía. Mucho mejor todavía. Porque los bustos no están hechos para las Hijas de san Vicente. Y aquel hermoso retrato conservaba mejor, a través de su noble y atractiva fisonomía, el alma tan enérgica de sor Rosalía. Desgraciadamente también aquel retrato acabó desapareciendo. Esperemos que reaparezca pronto, engrandecido y glorificado. Los honores de la beatificación que la misma diócesis de París ha solicitado a la Santa Sede para su heroína del barrio Mouffetard quizás sea algún día la mejor ocasión para devolver a aquel despacho las consideraciones que ella se merece. Por otra parte, aquel local está bastante bien conservado. Y las paredes exteriores están adornadas por una gran placa de mármol que es un homenaje a sor Rosalía y que demuestra la nobleza de ánimo de los que en otro tiempo propusieron aquella iniciativa.

Afortunadamente quedan por diversos lugares muchos retratos de sor Rosalía. Después de su muerte se editó un grabado con su retrato. Los había de diferentes precios. Pero los gastos podían asustar a algunos pobres. Uno de ellos, sin embargo, no vaciló en comprar uno, haciéndose esta reflexión que dice mucho sobre el lugar que aquella buena hermana ocupaba en el corazón de sus pobres: «Me puedo muy bien quedar un día sin comer para poder comprar el retrato de aquélla que me ha dado de comer tantas veces». Aquel grabado se extendió

mucho. Muchos de los hogares del barrio Mouffetard procuraron comprárselo y las paredes de sus humildes moradas conservan todavía la fisonomía serena y enérgica de la buena madre, que parece seguir como en otros tiempos con su mirada de benevolencia las vicisitudes de sus queridas familias.

El retrato que hizo Ferdinand Gaillard es, según dijo la señora de Montmahaut, que conoció bien a sor Rosalía, el que mejor recoge su fisonomía. En cuanto al busto, ha ido a unirse con otras muchas curiosidades al museo de Asistencia pública.

Francia atravesaba entonces días de prueba. También la obra de sor Rosalía pasó por muchas dificultades, aunque tuvo también ardientes defensores.

Un día del mes de agosto de 1880 las hermanas se vieron conminadas, por decreto de la prefectura, a abandonar, en el plazo de quince días, los locales escolares de la calle de l'Épée-de-Bois. Había entonces en la escuela quinientas niñas y en el asilo trescientos niños. En aquellas circunstancias la población de París hizo verdaderas maravillas. Las hermanas encontraron en la simpatía y en la generosidad del pueblo de París la ayuda que necesitaban para dar cobijo en otros lugares a todos sus niños. Se formaron varios comités; *Le Figaro* abrió en sus columnas una suscripción a fin de poder arreglar un nuevo local. En sólo cinco días se pudo recoger la suma necesaria. Y dos meses más tarde las hermanas pudieron abrir de nuevo su escuela en la calle Geoffroy-Saint-Hilaire, en una casa que seguiría llamándose *la casa de sor Rosalía*. La gran reja de entrada en la puerta del edificio lleva orgullosamente esta inscripción.

Después de la obra de las escuelas les tocó el turno a otras obras en 1891 y en los años siguientes. El personal de la farmacia fue sustituido por un personal laico. Los múltiples servicios de las «casas de socorro» fueron sustituidos por un simple dispensario. Las hermanas, unas tras otras, fueron abandonando la calle de l'Épée-de-Bois para unirse con sus compañeras de la calle Geoffroy-Saint-Hilaire.

Allí existen todavía magníficas obras que siguen estando animadas del espíritu de sor Rosalía: escuela, patronato, obrador, cocina económica, dispensario, sala de cirugía con medicinas gratuitas... Todo ello funciona a pleno rendimiento, gracias a la abnegación de las hermanas, que trabajan bajo la bendición de Dios.

Entretanto, la administración llevó a cabo algunos buenos proyectos en la calle de l'Épée-de-Bois. En 1903 los locales, poco cuidados, se habían hecho inhabitables y hubo que proceder a su demolición. Y en 1904 se construyó un nuevo hospicio, del que se encargó la administración pública, confiándosele a personal laico. Pero se le siguió dando el nombre de «Asilo Sor Rosalía». Por lo menos, se trataba de mantenerse fieles a su recuerdo.

El 2 de marzo de 1905, el hospicio fue inaugurado solemnemente por la señora Loubet, en presencia de los diputados y de los consejeros municipales del barrio. Pero el alma de sor Rosalía estaba ausente. No obstante, habían tenido cuidado de conservar, a pesar de la demolición, su pobre despacho; sigue todavía tal como estaba, en un rincón del patio, frente al jardincito y la nueva fachada. Allí se conservó durante mucho tiempo el retrato de sor Rosalía. Pero a pesar de esta fidelidad a su memoria, la ausencia de las hermanas ponía una nota desagradable a aquella ceremonia demasiado laica. Tampoco estuvo presente en aquella ceremonia ninguno de los miembros de la familia Rendu. El señor Ambrosio Rendu, que llegó a ser consejero municipal de París, creyó que era su obligación explicar esta ausencia en una carta dirigida a la señora Loubet. De esta obra, que había

fundado sor Rosalía -decía- «está lejos el alma de sor Rosalía. Esa no es ya su casa. ¿Qué piadosas manos recogerán las reliquias esparcidas de aquella querida memoria? No lo sé; pero veo que la casa está vacía. Por consiguiente, nuestro lugar no está allí... Usted es mujer, señora. Por eso sabe hacer el bien y podrá hacer justicia a aquellas que han entregado su vida a los necesitados. Usted comprenderá mi tristeza y la de los míos...».

La verdad es que el espíritu de partido ciega a veces a los nobles corazones y apaga los sentimientos más hermosos y las glorias más sublimes. Afortunadamente, la belleza de los corazones fieles consuela de esas conductas mezquinas.

Las reliquias -todos esos objetos inanimados que tienen sin embargo un alma, por estar cargados de recuerdos y porque evocan las más bellas virtudes- fueron recogidas con solicitud y agrupadas en la casa de Geoffroy Saint-Hilaire. Y allí pueden ahora contemplarse con sentimientos de viva admiración y de piadoso y legítimo orgullo.

Por otra parte, París le ha rendido a la sublime heroína del barrio Mouffetard el gran honor -que solamente suele rendirse a los grandes hombres- de consagrarle una calle de su querido barrio -de aquella «diócesis», como ella lo llamaba-, que ella había recorrido en todos los sentidos, en donde se había hecho admirar y querer, y del que fue el alma durante cincuenta años. La «avenida sor Rosalía», corta, pero ancha, parte de la plaza de Italia, importante centro urbano de donde irradian en estrella otros grandes bulevares. Orientada hacia el oeste desemboca pronta, lo mismo que la calle de l'Épée-de-Bois, en una encrucijada de callejuelas que la cortan enseguida. Puede preverse, para un porvenir lejano, que se suprimirán esas callejuelas y se prolongará la avenida. Pero a sor Rosalía no le gustaría mucho que, para su gloria personal, se obligara brutalmente a las personas que allí viven a desalojar sus viviendas.

También las autoridades religiosas de la diócesis de París se esforzaron en pagar la deuda de gratitud que habían contraído con la heroína de la parroquia tan poblada de Saint-Médard. En 1867, once años después de su muerte, el abate Le Rebours creó en aquel barrio un centro de obras apostólicas y sociales. Y en el bulevar Blanqui se levantó una capilla dedicada a santa Rosalía, patrona celestial, cuyo nombre evoca felizmente el recuerdo de la humilde sor Rosalía, infatigable obrera de Dios.

Y en estos momentos la diócesis de París está dando una nueva prueba de su fidelidad a esta buena sierva de Dios y de las almas. Ha pedido a la Santa Sede que le rinda el supremo homenaje, decretando si lo cree conveniente que se le conceda la aureola de los bienaventurados. El proceso de beatificación, acabado recientemente en lo que respecta al Ordinario en la sala de reliquias de la casa madre de los sacerdotes de la Misión, acaba de ser presentado en Roma. No se trata más que de un comienzo, pero que no deja de ser un afortunado presagio.

En efecto, la diócesis tiene conciencia del tesoro que supone para París el recuerdo de la santa hija de la Caridad que durante cincuenta años se entregó al servicio de Dios y de los pobres en la parroquia de Saint-Médard. Una frase del cardenal Guibert nos demuestra muy bien el valor que nuestros arzobispos conceden a su memoria. El hecho nos lo refiere Charles Baussan en su biografía de sor Rosalía (pp. 149-150). Sor de Costalin, que había consagrado su fortuna a establecer en Confort las obras de la caridad, había soñado con completar su obra

haciendo que trasladaran allá el cuerpo de sor Rosalía. Para ello se necesitaba la aceptación del arzobispado. En dos ocasiones le hizo esta petición: la primera vez con bastante timidez y sin insistir mucho, ya que la expresión severa del rostro del cardenal la había detenido en su proposición. La segunda vez en 1886, cuando monseñor Richard fue nombrado coadjutor del arzobispo de París; se atrevió entonces a renovar su solicitud, esperando que la presencia del antiguo obispo del país de Gex sería un argumento en su favor. De hecho, monseñor Richard intervino en favor de su causa. Pero el cardenal, después de haber escuchado a los dos, respondió con gravedad: «El cuerpo de sor Rosalía forma parte del tesoro de la iglesia de París, del que me considero guardián. El día en que quizás salga de la tumba que le han erigido los pobres y los ricos de esta gran ciudad, es preciso que ella tenga la alegría de encontrarse en medio de ellos y de escuchar que son ellos los primeros que la llaman santa, como hicieron ya durante su vida».

IRRADIACIÓN

La gloria de sor Rosalía ha traspasado los límites de la ciudad de París y de la diócesis.

En Belley, como es natural en un país tan cercano al país de Gex, monseñor Soubiranne citaba en una de sus cartas pastorales a sor Rosalía, una de las glorias de la región, y recordaba que en el mismo París, «en ese París que tan pronto olvida -decía-, su memoria sigue siendo popular y bendecida por todos».

En efecto, París no la ha olvidado.

Pero sor Rosalía es venerada en algunos lugares en los que no se podía sospechar este honor. En Bourges, monseñor Marchal, llevado de un sentimiento de viva admiración por la extraordinaria sor Rosalía, mandó colocar su retrato en el salón principal del obispado, al lado de uno de los patronos de la diócesis, San Antelmo. Y mandó que se hiciera una fiesta de inauguración del mismo en presencia de ocho obispos. Y se proponía seguir trabajando por su gloria.

Estas tan egregias simpatías, al subrayar la energía de carácter de sor Rosalía, sus hermosas virtudes, sus grandes méritos, sus múltiples servicios, revelan la excepcional influencia de aquella alma tan maravillosa. Y son el mejor augurio de una espléndida irradiación.

16.- LAS VIRTUDES DE SOR ROSALÍA

Dios es admirable en sus obras. Y lo es sobre todo en el bello trabajo interior que va realizando en las almas. Se complace en dotar a ciertas almas privilegiadas de talentos naturales maravillosos, a los que añade el esplendor de su gracia, el ornato de sus dones y un incremento de favores destinados a exponer a su obra maestra a la admiración de los hombres.

Sor Rosalía fue una de esas obras maestras, que resultan sorprendentes porque superan nuestras medidas comunes. Dotada de una naturaleza vigorosa y delicada a la vez, de un espíritu luminoso, de una voluntad enérgica, de un corazón que palpitaba con acentos de la más exquisita sensibilidad, de un alma prudente e, incluso en medio de sus más sorprendentes audacias, dócil a las consignas de la prudencia, ella aprendió

desde sus más tiernos años, en la escuela de su cristianísima madre, a usar de todos estos dones al servicio del bien. Y Dios se complació entonces en colmarla de beneficios y en hacer que prosperara su acción. De todo ello salió como resultado una obra verdaderamente grandiosa.

Como hijos de Dios, todos tenemos que trabajar por el Padre de los cielos. Es imposible agradar a Dios si no se obra por él. Hay que obrar con espíritu de fe. «*Sine fide impossibile est placere Deo*». Se trata de algo elemental. Pero cuando ese espíritu de fe inspira y empapa toda una vida, la vida se vuelve luminosa, radiante; proyecta en cada momento a su alrededor reflejos del más allá. Y entonces nuestros caminos terrenos se ven un poco mejor iluminados por el esplendor de las cosas divinas.

Este espíritu de fe es el que inspiró tanta virtud en el alma de sor Rosalía. En esta atmósfera luminosa y bajo los cálidos rayos de esta luz celestial se fueron desarrollando con magnificencia los gérmenes de las virtudes que Dios había depositado en su pecho.

¡Realmente es admirable la floración de virtudes cristianas en las almas vivificadas por la gracia! ¡Toda una visión de hermosura bajo la mirada de Dios! Esas flores espirituales, abiertas bajo la brisa de la vida divina, van mezclando y entrelazando armoniosamente los diversos matices de belleza en un trazado perfecto y en una perfecta pureza de líneas en esos jardines de Dios, trazados por El, y que tan bien supo admirar y describir el príncipe de la teología, santo Tomás de Aquino.

Sor Rosalía, como todos los cristianos, había recibido en el bautismo las tres grandes virtudes, las más bellas de todas, que nos permiten entrar en la intimidad de Dios: la fe, la esperanza y la caridad. «*Tria haec!*». Gracias a ellas el cristiano sabe a dónde va. Gracias a ellas sor Rosalía iría confiada hacia un Dios que ella sabía que era maravilloso y paternal. Y además vería en cada uno de los hombres un hijo de Dios. Y lo mismo que Dios, también ella haría del prójimo el objeto de sus complacencias y derramaría sobre él los tesoros de su caridad. Su amor al pobre no sería más que una forma de su amor a Dios.

En la irradiación de estas tres grandes virtudes que fijan nuestras almas a Dios, hay otras cuatro que tienen como misión regular nuestras relaciones humanas: la prudencia, la fortaleza, la justicia y la templanza: son las llamadas «virtudes cardinales», algo así como «goznes» robustos sobre los que gira todo un sistema planetario de virtudes morales de menor envergadura; fuerzas grandiosas de una amplitud magnífica, que comunican su virtud a otros muchos satélites de pequeña o de mediana grandeza. Santo Tomás va describiendo detalladamente toda esta riqueza: va enumerando por decenas esas virtudes que, por diversos títulos, participan de la vida y de las funciones de las cuatro virtudes cardinales. Utilizándolas, sor Rosalía se fue haciendo un alma vigorosa y santamente audaz, paciente y perseverante, alegre y magnánima, leal y justa, moderada en sus deseos, prudente en sus decisiones.

Un alma modelada de esta forma es una obra maestra, un santuario de la sabiduría, en donde reinan, en el seno de la riqueza y de la variedad, el orden y la armonía. Y es también una fuerza, dispuesta a obrar maravillas. Se trata de utilizar todos estos tesoros.

En el seno de estos divinos esplendores conviene que destaquemos dos virtudes encantadoras, que serán las predilectas de sor Rosalía: la humildad y la sencillez,

pequeñas virtudes que se centran en la templanza, pero que al lado de la caridad, cuando ésta las toma como compañeras de sus hazañas, forman su mejor cortejo.

Y señalemos además el trío de la pobreza, la castidad y la obediencia, virtudes de altos vuelos, guardianas vigilantes de la salud de las almas, de su vigor y de su hermosura, garantías de orden y de armonía, auxiliares poderosas de la perfección evangélica.

Y en el seno de todas estas riquezas el soplo del Espíritu Santo viene una vez más con sus dones a producir una exuberancia de vida, que facilita el ejercicio de todas las virtudes, asombrando a todos con las maravillas de sus poderosos impulsos inesperados. Y los frutos de ese mismo Espíritu de Dios: la paz, el gozo, la benignidad, la bondad, la mansedumbre, etc., vienen a embalsamar de suavidad, de perfume y de encanto el santuario de aquellas almas en las que se despliega toda esta vida.

Tomás de Aquino se entusiasmaba delante de esta visión de hermosura. Dios, por su parte, se empeña incesantemente en multiplicar estos ejemplos en nuestro pobre mundo. Y continuamente los santos ángeles del Señor despliegan su celo en la protección de semejantes tesoros.

¿Quién no reconocerá, apenas eche una ojeada sobre la vida de sor Rosalía, una magnífica actuación de todas estas energías espirituales, depositadas por Dios en las almas? Inmediatamente se desprende de ella una impresión de excepcional esplendor. Entre tantas preciosas virtudes, ¿habrá habido alguna que haya permanecido ociosa en este armonioso conjunto? Es inútil que nos pongamos a buscarla. Y no lo será ciertamente esa indispensable virtud de la prudencia, que corría tantos riesgos en una vida impulsada por tan admirable audacia, y que a pesar de todo se muestra espléndida en sus afortunadas decisiones, en sus pujantes iniciativas, en sus magníficos resultados, en medio de un clima de tempestades y de motines. En medio de tantas otras virtudes, igualmente hermosas, pero más apropiadas a las situaciones comunes, podemos admirar esta sabiduría, tan extraña y tan meritoria, de la prudencia cristiana, que dirigió una vida tan hermosa, pero tan expuesta al peligro.

ESPÍRITU DE FE, VIVA LUZ EN LA VIDA

Fue el espíritu de fe el que hizo brotar tanto esplendor. La fe tenía que ser muy viva en aquel alma privilegiada. Ya desde la más tierna infancia impregnó hondamente su alma, en aquella cálida atmósfera de una familia cristiana y en medio de las circunstancias trágicas de la persecución.

Sor Rosalía, niña todavía, volvía un día del campo con sus hermanitas. Llegaron delante de la iglesia. Quisieron entrar para saludar al Señor. Pero la iglesia estaba cerrada. Las niñas se pusieron de rodillas frente a la pared y, a través de ella, le enviaron al Señor su cariñoso saludo. Dios escucha a través de las paredes. Y también a través de las paredes envía sus bendiciones.

Después de convertirse en hija de la Caridad, sor Rosalía, que se levantaba a las cuatro de la mañana, era siempre la primera en acudir a la capilla, donde edificaba a todos con su actitud humilde y respetuosa.

Siendo superiora, entre visita y visita, se la sorprendía a veces arrodillada en su despacho: «Es que así -decía- me resulta más fácil ponerme en presencia de Dios».

En el coche solía bajar las cortinillas de las ventanas, como san Vicente, para que nada pudiera distraerla de la presencia de Dios.

El pensamiento en Dios le resultaba familiar. Los más sencillos consejos solían ir siempre apoyados en pensamientos sobrenaturales. Un día le dijo a una hermana que

estaba muy atareada en el trabajo del lavado de ropa: «Sin dejar su obra, puede hacer también usted un poco de oración. Piense que nuestras almas tienen que estar tan blancas como esa espuma de jabón, tan ligeras como ella, para elevarse hasta Dios, y que solamente lograremos dar a nuestras conciencias la limpieza y la pureza de esa ropa a base de lavarlas en las aguas de la penitencia».

Cuando iba a casa de algún gran personaje para solicitar un servicio o una limosna, procuraba ante todo dirigirse al Espíritu Santo para que inclinase el corazón de aquellos bienhechores. Al entrar, decía a sus religiosas, hay que empezar por agradecer los servicios que nos han prestado otras veces, para exponer a continuación el motivo de la visita. Y les indicaba a sus hermanas: «No sois vosotras las que podéis obtener algún resultado. Es el Espíritu Santo el que dispone los corazones y los inclina al bien».

Tenía un sentimiento muy vivo de las realidades sobrenaturales que nos rodean y nos penetran. Vivía en compañía de los santos ángeles, sentía un gran respeto por su presencia y un gran agradecimiento por sus servicios. Cuando alguna hermana se mostraba un tanto ligera en sus movimientos, le hacía esta observación: «Hermana, su ángel de la guarda no es capaz de seguirle». A otra, que se mostraba algo remisa en escribir una carta en favor de un pobre, le dijo un día: «Vamos, hermana; es su ángel de la guarda el que le tiende la pluma; no puede usted hacerle esperar». Cuando entraba en el comedor para distribuir la sopa a los ancianos -a quienes ella llamaba «mi corte celestial»- le decía a la hermana que aquella semana estaba encargada de ellos: «Hermana, saludemos a los ángeles de esos buenos ancianos. Los ángeles se sienten orgullosos de guiar a los pobres, en los que Dios reside. Y nosotros vamos a participar de su ministerio». Le parecía que «una gran bendición rodeaba a su casa mientras que la sala se llenaba de los obreros que aguardaban el momento de comer». Realmente «la conversación de sor Rosalía estaba en el cielo». Y este pensamiento del cielo, mantenido habitualmente, le daba a su fisonomía y a su manera de actuar ciertos reflejos del más allá. Sus compañeras decían en cierta ocasión: «Cuando contemplamos a nuestra madre, ella nos hace pensar en la santísima Virgen».

Sor Rosalía tenía una idea muy elevada de lo que es una casa de caridad. Es un santuario de Dios. Allí no se puede hacer más que el bien. Durante un motín, un oficial del ejército regular que se había quedado solo en una barricada en medio de sus soldados muertos, huyó de la batalla y se refugió en el patio de la casa de caridad. Los amotinados le habían seguido y estaban ya a punto de fusilarle. Sor Rosalía pronunció entonces este hermoso grito de fe: «¡Aquí *no se mata a nadie!*».

LAS DEVOCIONES DE SOR ROSALÍA

Practicaba las devociones sólidas y sencillas de todo buen cristiano. Tenía sobre todo la devoción al deber, la devoción a “la obra bien hecha». Y tenía también la devoción de rezar por el papa, de rezar por la santa Iglesia.

Y desde luego tenía también una gran devoción a la santísima Virgen. Ya antes de 1830 había hecho, como todos los hijos de san Vicente, profesión de fe en la Inmaculada Concepción. Cuando explotó en la iglesia el gran acontecimiento de las apariciones de la Virgen en la calle du Bac, pudo todos los meses ir allá a rezar con todo recogimiento, asistiendo fielmente a las conferencias del padre director y repitiendo de todo corazón la invocación a la Inmaculada con los demás fieles. Le gustaba también visitar los demás santuarios parisinos dedicados a la santísima Virgen. En nuestra Señora de las

Victorias iba a visitar al Corazón inmaculado de María con el buen pueblo parisino que llenaba la iglesia. En San Severino, muy cerca de su casa, iba a visitar a nuestra Señora de la Esperanza. En 1853 la vemos acudir a varias peregrinaciones. Su madre estaba gravemente enferma. Desea arrancar a la muerte a aquella madre que tanto quería y acude al corazón maternal de la Virgen a expresar su pena y su confianza. Con dos de sus compañeras se dirige a nuestra Señora de las Victorias. Poco tiempo después renueva sus súplicas ante otra imagen de la Virgen, esta vez en San Severino.

Ante la santísima Virgen demostraba tener un corazón verdaderamente filial y una gran confianza. Como un día tuviera que consolar a uno de sus antiguos estudiantes que acababa de perder a su mujer y que se sentía desamparado rodeado de numerosos hijos, le escribió una carta inspirada en un alto sentido sobrenatural y puso en manos de la santísima Virgen aquella situación tan penosa. Y el día de la fiesta de la natividad de la Virgen, 8 de septiembre de 1853, le escribió a aquel pobre padre: «Tenga confianza en la santísima Virgen. Hágala la *madre de sus hijos*».

Sor Rosalía no podía dejar, en su apostolado tan activo y a veces tan difícil, de utilizar la medalla que recientemente había traído a la tierra la misma Virgen María y que iba a dar la vuelta al mundo para merecer en aquella extraordinaria expansión por toda la tierra el nombre de «medalla milagrosa». Durante los primeros momentos de devoción a la medalla milagrosa, he aquí que sor Rosalía descubre en una pobre familia a dos niñas de catorce y once años cuidando de su madre moribunda y casi abandonadas por completo de su padre. De todas formas, el padre y la madre confían de buena gana sus hijas a la hermana para que se encargue ella de instruir las.

Aquella familia era israelita. Sor Rosalía piensa inmediatamente en la obra del padre María-Teodoro Ratisbona. Le pide al señor Aladel que se ponga al habla con dicho padre y que le pida que acoja a sus protegidas. Entre tanto, la madre les ha dado a las niñas la medalla milagrosa, lo mismo que había hecho en Roma, con tanto éxito, el barón de Bussiéres con el joven Alfonso Ratisbona. Ella esperaba ver renovarse aquel milagro con la conversión de las niñas. Entre tanto se las había confiado, con la preciosa medalla, a una piadosa señora.

El padre María-Teodoro Ratisbona, cuando contó cuarenta años más tarde, en 1882 ó 1883, los pasos que dio en esta ocasión el señor Aladel, el 8 de agosto de 1842, para ponerse al habla con él, observaba que «la hermana de la Caridad que había servido de instrumento a la divina Virgen en aquellas circunstancias era sor Rosalía Rendu, la misma que desde su pobre casa de la calle de l'Épée-de-Bois de París había impreso durante largos años un movimiento tan pujante a la beneficencia cristiana».

Y arrastrado por su celo el padre Ratisbona escribía a su hermano: «El señor Aladel tiene que ser el encargado de dar la consigna a todas las hermanas de la Caridad de Francia; esas dignas hijas de san Vicente que penetran en todos los rincones en donde hay una miseria que aliviar, unos desgraciados que salvar, procurarán traernos a los pequeños israelitas que la santísima Virgen les haga encontrar». Y un poco más adelante: «Las dos primeras catecúmenas nos llegaron por medio del señor Aladel y de una hermana de la Caridad: ¡qué augurio tan hermoso! La medalla milagrosa siguió ese mismo canal. Animo, ánimo. Los neófitos se multiplicarán tan aprisa como las medallas; se irán atrayendo unos a otros, para mayor gloria de Dios y de nuestra buena Madre».

Sor Rosalía, lo mismo que sus compañeras, no conocía a la hermana que había recibido las confidencias de la santísima Virgen. Pero conocía la hermosa historia de la medalla

y especialmente el milagro que seis meses antes había entusiasmado a los ambientes romanos, suscitando por todo el mundo las conversaciones piadosas y haciendo que se propagara la medalla más que nunca. Y sor Rosalía distribuía con gusto aquella medalla. Se había convertido en uno de sus medios de apostolado.

Más que nunca experimentaba el poder de la santísima Virgen. Cuando se quedó ciega, multiplicó sus oraciones a la Virgen. Le gustaba especialmente rezar el rosario.

El rosario, el evangelio, la Imitación de Cristo: esos eran sus «libros». El rosario era el libro de cada momento, el consuelo de sus largas horas de inactividad, su vinculación fácil con el cielo. Cuando tenía a su disposición a una benévola lectora, entonces acudía de buena gana al evangelio y a la Imitación. Y saboreaba aquellas páginas. Cuando había alguna postulante en casa, era a ella a quien solía pedirle ese favor. Un día, a petición suya, una postulante le había leído un capítulo de la Imitación. Lo había escuchado con verdadera fruición. Se recogían allí algunas palabras de nuestro Señor. Sor Rosalía exclamó: «¡Qué hermoso es!». Y añadió: «¡Qué dicha es poder abandonarse a él!». De buena gana habría dicho como santa Luisa de Marillac, al hablar de esos libros: «Se trata de algo muy necesario para las Hijas de la Caridad».

Con semejantes sentimientos no es extraño que a sor Rosalía le gustase rezar por las grandes intenciones de la Iglesia. Mandaba que se rezase con frecuencia por el Santo Padre, a quien le está encomendada. Dios le había hecho vislumbrar los males que iban a caer sobre la Iglesia y entristecer a su Cabeza visible. Decía de sí misma que todo aquello le causaba una tristeza mortal. «Vosotras veréis todo eso, hermanas -añadía-. Pero yo ya no viviré».

También le gustaba rezar a san Vicente, procurando modelar su vida sobre la del santo; tenía continuamente en los labios algunas de sus máximas y recomendaciones. Por la noche se arrodillaba para rezar sus oraciones ante una imagen que representaba al santo llevado al cielo por los ángeles. Aquella imagen era un recuerdo de sor Tardy, su antigua superiora. Por ese motivo aquella imagen le resultaba doblemente apreciada.

En efecto, sentía por sus superiores un religioso respeto. Siempre hablaba de ellos con auténtica veneración, dándoles señales de su afecto. En su rostro se reflejaban esos hermosos sentimientos, cuando les oía hablar.

Veía a Dios en ellos y no admitía en su presencia bromas ni palabras ligeras. Sus conferencias y sus circulares eran, para ella, cosas de las que no convenía hablar más que con mucha reserva y respeto.

Sus superiores se vieron durante algún tiempo inducidos a error respecto a ella; esta prueba le resultó muy penosa. Pero nunca dejó que se lo notaran. «Nuestros superiores -decía- son muy buenos, pero no pueden verlo todo... Tenemos que compadecer a nuestros superiores, ya que tienen mucho que hacer y una gran responsabilidad. Pidamos mucho por ellos». Para la fiesta de aquellos superiores a los que veneraba se mostraba siempre muy generosa, mientras que en su propio caso practicaba una severa pobreza. En el barrio Mouffetard había muchos horticultores y resultaba fácil conseguir flores. Por eso el secretariado de la casa madre confiaba a las hermanas de l'Épée-de-Trois el encargo de procurar los ramos para las fiestas. Las compañeras de sor Rosalía se encargaban de ello y hacían todo lo posible por traer ramos muy hermosos. Sor Rosalía nunca los consideraba suficientemente bellos. Nada era demasiado para los «venerados superiores». Pero el día de su propia fiesta no

aceptaba para sí más que flores del jardín: un ramo de rosas, rodeado de reseda y de tomillo.

Su espíritu de fe se revelaba también en su estima del sacerdocio, en los muchos servicios que hizo a los sacerdotes y a los seminaristas. Muchos le debieron su entrada en el seminario y la posibilidad de proseguir sus estudios teológicos.

Pero donde este espíritu de fe se mostró más esplendoroso fue en el extraordinario amor a los pobres que practicó durante toda su vida la misericordiosa sor Rosalía. ¡Comprendía tan bien a los pobres! ¡Los quería tanto! Y sobre todo, ¡les sirvió tanto!

ESPERANZA

La preciosa virtud de la fe, que proyecta sobre la vida presente estas luces bienhechoras, ilumina también, a través de las sombras de la muerte, las misteriosas regiones del más allá. De esta manera ilumina la ruta aérea de la esperanza y la anima, en su arduo vuelo, hacia las atractivas bellezas del paraíso.

Sor Rosalía, a través de los duros combates que tenía que sostener en la tierra y de sus difíciles victorias, emprendía esas batallas cotidianas con sobrenatural confianza. Aquel duro trabajo era la prenda mejor de su felicidad allá arriba. Su confianza, sin embargo, no estaba exenta de temor, ciertamente; pero era un temor santo y noble. Un día le decía a una compañera que manifestaba por lo visto algo de presunción: «Por mi parte, yo no veo más que dos cosas entre las cuales vivo: la justicia de Dios, por una parte, y los intereses de su gloria por otra». ¿El sentimiento de la justicia de Dios? Sí, pero al mismo tiempo la preocupación por su gloria. Un temor que deja la puerta abierta al amor. ¡Hermoso y noble temor reverencial, que se mantiene respetuosamente inclinado ante Dios, ante su grandeza, tomando conciencia de su propio deber y que, con prudente modestia, se dirige hacia Dios por el camino del cielo trabajando con todo entusiasmo por su gloria! ¡Santo temor de Dios! Don del Espíritu Santo. «Custus timor». Puro temor sin mezcla, que se olvida a veces de sí mismo para no pensar más que en Dios y que, totalmente abismado en la admiración de las grandezas de Dios, descubre en él una hoguera de amor tan inmensa que queda disminuido el temor de perderlo.

En su profundo respeto a Dios, sor Rosalía, al servicio de este soberano Señor, se consumía trabajando con todo ahínco por extender su reino. Heroicamente entregada a las obras de misericordia, su alma misericordiosa tenía confianza en la misericordia divina.

Ciertamente, como todo lo que tiene vida, ella experimentaba el temblor de la naturaleza ante el pensamiento de la muerte. «Tengo miedo a la muerte», decía. Pero el pensamiento de la misericordia divina y las promesas de nuestro Señor mantenían su espíritu sereno en medio de los duros combates de la vida. Una noche tuvo un sueño: «Me vi -nos cuenta ante el tribunal de Dios. Me recibía con gran severidad e iba a pronunciar mi condenación, cuando de pronto me encontré rodeada de un montón de personas que llevaban botas viejas, zapatillas, gorras, que presentaban a Dios todas aquellas cosas y le decían: Ella es la que nos ha dado todo esto. Entonces Jesucristo se volvió hacia mí y me dijo: En premio por todos esos trapos viejos, que has dado en mi nombre, yo te abro las puertas del cielo. ¡Entra en él por toda la eternidad!». Temor y confianza; allí es donde se revelaba el alma tan fina de sor Rosalía.

«Los que hayan amado mucho a los pobres -decía san Vicente- no tendrán miedo a la muerte». Aunque el pensamiento de la muerte hiciera temblar a sor Rosalía, al final de su vida tuvo una muerte tranquila.

La buena sor Melania, la más anciana de sus compañeras, le dijo también un día con mucha prudencia, cuando intentaba defenderse con severidad de los copiosos elogios que le prometían un buen sitio en el cielo: «Madre, quizás tenga usted razón, pero cuando Dios la vea le dirá: ¡Ahí está una vieja sirvienta que lleva en mi casa más de cincuenta años! ¡No la dejéis fuera!».

Sor Rosalía quería mucho a sor Melania. Y en aquella ocasión debió contestarle con una gran sonrisa.

Por otra parte sor Rosalía sabía refugiarse en las grandes circunstancias bajo el manto de la santísima Virgen. Su corazón tan sensible necesitaba el consuelo de este amparo maternal. Iba de buena gana a rezar al santuario de nuestra Señora de la Esperanza. Al final de la calle Mouffetard, en dirección de la Sorbona, en medio de un laberinto de callejuelas, está la hermosa iglesia de San Severino. Las delicadezas de un arte refinado atraen hacia allá a muchos artistas. Cerca de la Sorbona, estaba también al alcance de aquellos queridos estudiantes que solían frecuentar la casa de l'Epéede-Bois. ¿Se trataba acaso de un sentimiento de unión fraternal con ellos y para unir más íntimamente sus oraciones a las oraciones de sus hijos? Lo cierto es que a sor Rosalía le gustaba aquella iglesia. Encontraba allí, en un rincón, una capilla con una Virgen, muy visitada por los peregrinos y que tenía el bonito nombre de nuestra Señora de la Santa Esperanza. La tradición atribuía a esta iglesia, ya desde muy antiguo, una especie de prioridad en la devoción a la Concepción Inmaculada de María. Un día Pío IX, el papa de la Inmaculada, colocará sobre la cabeza de la Virgen de la Santa Esperanza la corona de oro de la Inmaculada. Así pues, sor Rosalía encontraba allí, ante la antigua estatua, el consuelo de la esperanza cristiana y el gozo de saludar a la Inmaculada.

LA CARIDAD

La fe supera las montañas; a veces incluso transporta las montañas. La esperanza disipa de antemano todas las brumas de la muerte y vive las glorias de la resurrección. La caridad, por su parte, pasa por encima de todos los intereses de este mundo; sacrifica sin piedad los intereses personales sobre el altar del Dios de amor.

Sor Rosalía tenía en el corazón un gran amor de Dios. Se gastaba incesantemente por su gloria. Amaba a Dios «con el sudor de su rostro y el cansancio de sus brazos». Nunca descansaba. «El Señor me llama», decía. Y corría hacia él cuando escuchaba la más pequeña llamada.

Le causaban mucha pena las calamidades de la iglesia, que preveía. Todos se daban cuenta de que sufría por las incomprensiones, los fallos, las defecciones que afligían a la iglesia. Y sentía en su corazón el deseo de reparar en la medida de lo posible aquel deshonor que se cometía contra Dios.

Sus servicios caritativos atendían a los cuerpos. Pero sentía más preocupación todavía por las almas, a las que deseaba rescatar y devolver a Dios.

Este anhelo de que el mundo pudiera ser totalmente de Dios elevaba su espíritu, iluminaba su rostro, revelaba su fuego interior. Y su irradiación penetraba en las almas de quienes la trataban, haciendo que también ellos se empaparan de Dios.

Y era también en Dios y por Dios como sor Rosalía amaba a sus pobres. Es verdad que su corazón tan sensible se apiadaba naturalmente de sus miserias y que su corazón podría haberse limitado a ser únicamente un delicado sentimiento natural. Pero ella veía y amaba también en ellos imágenes de Dios, hermanos redimidos como ella por la sangre de Jesucristo y dotados consiguientemente de un valor incomparable. Y su amar se convertía entonces en un homenaje a todo lo que había en ellos de dones divinos, de bendiciones divinas y de predilección. Delicadezas humanas de un corazón excelente e inspiraciones sublimes del espíritu de fe se unían en su alma tan sensible y tan sobrenatural para encender en ella esa maravillosa hoguera de amor con aquellas llamas tan vivas y tan puras que proyectaban luz y calor sobre los pobres de Jesucristo. Cuando sor Rosalía estaba delante de sus pobres, practicaba el más absoluto olvido de sí misma y de sus intereses personales. Los amaba totalmente. Llena de compasión, se lamentaba con ellas, les consolaba, les aten día, les daba toda su abnegación, lloraba con ellos. Y cuando llegaba la ocasión, también sabía excusarles.

Su caridad le inspiraba a veces frases inverosímiles.

Un día, sor Rosalía salió de su despacho para ir al examen particular y a comer. La sala de espera estaba vacía. Se introdujo en ella un pobre. Sor Rosalía había dejado por descuido sobre la mesa, en medio de diversos papeles, cierta cantidad de dinero. El visitante dejó los papeles, tomó el dinero y se fue. Cuando se dieron cuenta del robo, el ladrón estaba lejos. Cualquiera otra persona se habría indignado. Sor Rosalía no se indignó. Estaba demasiado acostumbrada a defender a sus queridos pobres. Defendió también a éste; y exclamó con un suspiro: «*¡Menos mal que no lo han cogido!*».

Sor Rosalía excusaba a sus queridos pobres ante todo y contra todo. A uno de ellos se le escapó una vez una frase insolente. La gente se indignó al oírlo. Sor Rosalía encontró la forma de excusarle: «Esa pobre gente -dijo- *no conoce el valor de las palabras*». Y tuvo el atrevimiento de añadir: «*Ellos creen que os han hecho un cumplido. ¡Procurad dejarlos contentos!*». «Amemos a los pobres -decía-. No les *acusemos*. Dicen que son perezosos y que están llenos de vicios y los dejan en manos de su pereza y de sus vicios. Amémoslos a pesar de sus defectos. Si nosotros hubiésemos pasado lo que ellos, quizás seríamos peores».

«*¿Son violentos a veces? ¡Es que tienen hambre!*». Sor Rosalía veía siempre el lado bueno de las cosas y de las personas.

Amaba verdaderamente a sus pobres. Amaba a todos los desgraciados como a hijos de Dios. Durante la ocupación de los aliados en 1814, un soldado ruso había sido condenado a muerte por una grave falta disciplinar. Se enteró sor Rosalía, se dirigió al cuartel general y pidió audiencia. Introducida ante el general, le pidió que hiciera gracia al condenado. Sorprendido, el general le preguntó: «¿Pero es que conoce usted a ese hombre? ¿Lo ama usted acaso?». «Sí -respondió la hermana-, lo amo. *Lo amo como a uno de mis hermanos, redimido por la sangre de Jesucristo. Y estoy dispuesta a dar mi vida por salvar la suya*». Había ganado la causa. El soldado obtuvo la amnistía. Sor Rosalía no podía ver sufrir a un desgraciado sin sufrir con él. Volaba a socorrerlo y ayudaba a su miseria. Pero de todas formas aquella vez había sido demasiado atrevida. Se dice que sor Rosalía, al volver a casa, se extrañó ella misma de haber dado un paso semejante.

El pobre -sor Rosalía acaba de decirlo- es un hijo de Dios. Ahí está el secreto de su grandeza. Esa debe ser la razón de nuestra estima, el resorte de nuestro amor. El pobre goza incluso del amar privilegiado de nuestro Señor. El pobre goza de gran

crédito ante nuestro Señor. Cuando sor Rosalía deseaba manifestar a alguien su agradecimiento solía decir: «Mis *enfermos y mis ancianos rezarán por usted*». La oración de sus pobres era la mejor recompensa.

Sor Rosalía *pensaba continuamente* en ese tesoro que eran sus pobres. Donde está nuestro tesoro, allí está nuestro corazón.

Se sentía acosada por el recuerdo de sus sufrimientos. Un día que sus hermanas se reían llenas de buen humor durante la recreación, les dijo: «Hermanas, son ustedes muy felices de poder reírse así. Me alegro de ello. Pero yo siempre tengo ante mis ojos la miseria de los pobres. Ellos *son mi peso y mi dolor*. Como mi pan inútilmente, mientras ellos sufren. Y esto me quita toda satisfacción».

Por eso mismo algunas veces, mientras estaban comiendo, dejaba los cubiertos diciendo: «Hay algo que me sofoca y que me quita el apetito: la idea de que a muchos pobres les falta el pan».

Sor Rosalía *daba mucho* a sus pobres. Pero la miseria volvía a renacer continuamente y siempre era mayor que sus regalos.

La señora Dannemarie, en su biografía de la hermana, nos ha contado un acto heroico de aquel corazón caritativo. Estaba en su despacho. Una pobre mujer le narra a sor Rosalía la triste historia de sus miserias: «Los ojos vivos de sor Rosalía adivinan algo que la mujer no le dice. "¿Tiene usted frío?, le pregunta. No lleva usted nada debajo de esa ropa tan ligera. Espere un poco". Y sor Rosalía vuelve con unas enaguas calientes "Lléveselas", le dice. Aquel día, a medida que pasaban las horas en aquella pequeña habitación sin fuego, el rostro de sor Rosalía iba palideciendo cada vez más. A su vez, ella empezó a temblar de frío. Se había privado ella misma de su ropa».

Daba mucho. Pero siempre tenía miedo de no dar bastante. Por eso seguía dando, y muchas veces de forma heroica a costa de su propia persona. Practicaba heroicamente el *don de sí*. Daba sobre todo bondad, compasión, todas esas cosas buenas que llevaba en su corazón y que tenía siempre cuidado de alimentar y enriquecer continuamente.

Por aquellos días trágicos de la revolución de 1848 los motines hacían verdaderos estragos. Por el barrio los ánimos estaban exaltados y los corazones enconados. Daba miedo la cara de algunas personas. «Creo -dirá un día sor Rosalía- que, si alguien hubiera bajado por entonces al infierno, no habría encontrado allí a un solo diablo; todos andaban sueltos por nuestras calles. ¡Nunca me olvidaré de aquellas caras!»⁵. También las hermanas tenían miedo. Una de ellas exclamó: «¡Qué malos son!». Y sor Rosalía saca del tesoro de su corazón inagotable de bondad esta frase tan hermosa: «Hija mía, un motivo más *para que nosotros seamos buenas*».

Y ellas fueron buenas ciertamente. ¡Ya lo creo! ¡Buenas hasta el heroísmo!

No hay mayor prueba de amor que la de *dar la vida* por aquellos a los que se ama. Pues bien, sor Rosalía, en lo más recio de la revuelta, se acercará hasta las barricadas a riesgo de caer bajo las balas. Su vida fue res petada. Pasó indemne entre ellas. Dios quería conservarla. Y muy cerca de la calle de l'Epée-de-Bois tuvo la dicha de detener la batalla.

Sor Rosalía demostró la misma grandeza de alma y la misma caridad en otra circunstancia memorable. Era el año 1854. El padre de Ravnigan estaba gravemente enfermo. Lo creían ya perdido. Sor Rosalía ofreció su vida por él. «El está destinado -decía- a seguir haciendo mucho bien. Pero yo he hecho tan poco que creo que sería una falta de caridad por mi parte no ofrecerme en su lugar». ¡Buena persona sor Rosalía! Iba demasiado lejos. Pero los santos tienen estas hermosas exageraciones.

Una vez más Dios se negó a aceptar el sacrificio de sor Rosalía. Todavía tenía que vivir otros dos años. Pero Dios, con su gran bondad, le concedió lo que ella -junto con toda la iglesia de Francia- estaba deseando: la salud de aquel gran misionero.

Tocamos aquí con la mano toda la grandeza de ideal que inspiraba la caridad de sor Rosalía. Frente a esta noble y generosa preocupación por los intereses de Dios y de la santa Iglesia, no nos extrañamos de constatar ya en aquella vida tanta esplendidez y un impulso tan irresistible, tanta alegría y tanta limpieza de corazón.

El puro amor de Dios y de su gloria actuaba en aquella alma insaciable. No acabaríamos nunca de recordar todos los detalles de aquellas hazañas de la caridad. El relato de su vida nos revela su continuo ejercicio en plena atmósfera de fe. Se respira allí el aire vivificante del más puro cristianismo.

Estos esplendores de la caridad han podido hacer que se olviden en sor Rosalía otras virtudes que, sin embargo, tenían también en ella un esplendor excepcional. Mezclada con el mundo para llevarle, junto con los so corros materiales, el mensaje de Cristo, la vida de sor Rosalía trascendió más en el campo de batalla que en el oratorio de su casa. Pero en medio de la agitación de la vida social, la infatigable obrera del Señor necesitaba todas las virtudes que tienen por objeto las relaciones humanas, esas grandes virtudes cardinales, con todo el acompañamiento de las virtudes anejas.

LA VIRTUD DE LA PRUDENCIA

Ya hemos hablado de su prudencia en medio de las dificultades que rodeaban su apostolado. Pero toda la vida de sor Rosalía es una ilustración de esta virtud indispensable. Enfrentada ya desde su niñez con las responsabilidades de la resistencia a los perseguidores, arrojada más tarde a aquel ambiente tempestuoso del barrio Mouffetard en medio de motines y revueltas, sor Rosalía dio el ejemplo maravilloso de un perfecto dominio que logró solucionar las situaciones más espinosas y de un sentido apostólico que obtuvo maravillosos éxitos. En los momentos de mayor agitación tuvo que resolver problemas muy delicados; y los resolvió con una prudencia, mezclada de audacia, que pudo ser discutida en algún momento, pero que acabó finalmente siendo admirada y considerada digna de la legión de honor.

En el curso ordinario de la vida se imponía a los demás por su tacto así como por el ascendiente de su virtud. Y gracias a esa prudencia llegó a verse el caso extraordinario de unos administradores que venían, la víspera, de sus reuniones, a la calle de l'Épée-de-Bois a preguntar a sor Rosalía cuál era la conducta que tenían que seguir. Sor Rosalía era su oráculo.

Hay en todo ello una prudencia sorprendente que no puede menos de ser admirada. Porque supone por otra parte una vida de un carácter decidido y de una limpieza magnífica. «La vida del espíritu -decía hace poco Blondel- es siempre solidaria de la vida del ser. Para que una mirada sea limpia, es menester que el ojo sea puro y el organismo sano. En el ojo hay algo más que la luz; hay también sangre y vida». Y del mismo modo en el alma hay una vida que repercute en el trabajo del espíritu. Pues bien, toda la vida de sor Rosalía lleva ese sello de salud moral, de grandeza, de nobleza. Por tanto, no hemos de extrañarnos de su clarividente prudencia. La gran virtud de la prudencia, que tenía que gobernar en medio de los reinos agitados de este mundo, tenía su trono en el pequeño reino interior de un alma serena, totalmente sana, bien ordenada; en la paz es donde ella podía gobernar a sus otras compañeras, las virtudes

de la fortaleza, la justicia y la templanza, para enfrentarse todas juntas con los tumultos de la vida.

LA VIRTUD DE LA FORTALEZA

La virtud de la fortaleza, guiada por la prudencia cristiana, permitió a sor Rosalía emprender las acciones necesarias y soportar siempre las adversidades. Fue valerosa y paciente.

Con una admirable continuidad, día tras día, en su vida de comunidad, mantuvo una regularidad ejemplar. Habiendo asumido las responsabilidades de su cargo de superiora, *emprendió* valientemente toda clase de obras, algunas de ellas totalmente nuevas, que resultaban necesarias. Para ello logró formar un equipo perfecto de buenas obreras apostólicas, animando a sus compañeras al apostolado, elevando sus almas, trasformando los caracteres difíciles, haciéndose toda para todas. Y soportó con admirable paciencia las pruebas que señalaron especialmente los últimos años de su vida. Entre tanto, en medio de las revoluciones, mostró una valentía poco común, arrostrando los terribles deberes que le imponía la caridad en medio de los motines de su barrio tan difícil. Y ella misma acudió a las barricadas. ¡Qué locura! ¡Pero qué gesto de intrepidez! Exponía su vida, desde luego; pero daba una prueba suprema de amor y de fortaleza cristiana. Y Dios le dio la alegría de ver cómo la paz volvía a reinar entre los combatientes, gracias a su intercesión.

Aquel gesto había sido magnífico y sus consecuencias demostraron que no había hecho nada imprudente. La prudencia había desempeñado allí con toda felicidad su papel de consejera; y la fortaleza había impulsado la virtud hasta el heroísmo.

LA VIRTUD DE LA JUSTICIA

Este papel de consejera podría resultar quizás más delicado en el terreno de la justicia. No es que sor Rosalía faltara ni mucho menos a sus obligaciones de justicia. Sabía recordar muy bien a sus compañeras, en las ocasiones oportunas, que les pagaban por dar clase y que por tanto faltarían a la justicia si no pusiesen el debido interés en darlas bien. Sabía recordar igualmente a cierto joven, que se había llenado de deudas y que quería sin embargo mostrarse generoso, que había que ser libre antes de ser liberal. Pero no siempre resultaba fácil saber cuál era la obligación en medio de aquellas tempestades revolucionarias. Por eso pudo suceder muy bien que sor Rosalía tuviera que vérselas en algunas ocasiones con la justicia de los hombres. Un prefecto de policía tuvo que reprocharle en plena revolución que había puesto trabas a las investigaciones policiales. Pero ya hemos oído las magistrales respuestas que sor Rosalía dio a aquellos reproches y que, revelando toda su grandeza de alma, acabaron atrayéndole la admiración de los mismos empleados de la justicia y le valieron la cruz de honor.

La prudencia tenía realmente mucho que hacer en aquella vida tan accidentada. Pero lo cierto es que representó magistralmente su papel.

LA VIRTUD DE LA TEMPLANZA

También en el terreno de la templanza el trabajo que realizó sor Rosalía fue muy hermoso. Su fuerza de sabiduría, de vigilancia, de dominio de sí misma, supo conducir

su vida entre los dos escollos de una vida fácil y de un excesivo rigor. Y esta sabiduría, vivida con una perfecta serenidad, dio a toda su vida un maravilloso encanto.

Se trataba de tener bien dominadas aquellas fuerzas tan vivas de una naturaleza pujante, ardiente, espontánea, de utilizar todas sus energías sin verse esclava de sus violencias, de mantener las riendas de todas aquellas fuerzas dentro de un temperamento bien controlado. Para eso era menester desplegar una constante vigilancia en contra de los sobresaltos siempre posibles de la fantasía. Sor Rosalía desplegó entonces toda aquella robusta y sana actividad, serena, dedicada a las más bellas tareas apostólicas, arrastrando hacia su hermoso amor a los pobres a todas las demás potencias de su alma, encadenadas con las cadenas de oro de la caridad, dando así un magnífico empleo a sus impulsos de actividad. Esta actividad prudente y regulada, mortificando las tendencias capaces de comprometerlo todo en la obra tan hermosa de la prudencia, hacía reinar una paz perfecta en el reino de su espíritu.

La actividad de sor Rosalía se desplegaba con una facilidad llena de encanto y con una gravedad que parecía ser la irradiación divina de una presencia interior. En esta divina compañía, ella vigilaba con todo esmero para que todo en su vida sirviese de veneración al divino huésped de su alma. La visión de aquella piadosa e infatigable obrera de Dios, la visión de aquel rostro tranquilo, decidido, enérgico, de aquella mirada reposada y penetrante, que se fijaba limpia y amorosamente en su objeto, incluso en medio de los más trágicos acontecimientos, la visión de aquellas dos manos colocadas una sobre otra en un gesto de descanso, favorable al pensamiento y a las decisiones robustas, todo aquello daba una impresión de moderación, de fuerza contenida, de dominio de sí misma, con vistas a la acción. Esta fuerza interior lo mantenía todo en orden. Y aquel dominio perfecto resultaba asombrosamente natural. La naturalidad que reinaba en toda la vida de sor Rosalía y que la hacía tan simpática en el seno de su enorme actividad, tanto en la compañía de sus pobres como en la de los más ilustres personajes, podría haber dado fácilmente la impresión de una virtud fácil, completamente natural, en donde no quedase mucho espacio para el esfuerzo y la mortificación. Pero en realidad, la naturalidad y la mortificación se compaginaban muy bien en ella. Sor Rosalía tenía el don de conjugar perfectamente estas dos cosas. Y hemos de creer que la mortificación, tal como ella la practicaba, contribuía a darle sobre esos sentimientos aquel perfecto dominio que le permitía ser tan libre, tan natural en sus movimientos.

Por otra parte, cabe muy bien la posibilidad de ser mortificado sin tomar un aspecto austero.

Se ha advertido en varias ocasiones que sor Rosalía no se mostraba nunca descuidada en su forma de ser y de vestir. Esto supone una gran vigilancia.

Sabía mortificar cruelmente su vista cuando se presentaba la ocasión. Era muy modesta. Un día, al volver de una hermosa ceremonia, le preguntaron: «Hermana, ¿se ha fijado usted en esto, en aquello?». «No». Y sor Rosalía guardó silencio. Insistieron: «Pero no es posible. ¿Es que estaba usted ciega?». Sor Rosalía entonces, seguramente con una pequeña sonrisa, dijo esta frase que habla elocuentemente de su espíritu de mortificación: «Tenía demasiadas ganas de verlo!». Y se había guardado mucho entonces de ver lo que tanto le habría gustado. ¿No se cuenta también cómo, en tiempos de san Vicente, una de las primeras hijas de la Caridad tuvo que pasar por medio del alegre espectáculo de las ferias, y cómo iba repitiendo,

con los ojos bajos y las manos en las mangas apretando su crucifijo, estas hermosas palabras: «Jesús mío, tú eres más hermoso que todo eso».

Este control de sí misma, ejercido habitualmente sobre su naturaleza humana, la preservó necesariamente de muchos fallos. De hecho, la vida de sor Rosalía se desarrollaba con una corrección perfecta que podría hacer creer en que estaba libre de malas inclinaciones. No se le advertía nada de eso. No se lograba ver en ella ningún fallo.

Sus compañeras, que admiraban a su superiora y se sentían asombradas de semejante perfección, se pusieron de acuerdo un día en observar atentamente todos sus gestos y reacciones, con la secreta esperanza de poder con firmar por una especie de prueba negativa aquella sorprendente comprobación. Estaban convencidas de que aquella minuciosa investigación conseguiría tan mínimos resultados que acabaría glorificando más su virtud.

Y así se hizo. No descubrieron en ella absolutamente nada que pudiera desmerecer en lo más mínimo de su virtud. Las tres investigadoras volvieron de su encuesta absolutamente vacías. La cosecha había sido nula.

Podría aplicarse muy bien a sor Rosalía aquella hermosa fórmula que utilizó unos siglos antes san Francisco de Sales: «La forma de su vida era suave y amable. El fondo era severo. La serenidad, la igualdad de su carácter ocultaban la práctica de la más austera mortificación».

Por otra parte, ¿acaso el cumplimiento de las obligaciones con toda perfección no es la más segura de las mortificaciones? Se ha hablado de la «mortificación del fervor», a saber, de ese ímpetu continuo de un alma, dedicada a realizar su vida con toda perfección, siempre despierta para el servicio de Dios, enderezando continuamente su esfuerzo en la alegría de un buen servicio.

El deber, bajo la forma de servicio a los pobres, estimulaba continuamente a sor Rosalía. Había consagrado su vida a los pobres; deseaba darles todo su tiempo y no robar ni un solo esfuerzo a este hermoso servicio. Pues bien, los pobres llamaban continuamente a su puerta. Solamente por ese motivo estaba ya convencida de que no podía tener ni un solo momento de descanso.

Sin embargo, el descanso, sabiamente moderado, resulta necesario para todos. Y las compañeras de sor Rosalía intentaban procurar este beneficio a su buena madre.

Sor Rosalía acabó aceptando lo que ella llamaba «mi día de campo». Se trataba de bajar las pequeñas escaleras que llevaban al huerto de la casa de socorro, e ir a coger una docena de frutos de un peral que era el árbol más fecundo de aquel huerto. Llevaban ya varias semanas pensando en aquella excursión. ¡Nunca encontraban tiempo para ella! Por fin, una de las hermanas vio unos momentos libres, cogió de la mano a la buena madre, la arrastró al huerto. Estaban ya junto a las escaleras, cuando sonó la campanilla de la puerta. «Voy a ver quién llama -dijo la compañera-; entre tanto vaya usted bajando las escaleras». «No, no -replicó sor Rosalía—, volviendo sobre sus pasos-, es el Señor quien me llama. No quiere que yo abandone ni un solo instante mi servicio».

«El Señor me llama». Sor Rosalía tenía una idea muy elevada de la acción de Dios en el mundo y en las almas. Tenía una fe muy viva en la Providencia. Las más pequeñas señales de esa amable Providencia eran captadas inmediatamente por ella y regulaban su conducta. «¡El Señor me llama!». No ocurre nada sin el designio de Dios. El sonido

de la campana era la llamada de Dios. Acudir a la llamada de Dios valía mucho más que todas las distracciones y todos los «días de campo».

Sor Rosalía renunció para siempre a su «día de campo».

Y volvió a su puesto de trabajo. Se encadenaba de nuevo a su cadena de oro, ceñida con un corazón alegre a su vida mortificada por amor a sus queridos pobres y a la gloria de Dios.

Prudencia, fortaleza, justicia, templanza, las grandes virtudes cardinales, esto es, fundamentales, de las que todas las demás no son más que aspectos más o menos modestos. Por ejemplo, la humildad, virtud modesta, pero que tiene su encanto dentro de su propia modestia. Por ejemplo la sencillez, virtud también encantadora, con su mirada humilde y pura, cándidamente fijada siempre en Dios, hacia el que se elevan todos los homenajes y en quien se fijan todos los pensamientos.

HUMILDAD Y SENCILLEZ

La humildad y la sencillez son dos virtudes especialmente queridas para sor Rosalía y singularmente meritorias en el papel de primer plano que ella tenía que representar dentro de su barrio tan turbulento y tan simpático a la vez. Sus hazañas caritativas, realizadas modestamente, sin boato de ninguna clase, sin apariencias, de la forma más natural del mundo, daban a su caridad un encanto que aumentaba su atractivo y la hacía contagiosa.

Sor Rosalía era ciertamente *humilde*. Había declarado al orgullo una guerra sin cuartel, en ella misma y en los demás. Perseguía sin piedad al amor propio. Para combatirlo utilizaba algunas expresiones de una energía que contrastaba tremendamente con la moderación habitual de su lenguaje. «Es nuestro enemigo capital -decía-. Buscadlo y lo encontraréis en el fondo de todas las cosas. Se disfraza para engañarnos y echarnos a perder. Pero es preciso que lo cojamos *del cuello y lo estrangulemos*».

Y en otra ocasión decía: «Un grano de amor propio basta para quitar el mérito de una obra buena»".

Hacía observar con prudencia -ya que la humildad es la verdad que «es una locura atribuirnos el éxito de algunas de nuestras empresas, puesto que se lo debemos al recuerdo de algún pobre que habrá rezado por nosotros o a la intervención de algún alma buena que no conocemos». Y oigamos finalmente esta interesante reflexión de su alma bondadosa: «Para impedir las caídas tenemos que apoyarnos en estas dos muletas, la confianza en Dios y la desconfianza en nosotros mismos. Y si alguna vez caemos, tenemos que hacer como los niños cuando resbalan, dan con la nariz en el suelo, se ponen a llorar, miran a su madre y se consuelan con ello y se levantan».

Preocupada por mantener a sus compañeras en la humildad, no les dejaba la ocasión de admirarse a sí mismas después de un buen gesto. Inmediatamente venía el correctivo lo.

Por lo que a ella se refiere, se lamentaba con toda franqueza de la estima con qua la rodeaban: «¡No sé en qué está pensando esta gente! -decía-; los parisinos son así: ¡venir a consultarme a mí, que no tengo ni sentido común, ni inteligencia, ni formación! No hago más que decirles que me dediqué a guardar animales en mi tierra; pero no logro convencerles. Son seguramente mis pecados los que han hecho que caiga sobre mí esta publicidad».

«No soy más que una mala losa de vidrio -decía en otra ocasión-*cuando se rompe, la sustituyen por otra que sea más bonita y más fuerte*». Otra vez le decían que una

persona había hablado bien de ella; su contestación fue clara: «Está equivocado al hablar así, pero más aún al pensar de esa manera».

Un día recibió una carta llena de injurias de un individuo cuya mala conducta era la desesperación de una honrada familia, a la que sor Rosalía se sentía muy unida: «El me conoce bien -fue su comentario-; así es perfectamente como soy; ha hecho un retrato perfecto de mí».

No podía soportar que los pobres la llamasen su «bienhechora». «Llamadme vuestra servidora -les decía-, o vuestra amiga, o vuestra hermana. Eso es lo que realmente soy».

En su deseo de sacrificar su orgullo, se sentía dispuesta a mostrarse generosa con quienes la trataban mal. Un día, cuando escaseaban los recursos, se vio obligada a negar el dinero que le pedía una de las familias que asistía. «Bien, madre -le dijo una de sus hermanas que la conocía bien-; puesto que no quiere usted dar diez francos a esa pobre mujer, le diré que la injurie y entonces le dará usted veinte». ¡Qué revelación! ¡Qué luz proyecta todo esto sobre los ardores combativos de aquella alma sedienta de humildad y en lucha contra el orgullo que se empeña en estropearlo todo!

En efecto, sor Rosalía es la reina de su buen pueblo del barrio Mouffetard. A todos les resulta simpática. La acogen como a una reina, la aprecian, le agradecen sus favores, la defienden cuando tienen que hacerlo. Todo le resulta bien. No cabe duda de que a veces le llegan algunos ecos de gente que no acaba de comprenderla y que la critica; es la parte inevitable de prueba que hay en cualquier vida. Pero ella se da cuenta de que todo su pueblo la quiere y de que les hace mucho bien. El orgullo corre peligro de adueñarse de ella.

Pero tiene mucho cuidado de dejarse caer en la trampa. Sabe estar atenta. Delante de Dios, el único que merece gloria y alabanza, adoptará prudentemente y con fidelidad la actitud sincera de la humildad. Ya que no puede ocultar sus beneficios -puesto que todo se hacía a plena luz del día en aquel barrio tan singular, poblado de gentes sencillas y sinceras- se resignaba a aquella gloria y aceptaba su esplendor. Pero aprovechaba todas las ocasiones para rendir homenaje a la omnipotencia de Dios.

Saber de esta forma, reconociendo lealmente la debilidad radical de la naturaleza, acoger con toda serenidad, como regalos de Dios, los éxitos y los fracasos, y dominar de la misma forma las alegrías y las penas, la felicidad y la prueba, ser dueña de sí misma, pasara lo que pasara, en la calma y en el dominio de sí misma, todo eso es la mejor demostración de su noble sinceridad, que añade al valor de la humildad todos los encantos de la sencillez.

En efecto, la sencillez conserva la mirada dirigida hacia Dios en todas las circunstancias. No ve nada más que a él. Ese es su secreto. Y es también el secreto de sor Rosalía.

Esta visión de Dios da una gran naturalidad a la vida. Cuando una de las jóvenes compañeras de sor Rosalía no se atrevía a hacer alguna cosa por timidez, ella le decía: «¿Pero de qué tiene miedo? ¿No habla usted en nombre de Dios?». Y la mandaba actuar ante personas extrañas o la enviaba a hacer peticiones o reclamaciones a las oficinas administrativas. Con Dios y por Dios era lícito ser atrevido. Era él el que representaba el papel debido.

En contraposición, los hombres no tenemos ningún derecho a buscarnos a nosotros mismos y a resaltar nuestra presencia. «Sed como el agua limpia -decía sor Rosalía-

que corre sin ningún sabor ni color; y así siempre». Ciertamente no hemos de dejarnos llevar de ese sentimiento infantil de vanagloria o de orgullo mundano, para producir sensación en los demás. Si hay que desplegar con generosidad todos los talentos y toda la destreza para servir a los demás y edificarlos, si hay que procurar desarrollar los talentos y la personalidad con esta intención, si hay que saber buscar la satisfacción del «trabajo bien hecho», hay que desterrar también el gusto por las soluciones baratas, por el vano placer de asombrar a la galería.

Por tanto, nadie tiene derecho a buscar las *apariencias*. Pero siempre había que estar en forma, perfectamente limpios y bien presentados. Sor Rosalía daba ejemplo de ello. Los que la conocían decían a veces: «Está siempre tan impecable y tan en forma que podría ponerse en un escaparate». Y a pesar de todo, siempre procedía sin aspavientos, sin finuras, sin precipitación, dedicándose con sencillez a cualquier tarea, de cualquier clase que fuera, poniendo toda su sonrisa y su encanto en las cosas que quizás no tenían nada para hacer sonreír.

Un día se presentó entre los visitantes un pobre hombre desolado ¡Había perdido su caballo! Sor Rosalía podría seguramente buscarle uno. Lo necesitaba para poder ganarse la vida. Ante aquella insólita petición, sor Rosalía no frunce el ceño. Se ocupará del asunto. Apenas encuentra un *momento libre, va a buscar a un bienhechor: «Necesito un cab0o», le dice sin remilgos. «La cosa es bien sencilla -le dice aquel hombre-. Vaya a mi cuadra y escoja el que más le guste»*. Pero allí no había más que caballos de raza, pura sangre. No se podía contar con ellos para tirar del carro o para labrar los campos. Lo que se necesitaba era un buen caballo de tiro. «Bien, vaya a comprarlo usted misma». Estupendo. Y allá va sor Rosalía, acompañada de un buen tratante para asesorarla.

Y todo el mundo pudo verla volviendo al barrio Mouffetard, radiante de alegría, llevando al caballo de las riendas. ¡Una hermosa entrada triunfal por el barrio Mouffetard!

¿No se había visto también un día al gran Fénelon, el ilustre arzobispo de Cambrai, volver del campo llevando de una cuerda a una vaca que se había escapado y extraviado por el campo, para devolvérsela a su propietario?

Un alma grande puede realizar con elegancia las más humildes tareas. ¿No se decía de san Felipe Neri que sabía limpiar los platos «con manos de cardenal»?

«Nadie era tan sencilla como sor Rosalía -dirá una de sus compañeras-; hacía lo que hace todo el mundo; parecía como si fuera como todo el mundo; pero lo hacía todo con tanta perfección que resultaba inimitable».

Sor Rosalía había hecho los tres votos religiosos: pobreza, castidad y obediencia. Y había hecho también el cuarto voto que hacen todas las Hijas de la Caridad: el voto de servir a los pobres.

¿Servir a los pobres? Ese fue, a los ojos de los hombres, el esplendor de su vida.

En cuanto a los otros tres votos, dejó ciertamente testimonios esplendorosos de su fidelidad. Vivía con pobreza en medio de los pobres. Su aprecio de la castidad le inspiró, para sí misma y para sus compañeras, una severa vigilancia en el empleo de las precauciones tradicionales que sirven de garantía y de defensa para esta delicada virtud. Además, mantuvo en su vida y en la de sus compañeras una intensa actividad caritativa, una inspiración apostólica de una excepcional energía, que creaba alrededor de sus almas un aire puro y vivificador. Por lo que se refiere a la obediencia, sor Rosalía fue en este terreno sencillamente heroica.

La fidelidad renovada incesantemente a estos grandes votos de la vida religiosa daba a la vida de sor Rosalía un gran aire de elegancia y de belleza moral. Sus pobres la amaban por su bondad y por su generosidad, pero también por su dignidad de vida y por la calidad de su espíritu.

POBREZA

La pobreza que practicaba no le quitaba nada de su nobleza y distinción; lo único que hacía era acentuar en medio de sus queridos pobres su benevolencia y su desinterés. Todo era sencillo en la calle de l'Épée-de-Bois, en la casa, en los muebles, en la manera de vivir. «Procurad ahorrar en todo lo que pertenece a los pobres -decía-; Dios os colmará». Y se ahorrraba para ellos. Por aquel «banco de la Providencia» pasaba mucho dinero. Pero sor Rosalía practicaba, para sí misma y para su casa, la más estricta pobreza y el mayor desinterés.

Con frecuencia se recibían en su casa magníficos ramos de flores. Los floricultores, muy numerosos en aquel barrio, se complacían en recoger de sus arriates magníficas ofrendas para la buena madre. ¡Eran neciosos! La buena madre los admiraba y les daba las gracias. Pero aquellos ramos espléndidos volvían a servir de magníficas ofrendas e iban a mostrar su magnificencia a casa de algún magnánimo bienhechor. En casa, incluso en la capilla, se contentaban con algunas flores modestas. «Esos ramos tan bonitos son demasiado para nosotras», decía sor Rosalía. Y añadía sonriendo: «Tenemos que colocarlos. Esto será un buen negocio para los pobres». Y los agraciados con aquellos hermosos regalos, muy impresionados por una atención tan delicada, no dejaban de abrir su cartera en aquella ocasión para expresar su agradecimiento.

Sor Rosalía no guardaba nada para ella. Se despojaba de todo. Cuando murió, no encontraron nada que dar de lo que le hubiera pertenecido. Lo había dado todo.

Este austero espíritu de pobreza, esta vida sobria y vigorosa, prolongada días y días, años y años, formaba parte de la guardia robusta con que se rodea habitualmente la hermosa virtud de la castidad.

CASTIDAD

¡Delicada flor por la que velaba celosamente sor Rosalía! Los sentimientos del corazón, lo mismo que las relaciones exteriores, debían asegurar siempre, por su perfecta corrección y su nobleza, una parte en aquella guardia vigilante en torno a la que ha sido llamada «la bella virtud».

Las relaciones con los extraños tenían que ser discretas. Los asuntos tenían que tratarse, incluso por parte de los señores eclesiásticos, teniendo en cuenta que era «la reverenda madre». Eran muchas las personas que venían a aquella casa. Las hermanas tenían que introducir las con todo respeto y retirarse a continuación. Si se trataba de algún asunto parroquial, de algún enfermo que visitar o que atender, tenían siempre que exponer el caso a la madre.

Sor Rosalía contaba mucho con la bendición de la obediencia, pero también con la virtud del impulso y de la alegría en las almas, consagradas totalmente a la obra de Dios, para ayudarles a pasar incólumes por medio de todos los peligros. En el barrio Mouffetard no faltaban los peligros; pero sor Rosalía cubría a sus hermanas con el manto de su oración y exponía continuamente a sus ojos aquel ideal de belleza moral que era el suyo propio y del que sus hijas tenían que vivir en medio de los peligros del mundo.

Había que guardar en el corazón aquel ideal en todo su esplendor y buscar incansablemente su realización a través de un apostolado muy activo, manteniendo siempre el alma despierta y dispuesta a cualquier obra buena. Sor Rosalía era enemiga de las visitas inútiles; no quería que nadie perdiera el tiempo y dejara ocioso su espíritu. El alma, para mantener su salud, tiene que estar siempre ocupada, y ocupada en algo hermoso y digno del servicio de Dios. No tiene que arrastrarse indecisa en la inutilidad y la ociosidad; se vería pronto atrapada por las tentaciones que la acechan. Todo era vida y actividad en la calle de l'Epée-de-Bois. Si por ventura alguna persona extraña se imaginaba que iba a poder entretenerse inútilmente con sor Rosalía y saborear el encanto de su compañía de aquella hermana extraordinaria, probablemente se habría visto despedido con muy amables palabras. De todos modos, habrían tenido necesidad de camuflar su inutilidad, porque para ser recibido en casa de sor Rosalía era preciso venir a pedir alguna ayuda o bien venir a ofrecerse a sí mismo para servir en algo. No se conocían allí las visitas inútiles; se habrían visto pronto barridas por el gran soplo de actividad apostólica que corría a través de toda la casa y que enardecía a todas las almas.

Sor Rosalía predicaba a sus hijas un gran despego de las cosas de este mundo y daba ella misma ejemplo de él. Pero había un sacrificio que no quiso imponerles nunca. Rodeada de compañeras a las que la divina Providencia había hecho nacer en familias particularmente sanas y cristianas y a las que la vida de comunidad y de magnífico apostolado hacía soberanamente felices, creía plenamente en el beneficio de esta riqueza familiar y en el de este maravilloso soplo apostólico vivificador. Por eso no negaba nunca a sus compañeras el permiso para escribir a sus familias. Y como una de ellas, recién llegada, se creyera obligada a darle las gracias por ese favor, le respondió: «Créame, hermana, esta correspondencia no perjudicará a su perfección. No somos nosotras las que hemos de imponer sacrificios a nuestros parientes cuando quieren saber algo de nosotras. Cuando se les escribe con frecuencia, se está menos preocupado que cuando se les escribe pocas veces».

Evidentemente, había que guardar cierta medida en esta correspondencia familiar. Sor Rosalía sabía muy bien dosificar los permisos, si alguien abusaba de ellos. Pero en su escuela pronto aprendían todas a ser prudentes y a encontrar por sí misma esa medida.

Personalmente, sor Rosalía escribía muy frecuentemente a Confort. Quería mucho a su madre y le debía mucho. Y los miembros de su numerosa familia formaban un grupo tan vivo, tan servicial, tan distinguido en salud moral, en fortaleza cristiana, en unión fraternal, que era realmente edificante mantener el trato con ellos. Escribir a Confort era con frecuencia enviar a aquellas tierras la expresión de una gratitud muy viva por los servicios que le prestaban y la mejor ocasión para rumiar en el alma los buenos sentimientos de admiración por lo que había hecho y se seguía haciendo de bueno en su tierra, terminando aquella incursión al país natal en un ardiente y filial homenaje de alabanza a la bondad de Dios.

El año en que se quedó ciega no pudo escribirle ya a su madre, como de ordinario, para felicitarle por el nuevo año que iban a comenzar. Era la primera vez que faltaba a ello y tuvo por este motivo una gran pena. ¡Tenía un corazón tan tierno! Pero su ánimo había sido formado tan reciamente y se sentía tan vigorosamente apegado a su deber que pudo conservar en medio de sus múltiples obligaciones de estado toda la frescura de sus relaciones familiares. El renovado contacto con aquella excelente educación fa-

miliar, lejos de hacerle olvidar sus deberes de estado, mantenía su gratitud y no hacía más que estimular su abnegación. Empapada por aquel aire puro y vivificador que era el recuerdo de su enérgica y hermosa educación, se alimentaba sin temor del mismo y hacía gozar de él a las demás.

Pero vigilaba con cuidado de la calidad de cualquier otro amor que entrase en las almas. El amor a la familia debía ser una cosa tan pura, tan vigorosa, tan noble, tan desinteresada como el amor a los pobres, como el amor a las compañeras, como el amor al deber, como el amor a la santísima Virgen, como el amor de Dios.

OBEDIENCIA

El corazón de sor Rosalía pertenecía irrevocablemente a Dios. Desde hacía mucho tiempo estaba acostumbrada al sacrificio, incluido el sacrificio más duro de todos, el de la voluntad personal. Se había entregado tan decididamente a Dios que, sin vacilación de ningún género, los obstáculos más duros con que tropezaba en su camino eran arrojados alegremente y superados con un impulso vigoroso. En estas condiciones la obediencia, sin conocer tergiversaciones de ninguna clase, se hacía relativamente fácil y saboreaba los gozos de la victoria.

La Providencia permitió que sor Rosalía se encontrara en ciertas circunstancias en que la obediencia exigía llegar al heroísmo. Y sor Rosalía fue heroica. Obedeció sin la menor recriminación, conservando un heroico silencio. Lo han demostrada suficientemente algunos de los episodios referidos en estas páginas.

En algunas ocasiones se cernió cierto misterio en las intenciones de sus superiores respecto a ella. Y entonces ella evitó cualquier tipo de investigación indiscreta y la más mínima crítica sobre su forma de proceder. Adoptaba con toda sencillez sus ideas y la conducta que le trazaban. «Muchas veces nos hacemos ilusiones -decía-, nos ponemos a pensar en lo que ignoramos, juzgamos sin tener gracia para ello, hablamos sin tener en cuenta aquellas palabras de la sagrada Escritura: Poned un candado en vuestra boca... Y ahí es donde está el mal. La comunidad está hecha a imagen de la iglesia. Hay una cabeza. Si la seguimos, estar seguras de no equivocarnos».

Sor Rosalía era fiel en el seguimiento de sus superiores. Acudía con fidelidad a recibir sus instrucciones. Todos los meses asistía a las conferencias que daba el superior general o el director a las hermanas sirvientes para recordarles sus obligaciones. Y al volver de aquellas conferencias, guardaba silencio sobre las observaciones que allí se habían hecho. Las compañeras sólo se daban cuenta de ellas por las pequeñas reformas que de allí se derivaban.

Fidelidad, discreción, acogida cordial y sin reticencias de las normas que se daban, observancia de las consignas recibidas: había allí buenos ejemplos que eran otras tantas lecciones de bien obrar y una garantía excelente de buen espíritu.

Puesta de este modo bajo la salvaguardia de la obediencia y mantenida por ella en la esfera de las bendiciones divinas, la vida de sor Rosalía podía desarrollarse con toda confianza: estaba segura de la protección del cielo. Todo deber de estado, por penoso o peligroso que fuera, se convertía en obra divina además de ser esfuerzo humano. Las grandes hazañas y las asombrosas maravillas de su vida no tienen por qué extrañarnos. La obediencia la había provisto divinamente de fortaleza y de sabiduría.

En aquel brillante jardín de virtudes que era su alma, la obediencia, a pesar de lo que pudiera parecer a primera vista y a pesar de la modestia con que se rodeaba, era a los

ojos de Dios de las más vigorosas y resplandecientes. ¿No se ha dicho acaso de la obediencia que es la aureola de la santidad?

GLORIA IN EXCELSIS DEO!

Un alma así adornada es algo muy hermoso. Es como una exuberante vegetación de flores, brillantes o modestas, de colores suntuosos o de tintes más opacos, que se yerguen majestuosas o se ocultan humildemente entre las demás; todo aquel conjunto de virtudes, agrupadas en ricos cuadros dibujados por Dios y regados por la gracia divina, es un canto magnífico a su gloria.

Pero más que muchas otras, que vegetan perezosamente en una honrada mediocridad, una sola alma elegida, que valientemente y bajo la bendición de Dios cultiva hasta su plena expansión los dones de Dios, es la que mejor celebra por su belleza, por el orden y la armonía de su vida, por el esplendor de sus obras, la belleza, el orden, la armonía y el esplendor de las creaciones de la Santísima Trinidad.

Benedicite, universa germinantia in terra, Domino!

Laudate et superexaltate eum in saecula!